cory doctorow

«Cory Doctorow es uno de los escritores de ciencia ficción más importantes en la actualidad»
—Kim Stanley Robinson

Capitán Swing

radicalizado

Cuatro distopías muy actuales

cory doctorow

«Cory Doctorow es uno de los escritores de ciencia ficción más importantes en la actualidad»
—Kim Stanley Robinson

Capitán Swing

radicalizado

Cuatro distopías muy actuales

radicalizado

CORY DOCTOROW

Traducción de
Miguel Temprano García

Capitán Swing

radicalizado

A mis padres,
Roz y Gord Doctorow,
que me enseñaron por qué
luchamos y a no rendirme.
Esta no es una de esas luchas
que se ganan, es una lucha
que se pelea.

Pan no autorizado

Así se enteró Salima de que Boulangismo había quebrado: el horno dejó de aceptar su pan. Sostuvo la rebanada delante y esperó a que la pantalla le mostrara un emoji con el pulgar hacia arriba, pero en vez de eso apareció el que se rascaba la cabeza y el horno emitió un leve «prrt». Volvió a mover el pan. «Prrt».

—¡Venga!

«Prrt».

Apagó el horno y lo volvió a encender. Luego lo desenchufó, contó hasta diez y lo enchufó de nuevo. Después recorrió las pantallas del menú hasta que encontró «RESTAURAR VALORES DE FÁBRICA», esperó tres minutos y volvió a introducir la contraseña de la wifi.

«Prrt».

Mucho antes de llegar a ese punto, ya se había convencido de que era un caso perdido. Pero esos eran los pasos que había que dar cuando un electrodoméstico dejaba de funcionar, así podías llamar al número 800 y decir: «Lo he apagado y encendido, lo he desenchufado, he restaurado los valores de fábrica y…».

Había una opción en la pantalla táctil para llamar al soporte técnico, pero no funcionaba, así que buscó el número en la pantalla de la nevera y llamó. Sonó diecisiete veces y se desconectó. Soltó un suspiró. «Otro que muerde el polvo».

El horno no fue el primer aparato en averiarse (ese honor lo tuvo el lavavajillas, que dejó de reconocer platos de otra marca una semana antes de que Disher se viniera abajo), pero sí fue la gota que colmó el vaso. Podía lavar los platos en el fregadero, pero ¿cómo diablos se suponía que iba a hacer las tostadas, con una vela?

Solo para estar segura, le pidió a la nevera los titulares sobre Boulangismo, y ahí estaba: su nube se había caído por la noche. Las redes sociales bullían de gente furiosa por su pan de cada día. Clicó en un titular y supo que Boulangismo era un barco fantasma desde hacía al menos seis meses, porque ese tiempo era el que los investigadores de seguridad habían estado poniéndose en contacto con la empresa para advertirle de que todos los datos de los usuarios —las contraseñas, las conexiones, los pedidos y las facturas— estaban en Internet sin encriptar y sin contraseña. Había notas de rescate en la base de datos, registros insertados por piratas

informáticos exigiendo pagos en criptomonedas a cambio de mantener el sucio secreto del penoso manejo de datos de Boulangismo. Nadie los había leído siquiera.

El precio de las acciones de Boulangismo había caído un 98 por ciento el año anterior. Hasta era posible que ni siquiera existiera ya. Siempre que Salima se había imaginado Boulangismo, había pensado en la panadería francesa que había en la pantalla de reposo del horno, cubierta de harina, con mesas de madera e hileras de crujientes barras de pan. Había imaginado una escalera desvencijada que llevaba desde la panadería a una serie de oficinas abarrotadas que daban a una calle de adoquines. Había imaginado lámparas de gas.

El artículo incluía una fotografía de la sede de Boulangismo, un bloque de oficinas de cuatro pisos en Pune, cerca de Bombay, protegido por una garita vacía en la entrada que daba a la calle.

La nube de Boulangismo se había caído y eso significaba que no había nadie que respondiera al horno de Salima cuando preguntaba si el pan que estaba a punto de tostar procedía de un horno autorizado de Boulangismo, como así era. En ausencia de una respuesta, el pequeño artilugio paranoico daría por sentado que Salima pertenecía a esa clase de inicuos defraudadores que compraban un horno de Boulangismo con descuento y luego intentaban no cumplir su parte del trato insertando panes no autorizados, con consecuencias que iban desde incendios en la cocina a un tostado ineficiente (Boulangismo era capaz de ajustar las rutinas de tostado en tiempo real para adaptarse a la humedad relativa de la cocina y al tiempo que llevaba hecho el pan, y, por supuesto, rechazaba cualquier pan que estuviese demasiado duro), por no hablar de las pérdidas de beneficios para la empresa y sus accionistas. Sin esos beneficios, no habría superávit de capital para invertirlo en I+D que produjese las continuas mejoras que permitían que apenas pasara un día sin que Salima y otros millones de «participantes» (nunca clientes sin más) despertasen con un emocionante firmware nuevo para sus queridos hornos.

¿Y los panaderos asociados a Boulangismo? Habían hecho lo correcto: habían solicitado una licencia a Boulangismo, habían sometido sus procesos a inspecciones y controles de calidad que garantizaban que su pan tenía exactamente la composición

adecuada para tostarse a la perfección en los aparatos de precisión de Boulangismo, con la corteza y la porosidad en un perfecto equilibrio para absorber la mantequilla y otros alimentos de untar. Esos valiosos socios merecían que se reconociera su compromiso con la excelencia, y no que se les tomara por unos timadores oportunistas que querían tostar sin más cualquier mendrugo de pan duro.

Salima conocía esos argumentos incluso antes de que su estúpido horno le pusiera un vídeo explicándolos, cosa que hizo después de tres intentos fallidos de autorización del pan, sin pausa ni botón para silenciar el sonido, a modo de combinación de castigo y campaña de reeducación.

Intentó buscar en la nevera «piratear Boulangismo» y «desbloquear códigos Boulangismo», pero los aparatos se mantuvieron fieles unos a otros. Los filtros de la red de Ayuda en la Cocina engulleron sus preguntas y devolvieron sarcásticas pantallas de «No hay resultados», a pesar de que Salima sabía perfectamente que había toda una economía sumergida dedicada al pan no autorizado.

Tenía que ir al trabajo en media hora, y ni siquiera se había duchado todavía, pero, maldita sea, primero el lavavajillas y ahora el horno. Encontró el ordenador portátil que utilizaba antes y que ahora apenas funcionaba. La batería hacía mucho que se había estropeado y tuvo que desenchufar el cepillo de dientes para liberar un cargador. Después de iniciarlo y de instalar docenas de actualizaciones de software, pudo ejecutar el navegador de la red profunda que aún tenía instalado por ahí y buscar algunas cosas útiles.

Ese día llegó cuarenta y cinco minutos tarde al trabajo, pero tomó tostadas para desayunar. Maldita sea.

Luego le llegó el turno al lavavajillas. Una vez Salima encontró el foro correcto, habría sido una locura no desbloquearlo. Al fin y al cabo tenía que usarlo, y ahora estaba bloqueado. Y no era la única que había tenido doble mala pata con Disher-Boulangismo. Muchos idiotas también tenían la desdicha de poseer alguno de los aparatos fabricados por HP-NewsCorp —neveras, cepillos de dientes, hasta juguetes sexuales—, todos los cuales se habían estropeado por culpa

de un fallo de Tata, el proveedor de la nube de la compañía. Aunque ese fallo no tenía que ver con la doble pifia de Disher y Boulangismo, todo el mundo coincidía en que el momento no podía ser más inoportuno.

Salima descubrió que el hundimiento simultáneo de Disher y Boulangismo tenía un motivo común. Las dos compañías cotizaban en bolsa y las dos habían visto como Summerstream Funds Management, el mayor fondo buitre del planeta, con un capital de 184.000 millones de dólares, adquiría más del 20 por ciento de sus acciones. Summerstream era un «accionista activista» y estaba especializado en la recompra de acciones. Una vez garantizado un asiento en cada consejo de administración —ambos ocupados por Galt Baumgardner, un socio minoritario de la empresa, pero de una buena familia de Kansas— contrataron al mismo consultor experto de Deloitte para auditar las cuentas de la compañía y recomendar un programa de recompra que garantizara que los accionistas obtuviesen el beneficio debido de las empresas, sin que el capital operativo de las mismas se viera tan afectado como para ponerlas en peligro.

Era todo matemáticamente demostrable, claro. Las compañías podían permitirse desviar miles de millones de su balance general hacia los accionistas. Una vez determinado esto, la obligación fiduciaria de la junta era votar a favor (lo cual resultaba muy conveniente, pues todos sus miembros tenían fajos de acciones de la empresa), y unos cuantos miles de millones de dólares después, las compañías habían adelgazado y estaban listas para la batalla, y ni siquiera echaban en falta ese dinero.

¡Huy!

Summerstream emitió un comunicado de prensa —citado a menudo en los foros que Salima visitaba ahora de manera obsesiva— echando la culpa de todo a la «volatilidad» y a «alfa», y tildando el asunto de «desafortunado» y «decepcionante». Confiaban en que ambas compañías se reestructurarían después de declararse en quiebra, tal vez después de una venta rápida a una empresa de la competencia, y en que todo el mundo podría empezar a tostar pan y lavar los platos pasados uno o dos meses.

Salima no iba a esperar tanto. Su Boulangismo no se rindió tan fácilmente. Después de descargarse el nuevo firmware de la red

profunda, tuvo que quitar la carcasa (cortando tres sellos contra la manipulación indebida y una enorme pegatina que amenazaba con el riesgo de electrocución y de acciones judiciales, tal vez simultáneas, a cualquiera lo bastante tonto para no hacer caso de las advertencias), encontrar un componente específico y cortocircuitar dos bornes con unas pinzas mientras lo reiniciaba. Eso puso el horno en un modo de prueba que los desarrolladores habían desactivado pero no eliminado. En cuanto apareció la pantalla del modo de prueba, tuvo que insertar su dispositivo USB (al quitar la carcasa había dejado al descubierto una serie de puertos USB, un puerto para pantalla e incluso una pequeña conexión Ethernet en el PC que controlaba el aparato) justo en el momento adecuado y luego utilizar el teclado de la pantalla para introducir el usuario de acceso y la contraseña, que (por supuesto) eran «admin» y «admin».

Necesitó tres intentos para hacerlo en el momento exacto, pero, al tercero, la pantalla vacía de inicio de sesión fue sustituida por la animación cursi en arte ASCII del firmware pirata de un cráneo en tres dimensiones, que la hizo sonreír… y luego desternillarse de risa cuando apareció flotando en la pantalla la imagen en arte ASCII de una tostada, que el cráneo masticó hasta reducirla a migajas que fueron cayendo al fondo de la pantalla formando montoncitos. Alguien se había tomado mucho trabajo para hacer la simulación física de esa ridícula animación. Eso contribuyó a que Salima se sintiera bien, como si le estuviese confiando su horno a unos artesanos serios y no a unos cualquieras deseosos de medir su ingenio con el de los programadores sin rostro de unas compañías grandes y estúpidas.

Las migajas siguieron amontonándose mientras el cráneo masticaba, y el indicador pasó del 12 por ciento al 26 por ciento, luego al 34 por ciento (donde se atascó más de diez minutos, hasta que Salima decidió correr el riesgo de bloquear de verdad el puñetero aparato desconectándolo, pero entonces…) y al 58 por ciento, y así sucesivamente, hasta llegar a una agónica espera en el 99 por ciento, después de lo cual por fin todas las migajas subieron desde el fondo de la pantalla y salieron por la boca del cráneo hasta convertirse en una tostada: las partes se fueron alineando en filas que borraron el cráneo y la palabra «COMPLETADO» apareció

reluciente en la superficie de la tostada, en forma de riachuelos de mantequilla. Acababa de coger el teléfono para hacer una foto de esa impresionante pantalla pirata cuando el horno parpadeó y se reinició.

Unos segundos después, sostuvo la rebanada de pan delante del sensor del horno y vio cómo se encendía la luz verde y la puerta se abría como un bostezo. Mientras masticaba la tostada, sintió una rara curiosidad. Puso la mano con la palma extendida delante del horno, como si fuese una rebanada de pan. La luz verde del horno se encendió y la puerta se abrió. Por un momento se sintió tentada de intentar tostar un tenedor, o una servilleta de papel, o una rodaja de manzana, solo para ver si el horno los tostaba, pero por supuesto que lo habría hecho.

Era un nuevo tipo de horno, un horno que aceptaba órdenes en lugar de darlas. Un horno que le daría cuerda suficiente con la que ahorcarse, que podía tostar una batería de litio, un espray de laca o cualquier otra cosa que quisiera: pan no autorizado, por ejemplo. Incluso pan casero. La idea le hizo sentirse mareada y un poco temblorosa. El pan casero era algo de lo que había leído en los libros o que había visto en viejas obras de teatro, pero no conocía a nadie que horneara su propio pan. Era como tallar tus propios muebles a partir de unos troncos o algo así.

Los ingredientes resultaron ser muy simples, y aunque su primera barra salió con el mismo aspecto que el emoji de una mierda, tenía un sabor increíble, todavía caliente del pequeño horno, y, en cualquier caso, la rebanada (bueno, el trozo) que guardó y tostó a la mañana siguiente estaba aún mejor, sobre todo con mantequilla. Ese día se fue al trabajo con una sensación mágica, cálida y «tostada» en el estómago.

Esa noche desbloqueó el lavavajillas. Los piratas informáticos de Disher eran mucho más prácticos, pero también eran suecos, a juzgar por las URL de los archivos «LÉEME», lo cual podría explicar su minimalismo. Había estado en Ikea, ya lo había pillado. Su Disher no requirió tantas complicaciones como su Boulangismo: abrió la tapa de mantenimiento, quitó la junta de goma del puerto USB, metió su dispositivo USB y lo reinició. La pantalla mostró mucho texto y varios crípticos mensajes de error, y luego se reinició

en lo que parecía el modo de funcionamiento normal de Disher, pero sin las alertas parpadeantes indicando que no se había podido conectar al servidor que había mostrado toda esa semana. Metió los platos del fregadero en el lavavajillas y sintió una leve emoción cada vez que sonó el arpegio de «Nuevo plato reconocido».

Lo siguiente en lo que pensó fue en dedicarse a la alfarería.

Su experiencia con el lavavajillas y el horno la cambió, aunque al principio no habría sabido decir cómo. Cuando salió del apartamento al día siguiente, se descubrió observando el sistema de ascensores, mirando la placa del departamento de bomberos debajo de la pantalla de llamada y pensando en que los inquilinos de los pisos de protección oficial tenían que esperar tres veces más tiempo porque solo podían subir en los ascensores que disponían de puertas traseras y daban a la parte trasera del edificio. Esos ascensores ni siquiera se paraban en su piso si en ellos viajaba uno de los inquilinos ricos. Dios no quería que esa gente tuviese que respirar el mismo aire que los sucios plebeyos.

Salima no cabía en sí de contenta cuando consiguió un piso en su edificio, las Torres Dorchester, pues la lista de espera para los pisos de protección oficial que la concejalía de urbanismo había obligado a edificar al constructor era de varios años. En aquel momento llevaba ya diez años en el país, y había pasado los cinco primeros en un campamento en Arizona, donde había visto morir a una persona tras otra bajo el calor abrasador. Cuando el Ministerio de Exteriores terminó por fin de examinar sus papeles y la dejó salir, una asistente social la esperaba con una bolsa de ropa, una tarjeta de crédito de prepago y la noticia de que sus padres habían muerto mientras ella estaba en el campamento.

Recibió la noticia en silencio y no se permitió mostrar ningún signo exterior de sufrimiento. Había supuesto que sus padres habían muerto, porque habían prometido reunirse con ella en Arizona un mes después de su llegada, en cuanto su padre pudiera saldar sus viejas deudas y pagar los papeles y la manipulación de la base de datos que les permitirían subir al avión y llegar al puesto de control de inmigración de Estados Unidos, donde podrían pedir asilo. En aquel entonces ella era una adolescente, y ahora era una mujer joven, con cinco difíciles años en el campamento a sus espaldas.

Sabía cómo controlar las lágrimas. Le dio las gracias a la asistente social y le preguntó qué habían hecho con los cadáveres.

—Se perdieron en el mar —respondió la mujer con una máscara compasiva—. El barco y todos los ocupantes. No hubo supervivientes. Los italianos rastrearon la zona varias semanas y no encontraron nada. La embarcación se fue directa al fondo. Un fallo informático, dijeron.

Un barco era un ordenador en el que metías a gente desesperada, y si el ordenador se estropeaba, era una tumba en la que metías a gente desesperada.

Ella asintió como si lo entendiese, aunque el ruido de la sangre en sus oídos era tan fuerte que apenas podía pensar. La asistente social le dijo más cosas y le dio algunos documentos, entre ellos un billete de autobús de la Greyhound a Boston, donde le habían encontrado una cama en un albergue.

Leyó el itinerario tres veces. Había aprendido a leer inglés en el campamento, le había enseñado una mujer que había sido profesora de Lingüística antes de convertirse en refugiada. Había aprendido geografía en las clases obligatorias de Educación Cívica a las que había asistido cada dos semanas y viendo vídeos sobre la vida en Estados Unidos que daban muy pocos consejos para sobrevivir en esa parte del país donde dormían de tres en tres en literas en un desierto abrasador, rodeados de drones y alambre de espino. No obstante, había averiguado dónde estaba Boston. Lejos.

—¿Boston?

—Dos días y diecisiete horas —dijo la asistente social—. Verás todo Estados Unidos. Es una vivencia increíble. —Su máscara se deslizó un instante y pareció muy cansada. Luego volvió a poner la sonrisa en su sitio—. Mi consejo es que antes de nada vayas a la tienda de comestibles. Necesitarás comida de verdad.

Salima había aprendido a aburrirse en los cinco años que había pasado en el campamento, y había llegado a dominar una especie de duermevela en la que su imaginación se evadía y el tiempo se escurría igual que las cucarachas por el borde de un rodapié, apenas visibles con el rabillo del ojo. Pero en el autobús de la Greyhound, esa habilidad le falló. Incluso después de encontrar un asiento al lado de la ventanilla —cuando llevaba ya veintidós horas de viaje—, su imaginación volvía una y otra vez a sus padres, al barco, a las

profundidades del Mediterráneo. Sabía que sus padres habían muerto, pero había muchas formas de saberlo.

Desembarcó en Boston dos días y diecisiete horas después, y reparó al hacerlo en que el autobús no tenía conductor, algo que se le había pasado por alto porque los pasajeros subían y se apeaban por las puertas traseras. Otro ordenador en el que metías tu cuerpo. De haber habido un fallo informático, el autobús de la Greyhound podría haberse precipitado por un acantilado o haber chocado con los coches que venían de frente.

Había un puerto de carga en el reposabrazos y lo compartió con los compañeros de asiento que habían ido y venido en el autobús, asegurándose de que la carga de su teléfono estuviese completa al bajar del vehículo, y menos mal, porque luego utilizó casi toda la batería buscando traducciones e indicaciones para llegar al albergue que le habían asignado, que no estaba en Boston, sino en un barrio de las afueras llamado Worcester, cuyo nombre fue incapaz de pronunciar hasta pasados seis meses.

Todos sus víveres se habían terminado, y sus bienes cabían en una bolsa cuya correa se rompió mientras la arrastraba por una escalera mecánica estropeada para cambiar de tren en el metro camino de Worcester. Había gastado la mitad del dinero de su tarjeta de débito en comida, y eso que había comido como un ratón, como un pajarito, como una cucaracha escurridiza. Había empezado con casi nada y ahora no tenía nada.

El albergue fue difícil de encontrar porque estaba en un centro comercial abandonado: once pisos reacondicionados con literas, duchas y cuartos de juegos para los niños, dispuestos en la parte de atrás de un aparcamiento vacío a un kilómetro de la parada de autobús más cercana. Salima pasó tres veces por delante del centro comercial, mirando su teléfono —cuya batería estaba otra vez casi descargada; era tan viejo que la batería no duraba apenas nada— antes de comprender que esa hilera de tiendas era su nuevo hogar.

La recepción estaba en una antigua farmacia que había a la entrada del centro comercial abandonado. Estaba desatendida; un espacio cavernoso vallado con una persiana metálica y varias pantallas táctiles donde habían estado las cajas registradoras. Olía a pis y el suelo estaba sucio, con esa mugre vieja y pisoteada que hay en los sitios por los que la gente pasa una y otra vez.

Solo funcionaba una de las pantallas táctiles, y necesitó mucho ensayo y error antes de comprender que tenía que apretar más o menos un centímetro y medio al sursuroeste de los botones que quería. Luego todo fue más deprisa. Puso la pantalla en árabe, dejó que la cámara le escaneara la retina y colocó varias veces los dedos sobre el sensor hasta que la máquina los leyó. Una vez validada, tuvo que pasar por ocho pantallas en las que se vio obligada a prometer una serie de cosas: que no bebería, ni se drogaría, ni robaría; que no tenía enfermedades crónicas ni infecciosas; que no apoyaba el terrorismo; que entendía que en esa fase no estaba autorizada a trabajar a cambio de un salario, pero que, al mismo tiempo y paradójicamente, tendría que trabajar en Worcester para devolverle al pueblo de Estados Unidos la cama del albergue que estaban a punto de asignarle.

Leyó la letra pequeña. Era algo que había aprendido a hacer muy pronto en el proceso de ser una refugiada. A veces, los oficiales de inmigración te preguntaban qué acababas de aceptar, y si no sabías contestar correctamente a sus preguntas, te enviaban al final de la cola o volvían a darte cita para el mes siguiente, porque no habías comprendido bien la seriedad del convenio que estabas acordando con Estados Unidos de América.

Luego supo en cuál de las antiguas tiendas iba a vivir, y le pidieron que insertara su tarjeta de débito para cargarla con créditos que podría cambiar por comida en tiendas específicas que atendían a las personas que cobraban subsidios. Mientras iba pasando pantallas, introduciendo su número de teléfono y escogiendo los horarios de las revisiones médicas, oyó un zumbido cada vez más cercano. Se volvió y vio un carrito con una caja de cartón encima que avanzaba dando tumbos por la farmacia abandonada. Girando con dificultad en las esquinas, el carrito llegó finalmente a una portezuela situada en la persiana metálica, que se abrió con un chasquido. La pantalla le pidió a Salima que recogiera la caja, que contenía unas sabanas, una toalla, un par de paquetes con seis bragas de algodón, camisetas, una caja de tampones y un neceser con champú, jabón y desodorante. Era la transacción más funcional que había hecho en… años…, y le entraron ganas de besar al estúpido y antipático robot.

No podía cargar con la caja y la bolsa al mismo tiempo, y no

quería perder de vista ninguna de las dos, así que las dejó delante del centro comercial, cargó con la caja diez pasos, la dejó en el suelo y fue a buscar la bolsa para dejarla a diez pasos por delante de la caja, y así sucesivamente. Entre la pila de papeles que imprimió en la pantalla había un mapa que mostraba la ubicación de su tienda, casi al final (claro), así que estaba lejos. A mitad de camino, una mujer salió de la tienda por la que acababa de pasar y la miró con las manos en las caderas, la cabeza inclinada y una sonrisilla pintada en el semblante.

La mujer era somalí —había conocido a muchas en el campamento— y no mucho mayor que Salima, aunque tenía un niño pequeño de sexo indeterminado abrazado a sus piernas. Llevaba un mono, una sudadera de la Universidad de Boston y el pelo recogido con un pañuelo; pese a todo, parecía bastante elegante. Salima se enteraría más tarde de que la mujer —que se llamaba Nadifa— procedía de una familia de costureras y que deshacía las costuras de cualquier prenda que caía en sus manos y la reformaba según sus medidas.

—¿Eres nueva?

—Me llamo Salima. Soy nueva.

La mujer inclinó la cabeza hacia el otro lado.

—¿Dónde te han puesto? Déjame ver. —Se acercó a Salima y extendió la mano pidiéndole el mapa. Salima se lo enseñó y ella chasqueó la lengua—. Ese sitio no está bien, la calefacción no funciona y el agua del váter no para de correr. Bah…, ven, lo arreglaremos.

Sin preguntar, la mujer cogió su caja y se encaminó hacia la oficina. Salima la siguió con el niño, que no paraba de mirarla de reojo. La mujer sabía qué pantalla funcionaba y cuál era la corrección sursuroeste necesaria para acertar en los botones. Sus dedos volaron sobre la pantalla y luego hizo que Salima se pusiera delante del lector de retina y volviese a poner los dedos en el escáner, y un nuevo papel salió en la bandeja.

—Mucho mejor —dijo la mujer.

Salima estaba confundida y un poco preocupada. ¿La habría trasladado esa mujer con ella y su familia? ¿Tendría que cuidar de aquel niño que otra vez estaba mirándola?

Pero no debía preocuparse. Las mujeres solteras se alojaban en

una de las tres unidades y las familias en las otras dos. El nuevo hogar de Salima —gracias a la mujer, que por fin se presentó— había sido un salón de manicura, y en el almacén aún quedaban cosas de aquellos tiempos, pero ahora estaban cubiertas por gruesas mantas hechas de una especie de fibra sintética que resultaron ser muy útiles para mantener a raya la suciedad y amortiguar el ruido. La mujer y el crío la dejaron, y ella, después de juntar las esquinas de la tela, pasó un rato en el resonante silencio de la minúscula habitación con cortinas, un hogar que sería suyo de verdad, sin tener que compartirlo con nadie, por un tiempo indeterminado.

Más tarde descubriría el modo en que los demás habitantes del albergue habían decorado sus minúsculos cubículos, que la mayoría llamaban celdas con marcada ironía, porque todos habían pasado meses o años en celdas de verdad, de las que tienen paredes de hormigón y barrotes de hierro. Ella también decoraría su propia habitación, y los hijos de Nadifa irían a asomar la cabeza sin avisar y a pedirle que les contara cuentos o a buscar a alguien con quien jugar o ideas para hacer algún dibujo. No la obligaron exactamente a cuidar de los niños, pero tampoco la obligaron a no cuidarlos, y le gustaban los niños de Nadifa, que eran tan valientes y atrevidos como su madre, que también era muy divertida, sobre todo cuando encontraba una botella de vino y enviaba a los críos a jugar a la sala común y las dos se sentaban en los extremos opuestos del estrecho camastro de Salima a contarse mentiras sobre los hombres, y a veces salía a colación alguna verdad sobre su vida antes del albergue, y vertían alguna que otra lágrima, pero eso también estaba bien.

Nadifa ya tenía su permiso de trabajo y le enseñó a Salima cómo conseguir el suyo, lo cual costó meses de teclear pacientemente en la única pantalla que funcionaba para que imprimiese los documentos que luego tendría que llevar, entre trabajo y trabajo, a las oficinas gubernamentales e introducir en otras pantallas. La ironía de no poder conseguir un permiso de trabajo por estar demasiado ocupada trabajando no se le escapaba, y, ¡ay!, cómo se reía de esa ironía mientras rascaba grafitis, recogía basura en los parques y limpiaba los autobuses municipales en las grandes cocheras situadas en lugares aún más alejados que su centro comercial de Worcester.

Conseguir el permiso de trabajo no era igual que conseguir un trabajo, pero Salima era lista y los años del campamento los había pasado sacándose varios títulos mediante cursos en línea —trenzado de pelo y teneduría de libros, eliminación de virus y peinado de gatos—, y estaba segura de que habría algo que podría hacer. Revisaba el tablón de ofertas con la ayuda de Nadifa, se apuntó a varias agencias de empleo temporal y se sometió a la humillante comprobación de sus antecedentes, que incluía dar acceso al historial de sus redes sociales y de sus correos electrónicos, una invasión que solo empeoró cuando le preguntaron por los mensajes que conservaba de sus padres: vídeos y mensajes fotográficos enviados cuando tuvieron que separarse, antes de que ambos murieran.

Empezó a conseguir trabajillos, unas pocas horas aquí y allá, con turnos mucho más cortos que los largos viajes en autobús de ida y vuelta que se veía obligada a realizar, pero tenía la esperanza de que aceptar esos trabajos de mierda mejoraría su reputación en las agencias, de que podría pagar sus deudas y empezar a tener verdaderos turnos a cambio de un sueldo de verdad. Se compró un par de baterías externas para el teléfono, para poder utilizarlo en sus viajes en autobús. Nadifa y ella se habían dividido toda Nueva Inglaterra, y cada día hacían cientos de búsquedas de nuevos bloques de pisos con apartamentos de protección oficial y luego anotaban el día en que se abriría la lista de espera. Sabían que las posibilidades de que aceptaran a cualquiera de ellas eran mínimas, y que, si las aceptaban a las dos, era casi imposible que pudiesen ir juntas al mismo sitio.

Por eso lo de las Torres Dorchester fue como un milagro. Estaban en pleno diciembre y el albergue no había recibido el envío prometido de abrigos de invierno, así que todos se las arreglaban con múltiples capas de suéteres y camisetas, que no les daban un aspecto «profesional» y le habían costado a Salima un trabajo muy bueno de una semana revisando los libros de cuentas de un laboratorio de ideas que estaba cerrando el cuatrimestre. Lo que más le preocupaba era recibir un informe negativo de la empresa de empleo temporal donde había conseguido otros buenos trabajos de teneduría de libros, los cuales habían engrosado sus escasos ahorros mucho más que una docena de trabajos de limpieza.

Mientras pululaba por el centro comercial con los demás habitantes, atrapados por el mal tiempo y la ropa inapropiada, consideró saquear sus ahorros para comprarse un abrigo, e intentó calcular de cuántos más trabajos tendrían que echarla para que resultase rentable y la probabilidad de que el envío retrasado de los abrigos llegase antes de haber perdido demasiados trabajos. Su teléfono le informó entonces de que tenía un mensaje del Gobierno, uno de esos que había que ir a recoger a la pantalla de las oficinas del refugio, así que se puso tres suéteres, metió las manos en tres pares de calcetines y, bajo el azote del viento, se encaminó hacia las oficinas.

De pie en mitad de un charco formado por el agua que goteaba de su propia ropa, se conectó a una pantalla —las habían arreglado todas, también la que funcionaba, y ahora todas iban igual de mal y tendían a reiniciarse una y otra vez— y sacó el mensaje. Estaba asimilando la increíble buena noticia cuando Nadifa entró dando tumbos, con su hijo más pequeño apretado contra ella para darle calor.

—¿Esa funciona? —preguntó señalando la pantalla, y Salima sonrió para sus adentros mientras le cedía su lugar.

—¡Funciona!

Nadifa percibió la alegría en su voz y la miró con curiosidad. Salima contuvo la sonrisa. Se lo contaría cuando…

—¡Dios mío!

Nadifa estaba mirando la pantalla con la boca abierta. Salima se asomó y se rio en voz alta.

—¡A mí también, a mí también!

El mensaje decía que habían aprobado la residencia de Nadifa en las Torres Dorchester, en un apartamento de dos habitaciones en el piso cuarenta y dos, y que podría mudarse al cabo de dieciocho meses, siempre que no hubiese retrasos en su construcción. El alquiler estaba asociado a los ingresos, lo que significaba que Nadifa y sus hijos podrían permitirse vivir allí pasara lo que pasara en el futuro. Nadifa a veces era ruidosa y apremiante, pero nunca chillona, así que a Salima le divirtió mucho cuando alzó los brazos y empezó a saltar sin parar, soltando gritos emocionados tan agudos que habrían ensordecido a un delfín.

Ni siquiera dejó de saltar cuando abrazó a Salima, arrastrándola

en sus brincos mientras reía feliz, y Salima se rio aún más por lo que ella ya sabía.

Se aproximó a la pantalla, cerró la sesión de Nadifa para abrir su cuenta, fue al buzón oficial y se limitó a señalar la pantalla sin decir nada hasta que su amiga se inclinó y leyó. Nadifa se quedó aún más boquiabierta que antes.

—¡Estás en el piso treinta y cinco! ¡Solo cinco pisos por debajo de nosotros! ¡Podremos utilizar las escaleras para ir de visita!

El hijo más pequeño de Nadifa, confundido por tantos gritos y saltos, se echó a llorar, y Nadifa lo sacó de la bandolera y se lo puso a hombros.

—Vamos a tener una casa, ¡una casa propia! ¡Y la tía Salima también estará con nosotros! Tendremos una cocina, y dormitorios, tendremos… —Se interrumpió y acunó al crío con un brazo mientras agarraba a Salima con el otro y la zarandeaba—. ¡Nuestro propio cuarto de baño! ¡Nuestra propia bañera! ¡Nuestro propio váter!

—¡Nuestro propio váter! —gritó Salima, y el crío dijo algo que casi sonó como «váter» y las dos se echaron a reír, se rieron hasta que las lágrimas les corrieron por las mejillas y el crío se rio con ellas.

Y además, los abrigos llegaron esa noche.

El día de la mudanza, Salima y Nadifa alquilaron entre las dos una furgoneta y la llenaron hasta el techo con los bártulos que Nadifa había acumulado durante años y Salima durante meses en el albergue: los juguetes de los niños, la ropa, las botellas de champú en las que apenas quedaba lo suficiente para tres lavados, dibujos, libros ilustrados, papel de desecho para dibujar y muñecas de papel cuidadosamente recortadas de viejas imágenes impresas de la pantalla. La furgoneta se abrió paso centímetro a centímetro por el tráfico de Boston, que apenas lograban vislumbrar de vez en cuando a través de las pocas partes del parabrisas que no estaban tapadas por las bolsas de la compra repletas de sus pertenencias.

Dos horas después, la furgoneta se detuvo en el callejón trasero de las Torres Dorchester. Era un día caluroso de junio y los niños habían necesitado parar dos veces a hacer pis y varias veces a beber, lo cual había dado al traste con sus planes de esquivar la

hora punta, que les había pillado de pleno. Pero las dos mujeres eran estoicas. Habían hecho viajes muchísimo más largos y muchísimo más difíciles.

Las puertas para pobres de las Torres Dorchester aún no estaban terminadas y tuvieron que pasar por un túnel de madera contrachapada para acceder al edificio. El vestíbulo estaba en el mismo estado que las puertas: paneles de yeso, cajas de electricidad abiertas, suelo de hormigón con regatas para los cables. Dejaron sus cosas en el vestíbulo por turnos, y encargaron al mayor de Nadifa montar guardia y cuidar de los niños mientras iban y venían a la furgoneta, intentando vaciarla antes de que se cumplieran otros sesenta minutos y les cobrasen una hora más de alquiler. Lo consiguieron por poco.

Allí en el vestíbulo, mojadas y sudorosas, les recibieron los ascensores de las Torres Dorchester. La pantalla táctil te preguntaba el piso y luego seguía el movimiento de los ascensores arriba y abajo por el hueco. El ascensor llegaba al vestíbulo y oían las puertas del otro lado abrirse y cerrarse con un suspiro, pero sus puertas no se abrían.

Discutieron qué hacer. Al final, decidieron que las puertas de ese lado debían de estar estropeadas, que debían de ser otra cosa sin terminar igual que el vestíbulo, las puertas y, Dios mío, el aire acondicionado.

Se las arreglaron para volver a sacar a los niños y sus pertenencias al callejón y rodearon el edificio hasta llegar a las puertas del otro vestíbulo, las cuales —no pudieron dejar de notarlo— estaban acabadas, cromadas, pulidas, limpias y vigiladas.

Al otro lado de la puerta, el guardia activó el intercomunicador cuando tiraron del pomo. Era blanco y llevaba un uniforme parecido al de un poli, algún tipo de seguridad privada, lo cual era raro porque ese trabajo lo hacían casi siempre personas de tez oscura. También se dieron cuenta de eso.

—¿Sí?

—Vivimos aquí, nos mudamos hoy. En el… —Salima hizo un gesto hacia el otro lado de la calle—. ¿En el otro lado? Pero los ascensores todavía no funcionan. Cuando hayamos terminado la mudanza, podremos subir por las escaleras, pero ella vive en el piso cuarenta y dos, y yo en el treinta y cinco, y tenemos todo esto…

La pila de bolsas, la ropa, los dibujos, los niños y ellas mismas, tan poco respetables, sobre todo si se comparaban con los cromados relucientes y los cristales impolutos por los que ahora estaban restregando la cara y las manos dos de los niños de Nadifa. Huy.

El guardia de seguridad tecleó en su pantalla.

—Los ascensores funcionan.

—En el otro lado no. Bajan, pero las puertas no se abren.

—Apártense a un lado, por favor —dijo con tanta brusquedad que hasta los niños de Nadifa se pusieron firmes.

Había unas personas intentando entrar, apoyando el pulgar en una parte mate de la puerta que no se manchaba. Las puertas se abrieron y dejaron salir una deliciosa ráfaga de aire acondicionado que casi hizo que se arrodillaran. Las gotas de sudor de su espalda, sus piernas, su rostro y su cabeza disiparon todo el calor posible en aquel viento breve. Luego las personas elegantes pasaron por la puerta sin ni siquiera mirarlas. Eran pijos, una apariencia que Salima había aprendido a reconocer en esa ciudad de universidades y facultades: el pelo lacio y rubio, ropa de tenis cuidadosamente rozada y rostros sudorosos y relucientes. El guardia de seguridad les saludó y charló con ellos, aunque sus palabras eran inaudibles a través de la puerta cerrada. Fueron bastante amables y le dijeron adiós con un gesto al subir al ascensor. Mientras se cerraban las puertas, Salima vio las puertas del otro lado, las que daban al otro vestíbulo.

El guardia de seguridad les echó una mirada irritada y negó con la cabeza como si no pudiese creer que todavía siguiesen ahí, bloqueando su puerta.

—Su entrada está por el otro lado.

—Los ascensores no funcionan —le recordó Salima—. Hemos esperado y esperado.

—Sí que funcionan. Lo que pasa es que dan prioridad a la parte del edificio con alquileres a precios de mercado. Tendrán el ascensor cuando esta gente no lo necesite.

Salima entendió el sistema y su lógica al instante. La única razón por la que había podido alquilar un apartamento en ese edificio era que el constructor se había comprometido a construir algunos pisos de renta baja a cambio de la autorización para construir cincuenta plantas, en lugar de treinta como los edificios de los alrededores.

Pasaba a menudo, y sabía que en los pisos de renta baja había normas sobre lo que tenían que proporcionar los caseros y lo que no podían hacer.

Pero ahora comprendió una verdad importante: a los apartamentos subsidiados se les negaba rencorosamente hasta la más ínfima de las comodidades, a no ser que el casero tuviese que proporcionarla por ley. Había pasado el tiempo suficiente ejerciendo de tía Salima, ayudando a criar a los tres hijos de Nadifa, para reconocer la lógica de un niño testarudo cuando quiere que se note su enfado.

—Vamos —dijo, mientras cogía las bolsas con ambas manos y volvía a arrastrarlas al otro lado del edificio, a la puerta de los pobres.

El apartamento era maravilloso. Con el lujo prometido de una ducha privada y una bañera en la que podía meterse si recogía las piernas y apretaba la barbilla contra el pecho (pero ¡era su bañera!), y una cama individual con un buen colchón en el que nadie había dormido antes. Además, al plegar la cama, podía desplegar el sofá con sus cojines de colores, y si lo levantaba un poco y giraba la mesita del café de modo que las patas se extendieran, esta se convertía en una mesa de comedor a la que podían sentarse tres personas, o cuatro si eran muy amigas. Las paredes estaban bien aisladas, y los pocos ruidos que se colaban de los pisos de al lado eran inaudibles si encendía el ventilador del climatizador a la mínima potencia, algo que podía automatizarse con los sensores del apartamento para que se encendiera solo cuando estuviese en casa.

La cocina, tal como se decía en el anuncio, contaba con «todos los electrodomésticos»: el horno, el lavavajillas —un aparato muy pequeño en el que cabían todos los platos de una comida para una persona, además de un bol o una de las bandejas del horno—, la nevera. Todos empezaron a funcionar en cuanto introdujo el número de su tarjeta de crédito y le aparecieron los menús de los consumibles autorizados: los platos que podían lavarse en el lavavajillas, los alimentos que podían cocinarse en el horno, desde pan hasta comida preparada. En la lavadora cabían una toalla y unas sábanas, o la ropa de dos días, y había docenas de detergentes compatibles que podían comprarse a través de la pantalla. Los

precios incluían el envío, pero también podía adquirirlos en tiendas autorizadas, aunque siempre existía el riesgo de elegir algo incompatible con su modelo, así que lo mejor era hacer la compra desde su cocina, que era lo más cómodo para todo el mundo.

El metro de Boston estaba a solo un paseo a pie, y bajar las escaleras por la mañana no estaba tan mal. Subirlas era otro cantar: treinta y cinco plantas eran setenta tramos de escaleras. Se atrevía con ellas una vez por semana y se decía a sí misma que era bueno para la salud hacer un ejercicio tan aeróbico.

Tener un sitio para vivir que fuese verdaderamente suyo supuso una diferencia inmensa en su vida. La estabilidad, la confianza…, qué demonios, el solo hecho de disponer de un sitio fiable donde hacer la colada cada noche… Todo eso contribuyó a darle la sensación de que por fin estaba saliendo del limbo interminable en el que había pasado toda su vida. Sus primeros recuerdos eran ir de aquí para allá con sus padres, de un campamento a otro, luego a casa de un tío suyo por una temporada, después a otro campamento, luego a una serie de apartamentos temporales, después el paso a Estados Unidos, el campamento, el albergue. Todo ese tiempo había tenido la impresión de que su vida estaba en suspenso, de que flotaba como una hoja bajo la brisa: a veces se enganchaba en una rama y a veces se alzaba hasta las nubes, pero nunca se posaba en el suelo ni llegaba a descansar. Eso hacía que en realidad nunca pensara más que en unos días por delante. Ahora, en su propio hogar, pensaba en lo que le reservaría el futuro.

Una combinación de suerte y confianza en sí misma hizo que al cabo de un mes consiguiera un trabajo como contable de una compañía que proveía a pequeños negocios familiares. Tenía media docena de clientes y ella procuraba verlos una vez por semana, aunque podría haber hecho casi todo el trabajo desde casa. Prefería instalarse en la trastienda de una tintorería, de un supermercado de barrio o de una heladería para revisar los libros de cuentas y las facturas, programar los pagos y charlar con los dependientes y los propietarios. Descubrió que a la gente le gustaba que le advirtieran de inminentes crisis de efectivo y de otros posibles contratiempos que ella veía en sus libros, y, al cabo de unos meses, era ya más una asesora de confianza que una simple persona contratada. Recordaba los cumpleaños de sus clientes y les llevaba tarjetas de felicitación,

y, cuando ella cumplió veinticinco años, el dueño de una tienda de ropa vintage le sorprendió con una preciosa chaqueta japonesa del siglo pasado con un tigre bordado en la espalda que había ido perdiendo color maravillosamente con los años y tenía una pátina como la de una alfombra persa.

Los críos de Nadifa entraron en el colegio y Nadifa empezó a ganar peso; el tiempo libre significaba que podía conseguir una comida decente, que podía cuidarse el pelo y lavarse la ropa. Siempre había tenido un porte majestuoso, pero debía hacer frente al encorvamiento propio de una madre sobrecargada, a las arrugas del cansancio, a unas manos siempre ocupadas con los niños, los juguetes o la colada, a las manchas en su ropa bien cortada. Cuando su vida ganó un poco de estabilidad, se reafirmó la verdadera naturaleza de Nadifa. Llevaba la ropa impecable, las arrugas de la cara le daban un aire serio y, cuando soltaba una broma pícara y le brillaban los ojos, el contraste entre la seriedad y el humor era como algo sacado de un cuadro antiguo.

Los hijos de Nadifa nunca perdieron la pillería, pero el colegio les sentó bien y les proporcionó alguna estructura en la que trabajar y contra la que luchar. Iban atrasados, sobre todo Abdirahim, el mayor, que tenía doce años, y Nadifa estaba siempre encima de él, obligándole a terminar las tareas de repaso en el teléfono o incluso en la enorme pantalla del salón, siempre que lograba reducir a los pequeños a solo un pequeño caos. Su casa tenía dos habitaciones, una para los niños y el salón, que era exactamente igual que el de Salima y se convertía en dormitorio plegando la mesa y el sofá y desplegando la cama, un truco de magia que había que realizar en el orden correcto o todo se atascaba y se formaba un lío de mil demonios que costaba mucho deshacer.

Las cosas fueron bien hasta que los electrodomésticos empezaron a desobedecerle.

Salima pirateó la lavadora; sabía cómo hacerlo. Cuando tenías una cocina repleta de electrodomésticos dispuestos a obedecerte, el que desobedecía parecía volverse cada vez más grande y menos tolerable. Además era soltera, no estaba interesada en salir con desconocidos que siempre la decepcionaban. Llevaba una temporada viendo obsesivamente vídeos sobre cómo eliminar las

limitaciones de fábrica, sobre todo desde que había seguido el rastro de unos vídeos cada vez más atrevidos hasta descubrir uno que le dijo cómo descargar herramientas de la red profunda que la llevarían a los sitios donde de verdad se podían descargar nuevas imágenes de firmware, intercambiar quejas y consejos, y divertirse con miles de rebeldes anarquistas como ella que pirateaban todo lo que les venía en gana.

La lavadora fue la más difícil y tuvo que desconectar muchas mangueras de agua. Se hizo un lío con las abrazaderas, porque nunca las había usado antes, pero insistió con decisión de contable, probando una variación tras otra, poniendo una sartén debajo de las uniones por si goteaban al volver a abrir el agua. Mientras trabajaba, ojeaba vídeos sobre cómo hacer pan, que se había convertido en su nueva pasión, y cada vez que veía a los críos de Nadifa le imploraban que les dejase probar su última creación. Había aprendido a preparar un pan trenzado llamado challah, que era un pan de huevo cuya masa pintaba con la clara para darle brillo a la corteza.

Una semana después hizo dos importantes descubrimientos: en primer lugar, que comprar detergente en el colmado era mucho más barato que comprarlo a través de la pantalla del electrodoméstico, y, en segundo lugar, que su persistente eccema era en realidad una reacción alérgica a uno de los ingredientes del jabón de lavar autorizado. La primavera se acercaba y pensaba que tendría que pasarse sudando los días de calor con manga larga para taparse los brazos descamados e irritados. Se compró tres blusas vintage de manga corta y le pidió a Nadifa que se las reformara para que le quedasen tan bien como a ella.

No pirateó el termostato. De momento. Estaba integrado en la red de sensores del edificio, entre ellos la cámara de la puerta y las que había por todo el apartamento. La reconocían incluso antes de entrar y encendían el climatizador antes de que le diese tiempo a cerrar la puerta, así que le llegaba solo una bocanada del aire claustrofóbico y viciado del apartamento cerrado antes de que el ruido de fondo del ventilador moviera una suave corriente de aire. Y lo que es más, vigilaban su casa mientras estaba en el trabajo y le enviaban imágenes de vídeo en directo si detectaban a alguien cuando ella no estaba allí. Eso le gustaba y la reconfortaba. En el

albergue de Arizona le habían robado dos veces y había adquirido la costumbre de llevar encima en todo momento las pocas cosas de valor que tenía. Era un alivio poder acumular más cosas de las que podía llevar encima.

El ascensor era otra historia.

Cuando se mudó a las Torres Dorchester, el edificio solo llevaba en uso unas semanas y apenas estaban ocupadas la mitad de las viviendas. A medida que se habían ido llenando los apartamentos, el número de personas que pagaban el alquiler a precios de mercado y que utilizaban los ascensores había aumentado, hasta el punto de que podías tardar cuarenta y cinco minutos en acceder al ascensor, y cuando este llegaba por fin al vestíbulo de los pobres, había tanta gente esperando que Salima acababa apretujada en su interior, con la cara en el sobaco sudado de alguien; si tenía suerte la apretaban contra la pared del fondo y no contra un desconocido. Estaba casi segura de que las veces que le había dado la sensación de que la manoseaban había sido un accidente por la cantidad de gente que iba a bordo del ascensor y de que no la habían manoseado de verdad, pero no podía estar segura del todo, y en cualquier caso seguía siendo desagradable.

Un día estaba sentada en la sala de estar de Nadifa, bebiendo té y observando al crío mayor hacer los deberes de repaso. Nadifa y ella llevaban más de veinte minutos quejándose de los ascensores —era un tema de conversación habitual entre los inquilinos de los pisos de protección oficial y daba mucho de sí—, cuando Abdirahim, el hijo de Nadifa, levantó la vista de sus ejercicios de matemáticas.

—Mamá, ¿por qué no utilizamos capitanes de ascensor?

—Haz los deberes.

Nadifa funcionaba por puro reflejo cuando se trataba de sus hijos y los deberes, pero al cabo de un instante añadió:

—¿Qué es un capitán de ascensor?

La sonrisa de Abdirahim fue luminosa.

—Es muy guay. En Japón, la primera persona en subir al ascensor es el capitán del ascensor. Tiene que apretar el botón de apertura de puertas hasta que suba todo el mundo y luego tiene que apretar el botón de cerrar puertas y los botones de los pisos. Si el capitán del ascensor se apea antes de que se vacíe el ascensor, el

siguiente ocupa su puesto.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Nos dieron una clase sobre normas no escritas en Estudios Sociales. Estoy haciendo un crédito extra sobre las normas no escritas en los centros de refugiados de Estados Unidos. A la profesora le encanta, se pone muy seria cuando hablo de eso. A los demás hijos de refugiados les parece divertidísimo.

—A mí no me parece que sea divertido —dijo Nadifa, adoptando un gesto inexpresivo—. Me parece que es una cuestión de respeto.

Se volvió hacia Salima, abrió la boca para volver a hablar y luego se volvió hacia Abdirahim.

—¿Por qué íbamos a usar un capitán de ascensor?

La sonrisa de él se volvió dos veces más grande.

—Podríamos turnarnos para estar en el ascensor por la mañana y por la tarde, en los momentos en que está más ocupado. Está claro que no se parará a recoger a un pobre si hay un rico que lo necesita, pero si hay un pobre dentro, tampoco parará a recoger a un rico hasta que el pobre se baje.

Nadifa murmuró la palabra «pobre» mirando a Salima y puso los ojos en blanco. Salima disimuló una sonrisa. Los niños sabían cómo eran las cosas y las decían tal cual. Salima y Nadifa empezaron a entender el plan. Era elegante y sencillo, así que no había muchas cosas que pudieran salir mal. Y aprovechaba la circunstancia de que los ricos no quisieran tener nada que ver con ellas para utilizarla en su contra.

—Haz tus deberes —dijo Nadifa en tono serio, pero la sonrisa con que miró a Salima era idéntica a la de Abdirahim.

Salima murmuró las palabras «chico listo» y Nadifa asintió con la cabeza.

Las dos semanas con los capitanes de ascensor fueron las mejores en la corta historia del edificio. De 7:30 a 8:45 de la mañana y de 5:15 a 6:30 de la tarde, hubo efectivamente un ascensor exclusivamente reservado para uso de la parte pobre del edificio, que eran diez pisos de un total de cincuenta y seis. Eso hacía que a los ricos les quedaran quince ascensores, por lo que, al principio, es posible que ni siquiera se diesen cuenta de que los vecinos invisibles que vivían en los espacios más apartados del

edificio subían y bajaban en cuestión de minutos, en vez de tener que esperar horas o subir andando.

Pero alguien se percató. Nadifa llamó a Salima al trabajo ocultando su preocupación detrás de su enfado.

—Estaban esperando en el recibidor. ¡Tres guardias de seguridad! ¡Tres!

Y, por supuesto, el capitán de ascensor en ese momento tenía que ser Abdirahim. Salima incluso le había comprado una gorrita militar en la tienda vintage que él llevaba ladeada en sus turnos con un aire casi indecentemente presumido.

Acababa de bajar a la planta baja y estaba apretando el botón de cerrar puertas con los reflejos de un niño de trece años habituado a jugar a videojuegos, cuando se abrió la otra puerta, la de los ricos; esa puerta no se había abierto jamás mientras uno de ellos estaba en el ascensor.

Los tres guardias de seguridad preguntaron a Abdirahim su nombre y le pidieron los papeles, y cuando este les dijo que estaban en su casa, en el piso cuarenta y dos, no le dejaron ir a buscarlos. En vez de eso, lo llevaron al sótano, utilizando sus llaves maestras para manipular los controles del ascensor. Lo metieron en un cuarto sin ventanas con la puerta reforzada y cámaras en todos los rincones y cerraron la puerta.

Al cabo de un largo rato, entraron a interrogarlo. Él sabía que era tarde y que su madre estaría preocupada, aunque no histérica, porque Nadifa no se ponía histérica. Furiosa, sí. Histérica, nunca. Y furiosa era mucho peor, la verdad. Eso tenía en la cabeza cuando les explicó lo del capitán de ascensor a los guardias de seguridad, que le interrogaron y no quisieron darle agua ni le dejaron ir al baño hasta que la última gota de agua de su cuerpo acabó en su vejiga e intentó escapar desesperadamente.

Le hicieron repetir la historia una y otra vez, y él se echó a llorar, porque aquello le recordó a los interrogatorios que le habían hecho en los campamentos, cuando era muy pequeño, y luego otra vez cuando llegaron a Estados Unidos, siendo un niño. Habían sido tiempos difíciles. Su padre se estaba muriendo e intentaba que no se le notara: se sentaba muy erguido y respondía a una pregunta tras otra, rezando para que no reparasen en su enfermedad y la utilizaran como una excusa para expulsar a toda la familia.

El recuerdo de esa época lo sobrepasó, así que empezó a sollozar y dejó de contestar a sus preguntas. Entonces fue cuando por fin llamaron a Nadifa, que se puso furiosa, pero no con él: les recriminó a gritos que estuvieran traumatizando a un niño, les preguntó cómo se llamaban y les pidió el número de placa, y hasta sacó el teléfono y lo grabó todo, incluso a su hijo llorando, cosa que hizo que él se avergonzara, pero aun así no pudo parar.

Nadifa les juró que eso tendría repercusiones, y Salima pensó que probablemente sería cierto, pero que los peor parados serían ellos mismos.

Y así fue.

Los ascensores tenían cámaras, por supuesto, y el software de reconocimiento facial tardó diez segundos en proporcionar una lista de todos los residentes pobres que habían utilizado el sistema de capitanes de ascensor, con las horas y las fechas de los viajes. La dirección del edificio tardó un día en incluir esos registros en unas cartas para advertir a todos los participantes de que habían violado el contrato de alquiler, que prohibía «manipular, inactivar, cortocircuitar, desconectar, dañar o modificar» cualquiera de los sistemas del edificio. Cualquier otra violación conduciría al inicio del procedimiento de desahucio. Estaban advertidos. Y el que avisa no es traidor.

Fue humillante que se dirigieran a ellos de ese modo. Incluso para Salima, a quien habían sometido a las vejaciones más degradantes —registros, confiscaciones, castigos colectivos y rastreo de sus datos y recuerdos más íntimos para encontrar una excusa para negarle su condición de humana—, fue doloroso. Después de años dando tumbos, por fin había empezado su vida de verdad, con una casa, un trabajo y amigos que eran casi una familia. Aquello fue un recordatorio de que su vida actual no era más que una superficie muy fina que recubría el mundo en el que había vivido antes.

Hasta entonces, el mundo había estado dividido entre las personas que la rodeaban, las personas que la conocían y ella. La mayoría eran personas que la querían y la apoyaban, y ella las apoyaba a su vez. Algunas eran malas personas que querían hacerle daño —los campamentos no eran ningún paraíso—, pero incluso en ese caso era algo personal.

Sin embargo, había otro mundo, tan vasto que no alcanzaba a

imaginarlo, de personas que no la conocían de nada pero que tenían su vida en sus manos. Los que acudían en masa a las manifestaciones contra los refugiados. Los políticos que clamaban contra la plaga de terroristas que se ocultaban entre los refugiados, y los que hablaban en clave sobre «asimilación» y decían que eran «demasiados y llegaban demasiado deprisa». Los soldados, los policías y los guardias que la apuntaban con sus armas y le gritaban órdenes. Los burócratas a los que no veía nunca y que rechazaban sus documentos por razones abstrusas que no alcanzaba a entender, y los burócratas que la miraban a los ojos y rechazaban sus documentos sin darle explicación alguna.

Ahora había un nuevo grupo en esta última clase, tan lejano como las causas del clima: la compañía que dirigía el edificio y su impresora láser, imprimiendo amenazas de desahucio para personas cuyos nombres desconocían y cuyos rostros no habían visto, por unas transgresiones ridículas y unas normas humillantes.

Los capitanes de ascensor habían sido un buen motivo de diversión, un modo de que los que entraban por las puertas de los pobres y vivían en los pisos de los pobres tuviesen la sensación de ser ratones burlándose de los gatos. Las cartas los pusieron en su sitio: eran cucarachas delante del fumigador.

En realidad, los ascensores no estaban mejor programados que el Disher, el Boulangismo, el termostato o cualquier otra cosa. La gran diferencia era el acceso. Podía desmontar el lavavajillas en la cocina sin tener que dar explicaciones a nadie, pero si intentaba hacer algo parecido en el pasillo, delante de las cámaras y los vecinos, la situación sería muy distinta.

Para piratear los ascensores tendría que inutilizar las cámaras y luego trabajar en plena noche, y aun así correría el riesgo de que la pillaran, por lo que necesitaría un disfraz, un uniforme de empleado de mantenimiento. Y tal vez pudiese quitar las luces y sustituirlas por luces de trabajo. Empezó a imaginarse la escena: ella arrodillada con un mono ancho y una gorra calada, las luces apagadas y los focos iluminando directamente la cara de los cotillas. Era una ensoñación divertida, y le gustaba pensar que alguien podría descubrirla y cómo evitar que la atraparan. Era una manera especialmente buena de recuperarse del cansancio de subir treinta y

cinco pisos, o de la frustración de esperar cuarenta y cinco minutos con una olla de tagine cada vez más fría de la tienda de la esquina en la mano mientras el olor la volvía loca.

Se comió el tagine frío con un vaso de delicioso retsina barato —la bebida favorita de muchos refugiados que habían pasado por Grecia, y ahora también muy apreciado entre los otros refugiados gracias a su popularidad en los campamentos— y contempló por su minúscula ventana cómo Boston se extendía a sus pies, el río Charles crecido hasta los diques, la gente como hormigas volviendo a casa bajo la luz de las farolas a medida que caía sobre ellas la temprana noche otoñal. Fantaseó con las luces de trabajo de alta visibilidad, con las herramientas que utilizaría para quitar el panel de control de los bomberos para dejar al descubierto el puerto USB que había debajo, con las maneras sutiles en que alteraría los algoritmos del edificio de modo que la gente sin rostro no detectara nunca su intrusión.

Sonó el timbre de la puerta y la pantalla le mostró a Abdirahim extrañamente distorsionado por el autofoco de la cámara, pues su rostro estaba más de treinta centímetros por debajo del objetivo, colocado a la altura de un adulto. Abrió la puerta y él pasó, la miró, miró el tagine y el vino, y después de nuevo a ella.

—¿Has comido?

Era una frase que la madre de Abdirahim les decía a todos los que cruzaban su puerta, incluso cuando no tenía nada que compartir con ellos. A Salima antes le irritaba, pero ahora ella la decía mecánicamente en las raras ocasiones en que alguien entraba en su casa.

—Sí —respondió Abdirahim demasiado deprisa.

—Pero aún tienes hambre.

No era una pregunta. Recordaba haber tenido trece años: siempre con hambre. Le sacó un plato y le puso un poco de tagine, y luego encontró una pita y la metió en el horno para calentarla. Cuando terminó de comer, el crío la miró con los ojos muy abiertos.

—¿El tuyo funciona?

Ella tardó un momento en entender a qué se refería: el horno.

—Funciona —dijo—. Lo arreglé. —Luego añadió con cierto orgullo—: Y el lavavajillas también. Y el termostato. Y la nevera.

—Enséñamelo.

—Come primero.

La comida apenas tocó su boca mientras la engullía. Ella sintió que debería hacerle comer más despacio in loco parentis, pero tenía tantas ganas de enseñárselo como él de que se lo enseñara. Cuando él le había dicho «Enséñamelo», ella se había dado cuenta al instante de que hacía tiempo que estaba deseando compartir sus conocimientos secretos.

Cuando terminó, Salima metió los platos en el lavavajillas y lo llamó por gestos para poder mostrarle la pantalla de arranque mientras ponía a prueba el Disher con los imaginativos gráficos que había instalado: unos platos antropomórficos con gesto de enfado duchándose bajo la lluvia característica del Disher. Él dio palmas, se rio y le pidió ver el resto, así como también que le enseñara cómo hacerlo.

Dicen que no sabes cómo hacer algo de verdad hasta que se lo enseñas a otra persona. Mientras Salima repasaba las instrucciones, comprendió que la primera vez se había limitado a seguir los pasos de una receta y lo mucho que había aprendido desde entonces, porque los pasos habían pasado a tener sentido. Pudo explicarle a Abdirahim el porqué de cada paso, casi con tanta precisión como el qué y el cómo, y su corazón latió y la sangre se le aceleró al experimentar ese dominio.

Comprendió que ese era el antídoto contra la sensación de que había gente lejana a la que no llegaría a conocer nunca y que tenía un poder omnímodo sobre ella. Poder controlar los ordenadores que la rodeaban, en lugar de que ellos la controlaran a ella.

—¿Lo ves? —dijo por fin, como si acabara de comprenderlo y el descubrimiento la hubiese dejado atónita y asombrada como un profeta—. Si alguien quiere controlarte con un ordenador, tiene que poner el ordenador donde tú estás, pero ellos no están ahí, así que puedes acceder al ordenador sin que te vean. Un ordenador al que puedes acceder sin que te vean es un ordenador que puedes cambiar, porque en el fondo todos estos ordenadores son iguales. Cuando accedes a los programas que hay bajo la superficie, te das cuenta de que un horno, un lavavajillas y un termostato son el mismo ordenador para cosas diferentes. Una vez sabes cómo controlar ese ordenador, puedes controlarlos todos.

Mientras las palabras salían de sus labios, su fervor mesiánico

fue convirtiéndose en una duda intranquila, la conciencia de que estaba gritándole triunfal a un niño pequeño que había salido de un albergue temporal para refugiados hacía apenas unos meses, y se sintió absurda y frívola. Pero luego vio el brillo en los ojos de Abdirahim, que era el mismo de sus ojos, y supo que los dos estaban compartiendo la misma visión.

—Nuestro lavavajillas y la cocina llevan semanas sin funcionar —dijo él.

—Pobrecillos. —Ni siquiera se había parado a pensarlo. Había guardado el secreto de lo que hacía, porque era potencialmente peligroso y no quería que Nadifa lo descubriese. Pero eso había sido antes de la visión—. Algo habrá que hacer —dijo extendiendo la mano—. Vamos a ver a tu madre.

Se acordó de coger el retsina cuando iba camino de la puerta.

Puede que a Nadifa le hubiese disgustado la idea de piratear los electrodomésticos de la familia, pero eso era antes de pasar dos semanas cuidando de los niños sin horno ni lavavajillas. Los apuros de tener que comer todo frío o de gastar un dinero que no tenía en comida para llevar habían ablandado cualquier objeción que pudiera alegar, y, mientras observaba a Abdirahim enseñar a sus hermanas cómo liberar los principales electrodomésticos del apartamento, irradiaba orgullo maternal.

—Se le da bien —comentó Salima—. Solo se lo he enseñado una vez y ahora…

—¿Crees que nos traerá complicaciones? Digo con el edificio, son los dueños de los electrodomésticos.

Salima se encogió de hombros.

—Ellos se llevaban una parte del dinero que gastábamos antes, por el pan especial, el jabón y demás. Pero ahora que las dos empresas han quebrado, no contarán con seguir cobrando dinero. Claro que si las compañías llegan a recuperarse de la quiebra y se percatan de que nadie está utilizando sus productos…

Nadifa asintió con la cabeza.

—Eso sí que sería una complicación.

Se quedó mirando a sus hijos, que habían quitado la tapa del termostato y estaban viendo con avidez un vídeo en la gran pantalla que había al lado, donde una persona con el cuerpo mapeado para

que pareciera un conejo gigante estaba explicando cómo hacer que volviera al modo de depuración desde el que aceptaría comandos que permitirían invalidar los comandos centrales.

—Pero si solo somos nosotras dos, ¿lo descubrirán?

Salima volvió a encogerse de hombros.

—Si el sistema está bien diseñado, sí. Sería muy raro que nuestros apartamentos produjesen muchos menos beneficios que los demás. En un sitio donde trabajé vi que dos cajas de autoservicio de una farmacia estaban produciendo un 20 por ciento menos de beneficio que las demás. Al principio pensé que estaban averiadas, pero después de revisarlas, e incluso de cambiarlas de sitio, siguieron produciendo un 20 por ciento menos que la media. Las enviaron a analizar y comprobaron que las habían pirateado y que nos estaban timando.

—Pero tú eres buena en tu trabajo, y te importan esas cosas.

Idea tácita: en los pisos para pobres de las Torres Dorchester no había nadie bueno en su trabajo a quien le importase nada.

—Estoy segura de que les interesa el dinero. Pero tal vez el protocolo no esté tan bien diseñado. —Se quedó meditando—. No sé. Seguro que les preocupa mucho el dinero, así que probablemente eso será lo que más cuiden. Lo investigaré. Tiene que haber más gente en la misma situación.

Los chicos comprobaron con éxito las modificaciones que habían hecho en el termostato y volvieron a poner la tapa, luego miraron de aquí para allá en busca de más cosas que piratear.

—No olvidéis la nevera —dijo Nadifa—. Esa es divertida. Muy puñetera.

Corrieron a la pantalla y empezaron a teclear, después de enviar a Idil, la mayor, a leer el número de modelo en la etiqueta que había en el interior.

Salima sabía que los chicos no se detendrían en su propio apartamento. A veces se los encontraba en los pasillos corriendo de un apartamento a otro. La sensación que eso le producía era difícil de calificar: orgullo y emoción, pero también inquietud, además de una sensación de náusea e impotencia, un eco del rugido sordo que había notado en el estómago cuando llegó a casa y encontró la amenaza impresa con láser pegada a la puerta, a todas sus puertas.

En los ascensores, Salima oía susurros: «¿Ya lo habéis hecho en vuestra casa? Es muy fácil. ¡He vuelto a hornear pan! Encontramos unos platos preciosos en una tienda de segunda mano, qué gozada poder lavarlos en la máquina. ¡Mi chico lo hizo como si nada!».

Luego, una noche, llamaron a la puerta, flojito pero con apremio. Abrió y encontró a Abdirahim, con los ojos como platos y muy agitado. Se le aceleró el pulso, las axilas empezaron a sudarle y pensó: «¡Oh, no, nos han pillado!».

—Cuéntame —dijo, haciéndole pasar.

—He hecho lo mismo que siempre —dijo—. Un horno. He liberado muchos. Pero algo ha ido mal y ni siquiera se enciende.

Ella soltó un suspiro de alivio. Había bloqueado el horno de algún pobre desgraciado, pero no había hecho que los desahuciaran a todos.

—Vayamos a ver.

Por supuesto, había foros sobre esa eventualidad. Abdirahim no era el primero que bloqueaba un electrodoméstico. Había trucos para reiniciarlo en modo de emergencia y reinstalar laboriosamente el sistema operativo original, y luego empezar de nuevo. Utilizó a Abdirahim de ayudante, para que le leyera las instrucciones y buscara ayuda cuando recibían un inesperado mensaje de error.

El dueño del horno era un viejo serbio que nunca le había dirigido la palabra, aunque habían subido juntos y esperado el ascensor en el vestíbulo muchas veces. Ella había dado por sentado que era racista, porque esa era normalmente la razón por la que los blancos no le dirigían la palabra. No se lo tomaba como algo personal. Había gente muy ignorante.

Pero por lo visto era muy tímido y cohibido, y no (necesariamente) racista. Les ofreció té y les sirvió galletas que contó con cuidado de un paquete que sacó de un armario casi vacío, en el que Salima vio un enorme tarro de mantequilla de cacahuete del banco de alimentos y poca cosa más. Se excusó por tener que ir al baño cuatro veces mientras trabajaban, y ella oyó el doloroso goteo de un anciano con la próstata agrandada.

Hubo un momento en el que estuvo a punto de rendirse. El horno ni siquiera mostraba la pantalla del gestor de arranque, y estaba en peor estado que cuando empezaron. Pero el anciano parecía muy preocupado, y ella sabía que no podría permitirse

comprar un horno nuevo. Imaginó las comidas frías a base de galletas y mantequilla de cacahuete con las que habría sobrevivido desde que quebró Boulangismo.

Así que Abdirahim y ella volvieron al paso uno, comprobándolo todo —todo— de manera muy metódica. Por fin, repararon en que aquel horno era en realidad un modelo más reciente que el que tenían los demás inquilinos —idéntico en apariencia, pero con un número de modelo al que le faltaba una letra—, y cuando lo investigó descubrió otras instrucciones totalmente distintas que sí funcionaron. Acabaron pasada la una de la madrugada, pero aun así bajó a su piso y volvió con ingredientes para preparar unos sándwiches de queso gratinado y pan casero, y celebraron un festín nocturno que le dio ardor de estómago pero que valió la pena.

La vez siguiente fue un crío al que ni siquiera conocía quien llamó a su puerta y le pidió ayuda con una pantalla bloqueada. Por lo visto, Abdirahim le había contado a su ejército de irregulares de las Torres Dorchester que ella era una fuente fiable de asesoramiento tecnológico para un nivel de emergencia dos.

La tercera vez que ocurrió, comprendió que necesitaba adelantarse a los acontecimientos si quería volver a tener un momento para ella misma.

—Abdirahim —dijo mirando fijamente al chico hasta que él la miró a los ojos. La presencia de Nadifa ayudó.

—¿Sí, tía?

Solo la llamaba así cuando estaba en un aprieto. Las demás veces era «Salima» o, con estudiada familiaridad estadounidense, «Sally», una novedad que a ella no acababa de gustarle.

—Lo que estáis haciendo tus amigos y tú es peligroso. Te van a pillar y vais a hacer que pillen también a la gente que vive aquí. ¿Te acuerdas de lo que pasó con los capitanes de ascensor?

—Sí, tía.

—No querrás que vuelva a pasar, ¿verdad?

—No, tía.

—Tampoco queremos que echen a nadie a la calle.

—No, tía.

—Pues quiero que mañana, después del colegio, traigas a todos tus amigos a mi casa. A las cinco de la tarde. Diles que el que no venga no podrá volver a liberar nada.

Él mostró su sorpresa.

—¿Quieres decir que si venimos, podremos seguir haciéndolo?

Ella sonrió y miró a Nadifa a los ojos.

—Claro, cariño. No vamos a dejar de quebrantar las normas. Solo vamos a hacerlo con inteligencia.

Compró cosas de merendar para los niños, más de las que pensó que necesitaría, pero no fue suficiente. No paraban de llegar y llamar a la puerta, hasta que optó por dejarla abierta, y luego siguieron llegando y entrando en el apartamento. Diez niños. Veinte. Cuarenta. Luego perdió la cuenta. Se metían en el baño e intercambiaban bolsas de caramelos y pretzels. Se amontonaban en la cocina y se ponían de pie en la encimera. Uno de ellos se sentó en la pila.

—Silencio, por favor, silencio —se hacían callar unos a otros.

Ella se volvió hacia Abdirahim.

—¿Ya están todos?

El crío alargó el cuello para mirar la habitación.

—Creo que sí.

Ella lo miró y negó con la cabeza.

—Cierra la puerta, por favor, y que alguien encienda el aire acondicionado.

Notó el olor caprino y almizcleño de muchos niños en diferentes fases de la pubertad en un sitio cerrado, un olor que la devolvió a los dormitorios para niños de los campamentos donde había estado.

—Quiero empezar diciendo que estoy muy orgullosa de todos vosotros. Habéis aprendido habilidades muy importantes, y habéis ayudado a vuestros vecinos cuando lo necesitaban. Pero sabéis que lo que habéis hecho, y lo que yo hice, va contra las normas, y ahora sucede tan a menudo que cada vez va a ser más difícil que no nos pillen. Y que nos pillen no es una opción. ¿Sabría alguien decirme por qué?

Se alzó un bosque de brazos y ella volvió a notar una vaharada de aquel olor. Señaló a una niña gordita de expresión astuta.

—¿Porque nos echarían a todos del edificio?

Salima asintió con la cabeza.

—¿Y por qué más?

La niña se quedó pensando un momento.

—¿Porque también echarían a las personas a las que hemos ayudado?

Salima volvió a asentir con la cabeza.

—Muy bien.

Le alegró saber que los niños conocían los riesgos. También le asustó oírselo decir en voz alta, y aún le asustó más pensar en lo imprudentes que habían sido a pesar de entender los riesgos.

—He estado investigando, porque no sé más que vosotros de estas cosas. Aprendí viendo los mismos vídeos y leyendo los mismos foros que vosotros. Pero no somos los únicos que estamos pasando por esto y se ha hablado mucho del asunto. Las compañías que crearon Disher y Boulangismo las han comprado otros propietarios que afirman que pronto volverán a estar en línea, así que tenemos que pensar en cómo seguir a salvo cuando eso ocurra.

Se detuvo para cerciorarse de que todos la seguían. Eso de que unas empresas lejanas entrasen en bancarrota era bastante esotérico. ¿Qué pensaban esos críos de los electrodomésticos que pirateaban? ¿Los veían solo como aparatos que extrañamente habían dejado de funcionar y con los que tenían que apañárselas, igual que con las pantallas táctiles del refugio? ¿O los veían como el enemigo, algo con lo que estaban en guerra, las armas de un adversario lejano que quería someterlos a su voluntad?

—Lo cierto es que nadie parece saber con exactitud cómo controlan esas compañías lo que hacemos, sobre todo después de la llegada de los nuevos dueños. A muchos de los programadores los han despedido y algunos están en esos mismos foros, o al menos eso dicen, y hay una auténtica carrera para ver quién encuentra un método fiable de engañar a los controladores para que piensen que no los hemos pirateado. Vamos a tener que cambiar los electrodomésticos de la gente para que generen alguna ganancia para las empresas, porque si no llega ningún dinero de las Torres Dorchester se darán cuenta, ¿lo entendéis?

Muchos asintieron con la cabeza. Estaban siguiendo lo que decía. Eran chicos listos, pensó, chicos que se pasarían toda la vida engañando a artilugios diseñados para controlarlos a ellos.

—He aquí nuestra misión —prosiguió Salima—: vamos a leer todos los foros y a recopilar todo lo que encontremos, averiguaremos quiénes parecen saber de lo que hablan y luego

volveremos a cada apartamento y modificaremos todos los electrodomésticos para que sean seguros. Eso suponiendo que encontremos un plan decente. Si llegamos a la conclusión de que nadie sabe de lo que habla, restauraremos los valores de fábrica en todos los electrodomésticos. —Eso causó gemidos e incluso unos cuantos gritos de queja, pero ella levantó los brazos—. Lo sé, lo sé. Pero es mejor tener electrodomésticos estropeados que no tener casa. De todos modos, en el mundo hay millones de personas en nuestra misma situación, y todas están intentando buscar una solución, así que a lo mejor no es tan difícil. Sé que leer los foros no es tan divertido como manipular los electrodomésticos, pero si queréis seguir liberándolos, tendréis que investigar.

El apartamento estaba demasiado abarrotado para hacer un turno de preguntas y respuestas, pero Abdirahim levantó la mano de todos modos. Ella le dio la palabra.

—Tía, solo hay una cosa que no entiendo.

—¿Solo una? —dijo sonriendo, y él le devolvió la sonrisa.

—Por ahora. Cuando llevo un cuaderno al colegio puedo escribir lo que quiero en él. No tengo que preguntar a la compañía que fabricó el bolígrafo o a la tienda que me vendió el cuaderno cómo utilizarlos. Puedo arrancar las páginas y hacer aviones de papel, o hacer garabatos o copiar lo que dice el profesor. Cuando me pongo un par de zapatos, puedo llevar los calcetines que me apetezca. Puedo ir donde quiera con mis zapatos. Puedo limpiarme con cualquier tipo de papel higiénico… —Eso produjo algunas risas—. Pero no puedo tostar cualquier pan en mi horno.

Ella esperó. El crío se esforzaba por encontrar las palabras.

—¿Cuál es tu pregunta, Abdirahim?

Él negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Supongo que no lo sé. Solo quiero entender por qué puede ir contra la ley escoger el pan, pero no escoger los calcetines. ¿Por qué es diferente un horno de unos zapatos?

Ella abrió la boca para responder, pero comprendió que no sabía la respuesta. Hasta ese momento había sentido que tenía un conocimiento intuitivo de cuáles eran los objetos con normas y cuáles los objetos sin normas, lo veía tan claro que ni siquiera había puesto nombre a las dos categorías hasta ese instante. Ahora, al intentar buscar una norma para explicar la diferencia entre ambas,

descubrió que no podía.

—Es una pregunta excelente —dijo por fin—. ¿Por qué no investigas la respuesta y nos dices qué has averiguado?

El crío puso los ojos en blanco y soltó un gemido, aunque parecía animado por la dificultad. Era cierto que era un chico muy listo. Después, Salima echó a todos los niños del apartamento, charlando, bromeando, empujándolos e imitando sus gestos. Cuando se fueron el olor se quedó, y encendió el aire acondicionado al 140 por ciento de su capacidad teórica, un valor que le había desconcertado cuando pirateó el termostato. Pero ahora lo agradeció.

Intentó irse a dormir, pero la pregunta de Abdirahim siguió rondándole por la cabeza, así que plegó la cama para convertirla en sofá y estuvo trabajando ante la pantalla un par de horas, hasta que descubrió con alivio que leer sobre leyes relativas a la tecnología era mejor que una pastilla para dormir.

Algo en la mujer que había de pie a su lado en el metro llamó su atención. Salima no la conocía, pero le resultaba muy familiar. Le echó varias miradas de reojo y de pronto cayó: el logotipo en la tarjeta de identidad de la mujer, que colgaba de una cinta a la altura de sus ojos. Salima conocía ese logotipo, aunque llevaba meses sin verlo: era el logotipo de Boulangismo, una rebanada de pan estilizada en una línea continua, con tres líneas curvas de calor irradiando de ella.

La mujer se dio cuenta de que la estaba mirando y trabaron contacto visual. Era joven, blanca y tenía el pelo castaño enmarañado, y llevaba esas lentes de contacto que utilizaban los informáticos para pasarse el día delante de la pantalla sin que se les alterase el patrón del sueño. La luz de los anuncios de la parte superior del vagón arrojaba sobre ellas un brillo multicolor.

—¿Boulangismo? —dijo Salima.

—Sí —asintió la mujer con entusiasmo.

—¿Están en Boston?

—Ahora sí. Lo adquirió un fondo de la Ruta 128, y nos contrataron a un grupo de alumnos del MIT para ponerlos de nuevo en forma y que vuelvan a funcionar.

La mujer era más joven de lo que Salima había pensado,

probablemente aún no hubiese acabado la carrera o fuese una joven estudiante de posgrado. Salima intentó imaginarse a los niños que habían abarrotado su apartamento como compañeros de clase de esta joven, dejándose tentar para dejar los estudios por una empresa adinerada. Eran listos, pero ¿lo serían lo suficiente? ¿Cuán listo había que ser? De pronto quiso saber más sobre la mujer.

—¿Tienes un Boulangismo?

Salima asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

La mujer resopló.

—No, por Dios. Quiero decir que es un modelo de negocio que… ¿pan autorizado? No metería uno de esos en mi casa ni aunque me pagaran. ¿Cómo se te ocurrió comprarlo?

—No lo compré. Venía con el apartamento.

—Desenchúfalo y mételo en un armario. Cómprate un horno de verdad.

Eso, tal cual, no se le había ocurrido nunca a Salima. No tenía ni idea de cuánto costaría un horno. Probablemente podría permitírselo. Aunque no es que tuviese mucho sitio en los armarios. Y además estaban todos los de los otros pisos para pobres, los ancianos, los que tenían niños, los que carecían de sus destrezas o no sabían inglés. No podía comprarles hornos a todos…, y no digamos lavavajillas y los demás electrodomésticos.

—No pareces tener muy buena opinión de ellos.

La mujer puso los ojos en blanco.

—Es un buen trabajo y los retos técnicos son interesantes. Demonios, hasta las unidades más básicas funcionan bien. Pero el bloqueo es espantoso.

Salima no pudo contenerse.

—Yo también lo creo.

—Han traído un equipo para identificar a las personas que están desbloqueando sus unidades, una patrulla de soplones. Ese sí que es un trabajo que nunca aceptaría. Hay que tener principios.

Se habían pasado la parada de Salima. No le importó. Siempre podía volver. La conversación era demasiado interesante para ponerle fin.

—Me llamo Salima.

—Yo Wyoming —dijo la chica, y se dieron la mano. Sus manos

eran finas e inteligentes, manos de mecanógrafa.

Aunque estaban en un sitio muy público, Salima creyó notar una burbuja de falta de atención a su alrededor: esa cosa tan urbana de fingir que no ves a la gente que se apretuja contra ti. Era una habilidad que había desarrollado en los campamentos, donde había muchas ocasiones en que era necesaria para conservar la cordura.

—¿Cuándo crees que volverán a funcionar los servidores? —preguntó Salima.

El tipo que tenía al lado se puso de pie para apearse al llegar a la siguiente estación. ¿De cuántas paradas más dispondrían? Salima decidió quedarse una parada más que Wyoming, apearse, cruzar al andén opuesto y volver a casa. Si se apeaba en la misma, parecería que la estaba acosando.

Wyoming se sorprendió al oír la pregunta.

—¡Mierda! Ni siquiera me había parado a pensarlo. Debe de haber sido una putada para vosotros. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Cuatro meses? ¿Cinco? ¿Sin horno? Debes de estar harta de esperar, ¿no?

—Cinco meses —dijo Salima—. Desde luego, se ha hecho largo.

—Pobrecilla. Yo habría desbloqueado el mío. Muchos lo han hecho, de verdad, pasarán meses hasta que lo resuelvan. Y tampoco culpo a los usuarios. Quiero decir que… ¡uf!

—Estoy de acuerdo.

Las dos se rieron. El vagón se había quedado casi vacío, y solo faltaban dos paradas hasta el final de la línea. ¿Dónde vivía esta chica? Con un buen salario de programadora, podría permitirse un buen piso en el centro de Cambridge, no uno aquí en Needham.

Salima decidió arriesgarse. Le gustaba esa mujer.

—¿Es difícil desbloquearlos?

—No, no es nada difícil…, quiero decir, ¿cómo iba a serlo? Mira, es solo seguridad básica, matemáticas básicas. No hay más que instalar un programa en el horno que te permita saltarte el comprobador del pan. Pero nosotros no queremos que lo hagas, así que hemos añadido algo al sistema operativo que comprueba si el programa que estás utilizando está autorizado. Para comprobarlo, miramos una firma criptográfica y nos aseguramos de que el programa esté firmado con una clave privada que es secreta.

»Deja que vuelva atrás. En el mundo de la criptografía concebimos las claves privadas y públicas así: por parejas. Lo que

codifica la clave privada solo puede descodificarlo la clave pública, y viceversa. Si la clave pública lo descodifica es que lo ha codificado la clave privada. Si la clave privada puede descodificarlo es que lo codificó la clave pública. ¿Entiendes?

De pronto, muchas cosas que había leído en los foros empezaron a tener sentido. Las claves públicas y privadas iban en parejas. Lo que una hace la otra lo deshace.

—Puedo codificar un mensaje con tu clave pública y mi clave privada, y solo tú puedes leerlo y saber que lo he escrito yo —apuntó Salima.

Le había costado, pero poco a poco la comprensión se fue apoderando de ella. Era tan elegante…

—Exacto. El caso es que cualquier Boulangismo se envía con la clave pública de la compañía, y todas las actualizaciones están firmadas con la clave privada. Si la clave pública puede descodificar esa firma, el horno sabe que puede confiar en la actualización, porque tiene que haberla firmado alguien que ha utilizado las claves de la compañía.

Más comprensión, como en la escena final de una novela de misterio en la que todas las pistas encajan y la confusión se transforma en una serie de sucesos ordenados. Estuvo a punto de interrumpirla, pero se contuvo porque creyó saber adónde conducía todo eso y no quiso alertar a esa desconocida dándole a entender que sabía más de la cuenta. Era una mujer agradable, desde luego, pero trabajaba para el enemigo.

—Debería funcionar el cien por cien de las veces, porque las matemáticas funcionan. Algo que se ha codificado con una mitad del par de claves solo puede descodificarse con la otra mitad. Harían falta miles de millones de años para falsificarlas, aunque pusiésemos a trabajar a todos los ordenadores del mundo en eso. Pero hay un punto débil.

A Salima se le aceleró el corazón. Sabía lo que Wyoming iba a decir a continuación, porque el misterio estaba en su acto final y ella iba por delante del detective mientras este revelaba quién era el asesino y los detalles del crimen.

—La clave pública que comprueba tu Boulangismo está almacenada en tu propio Boulangismo. Está enterrada en un chip de seguridad que se supone que no puede cambiarse, pero hay tantas,

tantísimas maneras de hacerlo… A veces hay un fallo en el chip de seguridad, algo que te permite cambiar la clave. Más a menudo, existe una secuencia de arranque, en la que el ordenador de Boulangismo aprende qué clase de ordenador es y dónde tiene que buscar las claves públicas. Eso también está almacenado en un lugar seguro, pero tiene que haber maneras de actualizarlo porque los programadores cometemos errores y, cuando eso pasa, los malos pueden piratearnos, así que necesitamos poder enviarte un código nuevo para tus electrodomésticos.

»De modo que el dueño de un Boulangismo se conecta a la red, averigua cómo cambiar la clave, o cómo cambiar dónde busca la clave el ordenador, y la cambia por una clave para la que tiene una clave privada, y de ese modo puede firmar cualquier código y hacer que el Boulangismo lo ejecute. Boulangismo contrató a ingenieros cualificados para que se pasasen años bloqueando sus productos y, en unas pocas horas, unos adolescentes con equipos de aficionados consiguen derrotarlos. No es que los programadores fuesen idiotas, pero desde luego hicieron una idiotez.

Salima sonrió.

—Pero ¿tú no haces esa idiotez? ¿Te dedicas a otra cosa?

Wyoming le devolvió la sonrisa.

—Eso es. Antes preferiría comer cristales rotos que hacer esa gilipollez. Yo trabajo en la cocina adaptativa… Ya sabes, utilizar sensores para asegurarnos de que la comida esté perfecta. Es muy satisfactorio y delicioso, porque de vez en cuando hacemos un banco de pruebas donde cocino algunas cosas.

—Eso sí que es un buen incentivo.

—Sí, y también hay un gimnasio, lo cual está muy bien porque solo llevo dos semanas y he engordado un kilo y medio.

El tren llegó a una estación y oyeron al conductor anunciar algo incomprensible por la megafonía. Sorprendida, Salima comprendió que les estaba diciendo que habían llegado al final de la línea y que todos tenían que apearse. Se puso en pie e intentó pensar cómo quedarse en el andén y volver sin que Wyoming se diese cuenta de que se había quedado en el vagón solo para sonsacarle información.

Wyoming se encogió de hombros y se puso la mochila al hombro mientras Salima cogía su monedero y se lo colocaba debajo del brazo. Las dos se apearon del tren y fueron hacia las escaleras

mecánicas que llevaban a la superficie. Salima se resignó a perder el billete y a salir a la calle, dar la vuelta a la manzana y volver a entrar en la estación.

Al llegar al pie de las escaleras mecánicas, Wyoming le puso una de sus manos inteligentes de dedos largos en el brazo y la apartó a un lado.

—Tengo que confesarte una cosa —dijo algo ruborizada.

—¿Ah?

—Mi estación estaba unas ocho paradas atrás. Estaba tan a gusto hablando contigo que me he quedado en el tren. No sé, no tengo muchas ocasiones de hablar de mi trabajo. Y tú sabes escuchar.

Salima no se contuvo. Se rio.

—Mi parada también está más atrás. En Green Street. Me interesaba tanto la conversación que…

Wyoming abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la boca.

—¿Lo dices en serio…? —dijo soltando una risita.

Salima también se rio, y sus risas se alimentaron mutuamente hasta que el conductor anunció que el tren del que se habían apeado estaba listo para embarcar y volvieron tambaleándose a los asientos que acababan de dejar vacíos.

En el viaje de vuelta, Salima se enteró de que Wyoming era de Cincinnati, que había estudiado Ingeniería Electrónica e Informática en el MIT y que luego había empezado un máster en Matemáticas Aplicadas, momento en el que el reclutador de Boulangismo le hizo una espectacular oferta por firmar con ellos: acciones de la nueva compañía que el fondo de cobertura estaba sacando a flote y un cuantioso cheque mensual.

Salima le contó un poco de su propia historia, pero con cautela, pues había conocido a personas blancas muy amables que no se mostraban nada amables cuando pronunciaba la palabra «refugiado». Para cuando llegaron a su parada, Wyoming le había enviado un mensaje con varias direcciones de mensajería y su número de teléfono, y se había ofrecido a ayudar a Salima cuando su Boulangismo se «portase mal». Al llegar a la parada, se dieron la mano. Después, Salima se volvió para mirar a Wyoming —le dijo que la llamara Wye— y vio que ella también se daba la vuelta. Se sonrieron una vez más y se dijeron adiós con la mano.

Mientras subía por las escaleras mecánicas, tuvo un breve

ataque de paranoia. Su conversación había sido tan desenfadada, cálida y agradable… ¿No sería una trampa? ¿Tendría Boulangismo espías con la misión de atrapar a posibles piratas trabando amistad con ellos en el metro utilizando como cebo tarjetas de identidad visibles a la altura de los ojos?

Negó con la cabeza y se puso a la cola para pasar por el torniquete. Era absurdo. Lo que pasaba era que el mundo era muy pequeño y muy raro, y no había más que hablar.

Mientras esperaba en el vestíbulo esa noche, se encontró con tres de los niños a los que había aleccionado en su apartamento, en compañía de sus padres. Estaban sudorosos, porque el día de primavera había sido inesperadamente cálido, y llevaban los abrigos bajo el brazo y los gorros y las bufandas de lana asomando de los bolsillos.

Los críos la llamaron «tía» y ella les sonrió y se presentó a los adultos, dos madres y un abuelo, rostros familiares que había visto en los ascensores y los pasillos, pero con los que nunca había tenido ocasión de hablar. Era evidente que los adultos sabían quién era y la trataron con una extraña reverencia por haber llevado la libertad tecnológica a sus hogares. Ella se acordó de las relaciones que se establecían en los campamentos, donde siempre había alguien que sabía conseguir cosas como licor, alguna comida especial, una tarjeta telefónica o arreglarte el teléfono cuando habías perdido toda esperanza. Nunca había pensado en sí misma de ese modo, pero, con las cosas que sabía ahora, incluso a ella le pareció que tenía sentido.

La charla con los vecinos fue como una continuación de la conversación con Wye en el tren, como si formara parte de una larga conversación sobre el asunto que se había convertido en el centro de su vida: tomar el control de la tecnología que la rodeaba, la que utilizaban aquellas fuerzas lejanas y sin rostro para tomar el control sobre ella. Wye había insistido mucho en que era imposible intentar controlar a alguien con un electrodoméstico que uno podía llevarse a su casa y piratear sin que lo vieran, y a ella le pareció que tenía mucho sentido y fue toda una revelación. La sensación de desesperanza al estar rodeada de sensores y aparatos diseñados para manipularla se transformó en una sensación de inevitable triunfo

sobre los idiotas que pensaban que lo conseguirían. ¿Qué había dicho Wye? «No es que los programadores fuesen idiotas, pero desde luego hicieron una idiotez».

Esa recién adquirida confianza cantó en su interior mientras calentaba un poco de cabrito con curry y arroz jollof en su Boulangismo y se sentaba delante de la enorme pantalla del salón a buscar un modo de tener todos sus aparatos bajo control sin que se diesen cuenta los fabricantes. No encontró ninguna solución inmediata, pero daba igual: se regodeó en su nueva habilidad, releyó los hilos de los foros que antes le habían parecido desconcertantes, buscó referencias y aprendió más y más y más…

El timbre de la puerta la sacó de su ensoñación. Alzó la mirada hacia el rincón de la pantalla y vio a Abdirahim ante su puerta; el reloj decía que eran las 8:45 p. m., casi la hora a la que él se acostaba. Le abrió y le ofreció una manzana del frutero. Siempre tenía hambre.

—He descubierto en qué se diferencia el horno de un par de zapatos —dijo él, mientras comía un bocado de manzana.

Salima se sentó y le animó a seguir con un gesto.

—Es la ley de derechos de autor, ya sabes, como las advertencias al principio de las películas.

A Salima no le sonó bien, pero intentó que no se le notara en la cara. Si estaba equivocado, podían hablarlo. Era un chico de trece años que se había leído un montón de explicaciones aburridas sobre leyes de tecnología porque ella se lo había pedido, y merecía que le escuchara con respeto.

—Las conozco.

—Hace mucho tiempo, en el siglo pasado, era un delito —frunció el gesto mientras se esforzaba en repetir una frase extraña y memorizada— «eludir un medio efectivo de control de acceso». Si hay algo que tiene derechos de autor, ya sabes, una película o lo que sea, y hay algo que controla el acceso, no puedes eliminar el control ni hacer nada con él. Ni siquiera por una buena razón. Te pueden enviar a la cárcel, ¡cinco años y una multa de quinientos mil dólares! ¡Aunque no tengas antecedentes!

—De acuerdo, suena como si pudiese ser cierto, pero ¿qué tiene eso que ver con los hornos? ¿Acaso hay pan con derechos de autor?

Él negó con la cabeza.

—Eso es lo que me confundió a mí también. Pero no es el pan lo que tiene derechos de autor, sino los programas del horno, todo lo que modificamos cuando lo pirateamos. La parte en la que hay que resetear y hacer algo raro y complicado para que empiece a funcionar, eso es e-lu-dir. —Ella notó que había practicado la palabra—. Y el código que cambiamos es lo que tiene derechos de autor. Así que, si tiene un código y un control de acceso, no está permitido cambiar el código. ¡Aunque sea tuyo!

Ella empezó a comprender otra enorme parte, más hilos casi olvidados y entendidos a medias en foros encajaron uno tras otro. Asintió con la cabeza vigorosamente.

—Abdirahim, creo que tienes razón…, tiene mucho sentido. Lo has hecho muy bien, deberías estar orgulloso.

Él sonrió mientras daba otro bocado a la manzana. Había llegado al corazón y estaba mordisqueando hasta el último trocito de pulpa con la práctica de quien ha crecido pasando hambre. Qué mundo tan extraño, en el que este crío le daba clases sobre las leyes de derechos de autor de otro siglo.

—Solo hablar de ello ya es un delito, por eso no puedes encontrar nada en la red normal, por eso hay que utilizar herramientas de la red profunda para encontrar más cosas. Explicarle a alguien cómo liberar un aparato es igual que liberarlo, se llama «tráfico», como con las drogas, y también son cinco años de cárcel aunque no tengas antecedentes.

Salima notó cómo se le iba encogiendo poco a poco el estómago. ¿A cuánta gente había enseñado a liberar electrodomésticos? ¿Cuántas sentencias de cinco años de cárcel había acumulado? Echó de menos su antiguo desconocimiento de hacía solo unas horas, cuando no se le había ocurrido pensar en nada de esto y los foros eran un misterio. De la alegría a la comprensión y al terror en minutos.

—¿Cómo se llama esa ley?

Abdirahim consultó su teléfono.

—Es la Sección 1201 de la Ley de Derechos de Autor del Milenio Digital de 1998.

Ella tomó nota.

—Gracias, Abdirahim. Voy a leer un poco más.

Él aceptó otra manzana al salir del apartamento. Salima se

preparó un taza de café de filtro —aunque le habría gustado poder subir donde Nadifa a por una jarra de café etíope fuerte y con posos en tazas pequeñas— y empezó a leerse la ley.

Salima se alegró cuando Nadifa bajó la noche siguiente, después de que ella se hubiera pasado todo el día en una pequeña tienda de bocadillos repasando libros de cuentas y apartando una y otra vez sus pensamientos del inacabable bucle de preocupaciones sobre los riesgos que había hecho correr a todos sus vecinos.

Nadifa llevó una botella de retsina y un plato de pastelitos de baclava rellenos de kaymak goteando miel. El recuerdo más antiguo de Salima era de este sabor, un recuerdo puramente sensorial de cuando era una niña muy pequeña, tal vez incluso un bebé que acababa de empezar a comer comida sólida. Era un sabor que había olvidado en sus años en los campamentos, y la primera vez que lo había encontrado en Boston había sido una revelación, una impresión que la hizo llorar y pensar en sus padres, a quienes había perdido hacía tanto tiempo. Era tan fácil que una antigua normalidad dejase hueco a una nueva, tan fácil borrar los recuerdos de esa antigua normalidad… Era una habilidad que le había venido muy bien, pero en ese bocado y en su miel había calibrado por primera vez el coste de hacerlo.

Nadifa lo sabía, pero también sabía cuánto le gustaban a Salima los pasteles, porque entendía lo que era abrazar las partes impensables de tu pasado, esas que te habían convertido en quien eras. Era un vínculo que las dos mujeres compartían.

—Hacía mucho que no te veía, solo sé de ti por Abdirahim.

Dio un trago de vino para quitarse el sabor de la miel, y la dulzura y la acidez se mezclaron.

—Es un chico muy listo.

—Lo sé. Demasiado. Ya era así de pequeño. Preguntaba por qué, por qué y por qué todo el tiempo, y nunca se contentaba con «porque yo lo digo».

—Es un indicio de buen carácter. Yo también era así.

—¿Eras? —resopló Nadifa—. Te has pasado los últimos seis meses reprogramando todos nuestros apartamentos, Salima. No paras, chica.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que me equivoqué.

—Sí, ya lo sé. Me lo ha contado Abdirahim. Cree que tienes miedo.

—Nunca se lo he dicho.

—Ya. Es un chico listo, ¿recuerdas?

—Tengo miedo —dijo tocando la pantalla y mostrándole a Nadifa sus búsquedas de alertas—. Hace dos semanas volvió a funcionar Boulangismo. Hoy ha vuelto a funcionar Disher. —Volvió a tocar la pantalla—. Mira: Compliance Assurance LLC, una compañía nueva, ha cobrado veintiocho millones de fondos por un producto para descubrir aparatos pirateados. Esto se ha publicado hoy mismo.

Nadifa asintió con la cabeza y se quedó pensativa.

—No pretendo entender todo esto, pero sé algunas cosas, lo bastante para entender que estés asustada. La cuestión es ¿qué vas a hacer al respecto?

Salima se quedó mirando su pantalla. No quería mirar a Nadifa a los ojos.

—He estado intentando encontrar una solución. Hay mucha gente en la misma situación que nosotros, gente que liberó todo cuando se hundieron las compañías y que ahora no sabe qué hacer. Podría decirles a los chicos que lo dejen todo como estaba.

Nadifa se burló.

—No, no puedes.

—Podría decírselo. Pero ellos podrían no hacerlo.

—No lo harían. Son niños. Si entendieran los riesgos no participarían en las revueltas ni se manifestarían en la calle, y el mundo sería un lugar más sencillo. No mejor, claro. Pero sí más sencillo.

—Pues más me vale seguir buscando una solución. Esos tipos de Assurance Compliance LLC vienen a por nosotros.

Nadifa le dio unas palmaditas en el hombro.

—Algo se te ocurrirá.

Se le ocurrió una hora más tarde, y no era nada bueno.

—¿Diga?

—¿Wye?

—Sí —Parecía cansada, aunque solo eran las 9:00 p. m. ¿No se

suponía que los informáticos eran todos noctámbulos?—. ¿Quién es?

—Soy Salima. Nos conocimos en el metro.

—¡Ah! Sí, hola. Disculpa. He tenido un día duro y me he dormido en el sofá.

—¿Qué tal?

Salima había previsto que si planeaba la llamada se acobardaría antes de hacerla. Abrió la boca y no le salieron las palabras.

—¿Salima?

—Es… una especie de emergencia.

—¿Estás bien? —Ahora parecía mucho más despierta y preocupada.

—Estoy bien. Pero… —Se interrumpió—. ¿Podemos vernos en algún sitio? Puedo ir yo si quieres. ¿Qué tal en una cafetería?

Una pausa. La pausa se alargó. Luego:

—Sí, de acuerdo. Te enviaré una localización, ¿te parece bien?

—Claro. Te aviso cuando me baje del tren.

—Perfecto. Está justo a la vuelta de la esquina de mi casa.

Salima no creía en realidad que los agentes de Boulangismo o Disher le hubiesen pinchado el teléfono, pero aun así pensó instintivamente que sería mejor tener esa conversación con la menor tecnología posible de por medio. Se apresuró a coger el metro y envió el mensaje de texto desde las escaleras automáticas.

La cafetería estaba totalmente automatizada, lo que significaba que no había ningún humano cerca para cotillear, pero también significaba que había cámaras y micrófonos en todas partes. Hizo una mueca e intentó no mirarlos mientras esperaba a que apareciese Wye.

Llegó con una cazadora vaquera sobre una camiseta descolorida con una imagen de un bate de béisbol antropomórfico con brazos, piernas y una enorme C en la chaqueta, que Salima dedujo que tendría algo que ver con Cincinnati. Salima no tenía camisetas con logotipos de su país. ¿Había un equipo de béisbol libio? ¿Los Tigres de Bengala de Bengasi?

—Hola —dijo Wye, y tecleó en la mesa lo que quería tomar con experimentada habilidad. Acto seguido, la cinta transportadora que había detrás de los reservados cobró vida y se dirigió hacia ellas con un chirrido.

—Gracias por venir.

La caja caliente llegó a su mesa sobre la cinta transportadora y la tapa se abrió como con un bostezo. Wye sacó una taza de té con un paquete de galletas en equilibrio sobre el platillo de almidón de maíz prensado.

—Solo faltaba. ¿Has pedido ya? Los sándwiches a la plancha están buenos, si tienes hambre. También tienen un té de burbujas delicioso.

¿Era así como comían los estudiantes del MIT?

—Gracias —dijo Salima. Miró rápidamente el menú y tecleó un refresco de apio, que sonaba horrible pero costaba justo la cantidad mínima por persona que se exigía al final del menú. La caja caliente se cerró y la cinta transportadora volvió a ponerse en marcha—. Y gracias por venir, lo digo de verdad.

—Ya te he dicho que no me cuesta nada. Normalmente estoy despierta a estas horas, pero últimamente se me ha fastidiado el ritmo del sueño con el estrés del trabajo y anoche dormí fatal. Me ha alegrado volver a oírte, de verdad —dijo con una sonrisa.

Era guapa, tenía unos bonitos dientes blancos y un hoyuelo. Era tan joven…, aunque fuese un año mayor que Salima.

—Te he llamado porque no sabía con quién hablar. He… —tomó aliento— ayudado a mis vecinos a liberar sus aparatos.

—¿Sus aparatos?

—Todos. Dishers. Boulangismos. Termostatos, neveras, televisores, teléfonos. Todo. —Se contuvo—. Bueno, los ascensores no.

Ella se rio… ¡Se rio!

—¿Los ascensores?

—Vivo en un piso de protección oficial… de renta limitada. Los ascensores solo funcionan para nosotros si no los coge alguien de los pisos normales. A veces tardan mucho.

Wye dejó de sonreír.

—¿Y por eso teníais que liberar los electrodomésticos?

—Venían con los apartamentos. No podemos manipularlos, está en el contrato. Podrían echarnos. A todos.

Wye miró a Salima con los ojos muy abiertos, cogió el paquete de galletas y se comió una sin dejar de mirarla.

—Pues es una mierda.

Esta vez fue Salima quien sonrió.

—Eso opinamos también nosotros.

—Entonces, ¿qué? ¿Queréis dejarlo todo como estaba antes de que os pillen?

—Lo que no queremos es que nos pillen.

—Ya. ¡Ah! Queréis seguir haciéndolo. Ya. Sé que hay cosas por ahí que se supone que funcionan.

—Lo he estado mirando. Hay muchos consejos y todos son contradictorios. No sé qué es lo que funciona.

—Sí, suena como los típicos consejos informáticos —dijo, y dio un sorbo a su té. Salima probó el refresco de apio y se preparó para escupirlo discretamente en el vaso por la pajita, pero no estaba mal. Wye se quedó con la mirada perdida y dijo—: Dame un segundo. —Sacó una pantalla del bolsillo y estuvo toqueteándola un rato, mostrándole sus retinas unos segundos y tecleando un poco más—. Creo que tengo una idea.

—¿Nos ayudarás?

Ella resopló.

—¿Y por qué no iba a ayudaros?

—Podrías perder tu empleo.

Ella se encogió de hombros.

—De todos modos no iba a conservarlo por mucho tiempo. Y hay otros trabajos.

A Salima no la habían despedido nunca. No podía imaginarse cómo era. Cuando las cosas se ponían mal en el trabajo, trabajaba el doble. Se sintió agradecida a Wye, que estaba arriesgando su empleo por ella, pero también experimentó cierta desaprobación deslizándose por su interior como una serpiente ante la actitud despreocupada que Wye mostraba por su trabajo. ¿Es que no era consciente de lo afortunada que era? Tal vez si lo fuese no se habría ofrecido tan deprisa a ayudarles. Salima mantuvo una expresión cuidadosamente inexpresiva.

—¿Y si te detienen? La pena por liberar aparatos es de cinco años de cárcel.

—Solo si hay intereses comerciales. Si no os cobro, lo más que pueden hacer es demandarme. Borraré mis huellas… En cualquier caso, tengo una idea. ¿Sabes lo que es una máquina virtual?

Salima no lo sabía, y comprendió que si se limitaba a decir que

no, Wye le explicaría alguna cosa y eso llevaría a que hiciese algo por ayudarla. Y aunque se suponía que eso era precisamente lo que quería que ocurriese, sintió que no podía seguir adelante.

—Para, por favor —dijo Salima—. Ha sido una equivocación. No puedo pedirte que te arriesgues por nosotros. Hay… —Parpadeó con fuerza para disimular las lágrimas que le habían inundado los ojos—. Los críos de mi edificio… Les enseñé lo que estaba haciendo y lo repitieron, y ahora podrían castigarlos a todos, y a sus familias, porque no tuve cuidado y dejé que otros corrieran riesgos por mí. Es una situación difícil, y eso de «borrar las huellas» no te va a salvar. Todos los que se han metido alguna vez en un lío pensaban que habían borrado sus huellas. Yo también lo pensé. Lo siento, Wye, no tendría que haberte llamado.

Cogió la chaqueta y se dispuso a levantarse. Wye le puso una mano en el brazo y se lo apretó, deteniéndola.

—Por favor, no te vayas, Salima. Sé borrar mis huellas. No será difícil. Como mínimo, puedo ayudarte a dejarlo todo como estaba para que no tengáis problemas. Mira, soy una adulta y puedo decidir los riesgos que corro.

Las lágrimas iban a estallar en cualquier momento. Salima se soltó con firmeza.

—Gracias, Wyoming. Te llamaré cuando lo haya resuelto y podemos quedar a tomar una copa para celebrarlo, ¿de acuerdo?

No le dio ninguna oportunidad de responder. Las lágrimas brotaron al llegar a la calle, y pensó que debía haber cogido algunas servilletas al salir. No lloraba nunca. Al menos desde que murieron sus padres. ¿Por qué lloraba ahora?

Estaba casi dormida cuando respondió a su propia pregunta: lloraba porque tenía algo que perder por primera vez desde que perdió a sus padres. Era una idea terrible, como si la hubiese traicionado su propia felicidad. Todo lo que había conseguido era algo que podía perder.

Si no hubiese intentado construirse una vida, no tendría nada que perder. Si no hubiese hecho amigos, no los habría traicionado con su descuido ebrio de conocimientos. Si no hubiese buscado la admiración de esos críos, los críos no se habrían puesto a sí mismos y a sus padres en peligro.

Ya no estaba casi dormida. Volvió a su pantalla, escarbó en la red profunda y consiguió las instrucciones para dejarlo todo tal y como estaba antes. Practicó en su propia cocina para asegurarse de que lo había hecho bien. Cuando lo dominó, su cerebro acelerado decidió por fin dejarla dormir. Pero el sol estaba saliendo ya. Puso la alarma para una hora después y, cuando sonó, preparó cuatro cápsulas de café seco casi imbebible que encontró al fondo de un cajón y se lo bebió como penitencia. El líquido amargo y ácido le escaldó la lengua y le removió las tripas mientras se dirigía al primer trabajo del día.

Cuando regresó por la noche, había una multitud de niños y adultos esperando en el vestíbulo, como de costumbre. La llamaron y ella se abrió paso entre ellos y empezó a subir las escaleras; las piernas le pesaban por la falta de sueño, y el sudor le recorría el cuello y la espalda hasta llegar a la cara y los ojos. Cuando entró tambaleándose en su apartamento, sintió el agotamiento como un peso muerto que llevara a la espalda. Se desplomó en el sofá y cerró los ojos por un momento que se convirtió en una hora, cuando despertó con un sobresalto culpable. Tenía cosas que hacer.

Subió al apartamento de Nadifa. Después de los treinta y cinco pisos que había subido hasta su casa, otros seis deberían haber sido fáciles, pero tenía las piernas y el culo cansados y doloridos, y tuvo que arrastrarse agarrada a la barandilla. Reparó en que se había olvidado de cenar y luego cayó en que no recordaba si había comido. Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo sin dormir. Había perdido práctica.

Nadifa la miró, la hizo pasar al apartamento y le ofreció un té con menta y unos pastelitos que ella juró que no le apetecían, pero que no podía parar de comer. En teoría, Abdirahim estaba haciendo sus deberes, pero Salima notó que ardía de curiosidad y ganas de oír lo que decían, así que, después de su segunda taza de té, le pidió que se sentara con ellas. Él se giró en la silla y la puso al nivel de la mesa.

—Abdirahim, he tomado una decisión y no te va a gustar.

El crío sabía poner cara de póquer. Los chicos que crecían en los campamentos aprendían a controlar la información que daban a quienes les rodeaban. No obstante, ella percibió que sabía que lo que iba a decirle no le iba a gustar.

—Cuando empecé a liberar los electrodomésticos, no sabía lo que hacía. No entendía los riesgos. Pero, gracias a ti y a mis propias lecturas, ahora sí los entiendo. Y, Abdirahim, los riesgos son demasiado grandes. No podemos estar seguros de hasta dónde llegarán esas compañías para pillarnos y, si lo hacen, podríamos perderlo todo. Aunque consigamos engañarlas, la administración del edificio se dará cuenta cuando no reciban su parte del dinero ahora que las compañías han vuelto a funcionar. Las personas a las que tus amigos han ayudado no eran conscientes de lo que hacían, ninguno lo éramos, pero ahora que lo somos, tenemos la responsabilidad de ayudarles a salir de esta.

La cara de póquer le estaba fallando. El labio inferior le temblaba. Tenía lívidos los nudillos con los que apretaba el borde de la mesa. Nadifa le echó una mirada de advertencia. A Salima se le desgarraba el corazón al verlo. Después de todo por lo que había pasado, había encontrado un modo de hacerse cargo de un mundo que nunca le había dado el más mínimo control, y ella le iba a obligar a renunciar a él. Tenía ganas de echarse a llorar, y le maravillaba el dominio de sí mismo del crío. Le puso la mano a Nadifa en el brazo.

—Lo siento, Abdirahim. Tienes motivos para estar enfadado. No es justo, pero es necesario. Es una situación muy difícil. —Tomó aliento—. No puedo hacerlo sin ti. No lo hago para que te sientas bien. Eres quien enseñó a los demás chicos, y solo ellos saben qué apartamentos piratearon y qué hicieron. Sin tu ayuda, ni siquiera conseguiría que me escucharan. ¿Me ayudarás?

Notó que Nadifa quería ordenarle que aceptase, así que le apretó el brazo con dulzura pero con firmeza. «Deja que tome sus propias decisiones».

Abdirahim se miró las manos un buen rato. Tenía la respiración entrecortada. Ella dudó si al final rompería a llorar. Pero luego él levantó la cabeza y parpadeó con los ojos húmedos.

—Lo haré, tía.

Y ella supo que se había tomado ese tiempo para pensarlo y que había llegado a la conclusión correcta después de una deliberación cuidadosa, y no porque un adulto se lo hubiese dicho o porque su madre no hubiera admitido una negativa.

—Lo sabía, Abdirahim. —Volvió a apretarle el brazo a Nadifa—.

Deberías estar muy orgullosa de él.

—Lo estoy —dijo ella, dándole unas palmaditas a su hijo en la mano, consciente de lo mucho que le había costado tomar esa decisión.

De pronto, Salima se sintió cansadísima. Había estado cansada otras veces, pero esto era una nueva cima, o tal vez una sima. Por un momento, no pudo evitar cerrar los ojos. Se esforzó por volver a abrirlos. Nadifa la miró con preocupación.

—Te llevaremos abajo.

Los dos la agarraron por los brazos —Abdirahim era ya tan alto como su madre— y la llevaron como una borracha hasta los ascensores y apretaron el botón. El tiempo osciló. Pareció que había pasado una hora cuando llegó el ascensor y se abrió con un suspiro desprendiendo el caro perfume de alguien del universo paralelo de los pisos de los ricos, que lo había liberado para que llevase a regañadientes a gente como ellos.

Nadifa envió a Abdirahim de vuelta arriba en cuanto llegaron al apartamento de Salima. Después ayudó a su amiga a ponerse un camisón, ajustó el sofá a la configuración de cama y bajó las hojas abatibles de la mesa para convertirla en una mesita de noche. Sacó el edredón y tapó a Salima, que en ese estado de semiinconsciencia recuperó un recuerdo largo tiempo enterrado, un recuerdo de otra época, de cuando ella estaba en su cuna y su madre la arropaba. El recuerdo era muy dulce, sin rastro del pesar que a menudo acompañaba los recuerdos de su madre, y se sumió en el sueño con una sonrisa que aún seguía en su cara cuando se levantó unas horas después a hacer pis y a lavarse los dientes para quitarse el mal sabor de boca antes de volver a meterse en la cama.

La sensación de tener un propósito es un tónico estupendo para las preocupaciones. Ahora que Salima sabía lo que tenía que hacer, la inquietud y la impotencia se transformaron en una energía ilimitada. Después de desayunar, llamó a Nadifa para confirmar que Abdirahim estaba despierto, subió los escalones de dos en dos y le enseñó cómo restaurar los valores de fábrica en todos los electrodomésticos de su apartamento. Igual que había hecho en su casa, le hizo repetirlo dos veces para asegurarse de que lo había entendido y luego le pidió que lo escribiera de memoria en un

cuaderno. Resultó ser muy buen alumno, como ella había supuesto.

—Ahora hace falta correr la voz. ¿Puedes hacer que los chicos vengan otra vez a mi casa esta tarde, después del colegio y antes de la cena, digamos a las seis de la tarde?

No le gustó.

—Se van a llevar un buen disgusto.

—Lo sé. Yo también. Es como rendirse. Pero rendirse es más inteligente que librar una batalla que no puedes ganar. Esa es una lección tan importante como cualquier otra.

Nadifa asintió con la cabeza.

—Hay formas mucho peores de aprender esa lección —dijo con la mirada perdida.

Abdirahim parecía desanimado.

—Sé que es muy difícil —dijo Salima—. Fuiste un héroe cuando enseñaste a tus amigos, ahora vas a ser el niño asustado que les hace volverse atrás. Yo cargaré con las culpas. Se lo explicaré. Tú haz que vengan a mi casa, ¿de acuerdo?

Dormir toda la noche le había sentado muy bien. El día transcurrió con tanta fluidez como si lo hubiesen engrasado. Encontró algunos errores en los libros de cuentas de la lavandería que explicaban por qué los beneficios habían ido disminuyendo. El dueño le confesó que había estado a punto de despedir a su única empleada por robarle, y sintió tanto alivio que la abrazó. Consiguió asiento en el metro, tanto de ida como de vuelta. La primavera dejó de oscilar entre el frío y el calor para quedarse en un término medio soleado y ventoso que se llevó del cielo las nubes como si se tratase de un salvapantallas, y fue como si los brotes nuevos de los árboles hubiesen aparecido de la noche a la mañana. En vista de que la vez anterior se había quedado corta, para la reunión de aquella tarde compró una bolsa de picoteo mucho más grande. Tuvo que comprar el pan en el pasillo de Boulangismo del supermercado, y las cápsulas de café y el jabón de lavavajillas en las secciones contiguas.

Eso la desanimó e hizo que recorriera muy despacio la última manzana antes de llegar a casa. Pensó en su primer encuentro con Wye, en el espanto de Wye ante el hecho de que alguien utilizara Boulangismo. Ahora Salima ganaba bastante dinero, incluso conseguía ahorrar un poco cada mes; unos ahorros que habían

crecido durante los meses en los que había podido elegir sus alimentos en cualquier lugar de la tienda. Había sitios para vivir que no eran las Torres Dorchester. Sitios donde se podía elegir qué electrodomésticos comprar. Muchos anuncios de alquiler de viviendas advertían en letra pequeña a los futuros inquilinos de que su contrato prohibía cambiar los electrodomésticos que proporcionaban ganancias al casero. Pero había algunos pisos en los que eso no ocurría. Con una compañera de piso o dos, podría permitirse pagar uno.

Pero las Torres Dorchester no era solo el lugar donde vivía, era una pequeña comunidad, un sitio donde encajaba, donde tenía amigos y donde había personas que eran casi su familia, como Nadifa y los chicos que la llamaban «tía». Personas que entendían por lo que había pasado. Imagínate vivir en una casa llena de Wyes, con ese aspecto tan joven y una brecha infranqueable entre sus vivencias y las suyas.

En el vestíbulo del ascensor, los críos estaban hablando animados de la reunión de esa tarde, y ella comprendió que Abdirahim no les había dado ninguna pista sobre lo que iba a decirles. No podía culparlo.

Se agolparon y devoraron todo lo que había comprado para ellos. Tal vez no hubiese en el mundo suficientes cosas de picar para llenar esas barrigas tan pequeñas.

—Esto no os va a gustar —les anunció.

Los susurros, las sonrisas y los toqueteos cesaron en el acto, y todo el mundo la miró. El día perfecto se había acabado.

—Desde la última vez que nos vimos, he averiguado algunas cosas. Cosas importantes.

Les habló entonces de la ley, de las sentencias de cárcel, de las nuevas empresas que se habían formado con los restos de las antiguas y de los equipos de informáticos que habían contratado para atrapar a los piratas como ellos. De los riesgos que sufrían ellos y sus familias. Desahucios y cosas peores. Vio cómo sus rostros se ponían más y más serios.

La chica gordita y espabilada que había levantado la mano la vez anterior fue la primera en hablar cuando Salima terminó.

—¿Cómo lo solucionamos?

Fue un momento terrible. Los rostros preocupados se iluminaron

y toda la atención de los que estaban en el apartamento se concentró en ella. Esos críos eran lo bastante listos para entender los riesgos, pero no lo suficiente para pensar que ella no podía hacer algo para solucionarlo.

—No podemos. Tenemos que dejarlo todo tal como estaba. Deshacerlo todo. Restaurar todo a los valores de fábrica —dijo, y, antes de que nadie pudiera decir nada, añadió—: Se acabó.

Las caras de los críos fueron muy elocuentes. Sorpresa, luego incredulidad y por fin resistencia. Se oyeron murmullos. La palabra «no», primero en voz baja, luego más alta, pasó de un chico a otro.

—¡Sí! –gritó ella, levantando los brazos—. Lo siento…, lo siento muchísimo, pero sí. Tenemos que hacerlo. Fue un error. —Levantó aún más los brazos. Se oía mucho ruido—. Hablo en serio. Encontraremos otra manera. Vosotros me ayudaréis. Pero antes tenemos que hacer esto.

Algunos chicos se fueron. Vio a Abdirahim negar con la cabeza.

—Tiene que ser así. —Se fueron varios más—. Por favor.

Al final solo quedó Abdirahim.

—Lo siento —dijo sin más antes de irse él también.

No pensaba rendirse, claro. Empezó por la gente a la que había ayudado, acudió primero a los pisos más altos y luego fue bajando. Hacía dos o tres pisos por noche. A veces Abdirahim iba con ella, pero estaba claro que el trabajo no le entusiasmaba y, en lugar de ayudarla, cometía errores que retrasaban su tarea. Ella no quería pensar que lo hiciese claramente a propósito, pero parecía evidente que tampoco eran exactamente accidentes.

Muchas veces se sintió tentada de enviarle un mensaje de texto a Wye y quedar con ella para sonsacarle información sobre el estado de Boulangismo y saber de cuánto tiempo disponía antes de que volviese a estar en funcionamiento. Previó que los dueños del edificio no contarían con obtener beneficios justo después de que los hornos empezaran a funcionar de nuevo: pasaría un tiempo hasta que la gente se enterase de que sus electrodomésticos volvían a funcionar y abandonara los apaños que hubiesen hecho hasta entonces…, pero llegaría un momento en que sería evidente que los habían manipulado, a menos que ella los arreglara.

Mientras trabajaba en los apartamentos de los vecinos, veía a sus

hijos, críos que la habían visto liberar sus apartamentos y habían ayudado a hacer lo mismo con los de los vecinos. Los mismos que se habían ido cuando les anunció que tendrían que dejar todo tal como lo habían encontrado. Críos que la miraban con el rabillo del ojo mientras fingían hacer los deberes. Ella insistió en describir a sus padres, en voz alta y con detalles conmovedores, las consecuencias de que los atrapasen.

Tardó cinco noches y todo el fin de semana en restaurar los apartamentos que ella misma había liberado. El lunes por la noche volvió a casa del trabajo, se calentó una humillante cena autorizada y preempaquetada en el microondas y se dispuso a subir a la última de las plantas de protección oficial, siete pisos más arriba. Esperó un rato a que llegase el ascensor, hasta que comprendió que la única razón por la que había llamado al ascensor era que sabía que era una hora punta y que pasaría media hora o incluso cuarenta y cinco minutos esperando a que llegase y retrasaría así lo que vendría después.

Subió finalmente por las escaleras y llamó a la primera puerta, después de apuntar con cuidado con su pulcra letra de contable el número en un cuaderno de notas que había llevado consigo.

La mujer que abrió la puerta le sonaba de haber coincidido con ella en el ascensor una o dos veces. Pensó que debía de ser de Honduras o de El Salvador.

—¿Sí? —Era poco mayor que Salima.

—Hola —la saludó. Lo había ensayado, pero la boca se le secó y no le salieron las palabras—. Hola, vivo en el edificio y… —Así no —. ¿Te ha ayudado alguno de los chicos del edificio con tus electrodomésticos? ¿O con el termostato?

La mujer la miró con suspicacia. Las cosas no iban como ella había imaginado.

—No lo creo.

A Salima le ardían las mejillas y las orejas.

—Siento molestarte, de verdad. Pero, mira, ¿recuerdas cuando los hornos dejaron de funcionar? Averigüé cómo hacer que el mío funcionara. Luego se lo enseñé a algunos chicos y ellos lo hicieron para los demás. Pero luego descubrí que los fabricantes pueden descubrir quién lo ha hecho, y pueden denunciarnos. Los caseros también, pues sacan tajada de lo que gastamos. Así que he venido a

arreglarlo todo antes de que tengáis problemas, antes de que todos los tengamos.

Le dedicó la mejor y más fiable de sus sonrisas.

La mujer negó con la cabeza.

—Aquí no ha venido ningún crío.

Por la rapidez de su respuesta y el modo en que miró a su alrededor, Salima estuvo segura de que mentía.

—Mira, si no me dejas hacerlo, te atraparán. Podrías perder tu casa. Peor…, podrían meter al chico que lo hizo en la cárcel.

Según lo que le había dicho Wye, eso no era del todo cierto, pero sí era cierto en parte. El chico podía meterse en un lío, eso estaba claro, y, por supuesto, ella también.

—Ya te lo he dicho, no ha venido ningún crío.

—¿Puedo verlos? —La mujer pareció enfadarse—. Quiero decir que a lo mejor lo has olvidado. ¿Puedo comprobarlo para estar seguros?

—Tengo que irme —la atajó la mujer.

La puerta se cerró de golpe antes de que Salima pudiera decir otra palabra. Era consciente de que la cámara la estaba observando, así que procuró adoptar una expresión neutra mientras apuntaba una nota en su cuaderno y luego respiró profundamente y pasó al apartamento siguiente.

Iba a ser una noche larga.

Aquel trabajo se convirtió en una especie de sueño, o de pesadilla andante: una y otra vez, al regresar de su verdadero empleo, recorría los pisos del edificio, llamando a las puertas, rogando a personas que eran casi desconocidas que le permitieran volverlos más pobres y hacer su vida más incómoda. Se había corrido la voz y la gente empezó a mirarla con hostilidad y de modo extraño en los ascensores, y Abdirahim ya ni siquiera fingía ayudarla. No se quejó a Nadifa porque no quería tener que confesar todos sus pecados a la última amiga de verdad que le quedaba.

No obstante, mejoró su forma de exponer la situación en la puerta y casi todo el mundo la dejó pasar para hacer los cambios, algo en lo que también había mejorado: ahora restauraba los electrodomésticos con manos rápidas y experimentadas.

En momentos de intimidad, por la noche, mientras intentaba

conciliar el sueño, admitía para sus adentros que algunos de los críos probablemente estuviesen deshaciendo, con la complicidad de los adultos, todo lo que ella hacía.

Cada vez que volvía a casa de la tintorería buscaba a Wye en el metro, sin estar segura de si se alegraría o se asustaría en caso de verla. Nunca la encontró, pero entonces, una tarde, mientras comprobaba si había cometido algún error al cerrar el cuatrimestre de una heladería, con los números dando vueltas delante de sus ojos, su teléfono emitió un pitido.

> Necesito hablar contigo – Wye.

Abrió su cuaderno de notas y miró los números de los apartamentos. Había pasado por más de las tres cuartas partes de las viviendas, y la mayoría de la gente le había dejado hacer su trabajo. En algunos casos, los críos habrían revertido el proceso, pero tal vez fuese suficiente. A lo mejor Wye había encontrado un truco que les permitiría seguir liberando sus electrodomésticos.

(Pero solo los tontos creían en los trucos a prueba de tontos).

> Acabo a las 5. Hoy estoy en Mass. Ave., cerca de Harvard Square.

> Puedo quedar. ¿A las 5.15 en el cañón del parque Cambridge?

> OK

Una absurda esperanza creció en Salima a pesar de todos sus esfuerzos por que eso no ocurriera. No había olvidado la emoción con que había hablado Wye cuando empezó a pensar en cómo ayudarles a derrotar a Boulangismo, la absurda certeza que había irradiado de que podía engañar a toda la industria. Tal vez pudiera, aunque eso era imposible, claro.

Estaban en pleno verano y hacía calor y el aire era pegajoso. En esta época del año solo quedaban unos pocos estudiantes. Se abanicó con un abanico plegable chino que le había comprado a un vendedor ambulante hacía unos días, cuando llegaron el calor y la humedad. Arizona le había parecido calurosa, pero esta humedad intentaba estrangularla desde dentro, una sensación que llevó a su

memoria recuerdos siniestros y olvidados de cuando cruzó de niña el Mediterráneo, recuerdos sensoriales de sed, náuseas y hedor.

Miró a su alrededor mientras se abanicaba, pero no vio a Wye hasta que estuvo a su lado, porque se había cortado el pelo rubio ceniza por el calor y se lo había teñido de rosa. Estaba más delgada que la última vez que se habían visto, y también más pálida. Demasiadas horas de trabajo, pensó Salima.

—Has venido —dijo Wye.

—Hola —respondió Salima—, sí, he venido. —Aún estaba avergonzada por su anterior encuentro—. Siento lo de la otra vez. Fuiste muy amable al ofrecerte, pero…

—Sí. Lo sé, los riesgos. Lo entiendo. Más o menos. Quiero decir que en realidad no puedo entender por lo que has pasado, pero… —Se quitó el sudor de la frente con el brazo—. Quiero decir que lo entiendo. Y que lo siento. Y que no lo sientas tú.

Era tan dulce.

—He devuelto todo a los valores de fábrica. Pero nadie quiere ayudarme. Los chicos me odian.

—Qué faena.

—Sí.

—Mira, quería verte porque está pasando algo con Boulangismo que pensé que te interesaría, pero no puedes contárselo a nadie porque se supone que no puedo hablar de ello sin violar la cláusula de confidencialidad. ¿Estás de acuerdo? Quiero decir, ¿puedo contártelo y que me guardes el secreto?

Ella asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—Bueno, estábamos a punto de relanzarlo cuando los nuevos propietarios compraron a dos competidores más y nos fusionaron en un única plataforma. Ahora somos mucho más grandes y están pensando en dejar que la gente pague por poder liberar los electrodomésticos en días concretos de la semana para cocinar lo que quieran. Han estado leyendo los foros en la red profunda, saben que todo el mundo se ha dedicado a buscar cómo liberar sus productos mientras volvíamos a ponernos en marcha, y se les ha ocurrido que toda esa gente podrían ser clientes, solo que, en vez de pagar la comida que les vendemos, nos pagarían por utilizar comida que les haya vendido otro.

Salima casi se rio. Si lo hacía ella, era un delito, pero si se lo vendían, era un producto. Todo podía convertirse en un producto.

—Es raro, ya lo sé. Pero ahí es donde entras tú. Tienen una unidad de investigadores, antropólogos, científicos de datos y expertos en ventas, y quieren hablar con gente como tú, averiguar cuánto pagas por los diferentes productos. Quieren saber si les venderías el paquete a tus vecinos a cambio de dinero en concepto de comisión. Tienen un plan, podrías enseñar a esos críos con los que trabajaste a vender la liberación de pago a la gente de tu edificio, y ellos cobrarían una comisión y tú también, por reclutarlos.

—¿Es una estafa piramidal?

—Es un programa de afiliación. A los críos no se les permitiría reclutar a nadie más. Nosotros escogeremos a los reclutadores y ellos serán los únicos que cobrarán comisiones dobles. Serán los jefes. Sigue siendo solo un proyecto, pero cuando me enteré enseguida pensé en ti. Ya me entiendes, solucionaría todos tus problemas, ¿no? Tus críos serían legales, e incluso ganarían un poco de dinero. Tú podrías poner en práctica tus conocimientos y te ganarías el respeto de tus vecinos, les ayudarías y también te sacarías algo de dinero. ¡Ah!, y claro, tú podrías desbloquear permanentemente todos nuestros productos, para que puedas enseñárselo a tus vecinos. Como te he dicho, no hay nada seguro, pero he pensado que podrías venir a conocer al equipo, hablarlo, hacer una llamada…

Se detuvo, escrutando en el rostro de Salima alguna pista de su reacción. Salima se esforzó por mantener un gesto inexpresivo.

—Wye —dijo—. Has sido muy amable al pensar en mí, de verdad.

—¿Pero?

Salima se repantingó en el asiento.

—No lo sé. Hay un pero, pero no estoy segura con exactitud de cuál es.

—Es una idea un poco rara —dijo Wye—. Lo sé. Pero ¿no podrías pensarlo un poco? No hace falta que me des una respuesta ahora.

Salima quería decir que no sin más, pero no lo hizo. Aunque algo en su interior le pedía rechazar la oferta, otra parte de ella

entendía que Wye tal vez estuviese en lo cierto y esa fuese la mejor opción.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—¿Para que te decidas?

Salima había pensado en Wye como en una aliada, alguien que estaba tan escandalizada por el mundo cerrado de las Torres Dorchester como ella. Pero Wye había trabajado largas horas para Boulangismo y sus empresas asociadas. Ella pensaba que el problema era que Salima no quería meterse en líos. Y sí, Salima había tenido eso en cuenta. Pero ese no era el problema. El problema era Boulangismo. El problema era el puñetero negocio.

—Hasta que Boulangismo descubra lo que hemos hecho y nos desahucie.

Wye negó con la cabeza.

—¿Es que no me has oído? Eso no ocurrirá… Van a probar con la zanahoria, no con el palo. Quieren trataros como a clientes, no como a piratas.

—Ya, claro. Pero ¿cuánto tiempo pasará hasta que empiecen?

Wye pareció dolida.

—No lo sé. Pero pronto. Una semana o dos. Están muy emocionados con lo de vender las liberaciones, pero quieren hacer alguna prospección de los precios antes de ponerlo en marcha, y eso retrasará un poco las cosas. Pero los propietarios no van a seguir pagándole el sueldo a todo el mundo eternamente si no tienen ingresos.

«Un par de semanas». Podría volver a los sitios que le faltaban, y luego volver a empezar desde el último piso e ir bajando y explicarle a la gente que era esencial que la advirtieran si dejaban a alguno de los niños toquetear sus electrodomésticos.

—De verdad, Salima, creo que deberías pensarlo. Es un buen plan, bueno para todos.

—Lo haré. —Su voz sonó poco convincente, incluso para ella.

Wye parecía afligida, y Salima se sintió mal. Al fin y al cabo, ella solo quería ayudar.

—Salima, ¿has cenado? Estoy muerta de hambre. ¿Te gusta el pescado? Aquí cerca hay un sitio de pescado que es increíble, uno de esos sitios donde los padres llevan a sus hijos cuando vienen a visitarlos para que al menos un día coman bien durante el curso

escolar. Desde que empecé a ganar mi propio dinero siempre he querido volver, pero he estado demasiado ocupada. ¿Vendrías conmigo? Te invito. No quiero comer sola.

Ella quiso decir que no. «No, tengo que volver a casa y ponerme a trabajar». «No, no puedo aceptar tu caridad porque podrías tener que testificar contra mí». «No, no quiero hacer amistades con nadie de tu mundo».

—Sí —dijo—. Me apetecería mucho.

Tenía demasiada hambre para decir que no, y estaba harta de comidas de microondas empaquetadas y carísimas.

Llegó a casa después de las diez, demasiado tarde para llamar a la puerta de nadie y tener una incómoda conversación sobre sus electrodomésticos. Por suerte, el ascensor había respondido, y fue una suerte porque, entre el vino y la tensión de las últimas semanas, no habría podido subir las escaleras o siquiera esperar despierta mucho tiempo en el vestíbulo.

El ascensor olía a un producto caro para el pelo, lo que le hizo pensar que acababa de utilizarlo alguien que había salido por la otra puerta para acudir a una agradable cita nocturna, o tal vez estuviese de vuelta, para relevar a la canguro y prepararse un tentempié en un horno que cocinaba lo que tú quisieras.

El olor persistía en sus fosas nasales —cítricos y tabaco— mientras pasaba la mano por la pared del pasillo camino de su apartamento. Estaba a punto de abrir la puerta cuando vio las palabras garabateadas con un grueso rotulador permanente: «QUE TE DEN». La letra era grande, enfadada y todavía insegura, como si lo hubiese escrito un niño, o tal vez alguien que estaba aprendiendo inglés.

Estaba muy cansada.

Se chupó el dedo y frotó la tinta. Ni siquiera se emborronó. Entró, fue a ver la grabación de la cámara de la puerta y descubrió que no había nada, la habían borrado. Así que tal vez lo hubiese escrito un crío, un crío que había aprendido a buscar en la red profunda modos de controlar la tecnología concebida para controlarlos a ellos. Un crío enfadado porque le habían pedido que olvidara cómo hacer eso y que se dejase controlar mansamente.

¿Podría un crío así trabajar por encargo, instalando códigos

oficiales de desbloqueo en los apartamentos para pobres de las Torres Dorchester? ¿Había suficiente dinero en el mundo para que lo hiciera?

Y, si lo había, ¿quería ser ella quien lo utilizara para convencer a un crío de que renunciara a esa inflexible ferocidad?

Ya compraría algún disolvente al día siguiente, al volver del trabajo.

Por la mañana se topó con Nadifa en las escaleras empujando un cochecito, regañando a Idil, la niña mayor, y cargando con Yasmiin, que estaba empezando a andar. Salima cogió el cochecito y a Idil, y dejó que Nadifa se colgara a Yasmiin alrededor de la cadera y sujetase la barandilla con la mano que le quedaba libre. Nadifa suspiró y le dio las gracias.

—Tienes muy mala cara —le dijo, después de bajar tres pisos.

—No he dormido muy bien.

—Hace mucho que no vienes a casa. El vino retsina empieza a amontonarse en mi nevera.

Los ojos se le inundaron de lágrimas y parpadeó con fuerza. Había echado de menos a Nadifa y los días en que la había desbordado la emoción de dominar el edificio. El acto de proteger su retaguardia devolviendo todo a los valores de fábrica la había llenado de una vergüenza oculta e indescriptible, y solo pensar en pasarse por casa de Nadifa la ponía enferma.

Pero se alegró mucho de volver a verla.

—Lo siento. Ha sido… difícil —dijo tragando saliva.

Luego, utilizando cuidadosos eufemismos delante de los críos, le contó lo de la pintada en la puerta. Le habló de la cámara. No le dijo que Abdirahim la había abandonado. Quería un hombro en el que llorar, no un castigo para un niño de trece años.

—Es horrible. Me pasaré por tu casa cuando vuelvas del trabajo y lo limpiaremos las dos.

—No pasa nada, puedo hacerlo yo.

Pensó en contarle lo de la oferta de Wye, pero no lo hizo. Nadifa podía decirle que lo hiciera. O que no.

Los brazos y la espalda le dolían cuando llegaron abajo.

—Muchas gracias —dijo Nadifa mientras desplegaba el cochecito—. Normalmente, intento esperar a que se pase la hora

punta, pero esta mañana tengo que llevar a Idil al dentista.

La niña le sonrió, mostrando unos simpáticos huecos en sus dientes. Nadifa sentó al bebé en el cochecito y luego abrazó a Salima con fuerza.

—Todo se arreglará. Has pasado por cosas mucho peores. Eres fuerte.

Salima se avergonzó de sorberse los mocos, pero la alternativa era dejarlos caer sobre el hombro de Nadifa, y esta fingió no darse cuenta, así que al menos pudo conservar un poco de dignidad.

Esa mañana no consiguió asiento en el metro, y, colgada de la tira de cuero, balanceándose con el movimiento del tren, se quedó contemplando con la mirada perdida y los ojos borrosos por el sueño el anuncio que tenía encima. Hasta que se apeó del tren no reparó en que era un anuncio del nuevo Boulangismo.

En las escaleras mecánicas recibió un mensaje de texto de Wye.

> Han dado el visto bueno al programa de abonados. Puedo reservarte un puesto en él. ¿Te apuntas?

Lo marcó como no leído para acordarse de responderle después. Cada vez que miró la pantalla ese día, vio el recordatorio. Le costó mucho concentrarse. Cometió un error al empezar su jornada y se pasó una hora deshaciéndolo.

No era un buen día.

—Creo que tengo que hablar con Abdirahim.

Nadifa pareció confundida.

—Pues habla con él.

Salima le dio vueltas al vino en su copa.

—Lo malo es que él no está por la labor de hablar. Está muy enfadado.

—¡Adi! ¡Ven aquí!

Él salió de su cuarto con gesto inexpresivo.

—Estoy haciendo los deberes.

—La tía Salima quiere hablar contigo.

—Está bien —respondió en un tono que dejaba muy claro que era lo último que quería hacer.

Entendió la idea de cobrar por liberar los electrodomésticos en

cuanto se la explicó, incluso antes que ella.

—Es como los libros de mi colegio. Puedo utilizarlos aquí o en casa, pero si quiero estudiar en el parque tengo que pagar para desbloquearlos.

—No sabía que funcionaran así.

Él se encogió de hombros.

—Da igual, no necesito estudiar en el parque.

Ella le habló del programa de abonados.

—Así podrías ganar dinero para tu familia y ayudar en casa. Y tus amigos también.

—Y la tía Salima también ganaría dinero —dijo Nadifa—. Y podría ahorrar para comprarse un piso.

Ella miró con brusquedad a Nadifa.

—¿Por qué iba a querer irme de las Torres Dorchester?

Nadifa resopló.

—¿Quién no iba a querer irse, si pudiera? Mudarse a un sitio con un ascensor como Dios manda, con verdaderos electrodomésticos. Un sitio donde te apreciaran.

Nadifa, atrapada cada día en su apartamento hasta que pasaba la hora punta del ascensor, u obligada a bajar cuarenta y ocho pisos por las escaleras cargada con el cochecito, el bebé y una niña pequeña. Pues claro que quería irse. Pero ¿cómo? Había sido modista en Somalia, pero llevaba más de diez años sin trabajar en una tienda, y para cuando Yasmiin fuese al colegio a tiempo completo, habrían pasado casi veinte. Aunque pudiera encontrar trabajo, el salario de una costurera no bastaría para pagar un alquiler en Boston y dar de comer a tres niños.

Salima era cuidadosa con el dinero, cuidadosa como una contable. Vivía de lo que ganaba y había ahorrado un poco de dinero, sobre todo mientras pudo cocinar lo que quería y comprar ella los ingredientes en lugar de comida precocinada. Si quisiera, podría irse y buscar una compañera de piso, y si encontraba un par de clientes más para llevarles los libros, podría tener piso propio al cabo de un año. Pero no se le había ocurrido marcharse de las Torres Dorchester. Era su hogar.

—No me iría. Quiero ver crecer a tus hijos.

—No seas ridícula. Iríamos a visitarte. En cuanto puedas irte, deberías hacerlo.

Abdirahim observó discutir educadamente a las dos mujeres adultas, y Salima dudó hasta qué punto estaría entendiendo el subtexto. Dudó hasta qué punto ella misma lo entendía.

—No está bien cobrar a tus vecinos por usar sus propias cosas —le espetó de pronto.

Nadifa estaba a punto de decirle que hiciese el favor de respetar a su tía, pero Salima se lo impidió.

—¿Tú crees?

—Pues claro. —Lo dijo tan deprisa y con tanta seguridad que ella supo que no había margen de discusión.

—¿Por qué?

—Porque son sus casas. ¿Por qué iban a tener que pagar por utilizar las cosas que hay en su casa?

—Estoy de acuerdo contigo, pero la compañía diría que es porque han querido vivir en un sitio donde el alquiler es más bajo porque el casero pensó que podría ganar dinero de sus electrodomésticos. Fue un trato, y esa es su parte, y si quieren, pueden pagar más en otro sitio.

—¿Podemos pagar más?

Nadifa le espetó:

—No hasta que te gradúes en la universidad y consigas un buen empleo, Adi.

Miró a Salima.

—Lo sé. No he dicho que no esté de acuerdo contigo. Es solo lo que ellos dirían. Se pueden hacer muchos tratos, y el trato aquí es que tienes que utilizar sus productos de modo que ellos ganen lo máximo posible o pagues por liberarlos. Dirán que ahora tendrás más opciones, porque podrás pagar para liberarlos.

—Pero ya tenemos esa opción.

Ella lo miró con severidad.

—No, no la tienes. Sobre todo si has restaurado tus electrodomésticos a los valores de fábrica.

Él pareció sentirse culpable un instante, luego dijo:

—De acuerdo, tuvimos esa opción, y podemos volver a tenerla. Gratis. Tú nos enseñaste cómo.

Otra vez notó aquella opresión en el estómago.

—Lo que voy a decir no es cómo veo yo las cosas, sino cómo las ve la compañía. Aseguran que tú no tienes esa opción, sino que la

tienen ellos y que te la van a vender. Pero que si lo haces sin pagar es robar. Te repito que es lo que piensan ellos.

Abdirahim era rápido.

—Pero tú podrías desbloquear tus electrodomésticos sin pagar, ¿no? Así que ¿por qué eso no es robar?

Un niño listo, con la rapidez de quien ha tenido que pensar deprisa toda la vida y sufrir consecuencias negativas si se equivoca.

—Porque estaría trabajando para la empresa.

—Contra tus vecinos. Dices que no te irías de aquí porque esta es tu casa. Pero ¡te tratarían como si fueses mejor que nosotros!

Abdirahim estaba perdiendo la calma. Al fin y al cabo era un crío. Ella no se enfadó. Miró de reojo a Nadifa y vio que su amiga estaba pensativa y se había olvidado de reprender a su hijo por faltarle el respeto a una persona mayor.

—No creo ser mejor. La empresa ha visto mis habilidades y me ha ofrecido un trabajo. Igual que tu madre cobra por remendarle la ropa a la gente. Piensa que a ti también te pagarían.

—No aceptaré su dinero —dijo él mirando a su madre—. Tengo que hacer los deberes.

—Vete a hacerlos.

Se levantó y fue a la habitación de al lado. No se miraron.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Nadifa.

Salima se encogió de hombros.

—Tendré que pensarlo.

Cuando estaba a punto de acostarse, recibió otros dos mensajes de texto de Wye a los que no respondió. Por fin se quedó dormida, con los zumbidos del aire acondicionado y el compresor de la nevera en los oídos.

Su teléfono sonó cuando estaba lavándose los dientes. Wye. Escupió, se enjuagó la boca y no respondió. Volvió a sonar.

Y otra vez.

—¿Hola?

—Siento ser tan pesada, pero esto ya está en marcha. Al consejo le ha encantado lo de los abonos y quieren seguir adelante, van a contratar a un montón de informáticos. Quieren anunciarlo a lo grande la semana que viene, con conferencia de prensa y todo, con los abonados, en ocho países diferentes. Les encanta tu historia y

quieren que salgas tú. Hasta cobrarías por la publicidad, para compensar lo que perdieras en el trabajo. Llevo en la oficina desde las seis de la madrugada. Resulta que soy la única que conoce a alguien que se haya dedicado a liberar electrodomésticos en la vida real, y eso me convierte en la experta local —dijo soltando una risita nerviosa—. Siento que haya sucedido, pero tenemos que movernos, todo el mundo te espera.

A ella no se le ocurrió qué decir.

—¿Hola? ¿Salima?

—Wye…

—Salima, sé que esto es de locos, pero es la solución para los problemas de todos. Por favor, dime al menos que vendrás a hablar con ellos.

—Tengo que ir a trabajar.

—¿Dónde? Podemos ir a verte.

Ella se sintió atrapada.

—Hoy trabajo desde casa.

Lo hacía cada una o dos semanas, cuando tenía que conciliar diferentes pequeñas tareas.

—¡Perfecto! ¡Es perfecto! Te enviaré un mensaje cuando sepamos la hora de llegada, ¿de acuerdo?

—¡Wye!

Pero ella había colgado ya el teléfono.

Después de eso, Salima apenas pudo concentrarse. Oyó los ruidos de sus vecinos cuando iban al trabajo, luego a las madres con sus hijos pasando por los pasillos, camino de casa de las vecinas en compañía de las voces cantarinas de los niños para que jugaran juntos y en busca de un poco de conmiseración amistosa.

Los números flotaban en la enorme pantalla y se negaban a tener coherencia. Recorrió el minúsculo apartamento, luego el pasillo. Llevaba el cuaderno de notas en el bolsillo, los números de los apartamentos, las fechas y las notas. Había estado en muchos de esos sitios.

> Llegamos en 15 minutos. ¿De acuerdo?

Ella suspiró.

> OK

Volvió a su piso por si sonaba el timbre de abajo. Al menos llegarían después de la hora punta matutina y no tendrían que esperar el ascensor demasiado tiempo. De hecho, llegaron a su puerta pocos minutos después de que les abriera: Wye y dos tipos, uno blanco y otro indio, ambos con corbatas de Boulangismo, ambos con cortes de pelo juveniles, grandes sonrisas y los dientes rectos.

—Gracias por recibirnos —dijo el indio.

Se llamaba Paul, aunque en su tarjeta ponía «Pritpaul». Declinó la oferta de té y agua, igual que había hecho el blanco (Rog), en cambio Wye aceptó un café y observó muy concentrada cómo Salima metía una cápsula en la máquina y colocaba debajo una taza, luego sacaba la cápsula y la tiraba.

—No hay de qué —dijo—. Wye parecía muy interesada en el proyecto.

Wye tuvo la elegancia de mostrarse un poco afligida.

Paul no se dio cuenta.

—También está muy interesada en ti. Hemos oído hablar mucho de ti y, la verdad, no podrías encajar mejor en lo que tenemos pensado. Creemos que esto podría ser algo grande —dijo levantando las manos y extendiendo lo más posible los brazos en la minúscula habitación—. Muy muy grande. Bueno para nosotros, bueno para ti y para la gente como tú.

—¿La gente como yo?

—La gente que cae en las grietas del sistema…, la gente que no puede pagar el precio de todo, pero que a veces quiere derrochar y tener más opciones en una ocasión especial. Es lo mejor para todos, un nuevo tipo de flexibilidad. Los antiguos dueños de Boulangismo no supieron verlo, pero nosotros estamos muy ilusionados con las posibilidades de trabajar con nuestros clientes, no contra ellos. Esperamos que quieras participar.

Hubo una pausa en la conversación para que Salima dijese algo constructivo. Todos querían que dijese algo constructivo. La conversación había adoptado una forma, tal vez una dirección, y ella podría dar un empujoncito, o tal vez una indicación, y la

siguiente parada sería algún comentario alegre de Paul, de Wye o del tipo blanco, y luego volverían a ella, y empujarían, y empujarían, y empujarían hasta que adquiriese tanta velocidad que nadie pudiera pararla.

En ese momento rehusar parecía frívolo, pero comprendió que una palabra afirmativa sería un billete en un tren expreso sin más paradas.

—Todo eso está muy bien, pero no creo ser la persona que estáis buscando.

Wye pareció estupefacta. Paul y el tipo blanco se quedaron atónitos un momento y luego esbozaron sendas sonrisas.

—Por supuesto, respetamos tu decisión, pero ¿no podrías decirnos por qué? Al fin y al cabo hemos venido de muy lejos para hablar de esto contigo. Tal vez si nos explicas tus reservas aprendamos algo que nos ayude a entendernos mejor la próxima vez que nos veamos.

No les dijo que ella no les había invitado a ir a verla.

—No acaba de parecerme bien. Entiendo la idea de que nos estáis vendiendo más libertad. Pero eso es solo porque nuestros electrodomésticos nos roban mucha libertad y luego vuelven a vendérnosla.

—Pero nadie os obligó a escoger Boulangismo. Escogisteis un producto que tenía restricciones, y a cambio conseguisteis un alquiler más barato.

—¿Tú tienes un horno Boulangismo?

—No.

—¿Por qué?

—No hemos hecho esa elección —dijo el tipo blanco—. Elegimos otra opción. Eso es lo bueno de la libertad: todos elegimos lo que más nos conviene.

Salima se las arregló para esbozar una sonrisita tensa.

—No paráis de hablar de elección. Esta es la única casa que pude permitirme, y me costó meses conseguirla. ¿Qué clase de elección es esa?

—Antes vivías en otro sitio, ¿no?

—En un albergue para refugiados.

—Podrías haber elegido quedarte allí, ¿no?

Quiso que esa gente se fuese.

—No creo que eso sea tener mucho donde elegir.

Él negó con la cabeza.

—La clave es que tuviste una elección, y eso es porque unos electrodomésticos como los nuestros hicieron que a los caseros les resultase rentable construir pisos de protección oficial.

Ella no respondió. Estaba empezando a enfadarse y no quería enfadarse, no quería que esa gente viera que estaba enfadada.

—Queremos ayudaros, que podáis disfrutar más de la vida, que tengáis más elecciones posibles.

«¿Y qué hay de mi elección de liberar cosas?». No lo preguntó.

—La verdad, no puedo entender tu decisión.

«¿Está bien elegir, siempre que elija ayudaros?». No lo dijo.

—¿No ves que queremos ayudarte?

«Veo que queréis que os ayude a sacar más dinero de "la gente como yo"».

Tampoco lo dijo.

—Tal vez deberíamos irnos —dijo Wye.

A diferencia de los dos hombres, ella se había fijado en las reacciones de Salima.

—Solo estamos teniendo una conversación amistosa —dijo el tipo blanco—. De todas formas no tenemos que volver a la oficina hasta dentro de una hora. Salima, ¿podrías decirme sin más cuál es el problema?

Se oyó responder:

—Prefiero ayudar a mis vecinos a ahorrar y no a gastar dinero.

—¿Qué quieres decir con eso? Liberar tu horno te permitiría ahorrar un montón de dinero, si eres lista con los comestibles a granel y con lo que cocinas.

Una vez más, su voz dijo:

—Ahorraríamos más dinero si no tuviésemos que pagar por liberar nuestros hornos.

—No veo qué tiene eso que… —Se interrumpió—. ¡Ah! Sí, claro, pero ya sabes lo que pasa si te pillan haciendo eso.

—Preferiría ayudarles a no dejarse pillar.

Él resopló.

—A todos los pillan.

—¿Cómo lo sabes? No sabéis nada de quienes no habéis pillado. —Lo miró a los ojos. Esta vez se había enfadado, estaba rojo, se le

veía una vena en la frente.

—Sí, es posible, pero no será tu caso, chica. Sabemos lo que está pasando aquí. Te tenemos fichada. Quiero decir que espero que tengas todo en orden, porque como haya algo fuera de lo normal lo veremos. Y también sabremos con quién ir a hablar en primer lugar.

Wye abrió la boca y la cerró. Le dedicó a Salima una mirada de disculpa. Ella también se había ruborizado. Paul se puso en pie.

—Creo que más vale que nos vayamos. Muchas gracias por tu tiempo, Salima.

Ella los vio marchar; luego, cuando la puerta se cerró, volvió a abrirla sigilosamente y acercó el ojo para verlos llamar el ascensor. Quería asegurarse de que se iban sin hablar con los vecinos. Momentos después de que apretasen el botón, las puertas se abrieron y apareció una mujer con aire sorprendido, una mujer a la que nunca había visto, con un vestido de verano estiloso, maquillaje estiloso y peinado estiloso. Alguien del otro lado, cuyo ascensor nunca jamás debería haberse abierto en uno de los pisos de los pobres.

Los tres empleados de Boulangismo le indicaron con un movimiento de cabeza que no pasaba nada y entraron en el ascensor. Cuando se volvieron, ella cruzó una mirada con Wye, que se encogió de hombros e hizo una mueca a modo de ambigua disculpa. ¿Lamentaba el modo en que había hablado su jefe? ¿Lamentaba la amenaza? ¿Lamentaba que los ascensores se abriesen cuando ellos los llamaban pero no cuando lo hacía Salima?

Salima subió siete pisos hasta el apartamento de Nadifa y llamó al timbre.

Solo tuvieron que esperar unos minutos en la conserjería del colegio antes de que apareciera Abdirahim.

—¿Mamá? —exclamó con aire preocupado, y luego, cuando vio a Salima, pareció confundido.

—Vamos, lo hablaremos mientras andamos —dijo Nadifa con una mirada que acalló todas sus preguntas; era una mirada que debían de haber tenido ocasión de usar muchas veces, aunque no desde hacía tiempo.

Cuando estuvieron en la calle y se encaminaron hacia la parada del autobús, Salima dijo:

—Tenemos que restaurar todos los electrodomésticos del edificio a los valores de fábrica.

—Creía que ya lo habías hecho —dijo él negando con la cabeza.

—Sí, y tú y tus amigos lo habéis vuelto a deshacer.

Él empezó a negarlo. Ella le interrumpió.

—No soy idiota, Abdirahim. Ni siquiera te lo reprocho. Pero hoy he rechazado su oferta, les he dicho que no les ayudaría a vender códigos de desbloqueo a nuestros amigos. Están enfadados conmigo y van a intentar castigarme. Nos van a vigilar muy de cerca, y están trabajando con los propietarios de las Torres Dorchester. —Era solo una suposición, pero no carecía de fundamento. Después de todo, los caseros cobraban de ellos una comisión, así que algún tipo de relación debían de tener—. Tenemos que dejar todo tal y como estaba antes de que nos pillen.

Él anduvo varios pasos en silencio. Luego dijo:

—No funcionará. Hay demasiada gente que sabe cómo liberar los aparatos.

—Lo sé —replicó ella—. Pero tenemos que inventar un sistema mejor.

Wye le había hablado de máquinas virtuales, y eso le dio una pista. Los foros estaban, como de costumbre, repletos de datos contradictorios, especulaciones, insultos, fanfarronerías, correo basura y obscenidades.

Abdirahim había repasado a regañadientes el cuaderno de Salima y señalado los apartamentos que sabía que habían liberado sus electrodomésticos, entre ellos algunos en los que a ella no le habían dejado entrar. Trabajando juntos, volvieron a ir puerta por puerta y se llevaron a Nadifa para que les diera apoyo moral. Llamaron a los timbres mucho después de que fuese una hora prudente, y trabajaron hasta que estuvieron tan cansados que empezaron a cometer errores tontos. Se turnaban en cada apartamento: uno devolvía los aparatos a los valores de fábrica mientras el otro le explicaba a la gente, sobre todo a los niños, la importancia de dejarlo todo tal como estaba, al menos de momento, hasta que se les ocurriese una solución mejor.

Buscar en los foros sobre «máquinas virtuales» aclaró algunas cosas, pero también los hizo entrar en un mundo de cuestiones

informáticas de las que ninguno sabía lo suficiente. Por suerte había muchos propietarios de Boulangismo y Disher en el mundo que tampoco entendían las máquinas virtuales, pero aun así insistían en que alguien se las explicase, y pudieron llegar a comprender algo. Fue una gran ayuda que entre los tres, Nadifa, Salima y Abdirahim, supieran leer en siete idiomas.

Los ordenadores, por lo visto, eran iguales en una cosa importante: todos los ordenadores compartían una herencia común, una «arquitectura» que les permitía ejecutar cualquier programa que pudiese escribirse en lenguaje informático, en código software. Algunos ordenadores eran más rápidos o tenían más memoria que otros, y algunos esperaban que las instrucciones estuviesen escritas de formas diferentes, pero hasta el más lento podía ejecutar los programas más complicados, aunque les llevase años llevar a cabo una tarea que otro ordenador podía completar en un abrir y cerrar de ojos.

Pero no hacía falta traducir el código informático para que se ejecutara en otro ordenador. En vez de eso se podía escribir un programa informático que era, en realidad, un ordenador. Se podía escribir un programa de ordenador cuyo propósito era ejecutar programas de Boulangismo y que funcionara en Disher. Sí, podías convencer a tu lavavajillas de que era un horno. Cuando el horno que había dentro del lavavajillas daba la instrucción de encender un elemento para calentar o hacer una foto de la comida para comprobar si estaba hecha, el lavavajillas que ejecutaba su ordenador podía enviarle cualquier dato que quisiera y confiaría a ciegas en él.

Esa era la «máquina virtual», un ordenador imaginario dentro de otro ordenador. Y, por si eso no fuese ya bastante raro, se podía ejecutar una máquina virtual de Boulangismo en un Boulangismo y hacer que el horno fingiera ser otro horno distinto. Lo cual a Salima le pareció una especie de juego o alarde, hasta que Abdirahim lo entendió en un instante y se lo explicó.

—Si tienes un horno que ha sido liberado, puedes ejecutar un horno virtual en él. Luego se puede ejecutar una versión de fábrica del horno en el horno virtual. Cada vez que la fábrica entre en contacto con tu horno enviará las comunicaciones al horno virtual. El horno virtual le dice cómo responder para que parezca que no

está modificado. Es como capturar un rehén enemigo y obligarle a decirte lo que hay que decirle a su oficial para no levantar sospechas.

Se frotó las manos.

—¿Y funciona?

Se encogió de hombros y señaló a su pantalla.

—Dicen que sí. Pero no pueden estar seguros, ¿no crees?

—Ojalá pudiera preguntarle a Wye —dijo ella—. Ella sabría cómo hacerlo.

—Dices que ella te habló de las máquinas virtuales.

—Sí, pero solo estaba pensando en voz alta. A lo mejor volvió a pensarlo y vio algún fallo en el plan.

Él ni siquiera levantó la vista de la pantalla en la que estaba leyendo con avidez sobre las máquinas virtuales.

—Podrías preguntárselo.

—No sería justo para ella.

—Nada es justo —dijo con tanta desenvoltura que ella se quedó sorprendida; un crío tan joven, una idea tan grande.

Llegó a buscar el número de Wye, pero no lo marcó. En vez de eso, cogió su Boulangismo y ayudó a Abdirahim a instalar una máquina virtual en él. Iba a tener que aprender a hacer eso muy bien.

El día que relanzaron Boulangismo, todas las máquinas virtuales de todos los hornos y lavavajillas Disher se encendieron con una campanada y anunciaron la nueva e increíble oferta de desbloqueo. Esas alertas aparecían en pequeñas ventanitas que tenías que tocar para ampliarlas y leerlas antes de descartarlas.

Todos pasaron el día con los hombros tensos y haciendo gestos nerviosos, dando un respingo cada vez que recibían un zumbido, convencidos de que era alguien diciéndoles que habían hecho una redada o que todo había dejado de funcionar, o que los caseros estaban en la puerta para ordenarles que se largasen.

Pero ese día pasó, y luego el siguiente, y el siguiente.

Con cautela, un músculo tras otro, se fueron relajando.

A Salima se le daba muy bien hornear pan. Había descubierto los panes nórdicos y cada mañana preparaba cuatro bollos de

cardamomo espolvoreados de canela. Se comía uno y regalaba tres a las primeras tres personas que se encontrara en las escaleras al bajar, todavía calientes, dejando un olor mejor que cualquier perfume que pudiese encontrar en el ascensor después de que lo dejara alguien del otro lado.

Estaba esperando a que su Boulangismo emitiera un pitido cuando sonó su teléfono. Estuvo a punto de no responder: se trataba de un número oculto, y tan temprano casi seguro que era publicidad, pero deslizó el dedo por la pantalla:

—Salima. —La voz de Wye sonó tensa, como si le faltara la respiración.

Los hombros de Salima se tensaron como las cuerdas de una raqueta de tenis. En el fondo siempre había esperado esa llamada.

—¿Sí?

—Las máquinas virtuales que estás usando ya no les engañan. Acaban de hacer una actualización para detectarlas. Acabo de comprobar tu edificio. Aparecen tus movimientos. Es imposible que ellos no lo vean.

—¡Oh! —exclamó apretando los ojos.

El Boulangismo sonó y la puerta se abrió. El olor de canela, cardamomo y pan recién hecho. El ruido de su sangre atronándole los oídos.

—Pero hay un truco.

—¿Un truco?

—La máquina virtual que utilizo para hacer pruebas. Es indetectable. Tiene que serlo o no podría hacer simulaciones en el laboratorio. Acabo de comprimirla y…

—No, Wye.

—Sí, Salima.

—No dejaré que lo arriesgues todo por mí.

—No dejaré que os pillen por no ayudarte.

Salima no lo había visto desde ese punto de vista. A la gente del edificio la pillarían si Salima no les ayudaba. Eso la destruiría. Y a Salima la pillarían si Wye no la ayudaba. Así que…

—Sí, Wye.

Wye se rio, una risa breve y seca.

—Te enviaré una cosa.

Le dijo un sitio de la red profunda donde Salima tenía cuenta,

aunque nunca se lo había comentado a Wye. Vete a saber cuánto sabría Wye de lo que había estado haciendo en todas esas semanas en las que no habían hablado.

Abdirahim aún no se había ido a la escuela y Nadifa ni siquiera dudó cuando Salima le dijo que lo necesitaría todo el día. Su cuaderno de notas estaba manoseado y cubierto de marcas de tanto llevarlo de apartamento en apartamento.

—¿Te fías de ella?

Salima asintió con la cabeza.

—Si quisiera meterme en un lío, podría haberlo hecho de manera mucho más fácil.

La nueva máquina virtual, y el software que la controlaba, eran mucho más pulcros que cualquiera de las que había descargado de la red profunda. Se ocultaba muy bien, a menos que conocieras la clave táctil para cambiar en tu pantalla los controles reales y liberados por los controles falsos de la máquina virtual. Las notas que la acompañaban aseguraban que también quedaría totalmente oculta de las herramientas de Boulangismo. Era fácil de instalar, solo había que actualizar los valores que ya tenían, pero era por la mañana y mucha gente estaba saliendo al trabajo y dejaría sus electrodomésticos expuestos a las indiscretas indagaciones de la compañía.

Se les ocurrió un sistema. Ella llamaría a la puerta, explicaría a toda prisa la situación a quien le abriese y Adi entraría a hacer los cambios. Luego iría a la puerta siguiente y a la siguiente, se lo explicaría a toda prisa y pediría a la gente que dejase la puerta abierta para que pudiesen entrar.

Adi terminaba con un apartamento y pasaba al siguiente. No tendrían problemas para acceder a los apartamentos en los que había ancianos, personas incapacitadas o amas de casa, pero en el resto de los casos deberían intentar llegar antes de que la gente abandonara sus casas para ir al trabajo. Salima corría de un sitio a otro, y se las arregló para encontrar a casi todos. Consiguió los números de teléfono de los cuatro que no estaban en casa y, mientras subía las escaleras a toda prisa en busca de Adi, los llamó: dos respondieron, y dejó mensajes para los otros dos diciendo que volvería a llamarles.

Fue una suerte que el software de Wye fuese tan sencillo y fácil de instalar, porque Salima estaba agotada. Abdirahim, por el contrario, era todo arrogancia y frialdad adolescente, y se demoraba muy poco en cada sitio, sacando pecho y esbozando una sonrisa mientras se concentraba.

En cualquier caso, lo estaban consiguiendo. A la hora de comer casi habían acabado. Llamaron a la puerta del viejo serbio, que insistió en darles mantequilla de cacahuete con galletas, que ambos engulleron, sorprendidos de lo hambrientos que estaban. Salima recordó que tenía cuatro bollos de cardamomo en el horno y corrió a buscarlos; se comieron uno cada uno y el que sobró se lo dejaron al serbio. Él sonrió y se despidió con la mano mientras se alejaban por el pasillo hacia el siguiente apartamento.

Justo cuando bajaban por las escaleras en dirección al piso siguiente, sonó el teléfono de Salima.

—¿Nadifa?

—Los caseros están visitando los pisos —dijo, y su voz sonó como un susurro apremiante.

—¿Dónde?

—Han empezado por el cuarenta y uno. Acaban de estar en nuestra casa y han inspeccionado todos los electrodomésticos.

Habían restaurado primero sus propios apartamentos, en parte para estar seguros de que sabían lo que hacían y en parte porque pensaron que los caseros empezarían por ellos.

—De acuerdo.

—No han encontrado nada. No sé lo que has hecho, pero ha funcionado.

—Muy bien.

—Acaban de subir al ascensor.

—Entendido.

Por un momento, lo único que oyó fue el zumbido y los latidos de la sangre en sus oídos. Comprendió que estaba mirando absorta su teléfono. Abdirahim la observó asustado.

—¿Cuántos faltan?

Él sacó el manoseado cuaderno con las anotaciones de ambos, repasando las listas con su dedo y moviendo los labios mientras contaba.

—Veinticuatro —dijo.

Ella cerró los ojos y tomó aliento. Veinticuatro. Los caseros estaban en el ascensor. Su piso estaba a salvo, y ahí era donde irían los caseros. Los demás sitios estaban desperdigados entre los siete pisos de los pobres. Tenían cuatro pisos arriba y tres debajo.

Le quitó el cuaderno a Abdirahim, arrancó las páginas de los cuatro pisos de arriba, las dobló y se las guardó en el bolsillo trasero de los tejanos.

—Tú haz los tres de abajo —dijo—. Ve con cuidado. Mira antes de salir al pasillo. No dejes que te vean los caseros. Si te pillan, que no te cojan el cuaderno.

Él se había quedado un poco más pálido, su arrogancia adolescente le había abandonado. Tragó saliva ruidosamente. Miró las páginas que quedaban del cuaderno, escrutándolas.

—De acuerdo.

—Muy bien —dijo ella.

Él dio media vuelta, pero Salima lo agarró y lo abrazó con fuerza.

—Vete —susurró, y giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba.

Mientras subía, experimentó una especie de calma. En esa planta había tres apartamentos abiertos, así que no tendría que hablar con nadie. Entró en el primero, buscó con la mirada los electrodomésticos y fue marcándolos en su lista: uno, dos y tres. Sacó el USB del bolsillo; no se había acordado de advertirle a Adi de que se deshiciera de él si se encontraba en peligro, pero seguro que se le ocurriría (¿o no?). Fue hacia el horno y lo levantó con movimientos seguros y calculados.

Un apartamento. Dos. Tres. Las escaleras. Dos más en este piso. Dentro había gente. Llamó al primer timbre, preocupada y vulnerable, con el zumbido de los ascensores a unos metros de distancia. Los latidos en la cabeza. Las axilas pegajosas. El USB tan apretado en el puño que le dolía.

Le abrió la puerta una mujer mayor, alta, con los ojos claros, delgada, arrugada y morena. Salima recordó que había sido pediatra en Damasco. Antes tocaba el violín, pero la artritis le había inflamado los nudillos y le había arrebatado su afición.

—Los caseros están en el edificio —susurró Salima.

La mujer se apartó y la dejó pasar. Cuando Salima terminó, la mujer la detuvo y la cogió de la mano con sus dedos frágiles, secos y curvos.

—Gracias —dijo mientras se la apretaba ligeramente.

Mientras Salima consultaba sus notas y llamaba al timbre siguiente, sintió todavía la sensación de aquella mano.

Camino de las escaleras, su teléfono emitió un pitido. Lo miró.

> Los caseros están en las escaleras.

Ay.

Oyó movimientos furtivos, los pasos silenciosos de unos zapatos, alguien que subía intentando no hacer ruido. Había otras escaleras al otro lado de las Torres Dorchester, reservadas para emergencias, con una puerta con alarma. Los pasos se acercaron. Abrió la puerta y volvió al pasillo.

Podía llamar a la puerta de cualquiera, intentar librarse del cuaderno de notas y del USB antes de que llegaran los caseros. ¿Y si no lo lograba? Todos tendrían problemas.

Adi y ella casi lo habían conseguido. Quedaban tal vez media docena de apartamentos. Demasiado pocos, pensó, para que los caseros pudieran desahuciarlos por conspiración.

Oyó los pasos en la escalera. Ya no se molestaban en disimular. Debían de haberla oído cerrar la puerta.

El ascensor zumbó. Estaba atrapada. Cruzó los brazos sobre el pecho, separó los pies y esperó.

Las puertas del ascensor se abrieron antes que las puertas de las escaleras. Ella volvió la cara para afrontarlo, sin demostrar miedo. Una máscara de frialdad. Eso sería lo que les mostraría.

Dentro estaba Abdirahim.

—¡Entra! —le chistó.

Las puertas se cerraron y el ascensor se puso en movimiento.

Abdirahim pulsó el botón del vestíbulo.

—También están en el vestíbulo —dijo—. Así que no podemos ir ahí.

El ascensor bajó a toda prisa. El contador de pisos llegó al piso

treinta y cinco y luego mostró dos guiones («- -») mientras bajaban a toda velocidad por los pisos de precio completo. Llegarían al vestíbulo en segundos.

—Adi…

Él sonrió y, con dedos veloces y seguros, pulsó una rápida secuencia de números en el panel de mandos del ascensor. Este empezó a ir más despacio y se detuvo. Las puertas se abrieron.

Las otras puertas.

Las puertas que daban al piso de los ricos.

—Vamos —dijo.

Salieron al pasillo. La alfombra era de un cálido color marrón púrpura, y tenía las marcas que había dejado un robot aspiradora al pasar en una dirección uniforme.

—Adi…

Él volvió a sonreír.

—Aprendí cómo funcionaban los ascensores cuando quitaron a los capitanes de ascensor. No fue difícil.

En los pisos de los pobres, la infografía solo mostraba la posición del ascensor cuando estaba atravesando los pisos donde podía detenerse, y daba la impresión de desaparecer entre el piso cuarenta y dos y el ático, y entre el treinta y cinco y el vestíbulo. Aquí la infografía mostraba todo. Un ascensor se detuvo en el piso treinta y siete y luego subió al treinta y ocho. Ningún residente de los pisos de los pobres perdería el tiempo llamando al ascensor para subir un solo piso. Eran los caseros, con un mando que llamaba directamente al ascensor, incluso a los pisos de los pobres.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, que todavía estaba intentando entender qué había hecho Adi.

Él le enseñó el cuaderno de notas, con cruces al lado de cada apunte.

—Ahora acabamos tu lista.

Quedaban dos pisos. El treinta y cinco y el treinta y seis. Ella le dio una página y se quedó la otra. Luego él llamó a otro ascensor, pulsó una rápida secuencia de números y luego el treinta y cinco y el treinta y seis.

Cuando las puertas se abrieron, salió corriendo al pasillo con imprudencia, sin comprobar si los caseros estaban esperándolo. Ella fue más cuidadosa cuando las puertas se abrieron en el treinta y

seis, asomándose antes de salir al pasillo. Luego echó a correr hacia la última puerta de su lista.

> Ahí va otra máquina virtual, la actualización se instalará la semana que viene. ¿Te dará tiempo?

Salima tecleó en la pantalla y respondió:

> Eres una mala empleada, Wyoming
> Supongo que sí
> Pero eres una buena amiga
> Supongo que sí
> Gracias, Wye
> Ya sabes dónde estoy.

Salima se desperezó y se puso en pie. Tenía que ir a trabajar. A la heladería. El negocio iba viento en popa gracias a una primavera extrañamente calurosa. Tenían un sabor nuevo que ella adoraba: pasta de aceitunas negras con queso de cabra, que era el helado más raro que había probado jamás, pero también el mejor.

Cogió los bollos de cardamomo y se peinó delante del espejo. Su teléfono emitió un pitido.

> ¡Envíame la receta de los bollos de cardamomo, por favor!

Lo hizo y se fue al trabajo.

Una minoría modélica

El Águila Americana acababa de cruzar la Interestatal 278 cuando oyó el golpe seco de una porra dando toquecitos en la ventanilla de un coche, y luego la voz alta, dominante y llena de rabia de un policía, al norte de la I-278, la frontera que separaba la Staten Island blanca de la Staten Island negra.

—¡Baje la puta ventanilla!

A pesar de su oído sobrehumano, no supo con exactitud de dónde procedía la voz hasta que volvieron a repetirse los golpes: tres golpes de porra y luego el ruido de un parabrisas roto. Comprendió qué era aquel ruido, localizó de dónde procedía el rumor de la disputa e inclinó su cuerpo hacia allí, perdiendo altura y describiendo una curva a través de la llovizna, que se abrió en abanico detrás de él en su estela turbulenta. Con los brazos extendidos hacia delante y la capa restallando a su espalda era un misil azul y rojo que descendía hacia el ruido.

El hombre del suelo era negro, los cuatro polis que había a su alrededor eran blancos. El negro del suelo era delgado, de poco más de treinta años, con el pelo corto y un pulcro bigotito. Su coche era tan pulcro como el bigote, brillaba incluso en medio de ese día húmedo y gris: un coche viejo pero bien cuidado. El hombre estaba en el suelo, y la cara le sangraba por encima del bigotito. Tenía pequeños cubos de cristal templado clavados en ella, pero también una magulladura en el pómulo con la forma de la punta de una porra.

Los cuatro polis que rodeaban al negro del suelo habían sacado las porras. Le estaban golpeando. Le habrían golpeado con más fuerza, pero lo habían sacado a rastras del coche y lo habían dejado en el estrecho hueco que había entre su coche y el de al lado, y se entorpecían unos a otros. Una porra aterrizó en su cabeza con un crujido que el Águila Americana notó en los huesecillos de su oído interno. Torció el gesto y ajustó el ángulo para llegar más directo y deprisa a la escena.

Los coches dificultaban que los policías golpearan con sus porras el cuerpo del negro, pero las piernas le asomaban hacia el aparcamiento, donde dos policías podían golpearle al mismo tiempo. Se dedicaron a ello como si estuviesen clavando el poste de una cerca, con grandes golpes dirigidos a los huesos y las articulaciones.

El hombre del suelo gemía y chillaba, mientras los cuatro policías gritaban. Gritaban: «Deje de resistirse», y cada dos o tres golpes paraban la paliza para girarse y captarse unos a otros con las cámaras corporales gritando «Deje de resistirse» mientras golpeaban y golpeaban.

El Águila Americana los sobrevoló tan de cerca que el viento les descolocó las gorras mientras cogía dos porras con la mano, tirando con tanta fuerza que uno de los policías se cayó de bruces. El otro recobró el equilibrio justo cuando el Águila Americana se posaba en el suelo. Ninguno de los polis siguió golpeando al negro. Todos se quedaron mirándolo, incluso el negro, a quien le salía sangre de la nariz y del cuero cabelludo.

—¿Qué? —dijo el poli que había golpeado al hombre en la cabeza—. Este cabrón llevaba drogas en la consola central, a la vista de todos. No ha querido bajar la ventanilla. Obstrucción a la acción gubernamental.

El Águila Americana miró en el interior del poli, vio su tensión arterial, midió su pulso. El ojo del hombre se movió con una contracción nerviosa, su mirada recorrió al Águila Americana, luego su porra se movió con una contracción nerviosa. Todo fue demasiado rápido para que el ojo humano pudiera percibirlo.

El Águila Americana no dijo una palabra. Observó en silencio. Estaba flotando sobre el suelo, con la suela de sus zapatos a unos pocos centímetros del pavimento húmedo del aparcamiento. Intimidaba tener delante a alguien capaz de flotar sobre el suelo. El poli se acobardó.

—Esposadlo —dijo.

—Eh, oficiales, los grilletes de mis tobillos están demasiado apretados —dijo el negro—. No siento el pie izquierdo. Algo va mal.

No tenía esposados los tobillos, pero era evidente que el pie izquierdo y el tobillo estaban rotos, doblados en un ángulo espeluznante, por los múltiples golpes de las dos porras.

El poli que había dicho «Esposadlo» llamó por radio a una ambulancia. El negro dijo:

—¿Alguien lo ha grabado? Os voy a meter una demanda que os vais a cagar.

El poli de «esposadlo», un sargento con el nombre «BIANCHI» en la placa, un hombrecillo violento con los bíceps marcados en la

camiseta y el cuello demasiado grueso para el cuello del uniforme, dio la impresión de ir a patear al negro en la cabeza. De hecho, movió un poco el pie, aunque habría hecho falta el sistema sensorial extraterrestre del Águila Americana para verlo. No obstante, se contuvo y se subió a la ambulancia cuando llegaron los paramédicos. Se le había clavado un trocito de cristal al romper la ventanilla y se había hecho un corte infinitesimal en la mejilla. Los paramédicos lo examinaron de arriba abajo y le pusieron una venda.

Los otros polis miraron a su alrededor con timidez cuando Bianchi y la ambulancia se marcharon. Ahora tenían que ocuparse de la labor administrativa: recopilar pruebas, hacer fotos, inmovilizar el vehículo. En comparación con la paliza que estaban dando cuando llegó el Águila Americana, era un trabajo árido y burocrático. Hicieron fotos de las salpicaduras de sangre y tomaron notas muy serias sobre las drogas que habían encontrado en la consola central del negro.

—¿Qué es una consola central? —preguntó el Águila Americana, después de oír sus susurros desde siete metros de distancia.

Los dos polis que habían estado charlando parecían incluso más avergonzados.

—Eso, eso de ahí es la consola —dijo uno, y señaló el reposabrazos que separaba el asiento del conductor del acompañante.

—¿Tenía drogas a la vista de todos ahí?

—En una bolsa —dijo el poli mostrando una bolsa grande de hierba.

—Pero la parte de arriba es curva. Cualquier cosa que dejes ahí se caería.

—A lo mejor estaba en el asiento del acompañante.

—No, estaba en la consola central. Yo la vi —repuso su compañero.

El Águila Americana lo miró fijamente. Otra vez estaba flotando en el aire.

—Mira, Águila —dijo el otro poli, el que había llamado a la grúa por teléfono—. Gioff, quiero decir Bianchi, no es un mal tipo, su padre hizo carrera en el Departamento de Policía de Nueva York. Es voluntario en la Liga Menor.

—Fue Águila en los Exploradores —dijo Consola Central—. En serio.

Los dos miraron el emblema del Águila Americana.

—¿A qué hospital lo han llevado? —preguntó el Águila Americana.

Después de una incómoda pausa, se lo dijeron. Él despegó y su superoído oyó a No Es Un Mal Tipo decirle a Consola Central que solo un marica o un pervertido se pasearía por ahí en mallas, era repugnante.

Aterrizó en el aparcamiento de ambulancias y encontró a los paramédicos que habían atendido al negro tomando un café y esperando una nueva llamada. Lo vieron acercarse recelosos. No era lo normal: la mayoría de la gente había crecido viendo al Águila Americana en los tebeos, en los noticiarios, en las dramatizaciones radiofónicas, en los dibujos animados, en los juguetes, en las novelas, en las entrevistas, en las películas educativas, en las adaptaciones teatrales, en los musicales, en las películas, en las precuelas, en las atracciones de los parques temáticos. Hasta los criminales que iban a acabar en la cárcel porque había aparecido el Águila Americana se quedaban un poco deslumbrados aunque maldijeran su mala suerte.

—Hola, amigos —dijo.

—¡Eh! —lo saludó un paramédico que era blanco, cachas, alto, con el pelo corto y unas deportivas muy muy buenas.

—Ese tipo que acabáis de traer, al que le dieron una paliza los polis y que tenía la pierna rota.

—¿Sí?

—Quiero estar seguro de que todo ha ido bien. ¿Podríais decirme si le han ingresado y ha pasado el triaje sin problemas? ¿Sabéis cómo se llama? Le han dado una buena y quiero hablar con él, explicarle que tiene opciones legales.

—¿Eres superhéroe o abogado?

El Águila Americana había testificado literalmente en cientos de juicios criminales, por no hablar de un par de juicios por genocidio en La Haya. Tenía más de un siglo de experiencia legal, sabía más que la mitad de los profesores de Yale. También sabía que ese tipo no sentía curiosidad por sus credenciales profesionales.

—¿Sabes cómo se llama?

El paramédico bebió un poco de café.

—Son las normas del hospital, la Ley de Portabilidad y Responsabilidad de los Seguros Médicos; no podemos darte su nombre. Lo siento, Águila —dijo extendiendo las manos.

Daba igual, porque el Águila Americana había leído ya el nombre en un sucio papel de calco en la oscuridad del interior de la ambulancia: Wilbur Robinson, que tenía las constantes vitales normales cuando pasó del paramédico a la enfermera de triaje. El Águila también leyó los papeles del sargento Gioffre Bianchi, que estaban al lado de los de Robinson. También tenía las constantes vitales normales y un leve corte en la cara descrito como «superficial».

—De todos modos, gracias por vuestra ayuda. Iré a preguntar al mostrador de Emergencias.

Fue hacia las puertas basculantes, pero el paramédico lo detuvo.

—Esa entrada es solo para el personal. Por la puerta principal, por favor —dijo con un tono levemente malintencionado.

Por supuesto, el Águila Americana atrajo muchas miradas cuando entró en el hospital, y se sintió mal al perturbar la labor de las enfermeras y los médicos. Pero también recibió miradas muy vivas de los polis de uniforme que había a los lados del mostrador de recepción: miradas furiosas, en realidad. Uno de ellos maldijo en voz baja, no tanto como para que el Águila no lo oyese, pero sí lo suficiente para que los demás no pudieran oírlo. El Águila Americana memorizó su número de placa en un abrir y cerrar de ojos.

—He venido a preguntar por un paciente —le dijo a la recepcionista, que estaba ciertamente deslumbrada y sonreía como una posesa.

—¡Guau! —exclamó.

—Ha llegado en ambulancia. Wilbur Robinson.

Ella empezó a teclear en el ordenador.

El tipo que le había maldecido dijo:

—Un segundo. —Se inclinó amenazador sobre la recepcionista de Urgencias—. Ese paciente es un sospechoso. No puede dar ninguna información sin la autorización del Departamento de Policía de Nueva York.

El Águila Americana le echó una mirada gélida. No era una mirada con la que le fotografiaran a menudo, pero muchos criminales se habían acobardado al verla.

—No es usted funcionario del hospital, oficial.

—Soy un agente de la autoridad —dijo, y se dio unos golpecitos en la placa.

—Y da la casualidad de que yo soy un agente federal delegado —replicó el Águila Americana—. ¿Cuál es el estado del paciente, por favor?

La recepcionista volvió a teclear. Miró su pantalla, después al Águila y después al poli.

—Llamaré al médico supervisor para que le informe —dijo, lo cual era una buena manera de salir del aprieto sin comportarse como una gilipollas con un auténtico superhéroe. Trabajar en Urgencias le había enseñado diplomacia rápida.

—Gracias —dijo el Águila Americana.

El poli los miró furioso.

La médica era asiática y, por su apellido, Farooqi, el Águila Americana dedujo que sus padres eran pakistaníes. El poli habló antes de que él pudiera decir una palabra:

—Su paciente está bajo arresto por orden del Departamento de Policía de Nueva York y no puede recibir visitas.

—No he pedido verle a él. He pedido hablar con su médica.

El poli se le plantó delante, lo cual era valiente y estúpido, pues el Águila Americana podría haberle atravesado, literalmente, de un puñetazo a través del chaleco antibalas y demás. En una clase de boxeo en Anytown había hecho jirones el saco con una embarazosa explosión que cubrió el suelo de arena. No había sido fácil ser un extraterrestre de ocho años con una identidad secreta en Anytown, Ohio.

El poli estaba a punto de decir algo, pero la doctora lo interrumpió. Tenía ese don propio de los médicos de Urgencias de no dejarse sorprender por nada. Un poli discutiendo con un superhéroe solo es interesante si has dormido en algún momento en las últimas treinta y seis horas, y si no te han llamado para improvisar un método de sacar un objeto de forma extraña de un orificio vergonzoso.

—Soy la doctora Farooqi —se presentó. Era menuda, pulcra, con

bolsas debajo de los ojos, de pelo corto y brillante y la piel más clara que ningún pakistaní que hubiese conocido el Águila: como si llevara mucho tiempo sin salir a la calle—. Puedo confirmarle que la política del Departamento de Policía de Nueva York no afecta a mi capacidad de discutir u ocultar información sobre el estado de un paciente.

Le echó una mirada al poli que dejó claro que le importaba una mierda. Al Águila le cayó bien.

—Las normas relevantes —continuó— están recogidas en la Ley de Portabilidad y Responsabilidad de los Seguros Médicos y en las normas de este hospital. Ambas coinciden en que no puedo dar información sobre su estado de salud a un agente federal a menos que haya una orden judicial, una necesidad policial urgente o que él dé su consentimiento. Señor Águila, ¿tiene usted una orden judicial?

El Águila Americana negó con la cabeza. El poli pareció muy pagado de sí mismo.

—Entiendo. Y no veo que esta sea una necesidad policial urgente. ¿Me equivoco?

El Águila negó con la cabeza.

—Gracias. Iré a preguntar a mi paciente si consiente en informarle sobre su estado de salud.

El poli dio un respingo.

—Espere…

Pero la médica se había ido ya. El poli dio la impresión de querer ir detrás de ella y hacerle un placaje, pero el Águila Americana no lo habría permitido.

Cuando la doctora regresó, le dijo al Águila Americana que la acompañara y se lo llevó pasillo abajo. El poli dio dos pasos detrás de él y la médica se volvió:

—Espere aquí, por favor.

La doctora condujo al Águila a una consulta y cerró la puerta.

—El señor Robinson ha sufrido graves daños en la pierna izquierda que requerirán varias operaciones y años de terapia, y es posible que no pueda volver a andar sin dificultad. Tiene una leve conmoción cerebral y la órbita del ojo izquierdo fracturada. Por suerte, no se le ha clavado ningún fragmento de hueso en el ojo. Tiene la nariz rota y ha perdido dos dientes. Todos los dedos de la

mano derecha están rotos y hemos tenido que escayolárselos. También tiene una costilla rota, y contusiones y abrasiones en todo el cuerpo.

El Águila Americana había visto muchos ejemplos de falta de humanidad en varias zonas de guerra a lo largo de las décadas, incluso había tenido que hacer limpieza después de que a uno de los «buenos» se le fuera la pinza e hiciera algo no tan bueno. Pero esto le afectó de manera distinta. Esto no había ocurrido en un campo de batalla entre la niebla de la guerra, sino en un pequeño aparcamiento particular en Staten Island a plena luz del día, y lo habían hecho unos tipos que podían haberse parado unos a otros y, en vez de eso, habían gritado «deje de resistirse» a beneficio de las cámaras corporales de los demás.

Dejó de apretar los puños y la médica se relajó un poco. No pretendía asustarla, después de que le hubiese hecho un favor.

—¿Puede darle un recado?

La médica asintió con la cabeza.

—Testificaré a su favor.

La médica volvió a asentir.

—¿Nada más?

—No… Sí, espere. Dígale que ha sido una injusticia y que testificaré a su favor.

—Muy bien.

Usó otra salida y llegó al aparcamiento de ambulancias sin volver a cruzarse con el poli. Hizo un despegue vertical y utilizó la visión de rayos X para ver cómo subía el ascensor con la médica dentro. Luego la siguió por los pasillos del séptimo piso hasta que entró en la habitación de Wilbur Robinson. El Águila apuntó el número de la habitación y después voló hacia las nubes para perder de vista a los del aparcamiento, que le estaban mirando y apuntando con el dedo.

El sol de finales de invierno se puso pronto, y él volvió a bajar de las nubes y se cernió sobre el ala oeste del hospital, mientras escaneaba la habitación de Wilbur Robinson, antes de aterrizar en el tejado y utilizar su aliento gélido para congelar el mecanismo de la puerta; luego hurgó en la cerradura con un trozo de metal y la abrió. Una vez dentro, volvió a calentarla con su visión calorífica y

se aseguró de que el pestillo quedaba enganchado. Saltó por encima del pasamanos de la escalera y descendió flotando despacio hasta el séptimo piso, evitando así las cámaras de circuito cerrado de las escaleras. Una vez en la séptima planta, se deslizó hasta la habitación de Wilbur Robinson a velocidad suficiente como para no ser captado por ningún ojo humano, y por el camino cogió unos bolígrafos del mostrador de las enfermeras. Los arrojó delante del oficial del Departamento de Policía de Nueva York que había a la puerta de la habitación de Robinson y giró bruscamente para que se produjera una repentina corriente de aire en el pasillo, y cuando el poli se agachó para mirar perplejo los bolígrafos, volvió a toda velocidad por el pasillo y entró en la habitación de Robinson.

Robinson lo miró con su único ojo útil y esbozó una sonrisa sardónica y magullada.

—Tú, ¿eh?

—¿Le dio la médica mi recado? —preguntó el Águila, fijándose en los extraños giros del pulcro bigotillo de Robinson, que se alzaba sobre los labios hinchados como un gusano aplastado en la acera un día de lluvia.

Robinson asintió con la cabeza.

—Muy amable por tu parte, gracias.

—No es justo —la voz del Águila sonó tensa.

—No, pero tampoco es raro. ¿Por qué yo, señor Águila?

El Águila Americana sabía a qué se refería. Veía las noticias, leía Twitter. Había visto los vídeos grabados con las cámaras de los teléfonos.

—Por algún sitio hay que empezar.

—¿Me permites hacer una predicción, ya me entiendes, sin ánimo de ofender?

El Águila Americana asintió con la cabeza.

—Claro.

—Ahora mismo eres blanco, pero esa es una proposición puramente contingente. No quiero ofenderte, pero no eres un hombre blanco porque no eres humano. Ni siquiera eres un hombre, ¿verdad?

Eso no era ninguna novedad para el Águila: los supervillanos a menudo le provocaban con crueles especulaciones sobre su identidad de género y especie. Pero que fuese o no blanco no se lo

habían dicho nunca. Le sorprendió doblemente: en primer lugar porque cayó en que nunca se había parado a pensarlo, y en segundo, porque era raro que no hubiese salido a relucir.

—Supongo que en realidad no soy un hombre, al menos en el sentido de ser terrícola o humano.

—Tampoco eres blanco. ¿Has oído alguna vez a esos tipos de «Patrimonio, no odio» ese mito de que los irlandeses fueron los primeros esclavos de Estados Unidos? Son una pandilla interesante. Están realmente muy cerca de entender que ser blanco es algo que otras personas eligen por ti. La gente es blanca si los blancos les conceden el privilegio de serlo. Empieza antes de nacer y perdura después de tu muerte. Y lo que da el ser blanco también se te puede arrebatar. Estoy seguro de que no lo entiendes, pero solo eres blanco por cortesía, señor Águila. En realidad no eres más que un hombrecillo verde disfrazado de blanco. No creerías lo deprisa que podrían privarte de tu blancura. Eres el extraterrestre ilegal original.

—Señor Robinson, lo que le ha ocurrido es inexcusable. Haré lo que sea necesario para que se haga justicia.

Wilbur Robinson resopló, luego torció el gesto.

—Tengo que ser sincero, señor Águila Americana. Me da la sensación de que, si lo intentas, nos vas a meter a los dos en un buen lío.

El Águila Americana utilizó su visión calorífica para fundir el sello de la ventana, la levantó con cuidado, luego volvió a fundir el sello y salió volando del piso séptimo. Después regresó a casa y se preparó la cena.

El Águila Americana no necesitaba dormir mucho. Le bastaba con cuatro horas al día, y, en caso necesario, podía pasarse cinco o seis días sin dormir. Su planeta de origen tenía un ciclo diurno mucho más largo que el de la Tierra. En esas largas horas acostumbraba a hacer patrullas de vuelo, pero esa noche se sentó con el portátil abierto y se conectó con la VPN a un ocultador de IP en las Islas Vírgenes muy utilizado por los evasores fiscales, y que por tanto era probable que funcionase bien contra las agencias de espionaje y de seguridad de Estados Unidos.

Leyó lo que se decía de él en los foros y en las redes sociales. Eso

nunca era una buena idea, y no obstante le atraía como una llama a una polilla. Al cabo de un momento había abierto docenas de pestañas y había vuelto a cargarlas en busca de nuevos mensajes.

Nadie estaba impresionado con él. Los de Blue Lives Matter decían que se había vendido y se había puesto del lado de los «delincuentes» y en contra de los agentes de la ley. Los activistas antirracismo decían que un puñado de gestos no podría deshacer la ayuda que había prestado durante generaciones a las causas de la supremacía blanca y el imperio americano. Incluso quienes simpatizaban con él pensaban que pecaba de ingenuo al creer que podría «solucionar el racismo a puñetazos».

Estuvo muy tentado de bajar a la palestra y defenderse anónimamente, pero se contuvo. Había pasado más de un siglo ocultándole su identidad al cada vez más sofisticado aparato de inteligencia del Gobierno de Estados Unidos y a sus adversarios y aliados, y era consciente de que, en una era de vigilancia masiva, había muchas formas de trazar una flecha sobre su identidad secreta y una línea que la conectara con el Águila Americana.

Siguió recargando las páginas, fijándose en las personas que defendían su causa, aunque tuviese que admitir que sus argumentos no eran muy buenos: la mayoría se resumían en «¡Pero es un superhéroe!».

Cuando ya amanecía, vio una entrada que mostraba el traslado de Wilbur Robinson en ambulancia al Complejo de Detención de Manhattan conocido como The Tombs. Apretó los botones que apagaban todos sus dispositivos y esprintó tres kilómetros, esquivando las cámaras de circuito cerrado antes de elevarse en el cielo. Nunca despegaba dos veces seguidas desde el mismo sitio, y disponía de un programa de aleatorización que le dirigía al punto de despegue de cada día, evitando cualquier distancia constante desde su escondrijo. Ascendió por encima de la troposfera y rompió la barrera del sonido con un estallido que hizo que las nubes temblaran a su espalda. Cinco minutos después estaba sobrevolando Staten Island, recorriendo la ruta que la ambulancia policial tendría que seguir para llegar a The Tombs. Los alcanzó a una manzana de la cárcel y se posó sin hacer ruido en el techo, utilizando su superoído mientras bajaban la silla de ruedas por la rampa de la ambulancia en dirección a la cárcel. Bianchi la empujaba, y el

Águila le oyó maldecir en voz baja y recitar en tono monótono todos los modos en que harían pagar a Wilbur Robinson sus transgresiones.

La voz monótona cesó cuando un ayudante del alcaide salió a su encuentro para empujar la silla. El rostro de Wilbur Robinson era una máscara inexpresiva, ya fuese por valeroso estoicismo o porque estaba demasiado aterrorizado para hablar. El Águila Americana volvió a notar esa punzada, esa sensación de injusticia y apremio. Utilizó su visión de rayos X para seguir el avance de la silla de ruedas hacia la entrada de la cárcel, y vio cómo Bianchi se metía en una especie de sala de descanso y se preparaba un café, para volver su atención hacia Wilbur Robinson justo cuando este caía al suelo.

Sin pararse a pensarlo conscientemente, el Águila Americana bajó de un salto a la entrada y abrió la puerta con tanta fuerza que la cerradura salió volando con un ruido como el de un disparo de escopeta. Al instante, se plantó de pie al lado de Wilbur Robinson, que estaba en el suelo bocabajo, todavía estoico, con la pierna y la escayola en un ángulo forzado y retorcido.

El guardia que acababa de tirarlo al suelo era delgado, joven y blanco, y tenía el rostro rojo de furia, que se transformó rápidamente en sorpresa.

—¿Qué ha hecho? —gritó el Águila, y pensó «qué pregunta tan tonta».

El guardia boqueó dos veces, luego recuperó la voz.

—Hay que registrar a los detenidos. Es por seguridad. Este detenido se ha negado a obedecer.

—No quise levantarme —dijo en voz baja Wilbur Robinson desde el suelo, dándose unos elocuentes golpecitos en la escayola de la pierna izquierda.

—Tiene una pierna rota —dijo el Águila Americana.

—El detenido se ha negado a obedecer —insistió el guardia tragando saliva—. No está usted autorizado para estar aquí. Haga el favor de salir.

—¿Lo ves? —dijo Wilbur—. De «¿puedo hacerme una foto con usted para enseñársela a los niños?» a «haga el favor de salir» en minutos. Ten cuidado, Águila, la falta de blancura es contagiosa. A partir de aquí todo va muy deprisa.

El Águila Americana miró al guardia. El guardia se acobardó.

—Puede registrarlo en mi presencia —dijo el Águila.

El guardia dio la impresión de ir a pedir ayuda, pero luego apretó los labios, negó con la cabeza, se arrodilló al lado de Wilbur Robinson y lo registró.

—Estaba en el hospital —dijo Robinson mientras el guardia le palpaba—. Llevo una bata de hospital. ¿Dónde cree que escondo el contrabando?

A modo de respuesta, el guardia sacó una pequeña linterna, se la puso entre los dientes —tenía las marcas de pequeñas dentelladas— y levantó la bata de Robinson. El Águila la bajó tan deprisa que el aire erizó el pelo corto del guardia.

—Eso no es necesario. El señor Robinson no es violento.

—Es el reglamento —dijo con la linterna entre los dientes.

El Águila pensó en los problemas que podía causar sujetar con la boca un utensilio utilizado para registrar las cavidades corporales y calculó aún más a la baja la inteligencia del guardia.

—No es necesario —insistió el Águila Americana, e hizo ponerse en pie al guardia—. Llevemos al señor Robinson al hospital de la cárcel, ¿de acuerdo?

Otro cruce de miradas. Al Águila se le daban bien esas cosas. Al fin y al cabo, su especie no utilizaba las miradas igual que los humanos, así que podía mirar de modos arbitrarios y perturbadores. Las membranas nictitantes también eran de ayuda. El Águila ganó.

El guardia se arrodilló para arrastrar a Robinson a la silla. El Águila Americana levantó a Robinson como a un bebé y lo dejó con cuidado en la silla, luego acompañó al guardia por los numerosos giros y recovecos internos de la cárcel. Los detenidos y los guardias los miraron boquiabiertos, y el Águila pudo oír todas sus conversaciones susurradas, pues cualquiera que susurre cerca de un extraterrestre con un oído sobrehumano legendario no puede contar con tener intimidad. Aunque tampoco es que dijesen nada interesante.

Acompañó a Robinson mientras pasaba el examen médico de ingreso y salió de la habitación para darle cierta intimidad mientras estaba desnudo, aunque utilizó su superoído para saber cuándo volver a entrar. Esperó hasta que Robinson estuvo instalado en una cama del hospital, luego entró, se despidió de él y le dijo que no se preocupara, que volvería. Robinson puso los ojos en blanco.

El Águila Americana se aseguró de cruzarse con Bianchi antes de salir de la cárcel. Al ver al Águila, Bianchi se apartó a un lado como si estuviese esquivando un puñetazo. Tenía muy mal aspecto: bolsas debajo de los ojos, sin afeitar, despeinado.

—¿Por qué retienen a Robinson?

Bianchi fingió no haberle oído, así que el Águila dio otro paso hacia él —que volvió a encogerse— y Bianchi hizo acopio de valor.

—¿Por qué retienen a Robinson? —repitió mientras Bianchi intentaba pasar de largo y el Águila se movía para interceptarle—. No va a ir a ninguna parte hasta que me diga por qué lo retienen.

Técnicamente, eso era obstrucción, pero el Águila era un agente federal y ese tipo un gilipollas local. Tenía más rango.

Bianchi lo miró furioso.

El Águila se encogió de hombros.

—Está retenido por obstrucción a la justicia, posesión ilegal de marihuana, agresión en segundo grado, agresión en tercer grado, obstrucción de la vía pública y merodear con fines delictivos.

El Águila Americana había volado una vez hasta el centro del sol, donde una luz nacida hace cincuenta mil años empezó su lenta lucha contra la inmensa fuerza de la gravedad para llegar a la superficie de la estrella y viajar hasta la tierra. Lo que vio allí fue una maravilla del mundo natural que le dejó sin palabras.

Fue menos sorprendente que los cargos de los que acusaban a Robinson.

Cuando el Águila Americana detenía a alguien, lo hacía con motivo.

—Lo siento, ¿puede repetir eso?

—Quítate de mi puta vista si no quieres que te detenga.

«Me gustaría verlo». Comprendió desde el primer momento que eso era lo que quería, que aquel tipo lo intentase. El Águila Americana se había pasado toda su vida, varios siglos de ella, desafiando a los abusones a meterse con alguien de su tamaño, lo cual era una tontería, pues no había ningún Homo sapiens capaz de competir con el Águila Americana. En cualquier caso, era una gran satisfacción ver el gesto de un abusón cuando se daba cuenta de que se hallaba en presencia de un objeto inamovible que era también una fuerza imparable.

Al final, las autoridades o el ejército aparecían y se llevaban al

abusón, y el Águila levantaba el vuelo y volvía a su escondrijo, sabedor de que había aportado su granito de arena a la raza humana, que había adoptado como propia. Esta vez no habría autoridades que se llevasen al abusón. No podría bloquearle el paso a Bianchi hasta que llegase la patrulla de Asuntos Internos y lo despojasen de su placa, su pistola y su honor. Tal vez eso nunca llegase a suceder. El único modo en que podía terminar aquello era con la retirada del Águila Americana.

Y así fue.

Bianchi frunció el ceño, pasó de largo y el Águila Americana volvió a su escondrijo.

En la vista para fijar la fianza, Bruce fue a buscarlo.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —dijo el playboy multimillonario.

La sala estaba prácticamente vacía, pero casi todos los presentes los miraron. El juez había dado órdenes de desalojar la sala un momento antes, así que solo estaban el abogado de la defensa, Wilbur Robinson, el fiscal, Bianchi y un abogado del sindicato policial, los otros tres polis que habían participado en la paliza, el secretario judicial, el taquígrafo y cuatro alguaciles que se habían colocado nerviosos alrededor del Águila, mientras se preguntaban uno a otro en silencio cómo coño exactamente iban a sacar a la puta Águila Americana si no quería irse.

Todo el mundo se alegró al ver a Bruce. Los playboys multimillonarios hacían que Nueva York funcionara. Había habido cierta amistad entre el Águila y él en los últimos años, debido a inauguraciones y cosas por el estilo. Desconocían la identidad secreta de Bruce (¡secreta!), y no podían saber que el Águila y él habían luchado juntos en varias ocasiones, que eran veteranos de la misma larga guerra contra el crimen y los supervillanos.

—Señoría, ¿cree que podría hablar un momento con mi amigo? —preguntó Bruce, mostrándose tan suave como un batido de nanotubos de carbono.

El juez —cuya organización benéfica, un santuario de mascotas en la bahía de Long Island, dependía del cheque anual de Bruce para seguir funcionando— dedicó al multimillonario una de sus sonrisas más obsequiosas y golpeó con el mazo. El Águila y Bruce se

miraron mientras los demás abandonaban la sala.

Una vez cerrada la puerta, el Águila se posó y Bruce se arrellanó en una de las sillas de los abogados detrás de la mesa del acusado.

—Esto tiene que acabar —sentenció con voz autoritaria, la de un hombre acostumbrado a que se obedezcan sus órdenes. Al menos no había usado su voz de tipo duro. Esa voz. Tan impostada.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo el Águila—. De hecho, se acaba ahora.

Bruce puso los ojos en blanco.

—Vamos, Águila, los problemas complejos tienen soluciones complejas. No puedes aporrear al racismo hasta que comprenda sus errores.

—No pretendo acabar con el racismo en general. Pero sí estoy decidido a garantizar que Wilbur Robinson tenga un juicio justo.

Bruce le echó una mirada taimada.

—¿Qué opina Robinson de todo esto?

El Águila Americana se movió incómodo. A Bruce se le daba bien ir al grano.

—Tengo la impresión de que cree que soy un ingenuo idiota —dijo, y Bruce resopló—. Y tal vez lo sea. Pero también me ha dicho que soy tan blanco como él, pero que me dejan fingir que lo soy y por eso puedo hacer cosas que él no puede hacer sin que lo maten. Voy a utilizar eso. Empieza con Wilbur Robinson y no sé muy bien dónde acabará. —Bruce abrió la boca, pero el Águila Americana fue (como es natural) más rápido y se le adelantó—. Tú, Bruce, también tienes ese privilegio. Y lo utilizas para… —Bajó la voz, consciente de que la grabadora del taquígrafo estaba encendida y susurró para que solo lo oyera Bruce—. Disfrazarte y derrotar a los supervillanos. —Siguió hablando en tono normal—. ¿Alguna vez te has parado a pensar que hay tipos de uniforme que, como organización, son tan supervillanos como el peor de los terroristas cuyos planes hayas frustrado? Gente que, como grupo, causa tantas desdichas como cualquiera en la lista de enemigos públicos.

Bruce pareció exasperado:

—Ya estamos con lo de derrotar el racismo a puñetazos.

—No voy a darle puñetazos a nadie ni a nada, Bruce. Solo quiero asegurarme de que un hombre tiene un juicio justo. Un tipo inocente, Bruce.

—Y luego ¿qué?

El Águila Americana se encogió de hombros.

—Luego lo volveré a hacer. Enjabonar, aclarar y repetir. Tengo mucho tiempo, Bruce. Cientos de años. Piensa en mí como una auditoría aleatoria. El Departamento de Hacienda no tiene que revisar las declaraciones de todo el mundo, basta con revisar aleatoriamente las suficientes para que todo el mundo cumpla.

—¿Y si alguien mata a tu «tipo inocente» por tu culpa? —Bruce se estaba enfadando, y el Águila Americana lo notó por el patrón infrarrojo de las venillas alrededor de las sienes—. ¿Tú te estás oyendo? ¿Crees que el Departamento de Hacienda hace honrada a la gente? Tío, soy multimillonario. ¿Crees que lo que me hace pagar mis impuestos es el miedo a Hacienda? Puedo permitirme pagar más abogados que ellos. Y mejores. Más y mejores. Pago exactamente los impuestos que me digno pagar.

»Hacienda no tiene ningún poder, Águila. Te diré quién lo tiene: la Agencia Nacional de Seguridad. ¿Crees que posees una identidad secreta? ¿Crees que tus insignificantes contramedidas y operaciones de seguridad les han impedido rastrear tu identidad? Pues no. —Se inclinó hacia el Águila y tiró de él para poder susurrarle un nombre al oído. Si el Águila hubiese sido de una especie que palideciese al disgustarse, se habría quedado tan blanco como la pared—. Sí, Águila, eso es. Piénsalo. Piensa en todo lo que saben. Piensa en a quién conocen. Siempre has dado por sentado que necesitas mantener secreta tu identidad para proteger a tus allegados de los criminales y los espías extranjeros. Pero cuando tienes que ocultarte de tu propio Gobierno el tipo de amenaza cambia por completo, y el momento de abordar esa amenaza fue hace cincuenta años. No me pidas que te haga un croquis.

No necesitaba un croquis. El Águila Americana podía imaginar a Lois noqueada en el suelo de alguna cárcel por un poli sádico y gilipollas, sometida al mismo tipo de registro que él había impedido. Podía protegerla, claro…, tal vez podría incluso llevársela al desierto sin que se dieran cuenta, pero a) ella no lo permitiría, y b) en ese caso no podría vigilar a Wilbur Robinson.

Por un momento se sintió intensamente furioso: ¿cómo podía haber sido tan fácil engañar al ser más poderoso de la tierra? Aunque, por supuesto, sabía la respuesta: porque se había permitido

preocuparse por los humanos. Esa era la fuente de todos sus problemas. Podría haber pasado diez mil años en el centro del sol, pero no, había vuelto a la tierra para inmiscuirse en los asuntos de la vida inteligente en ese planeta que no era el suyo y nunca lo había sido.

Controló sus emociones y pensó.

—Tú no dejarías que ocurriera eso, Bruce.

—¿Crees que puedo parar a la Agencia Nacional de Seguridad?

El Águila Americana lo miró con fijeza. Bruce era uno de los hombres más ricos que habían vivido jamás, proveedor de los contratos legales e ilegales del Pentágono, con acceso para reunirse con los jefes de Junta del Estado Mayor. Era dueño de su propia fábrica de armas encubierta y de una fábrica de armas legal, y las empresas en las que tenía participación mayoritaria proporcionaban información para la contratación de todas las agencias federales policiales y de espionaje, por no hablar de la mayoría de las policías metropolitanas. Casi con toda seguridad, cobraba una comisión cada vez que un algoritmo de inteligencia artificial recomendaba a los polis que cruzaran la frontera que separaba la Staten Island blanca de la Staten Island negra para obligar a los negros a vaciarse los bolsillos y bajarse los pantalones.

Bruce apartó antes la mirada. Había algo en esos ojos extraterrestres que superaba a los organismos terrestres más duros. Una vez, el Águila Americana había hecho desviar la mirada a una ballena.

—Haré lo que pueda —afirmó Bruce después de tragar saliva—. Escucha, te tengo aprecio. Tu causa es buena. Pero esto no lo puedes ganar. Tienes que entenderlo. No puedes interponerte entre ese pobre desgraciado y lo que le va a hacer el sistema.

—Creo que es exactamente lo que estoy haciendo.

—Le proporcionaré un abogado. Ya ha perdido su trabajo en la ciudad. Una vez que salga, lo contrataré y le daré un trabajo mejor.

—Me alegra oírlo.

—Tienes que parar antes de que esto llegue demasiado lejos —dijo torciendo el gesto—. Mira, sabes que conozco a mucha gente. Les he oído hablar de esto. A nadie le gusta la idea de que un extraterrestre declare la guerra al Gobierno de Estados Unidos. Esto no tiene buena pinta, Águila.

«Ahora mismo eres blanco, pero esa es una proposición puramente contingente».

El Águila reparó en que últimamente Bruce le llamaba «Águila», pero no hacía alusión a lo de «Americana». Antes, Bruce le llamaba en broma cosas como «Yanqui Dúdel» y «USA Today», pero ese día era solo «Águila», lo cual probablemente significara algo.

—Estoy luchando por las mismas cosas que he luchado siempre.

Bruce hizo una mueca.

—¿La verdad, la justicia y el estilo de vida estadounidense?

—La igualdad ante la ley, el derecho de las personas a estar a salvo de registros y confiscaciones ilógicas, a que no se les inflijan castigos crueles y desmedidos…

—Ya, vale, el artículo 101 de la Constitución. Pero, Águila, ¿de verdad has luchado siempre por eso? Sé que fue antes de mi época, pero nunca oí que te interpusieras entre los matones de Bull Connor y la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color.

Bruce tenía la inquietante habilidad de aludir a cosas que el Águila Americana no quería que mencionase. Pero el Águila levantó la barbilla.

—Porque no estaba allí. Aunque debería haber estado. Y ahora estoy aquí. ¿Qué les dirás a tus nietos cuando te pregunten dónde estabas hoy?

—Les diré que estuve intentando convencer a un amigo de que no destruyera su vida en un intento inútil de lavar su complejo de culpa por ser blanco.

El Águila miró la sala vacía. «Una proposición puramente contingente».

—En tal caso, supongo que hemos terminado.

Bruce le miró un buen rato y el Águila tuvo la rara necesidad de apartar la vista antes. Luego Bruce salió de la sala y, un momento después, entraron todos los demás. El juez y los alguaciles continuaron como si no estuviese allí. Al parecer, habían decidido actuar como si fuese parte del mobiliario, como un remate en forma de águila.

Escuchó la lectura de los cargos y se mantuvo impasible ante aquel absurdo. Le pareció lo menos que podía hacer, en vista de lo estoico que estaba siendo Wilbur Robinson. Bianchi se había puesto un traje que le apretaba los bíceps como pelotas de sóftbol, y el

nudo de la corbata se le clavaba visiblemente en el cuello de toro. Estaba claro que era un tipo que prestaba más atención a levantar pesas que a la calidad de sus trajes. El Águila Americana cruzó una mirada con Bianchi y él esbozó una sonrisa burlona.

—La fianza se fija en quinientos mil dólares —dictaminó el juez.

El Águila Americana contuvo un jadeo y vio cómo se le tensaba la cara a Wilbur. El Águila supo que esa cifra astronómica era resultado de sus propios actos. Comprendió que debía haberle pedido a Bruce que pagara la fianza. Aún estaba a tiempo.

El abogado de oficio objetó con desgana, el juez le dijo que volviese a sentarse y los alguaciles hicieron ademán de llevarse a Wilbur Robinson. El Águila les siguió. Al principio, ellos fingieron no verle, luego uno se volvió, se irguió y dijo:

—Señor, ¿le importaría apartarse? Tenemos trabajo que hacer.

—Y yo también —dijo el Águila, pero los dejó marchar.

Robinson, que había hecho como si no estuviese allí, se volvió y lo miró una última vez.

Esa noche, el Águila llamó a varios de sus contactos en el Departamento de Estado con la esperanza de que alguno pudiese acceder a los fiscales del caso Robinson. Le dolió hacerlo, porque él quería que el sistema fuese justo, no que hiciese una excepción. Fue como reconocer que, en lugar de intervenir durante la paliza, o en el hospital, o en la cárcel, o en la vista, podría haber tirado de algunos hilos. Era la puta Águila Americana, y había mucha gente que le debía favores.

Pero enseguida descubrió que todas las deudas que el pueblo estadounidense y sus funcionarios gubernamentales pudieran tener con él podían borrarse de un plumazo. Para eso no tenía más que declarar públicamente que era un enemigo del sistema norteamericano. No había reparado en que eso era lo que había estado haciendo, pero le quedó dolorosamente claro que no había forma de separar el sistema norteamericano de la cuestión de si cuatro polis de Staten Island podían darle una paliza a Wilbur Robinson, mentir al respecto y luego enviarlo a la cárcel.

Su teléfono sonó: Lois.

—Hola, cariño.

—Veo que aún no te has acostado. He visto que estabas

tuiteando sobre tu tren eléctrico y me he dicho: «Lois, ese loco ya ha vuelto a tardar en acostarse y necesita que le regañen».

Él se rio. Era cierto que tenía un tren de juguete, uno muy complejo, y bajo su identidad secreta era miembro de muchos foros y círculos de aficionados que subían fotos torcidas de sus mesas con minúsculas figuritas fabricadas en Alemania. Le gustaba mucho su afición, y, por supuesto, era capaz de pintar sus miniaturas con una exactitud literalmente sobrehumana. Tuitear imágenes de sus miniaturas era uno de sus placeres, aunque complicase sus operaciones de seguridad (tenía un aleatorizador que ponía en cola sus tuits para que salieran según el horario de Nueva York y para que no hubiese huecos sospechosos en el patrón que coincidieran con misiones conocidas del Águila Americana en el extranjero). Lois se había acostumbrado a sus extrañas ausencias relacionadas con el trabajo, y a veces miraba su Twitter para calcular cuándo estaba disponible, lo que a veces significaba que intentaba llamarle cuando estaba desactivando una bomba nuclear sucia o desviando un misil por el cielo antes de que impactara en un campamento de refugiados para enviarlo a la estratosfera y que detonase sin hacer daño a nadie.

—¿Cómo te ha ido el día, cariño?

—¡Uf! Supongo que bien. Otro día intentando corroborar informaciones anónimas, otro dólar al bolsillo.

—Pobrecita. —Fue al sofá y se tumbó de espaldas con el brazo sobre los ojos, pensando en Lois, recordando el olor de su pelo y el tacto de su piel—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. ¡Mañana tenemos una cita!

Lo había olvidado.

—Me acordaba.

—¡Y un cuerno! Pero no pasa nada porque yo sí me he acordado de reservar una mesa en la Gran Zanahoria.

El Águila Americana tenía problemas para digerir casi toda la comida terrestre, pero cuanto más abajo estuviese esta en la cadena alimenticia más fácil le resultaba metabolizarla. La invención del veganismo había sido una gran ayuda para él, y la moda de la comida cruda había sido un regalo divino para su intestino.

—Eres una campeona.

—Lo soy. Tú elige una coctelería donde ir a tomar el aperitivo,

cualquier sitio cerca de Flatbush o incluso Park Slope donde haya un hípster con un delantal de cuero y en el que preparen su propia angostura.

—Hecho.

A Lois le encantaban los cócteles caseros y a él le encantaba estar con Lois.

—Bueno, ¿y qué demonios haces levantado tan tarde, chico?

—Trabajo —dijo él.

Su respuesta debería haber puesto fin a la conversación. Lois y él tenían un acuerdo según el cual él no podía hablar del trabajo. Esa prohibición exacerbaba la curiosidad de periodista de ella, pero también tenía la circunspección de una periodista y entendía que no podía contar lo que no sabía y que dos pueden guardar un secreto solo si uno está muerto. Era una base rara pero sólida para una relación duradera entre una persona cuyo trabajo era ser curioso y alguien que tenía secretos por su profesión. De todos modos, el Águila Americana sospechaba que ella tal vez lo hubiese deducido por su cuenta. Había habido varias ruedas de prensa conjuntas con el gobernador en las que se había topado con ella vestido de Águila, y ella había demostrado mucha confianza y familiaridad con él.

—No puedes hacerlo tú todo, Clark. Deja que los demás asuman parte de la carga. No siempre tienes que ocuparte tú —le dijo.

Justo este tipo de cosas eran las que le hacían sospechar que ella lo sabía, aunque no pensaba admitir nada. Y mucho menos a través de una línea telefónica poco fiable.

—Tienes razón, pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Oye, ya que estás levantado y perdiendo el tiempo con tus trenes, ¿por qué no vienes? Tengo una entrega a las tantas de la madrugada, así que es probable que no me acueste hasta muy tarde, y me vendría bien un poco de compañía. Puedes preparar café y darme un masaje en los hombros.

Podía estar allí en menos de diez minutos, incluso contando con sus carreras aleatorizadas para llegar a un lugar de despegue diferente.

—Te veo dentro de una hora.

—Buen chico. Trae rosquillas.

Fingió dormir en su sofá hasta que ella se fue a la cama, luego

dejó que lo «despertara» y pasó unas pocas horas dormitando de verdad con el brazo alrededor de sus hombros y la cara enterrada en su pelo. Había tenido otras parejas humanas, las había visto envejecer, volverse seniles, morir. A algunas les había dicho quién era, pero a otras las había dejado atrás, fingiendo su propia muerte, a veces con la ayuda de algún amigo en el Gobierno. El Águila Americana tenía que pedir muchos favores. Siempre iba a sus funerales, lo cual era un gigantesco fallo de seguridad que habría permitido relacionar todas sus identidades, pero también era lo correcto.

Ver a Lois lo llenaba de emociones indescriptibles: la tristeza de ser el último de su raza; una tristeza diferente por saber que su relación con Lois terminaría cuando ella se marchitara, mientras que él seguiría viviendo; una intensa sensación protectora que él identificaba con el «amor», aunque sabía que tal vez no encajara con lo que Lois y otros querían decir cuando pensaban en esa emoción.

Se escabulló del dormitorio y ajustó el oído a la banda de frecuencia modulada, concentrándose hasta que sintonizó la Radio Pública de Nueva York. Cada vez más conseguía sus noticias de ese modo: la recepción de la radio analógica no dejaba ningún rastro digital que pudiera relacionarse con él, a diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, con un decodificador de televisión, que podía identificar su interés cada vez que diesen información sobre el Águila Americana en un canal de noticias. Algún día, la radio sería toda digital y entonces tendría que aprender a desmodularla en su cabeza —lo que sería como resolver un millón de acertijos matemáticos sencillos, pero todos a la vez y cada segundo— o tendría que proteger su consumo de noticias con herramientas para conseguir el anonimato en línea.

Las noticias eran la típica mezcla de caos geopolítico, problemas locales y promociones de pódcast o recuerdos personales hábilmente manipulados. Lois siempre escuchaba con oídos profesionales, proporcionando cotilleos e información privilegiada sobre los demás periodistas y las personalidades a las que entrevistaban. A pesar de su larga vida, el Águila Americana no tenía su perspectiva, así que lo que oía solo le producía una especie de melancolía. ¿No había habido un tiempo en el que las cosas iban

mejor?

En ese momento estaban hablando de él. Los tertulianos eran un criminólogo de la Universidad de Nueva York, un historiador de West Point y un reportero nacional de sucesos.

—… el imperio de la ley, no el imperio de los hombres. Es el riesgo que corres cuando dejas actuar a alguien fuera del marco legal normal, que acaba convirtiéndose en un justiciero y no en un voluntario. En este caso ni siquiera es humano, así que ¿cómo saber qué está pensando, dónde están sus lealtades? Sabemos que vive mucho más que nosotros, tal vez sea solo una especie de rebeldía adolescente…

El moderador le interrumpió:

—Dejando de lado las especulaciones xenobiológicas, podemos volver a la pregunta: ¿qué debería hacer Nueva York? ¿Habría que designar un gran jurado para investigar a una figura nacional tan popular? ¿Debería convocarle el alcalde a su despacho para tener una discreta conversación de hombre a hombre? ¿Firmamos una petición para decirle que se largue?

El historiador:

—La experiencia demuestra que en este tipo de conflictos siempre hay muchos que no son partidarios del apaciguamiento, pero la paz se consigue siempre mediante una especie de reconciliación. No tenemos dónde encarcelar al Águila Americana, pese a los rumores de que los metales raros lo debilitan. Al final tendremos que hacer las paces con él. Les recuerdo que no tiene por qué ser el Águila Americana: no hay ninguna ley ni fuerza de la naturaleza que puedan impedirle ser el Águila Saudí, el Águila China o el Águila del Dáesh…

El periodista de sucesos hizo un ruido grosero:

—¡Vamos, hombre, ese tipo se opone a la brutalidad policial! ¿Creen que se va a alistar en el Dáesh?

El moderador interrumpió el debate y dijo que por el momento tenían que dejarlo, y el Águila Americana apagó la energía de radio. Lo que quería en realidad era tener noticias sobre Robinson, pero todos hablaban de él y nadie informó sobre Robinson.

Oyó a Lois moverse en el cuarto contiguo, ponerse una bata, hacer pis e ir de puntillas a donde estaba él. Se quedó inmóvil fingiendo no haberla oído, para dejar que ella se le acercara por

detrás y le diera un golpecito en el hombro y así poder hacer como si se sobresaltara. A ella le gustaba y a él le permitía hacerse pasar por humano.

Preparó café para los dos y le dio el suyo sin azúcar, con un beso en la mejilla. Olía de maravilla. Muchos alimentos humanos olían mejor de lo que sabían. No obstante, lo saboreó, se obligó a sonreír y se relamió los labios.

—¿No puedes dormir, chico? —dijo ella soplando en su café.

Él reparó en que probablemente debería haber hecho lo mismo. Para los estándares humanos, el café estaba muy caliente. Lois podía haberlo hecho para ponerlo a prueba. Un siglo antes se había casado con una mujer que hacía esas cosas. Le gustaban las chicas listas.

—Supongo que me hago viejo. Dicen que lo primero que se pierde es el sueño…, luego el pelo —dijo agarrando su pelo ondulado y dándole un tirón en broma.

—Aún te quedan unos cuantos buenos años. —Le tocó la mano, le acarició la barbilla y lo miró a los ojos—. ¿Quieres hablar de eso? —Él apartó la mirada—. Muy bien. Pero deja que yo te cuente mis problemas, así verás con más distancia tus pequeñas dificultades.

Él se rio.

—Dispara.

—El director de mi periódico me ha encargado escribir un artículo sobre Wilbur Robinson, pero de lo que de verdad quiere que hable es del Águila Americana. —El Águila no movió un párpado, aunque los ojos de ella escrutaron su rostro—. Evidentemente, eso es lo que a todo el mundo le interesa. Hay cientos de Wilbur Robinson en Nueva York todos los años, pero solo hay un superhéroe extraterrestre que amenace a los polis y a los jueces.

—Pero tú sí quieres escribir sobre Robinson.

—Sí.

—Pues entrevístale.

—No puedo. Es lo bastante listo para no hablar conmigo si no es en presencia de un abogado, y no puede permitirse pagar uno, así que no quiere hablar conmigo.

—¡Ah!, no le culpo.

—No, ni yo. Y como no quiere hablar conmigo y yo no quiero

escribir sobre el Águila Americana, he decidido escribir sobre la actuación policial predictiva.

—¿Qué es eso?

Ella sonrió.

—Pues consiste en esto: la actuación policial predictiva es la razón por la que esos polis le dieron una paliza a Wilbur Robinson. Hay empresas que venden software a las fuerzas policiales, «inteligencia artificial» que analiza todos los datos de detenciones desde el principio de los tiempos y hace predicciones sobre dónde va a cometerse un crimen. El argumento es que las matemáticas no mienten y tampoco son racistas. Se supone que sus recomendaciones son empíricas, neutrales.

—Me da la impresión de que tú no lo crees.

—Nadie con medio cerebro debería creerlo. Lo único que hay que hacer es pensarlo diez segundos. Todos los datos que introducen en el sistema proceden de la policía, que se supone que tiene cierto sesgo, en primer lugar porque son humanos y todos los humanos lo tienen, y en segundo lugar porque el Departamento de Policía de Nueva York tiene un largo historial de discriminación racial, que es por lo que han comprado este software.

»Porque los polis solo encuentran crímenes allí donde los buscan. Si haces que todos los negros con los que te encuentras te muestren sus bolsillos, encontrarás todas las navajas y bolsas de marihuana que lleven, pero eso no significa que los negros sean más propensos a llevar drogas o navajas en los bolsillos, sobre todo cuando los polis siempre las llevan encima por si hay que falsificar alguna prueba.

»Es más, sabemos que es más probable que detengan a los negros por cosas que a los blancos se les permiten, como «obstruir la vía pública». A los blancos que se paran a la puerta de su casa a fumar un cigarrillo o pensar en su día de trabajo no les dicen que circulen, ni se los multa, ni se los somete a ningún registro. A los negros sí. De modo que cualquier barrio en el que haya negros dará la impresión de que hay una epidemia de calles bloqueadas, pero en realidad es una epidemia de exceso de celo policial.

»Pero luego coges todas esas multas y detenciones y las conviertes en datos, que se tratan como el equivalente de «estadísticas criminales». Si los datos dicen que en una dirección

enfrente de un bloque de viviendas hay una epidemia de «vías públicas obstruidas» y que en la misma dirección hay una epidemia de posesión de narcóticos, eso solo demuestra que es un punto caliente de delincuencia, no que haya que detener y cachear a todos los negros que se paren a esperar un Uber o a charlar con un vecino y denunciarlos por posesión de una cantidad ridícula de hierba, solo porque en cuanto les ordenas que vacíen los bolsillos, el porro queda a la vista y los polis puedan multarlos.

»Dile al ordenador que analice los datos según las apariencias y luego pídele que prediga dónde van a ocurrir los delitos, y, sorpresa, deducirá con una sorprendente perspicacia que los polis encontrarán hierba si piden a todo el mundo que entra y sale del edificio que se vacíe los bolsillos. Da igual que vayas a encontrar tanta o más hierba si sometes al mismo tratamiento a todos los que entran en la torre Trump, porque no tienes «pruebas» de un problema de drogas en la torre Trump, y si te multasen y cachearan por charlar con el portero sobre el partido de anoche, rodarían cabezas…, y además tienes pruebas de que hay un problema de drogas al sur de la frontera que separa la Staten Island blanca de la Staten Island negra.

»Por eso le dieron la paliza a Wilbur Robinson. Cuando un poli de Nueva York para a alguien, tiene que cumplimentar un formulario, un UF-250, explicando los motivos. Tiene casillas, como «vestimenta inadecuada» y «movimientos furtivos», y siempre que el poli marque una de las casillas la detención está justificada.

»Pero es mucho peor: los polis tienen cuotas, tienen que entregar un mínimo de esos impresos, y adivina, si eres un poli no muy listo en busca de un sitio donde ir y completar tu cuota y que el sargento deje de darte la lata, el modelo de predicción policial te dirá dónde ir en busca de movimientos furtivos y vestimenta inadecuada.

»Y el Sindicato de la Policía lo ha arreglado todo para que sea imposible despedir a esos polis obtusos: pueden revisar las grabaciones de las cámaras corporales antes de entregar los informes, tienen acceso a la identidad de los denunciantes que interponen alguna queja, deciden quién puede interrogarlos y por cuánto tiempo…, algo que no tiene ningún otro agresor, así que envían a los psicópatas al psicólogo, después de que hayan costado a la ciudad cientos de miles o incluso millones en acuerdos

judiciales con las personas a las que han dado una paliza, y salen armados con una predicción por ordenador y un mazo de formularios 250, y empiezan a decirle a cualquier persona de piel negra que salga del coche y ponga las manos en la pared.

»Ese poli que dirigió la paliza, ¿Bianchi? He encontrado docenas de incidentes parecidos en los archivos de noticias. Se oculta a plena vista, un auténtico psicópata, pero su historial disciplinario está sellado, igual que los acuerdos judiciales que le ha costado a la ciudad. Nunca deberían haberle dado ese trabajo, pero los formularios 250 y la actividad policial predictiva lo convirtieron en un misil en busca de complicaciones. Estaba claro que iba a enviar a un negro al hospital, y a Wilbur Robinson le tocó la lotería…

—Lois…

Ella sonrió con desaprobación.

—Ya sé que llevo un rato despotricando. Lo malo es que, si escribo esto, lo publicarán en las páginas editoriales como si fuese un artículo de opinión. Pero son hechos. Es la historia verdadera de Gioffre Bianchi y Wilbur Robinson, y no se puede entender sin entender eso. —Le echó una mirada muy elocuente—. Si pudiese explicarle una cosa al Águila Americana, sería esto: debería sacar colgando del tobillo a los funcionarios municipales por la ventana de sus despachos hasta que expliquen cómo se ha producido una situación tan jodida y absurda. Luego podría pasarse por el sindicato policial. Y después ir a ver a los desarrolladores del software. Entiendo que un tipo así acabe teniendo la sensación de estar esforzándose siempre al margen del problema y quiera trazar una raya en la arena, pero trazándola delante de Wilbur Robinson no conseguirá nada.

El Águila Americana consideró con cuidado sus palabras.

—Supongo que el Águila Americana contestaría que es difícil conseguir que la gente te tome en serio cuando te interpones entre uno de sus conciudadanos y un sistema injusto, pero es mucho más difícil si te dedicas a arrancar confesiones a los oficiales de policía a golpes.

Ella le echó una mirada aún más elocuente. El Águila Americana no se inmutó, pero habría querido hacerlo.

—Supongo que la pregunta es qué quiere el Águila Americana: ¿sentirse bien consigo mismo o cambiar las cosas?

El juez se negó a concederle la fianza, y cuando algunas personas que habían leído su historia —varias de ellas gracias a Lois y sus artículos— recaudaron dinero para contratar un abogado que presentase un recurso de apelación, también lo perdió. Alguien le filtró a Lois que el fiscal estaba rabioso por la intervención del Águila Americana, pero no consiguió confirmarlo con una segunda fuente, así que no lo publicó. En vez de eso acabó en la primera plana del Post.

El Águila Americana tomó el ferri a Rikers, sonriendo a la gente, haciéndose selfis, firmando autógrafos para los niños. Cuando llegó a la garita de entrada y pidió visitar a Wilbur Robinson, le estaban esperando: el alcaide, varios policías, un tipo del departamento de relaciones públicas, un par de guardias de la cárcel con aspecto nervioso y uniforme de antidisturbios.

—¿Le importaría pasar a mi despacho para hablar en privado, señor?

El alcaide era muy joven para ese trabajo. Tenía una sonrisa encantadora y un par de cicatrices debajo del pelo cortado a cepillo como consecuencia del artefacto explosivo improvisado que le había arrancado el casco cuando patrullaba en la provincia de Kandahar.

El Águila se quedó pensando.

—Creo que, si no le importa, prefiero seguir el procedimiento de visitas habitual, alcaide.

Se retiraron para deliberar. Varias mujeres negras y sus hijos que iban a visitar a algún allegado se preparaban para pasar por la humillación de los cacheos e incluso los registros integrales.

—Señor, creo que sería mejor si…

El Águila sabía que en cuanto entrase en el despacho del alcaide, lejos de las cámaras, empezarían las dilaciones burocráticas y tendría que esperar y esperar mientras llamaban por teléfono a diversos funcionarios para que hablasen con él, y que tendrían tiempo de sobra para inventar excusas para que no pudiese visitar a Wilbur Robinson o incluso para llevarse a Robinson a otro edificio.

—Alcaide —dijo inclinándose hacia delante—. Por favor, déjeme ver al señor Robinson. No haga una escena.

Los dos tipos con el uniforme de antidisturbios se miraron preocupados. Todo el mundo guardó silencio, también los niños que

habían ido a ver a sus padres.

El alcaide le clavó la mirada. Había un vídeo muy famoso del Águila Americana asaltando el búnker que utilizó como último reducto un dictador tristemente célebre, grabado con las cámaras de un chaleco antibalas que le había hecho ponerse un relaciones públicas del Departamento de Defensa. La grabación empezaba con una docena de cámaras y acababa con solo una, pues las otras las habían destruido la metralla, las balas, los lanzallamas y las ondas expansivas mientras el Águila se abría paso implacablemente, apartaba a los guardias a golpes, dejaba que el fuego enemigo rebotara en su piel extraterrestre y derribaba puertas blindadas con las manos. Aunque las cámaras quedaran inutilizadas, las imágenes se habían grabado en un disco duro blindado que llevaba en el cinturón y que estaba conectado con un vehículo blindado que había cerca y que tenía un estudio móvil de vídeo en el interior, por lo que no se había perdido ni una sola. Habían editado el producto final para que se viesen los once disparos que habían destruido las cámaras, con las imágenes previas a la destrucción de cada cámara reproducidas a cámara lenta hasta que se veía cómo se fragmentaban y dejaban de grabar. Era un trabajo tan emocionante que incluso los más feroces oponentes del aventurerismo militar de Estados Unidos habían tenido que admitir a regañadientes que conseguir que los espectadores apartasen la mirada al empatizar con una cámara web era un logro impresionante. El Águila se había llevado al dictador al hombro, mientras el tipo apartaba la mirada de las cámaras que esperaban fuera, y la película acababa con un último plano terrorífico que mostraba que el tipo se había meado encima mientras salía de su refugio a la superficie. Al Águila Americana le habían dicho que tendría que testificar en el juicio contra el dictador por crímenes de guerra, pero habían pasado ocho años y aún estaba esperando que lo llamasen a declarar.

Por fin, el alcaide dijo:

—Que alguien apunte a esta persona en el registro de visitas.

El Águila no activó el detector de metales: había dejado las llaves y el teléfono en el tejado de un edificio de oficinas de Jackson Heights de camino a Rikers, pero dejó que lo cachearan. El oficial que lo hizo intentó conservar la calma, pero el corazón le latía a toda velocidad y las manos le temblaban.

Lo llevaron a una salita de visitas con dos sillas atornilladas al suelo a ambos lados de una mesa de acero también atornillada al suelo y con la superficie rayada. No había cámaras, ni siquiera de esas tan minúsculas que resultan indetectables para el ojo humano. Era una salita que se utilizaba para que los abogados visitaran a sus clientes. Mientras el Águila esperaba a que sacaran a Robinson, probó a darle golpecitos a la mesa en busca de puntos donde resonara. Cuando llegó Robinson, ya había encontrado uno.

Robinson fue conducido hasta allí por un celador de gesto amargado. El celador no dijo nada mientras acercaba a Robinson a la mesa; frenó la silla desde detrás, se marchó y cerró la puerta con llave.

El Águila miró a Robinson. Estaba desaseado y sin afeitar, y olía a sudor rancio. No debía ser fácil ducharse en Rikers estando escayolado. Robinson le devolvió la mirada.

El Águila buscó el sitio en la mesa y empezó a golpear con el pulgar despacio y con rapidez, produciendo un zumbido como el de una colmena que retumbó en las paredes de piedra.

—Si hago esto, la mayoría de los micrófonos no podrán captar lo que decimos —dijo, proyectando la voz para que Robinson pudiera oírle por encima del ruido.

—Un buen truco. Tienes muchos.

—Por si acaso. Lo siento.

—Tú no me pegaste —dijo Robinson moviéndose dolorido en el asiento.

—Reconozco que no me paré a pensarlo bien antes de actuar. Lo que vi me puso furioso.

—¿Cómo crees que me sentí yo?

El Águila cerró la boca. Sabía que quien tenía un verdadero problema era Wilbur Robinson, no el extraterrestre a quien los humanos habían llamado el Águila Americana desde hacía más de un siglo.

—Deja que te cuente una historia graciosa. ¿Sabes ese policía que me ha dejado tullido? ¿Bianchi? La primera vez que lo vi, yo tenía diecinueve años y él estaba en la UCC, la Unidad de Crimen Callejero. Ya no existe, eran unos auténticos bárbaros. Llevaban unas camisetas especiales muy ceñidas para que se les marcaran los

músculos y con una cita de Ernest Hemingway impresa blanco sobre negro: «No hay caza como la caza del hombre, y quienes han cazado a hombres armados el tiempo suficiente y le han cogido el gusto, ya no quieren hacer otra cosa». Esos cabrones se paseaban por las calles de Nueva York con esas palabras en la camiseta y ninguno de sus jefes decía nada. Nadie creía los informes sobre su brutalidad. A nadie se le ocurrió preguntar por qué un agente de orden público que había jurado defender la ley se paseaba con una camiseta así.

»Esos defensores de la ley inventaron un nuevo tipo de detención y registro, y lo llamaron «violación social». Una violación social es cuando vas por la calle, ocupándote de tus asuntos, y de pronto llega una patrulla de esos tipos de la UCC, tal vez con sus camisetas literarias, y te cogen, te dejan como viniste al mundo, allí mismo en la acera, con las pelotas colgando y la polla fuera, y te obligan a agacharte, te lubrican el culo y te meten un dedo enguantado, en plena calle, delante de tus amigos, de tu mujer, de tus hijos. Nunca ha habido un grupo de hombres heterosexuales más interesados en el contenido del culo de los negros que esos elegantes policías de la UCC. «Violación social», ¿te imaginas?

»Tu sargento Bianchi ha metido el dedo en muchos culos. En el mío no, pero en el barrio siempre era el que se ponía el guante azul mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo lo veía, sobre todo el tipo al que iba a registrar. Igual que la Inquisición española: el viejo truco de «enseñar el instrumental» para asegurarse de que la víctima sepa lo que está a punto de pasarle, para que tenga tiempo de pensar en ello, de anticiparlo.

»Tu sargento Bianchi es un sádico hijo de puta de primera, y te aseguro que el Departamento de Policía de Nueva York lo sabía. Pero ese cabrón seguía por ahí con su chapa y su pistola, con un ascenso, y esta semana me ha dejado tullido de por vida, y ahora puedo pasar una larga temporada en la cárcel si no retiro la denuncia contra él.

»Para que ese hijo de puta haga lo que está haciendo tiene que haber implicada mucha gente: el fiscal del distrito, el juez, su oficial superior, los policías que van con él en el coche. Bianchi no es una manzana podrida, es un prototipo, señor Águila, el ejemplo mismo de un pionero moderno, y la prueba es que cada vez que hacía estas

cosas se ganaba un ascenso. Representa cómo se supone que deben funcionar las cosas, así que disculpa si no estoy muy interesado en lo que sentiste al presenciar la injusticia de verme tirado en el suelo mientras el sargento Bianchi y sus amigos me daban sin motivo una paliza de muerte.

El ritmo cardíaco de Robinson estaba acelerado y las manos le temblaban un poco. El Águila Americana siguió dando golpes con el pulgar en la mesa, dudando si había algo que pudiera decir que no fuera a empeorar aún más las cosas.

—Lo siento —se atrevió a decir por fin.

—Sí, lo sé. Pero yo no soy un acto de contrición. Soy un ser humano y estás jugando con mi vida.

Lo pensó, se paró a pensarlo de verdad. El Águila Americana sabía muchos secretos y había visto muchas cosas que muy pocas personas habían visto, pero pocas veces había tenido motivos para pensar en ellas, al menos de ese modo.

—Lo siento de verdad. Nunca te pregunté qué querías que hiciese, y eso fue estúpido y arrogante. ¿Puedo preguntártelo ahora?

Robinson soltó un gruñido y torció el pulcro bigote en una leve sonrisa.

—Ahora lo has entendido, ¿eh? Supongo que ser un hombre de acero implica que el cerebro se te oxide un poco.

El Águila le devolvió la sonrisa.

—Supongo que tienes razón. Al menos no puedo discutírtelo, en vista de cómo van las cosas.

—En fin, lo que pasa es que el momento de preguntarme era antes de que creases esta situación. Te habría dicho que lo grabaras, que colgaras el vídeo en YouTube, que se lo dieses a mi abogado. Ahora…

—Sí.

Robinson tenía una bonita sonrisa, incluso con un diente roto y un labio hinchado.

—He oído que están recaudando dinero para un abogado. Gente que ha oído hablar de mí por lo que hiciste. Conque ya ves. Claro que si te lo hubieses pensado antes de intervenir, no me habría hecho falta el dinero. Pero tener dinero para un abogado siempre es mejor que no tener dinero ni abogado. Los defensores de oficio solo

te aconsejan que llegues a un acuerdo, para seguir teniendo casos.

—Eso he oído —dijo el Águila Americana mirando el pulgar con el que golpeaba la mesa—. Mira, puedo traerte lo que quieras, algo para estar más cómodo mientras esperas una apelación a la vista de la fianza. ¿Comida? ¿Dinero? ¿Una almohada?

Robinson negó con la cabeza, luego se quedó pensando.

—¿Podrías llevarle una nota a mi hija? Solo la veo un fin de semana sí y otro no, y el próximo no podré verla.

—Claro —dijo el Águila—. Puedo traerte papel y lápiz y pasar a recogerla mañana.

—Te lo agradecería —dijo Robinson, y se miraron incómodos.

—Lo siento de verdad.

—Sí, ya lo sé. Hasta mañana, señor Águila.

—Hasta mañana, señor Robinson.

Al sintonizar un informe de tráfico en la radio, el Águila Americana se enteró de que los manifestantes estaban empezando a concentrarse. Los había esquivado adrede cuando había asistido a la vista de la fianza, volando demasiado alto para poder ser visto por el ojo humano hasta posarse en la azotea de un rascacielos que daba a los juzgados, para luego bajar al tejado del juzgado en pocos segundos, una raya en el cielo que se detuvo a milímetros del suelo. Una vez allí, había utilizado las escaleras para llegar a la sala del tribunal.

Pero en realidad los manifestantes no habían llegado a irse. La muchedumbre de los juzgados no era nada comparada con la que circulaba desde el ayuntamiento de Staten Island hasta la cárcel cada noche en hora punta, ralentizando el tráfico y organizando un estruendo con la bocina que a los locutores de radio les encantaba poner de fondo mientras transmitían las llamadas de los conductores furiosos que querían quejarse de Wilbur Robinson («La policía no hace esas cosas si no te metes en líos, ¿cuándo se sabrá lo que pasó de verdad ese día?»), de los manifestantes («Si esos desarrapados quieren ayudar a los negros, ¿por qué no les enseñan a hacer algo para que puedan encontrar trabajo?») y, sobre todo, del Águila («Nunca me ha gustado ese tipo. ¿Quién sabe de qué lado está en realidad? Desde luego no del de la ley y el orden»).

Pero las protestas fueron en aumento en lugar de disminuir

(«Están trayendo manifestantes de fuera del estado, agitadores. Los rusos los instigan con noticias falsas de Facebook»), y cuanto más duraban las protestas, más se convirtió aquello en una coalición: grupos de solidaridad con los inmigrantes sin papeles, anarquistas con máscaras de esquí, veteranos de Occupy Wall Street con consignas anticapitalistas, marxistas con periódicos que nadie quería leer. El tráfico en Staten Island se volvió imposible. Los aparcamientos de bicicletas estaban abarrotados, porque los que iban a trabajar renunciaron a intentar siquiera coger el coche para ir y volver a casa. Los vendedores de perritos calientes hacían su agosto. Los polis estaban cabreados y detenían a la gente por estupideces —tirar papeles al suelo, escupir—, y por supuesto detenían y registraban a los que veían hacer «exhibición pública de marihuana».

Iban de camino a la cárcel cuando el Águila se posó en el tejado de una gasolinera para echar un vistazo. Había polis por todas partes. Vio a varios francotiradores en algunos tejados (ellos no le vieron a él). Una torre de vigilancia portátil sobre una plataforma elevadora se alzaba sobre el cruce por el que pasaban los manifestantes; estaba erizada de cámaras de circuito cerrado y de antenas que, sin duda, estaban recogiendo información de todos los teléfonos de dos kilómetros a la redonda.

«SIN JUSTICIA NO HAY PAZ» era el cántico más repetido. Había una banda escolar de música entre los manifestantes, con uniformes blancos ribeteados de plata y sombreros de copa, que marcaba el ritmo a los que gritaban consignas y soltaba al unísono una nota metálica para cada verso; un chico con hombros como los de un defensa de fútbol americano tocaba una escala mayor en un sousáfono que ayudaba a marcar el paso a los manifestantes.

Al Águila le habría gustado ir con ellos, pero por supuesto no lo hizo. Si eres el Águila Americana, todo lo que haces significa algo, y desde que estaba con los humanos siempre lo había sabido. Solo una vez se había permitido olvidarlo, y mira dónde le había llevado.

Los manifestantes desfilaban por el cruce, dando saltos, entonando consignas, riéndose, haciendo el tonto e intentando sin éxito vender periódicos marxistas.

El Águila podía oír el zumbido agudo y encriptado de la radio de la policía, percibía su volumen, aunque no pudiese descifrarlo para

entender lo que decía. Poco a poco reparó en que iba en aumento, hasta convertirse en un chillido que resonaba en su cráneo como el torno de un dentista. Miró a su alrededor, cambiando el foco para escudriñar las largas avenidas, pero no vio nada fuera de lo normal. Por fin alzó el vuelo para tener un punto de vista mejor. Subió por detrás de un edificio de apartamentos y siguió los tubos de ventilación, donde no había ventanas, y luego se posó en el tejado y vio el motivo de aquella algarabía: el Departamento de Policía de Nueva York había reunido un ejército.

Por las calles de Staten Island avanzaban columnas de vehículos tácticos ligeros y vehículos blindados de transporte de personal que eran como tanques con cañones de agua y las delatoras antenas de los Sistemas de Negación Activa, unos rayos dolorosos que hacían que tuvieses la sensación de que la cara te ardía por dentro. El Águila Americana había visto utilizarlos en Afganistán, donde la muchedumbre huía abrumada pisoteándose unos a otros por la sensación insoportable de que los estuviesen asando vivos. No le había gustado estar en el mismo bando de quienes utilizaban esas máquinas, pero estaban combatiendo a los talibanes, y ese sí que era un bando en el que no quería estar.

Ver cómo trasladaban esos artilugios para ponerlos en posición y emplearlos contra los neoyorquinos le causó cierto impacto. Había visto a los detectives de la agencia Pinkerton aporrear a huelguistas neoyorquinos; había presenciado los disturbios de Stonewall desde un edificio cercano; había volado desde Siria justo a tiempo de sacar cadáveres y supervivientes de los escombros de las Torres Gemelas. Había rescatado a secretarias y directores generales encerrados en ascensores en apagones, y había sacado a gente del agua durante el azote del Sandy. Había visto a neoyorquinos asustados, valientes, desafiantes, golpeados, nobles y cobardes, y nunca había dudado de qué lado estaba. Ahora tenía que escoger entre Nueva York y los neoyorquinos.

—Mierda —susurró.

El Águila Americana nunca decía palabrotas.

Vio que una columna doblaba la esquina para bloquear Stuyvesant Place, a una manzana de donde estaban los manifestantes. Otra columna tomó posiciones detrás de ellos para cercarlos. Policías antidisturbios —con protecciones, viseras,

escudos, cascos, máscaras antigás— desfilaban en filas militares entre los vehículos blindados técnicos y las furgonetas de la policía que iban detrás, golpeando los escudos con la porra y gritando: «¿DE QUIÉN SON LAS CALLES? ¡NUESTRAS!», lo cual era una broma con muy poca gracia, en opinión del Águila. No era precisamente «Servir y proteger».

Los manifestantes se detuvieron y miraron a su alrededor. La música cesó. Empezaron a levantar los teléfonos móviles y apuntaron sus lentes hacia los policías para grabar y transmitir imágenes, produciendo un zumbido de ruido electromagnético que hizo torcer el gesto al Águila hasta que lo amortiguó.

Un bebé empezó a llorar. Luego otro. Y después algunos de los chicos más jóvenes. Los policías golpeaban sus escudos.

—¿DE QUIÉN SON LAS CALLES? ¡NUESTRAS!

El chico del bombo le dio un toque de prueba, otro más, y luego empezó con un ritmo atronador: BUM, BUM, BUM. Enseguida se le unió el tambor y luego los platillos, y…

—¿DE QUIÉN SON LAS CALLES? ¡NUESTRAS!

Los manifestantes empezaron a desfilar y añadieron el ruido de sus pasos a la música desafiante.

La columna que tenían delante siguió avanzando, los vehículos blindados con las enormes antenas circulaban despacio con el motor revolucionado, las filas de polis con máscaras y cascos avanzaban detrás y entre ellos.

Desde un altavoz colocado en la torre de la plataforma elevadora se oía: «DESPEJEN LA ZONA». Sonaba tan alto que hacía vibrar los dientes, y era evidentemente una pura farsa, porque los manifestantes estaban cercados y no podían avanzar ni retroceder. El ruido hizo que los bebés empezaran a llorar otra vez.

La banda aceleró el tempo y los cánticos se dividieron: «¡SIN JUSTICIA NO HAY PAZ!» y «¿DE QUIÉN SON LAS CALLES? ¡NUESTRAS!» en contrapunto, coincidiendo en el «az» de «paz» y el «lles» de «calles», cada vez con más ritmo.

—DESPEJEN LA ZONA INMEDIATAMENTE.

La columna de detrás de los manifestantes empezó a moverse también. Los cánticos no eran solo una forma de desafío, sino también de valentía, un modo de mantener el grupo cohesionado, de impedir que se convirtiese en una turba aterrorizada. El tambor

sonó cada vez más deprisa. Todas las cámaras de los teléfonos móviles apuntaban a las viseras sin rostro, a los blindados que avanzaban implacables.

Los padres abrazaban a sus hijos. Algunos buscaban refugio entre la multitud. Otros se quedaban en los lados, donde sería más fácil correr.

Las columnas volvieron a detenerse. El Águila Americana vio cómo las furgonetas tomaban posiciones detrás de los policías. Suficientes furgonetas, pensó, para llevar a toda esa gente a la cárcel.

Les había dejado llevarse a Wilbur Robinson, había confiado en que su autoridad moral obligaría al sistema a rendir cuentas, a tratar con justicia al tipo de personas que estaba acostumbrado a tratar con la mayor injusticia. ¿Debía dejar que el Departamento de Policía de Nueva York se llevase también a toda esa gente, cientos de personas, a la cárcel?

Su cuerpo respondió antes de que su mente pudiera formular conscientemente la respuesta. Alzó el vuelo y se interpuso entre los manifestantes y la columna de delante. El Sistema de Negación Activa no podría hacerle daño; de eso estaba seguro.

Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y lo miró: los que cantaban y los músicos, los manifestantes y los policías. El tipo en el nido de francotiradores tuvo la presencia (¿o ausencia?) de ánimo para apuntar con su fusil al Águila Americana. Al Águila no le gustó, nadie debería apuntar a nadie con un arma de fuego en una ciudad abarrotada de gente. Y menos en Estados Unidos. Y menos aún en Nueva York.

—¡Baje el arma! —gritó.

Sabía dar órdenes mejor que cualquier sargento de instrucción del Cuerpo de Marines, y cuando proyectaba la voz sabía elevarla hasta un volumen que hacía que a cualquier humano le pitaran los oídos. Así de alto gritó en ese momento.

El francotirador se movió involuntariamente y el Águila vio cómo el dedo se le tensaba sobre el gatillo, pero pudo contener el reflejo antes de disparar. Mejor.

El Águila miró furioso a los polis que tenía enfrente. Sus rostros protegidos por las viseras le devolvieron una mirada inexpresiva.

—Estas personas tienen mi salvoconducto para su protesta

pacífica. Dispersen la columna y háganse a un lado. Si se produce alguna violación de la paz civil podrán reprimirla de forma medida y proporcionada. No utilizarán esas armas casi mortales.

El silencio se rompió por el ruido de las aspas de un helicóptero de noticias, al que se unió otro, y después tres helicópteros del Departamento de Policía de Nueva York. Las cámaras en tierra siguieron a las cámaras de debajo de los helicópteros. El mundo estaba mirando. El Águila estaba haciendo algo que había hecho a menudo, cuando los talibanes intentaban impedir que las niñas fuesen al colegio, o cuando las tropas tailandesas reprimían un levantamiento de activistas democráticos. Los estadounidenses siempre habían celebrado las imágenes de esas intervenciones. ¿Celebrarían que contuviese el ataque de la policía neoyorquina? Tenía la clara sospecha de que no.

No obstante, algunos de los chicos en la muchedumbre daban gritos, y entre los adultos se había disipado parte de la tensión. Incluso algunos policías parecían sentirse aliviados, a juzgar por su lenguaje corporal disimulado por los uniformes antidisturbios. Solo un psicópata habría querido que ocurriese lo que había parecido inevitable un momento antes.

Los policías lo miraron a través de las viseras. Él les devolvió la mirada, y uno de los polis inclinó la cabeza: un gesto respetuoso de agradecimiento. Volvía a ser el Águila Americana, el héroe de una nación, el defensor de la justicia y la bondad.

Las cadenas de noticias lo masacraron. Ninguna emitió imágenes de la multitud antes de que apareciese la policía, recurrieron a imágenes de archivo de protestas violentas, luego a planos largos de las columnas blindadas de policías avanzando hacia los manifestantes, después del Águila Americana intimidando al Departamento de Policía de Nueva York con sus poderes sobrehumanos y dejando que escaparan aquellos aparentes delincuentes.

Los activistas en Twitter fueron un poco más amables, pero incluso quienes lo alabaron por intervenir para defender los derechos de unos estadounidenses contra sus propias fuerzas policiales incluyeron un «por fin» implícito o explícito en sus tuits.

«Es una declaración de guerra —dijo un engreído locutor de un

programa de tertulias—. Este monstruo de las estrellas se hace llamar “el Águila Americana”, pero no es estadounidense. Ni siquiera es humano. No debe lealtad a nuestro planeta, ni a nuestra especie, por no hablar de a este país. Nos hemos metido en la cama con una criatura extraterrestre y ahora tenemos que idear la manera de divorciarnos de él. Esto no es un cómic: no tenemos a mano kriptonita. Esta tiene que ser nuestra principal prioridad: nuestra nación no estará a salvo mientras esté en conflicto con un superser invencible e inhumano.

Las teorías conspiratorias incendiaron Twitter. Siempre había habido teorías así sobre el Águila, que se remontaban a siglos atrás: era un demonio convocado por los masones para dominar Estados Unidos; era un experimento secreto de laboratorio que había ido terriblemente mal (o, según otras versiones, enormemente bien); era un efecto especial creado por proyectores de hologramas, o unos vídeos manipulados por algoritmos basados en inteligencia artificial, y la gente que decía haberlo visto estaba hipnotizada, o eran actores en crisis, o efectos especiales ellos también.

Luego Bruce pidió verlo y llevó consigo una pequeña tableta sin conexión en la que había almacenado los PDF de las entradas de Intellipedia sobre el Águila, y el historial en el que los analistas de la Agencia Nacional de Seguridad, los contratistas privados del sector de Booz Allen y Palantir y la Corporación Nacional de Aplicaciones Científicas debatían sus propias teorías de la conspiración sobre su uso como un activo secreto chino (o europeo, o ruso, o del sindicato del crimen del sector privado), así como sobre lo que alguien podría haberle ofrecido o las amenazas que podía haber recibido para que se cambiara de bando.

—Esto es absurdo —dijo el Águila.

Bruce había arreglado el encuentro en uno de sus pisos francos, el ático de un alto edificio de noventa plantas que estaba casi vacío, formado por apartamentos desocupados que servían de cajas de seguridad para criminales extranjeros. Era la casa de Bruce, así que los muebles de diseño se apartaban para permitir el acceso a escondites de armas, un pequeño quirófano y una mazmorra sadomasoquista destinada a ser descubierta por cualquiera que fuese en busca del oscuro secreto del refugio del playboy multimillonario.

—No es absurdo, es solo paranoia profesional. Conoces a esa gente. Has estado décadas entre ellos. ¿Qué coño creías que iba a pasar?

Bruce casi nunca decía palabrotas. Eso preocupó al Águila.

—Bruce…

Él extendió las manos.

—Calla.

Bruce se volvió para mirar por la ventana, plateada por el otro lado para garantizar la intimidad, y contempló el infinito más allá de los tejados del centro de Manhattan.

—Saben lo de Lois —susurró en un tono inaudible para cualquier oído humano.

El Águila lo oyó perfectamente.

—¿Qué Lois?

Bruce se volvió y lo miró furioso.

—No me toques las narices, Águila. Saben dónde vives. Saben quién eres cuando no eres el Águila Americana. Saben con quién pasas el tiempo. Saben lo de Lois. —Murmuró un número. Diez cifras. Era el número de la Seguridad Social del Águila, el último, el que se suponía que era inviolable—. Son la Agencia Nacional de Seguridad, capullo. ¿Crees que puedes engañarles con tus medidas de seguridad? Es su trabajo. Tus jueguecitos no son nada comparados con sus programas de reconocimiento facial y su análisis de patrones.

—¿Cómo sabes todo esto, Bruce? —El Águila estaba enfadado, algo a lo que no estaba acostumbrado pero que en los últimos tiempos se estaba haciendo cada vez más frecuente—. No hace falta que respondas: lo sabes porque tú les vendiste las herramientas necesarias, ¿verdad?

Bruce no tuvo que responder.

Una parte de él lo sabía, claro, igual que sabía que la Oficina Nacional de Reconocimiento podía reconstruir sus patrones de vuelo y que había laboratorios gubernamentales en los que generaciones de científicos habían estudiado sus folículos pilares y sus células cutáneas. Pero una cosa es saberlo y otra que te estén escrutando.

Otra cosa es ser objeto de un plan de ataque.

—Mira, Águila, lo único que intento decirte es que vas por un

camino que no puede acabar bien. Ahora mismo, el mejor de los escenarios es bastante horrible, y no hará más que empeorar. Te dije que contrataría un buen abogado para Robinson, y lo he hecho. El mejor.

—¿Y qué hay de los manifestantes a los que iban a abrasarles la cara con un rayo de negación activa? ¿Ellos también tienen abogados?

Bruce hizo un gesto ofendido.

—Sabes que no funciona así…

—Imagino que tú lo sabes, así que aceptaré tu palabra. Los fabricas tú, ¿no? ¿Otro servicio que tu familia y tú proporcionáis a los Gobiernos municipales, estatales y nacionales del mundo entero?

Bruce negó con la cabeza

—Estados Unidos tiene un interés legítimo en defenderse. ¿Preferirías que las tropas en Afganistán utilizasen AR-15? ¿Prefieres que el Departamento de Policía de Nueva York dispare balas de goma? ¿O munición real?

—A lo mejor sería preferible que no disparasen a nadie.

—¿Te estás ofreciendo a librar todas las guerras de Estados Unidos y a patrullar todas sus calles? Sé que eres sobrehumano, Águila, pero no eres omnipotente. Mientras los polis y los soldados estadounidenses tengan que luchar y combatir el crimen, van a necesitar herramientas para hacerlo. No voy a permitir que hagas que me sienta como un supervillano por vendérselas.

El Águila Americana sabía lo que vendría a continuación. Se suponía que tenía que reconocer que no se podía responsabilizar a nadie de que otros hicieran un mal uso de las cosas que fabricaban o distribuían: era el argumento que se utilizaba para los combatientes talibanes a los que la CIA había armado en Afganistán y para los amigos del sargento Bianchi con sus rayos que abrasaban la cara de la gente.

Había oído ese argumento muchas veces. Solo una persona poco razonable podría ponerle objeciones.

Pero él no estaba de humor para ser razonable.

—En realidad me da igual que te sientas como un supervillano o no. Lo único que me importa es que había policías armados a punto de torturar a unos manifestantes pacíficos, entre los que había niños, con un arma que tú les vendiste.

—Si no se la hubiese vendido yo, otro…

El Águila alzó los brazos.

—Ni siquiera me voy a dignar darte una respuesta, Bruce, igual que tú no la darías a un chulo explicándote por qué ha convencido a una adolescente de que venda su culo en la calle.

Los dos se miraron furiosos. Por fin Bruce suspiró y apartó la mirada.

—Estamos del mismo lado. Literalmente: hemos peleado juntos uno al lado del otro. No te lo digo porque quiera ser un gilipollas. Entiendo de dónde procedes. Es un mundo imperfecto y turbulento y nosotros somos una especie imperfecta y turbulenta. Hay muchas veces en las que tengo ganas de liarme a tortazos, y soy un ser humano. No imagino lo frustrante que debe de ser para ti.

El Águila Americana estaba entre los humanos cuando el abuelo de Bruce llevaba pañales. Había amado a los humanos, los había salvado, había peleado por ellos. Cuando los supervillanos lo provocaban por ser un extraterrestre, él se burlaba de su torpe racismo de especie, de su creencia infundada de que se sentía inseguro por su estatus de H. sap. honorario. ¿Por qué iba a angustiarle eso?

—Sé cómo manejarlo, Bruce. Tengo mucha experiencia.

El gesto de Bruce dejó claro que la «experiencia» no podía sustituir a los veintitrés pares de cromosomas de un sacacorchos que giraba hacia la izquierda.

—Mira, Águila, lo único que intento decir es que si tu objetivo es asegurarte de que Wilbur Robinson consigue un juicio justo no lo estás consiguiendo. Si tu misión es despertar los sentimientos del público para que la policía tenga que rendir cuentas, no estás consiguiéndolo. Admito que tienes razón en todo, pero esto no tiene que ver con tener o no razón. Se puede tener razón y se puede ser eficaz. Ser eficaz consiste en no recordarle a toda la raza humana que eres un hombre del espacio imparable que solo sigue las normas cuando le conviene. En cuanto empieces a recordarles eso, te convertirás en el centro de atención.

—¿Y qué crees que debo hacer?

Bruce volvió a apartar la mirada.

—Tienes que tomar distancia. Desaparece. Por un tiempo. Años. Décadas, tal vez. No tienes ni idea del pánico que te tienen en el

mundillo de los espías. Hay mucha gente que nunca confió en ti. Creo que no eres consciente de lo mucho que se han arriesgado por ti quienes te han defendido todos estos años. Eso se ha acabado. Tal vez para siempre, Águila. La has jodido de verdad.

—Que me aparte, ¿eh?

—Mira, si se trata de Lois, puedo arreglarlo. Hablaré con ellos. Es una civil, y es periodista. Hay muchas posibilidades desagradables si van contra ella. La protegeré. Y seguiré pagando a los abogados de Wilbur Robinson. Vamos a apelar contra la imposición de la fianza; hemos presentado la apelación hoy mismo y hemos presionado a un funcionario para que la vista sea esta misma tarde. Vamos a pedir permiso para trasladarlo a la clínica Mayo para que le vea la pierna un cirujano ortopédico.

—Así es como crees que debe hacerse, ¿eh?

Bruce asintió muy solemne con la cabeza.

—Arremeter contra el sistema no cambia el sistema, solo da dolores de cabeza. Si quieres justicia para Wilbur Robinson, este es el modo más fiable y directo.

—¿Y qué pasa con el sargento Bianchi? —preguntó pese a conocer la respuesta.

Bruce hizo un gesto agrio.

—Ese tipo es un mierda. He hablado con el comisionado; le van a ofrecer una indemnización lo bastante alta para que le compense pedir la jubilación anticipada. Dirán que es una incapacidad parcial por estrés postraumático debido a…, ya sabes…

Miró con elocuencia al Águila.

—Así que sale libre y convertido en un hombre rico.

—Sin placa, sin pistola y sin el sindicato policial a su espalda.

—Sin antecedentes criminales. Sin problemas para conseguir trabajo de policía en otra parte, o en la seguridad privada. Sin admitir que ha hecho algo mal.

Bruce negó con la cabeza.

—Sé realista. Es lo más que podemos esperar. No dejes que lo mejor sea enemigo de lo bueno.

—Lo pensaré.

Bruce lo sujetó por los hombros y le miró a los ojos.

—No lo estropees, Águila. Sé que llevas mucho tiempo haciendo esto, pero ahora las cosas son diferentes. A todo el mundo le da

igual lo que hicieses hace un siglo, pero recordarán mucho tiempo lo que has hecho esta última semana. No lo estropees.

El Águila no dijo nada. Nunca había guardado un álbum de recortes con sus logros —sería una pista inapelable si alguien lo encontraba—, pero otras personas sí lo habían hecho, y había visto que se vendían muy caros en eBay, donde los coleccionistas estaban dispuestos a pagar miles de dólares por álbumes con amarillentos recortes de periódico, fotografías autografiadas, vidas salvadas durante generaciones, entuertos resueltos y villanos vencidos.

—Piensa en esta historia, Águila: «Antes era nuestro héroe, pero luego le pasó algo y se convirtió en nuestra mayor amenaza». Eres más fuerte que cualquiera de nosotros, puedes volar y ver a través de las paredes, pero no tienes superpoderes de persuasión. ¿Los tipos que están cabreados contigo? Ese es su superpoder. Pueden convencer a la gente de cualquier cosa. Y los has asustado. No te conviene medir sus superpoderes contra los tuyos. Es un poder que no se puede dominar a mamporros.

El Águila había conocido a muchos propagandistas a lo largo de los años, había dejado que le convencieran para posar en las fotos, para retrasar misiones hasta que las cámaras estuviesen en su sitio. Siempre le habían dado la impresión de que tenían demasiada confianza en sus propias habilidades, aunque al mismo tiempo era difícil negar los resultados.

—¿Por qué la Agencia Nacional de Seguridad iba a apoyar a unos policías neoyorquinos corruptos?

Bruce sonrió.

—No es tanto que vayan a apoyarlos…, pero imagina que las contramedidas que has utilizado contra la policía se utilizasen contra los mismos sistemas de armas en la provincia de Kandahar. Si puedes neutralizar esos sistemas, es que hay que neutralizarte a ti.

Eso tenía mucho sentido. El Águila tuvo una incontenible sensación de remordimiento y aprensión, y creció en su interior el temor cuidadosamente reprimido de que había quemado el puente equivocado.

—¿Puedes garantizar la seguridad de Lois?

—Por favor, no cometas una estupidez, Águila.

—Pero ¿puedes garantizar su seguridad?

—Águila…

—Bruce, necesito saber si puedes garantizar su seguridad.

Bruce suspiró.

—Puedo.

El Águila Americana asintió con la cabeza para agradecérselo y levantó el vuelo desde el balcón.

La manifestación en apoyo al sargento Bianchi fue la más blanca y desordenada que se había visto jamás en Nueva York: tipos enfadados, hombres viejos, unos cuantos chicos de la derecha alternativa con cortes de pelo a la moda, unos pocos skinheads, algunos chiflados a favor de la libertad de portar armas y veteranos de uniforme. En primera línea, filas de policías con uniforme de gala a los que no parecía importar formar parte de la misma muchedumbre que portaba carteles con eslóganes claramente racistas. Por no hablar de los expertos en manualidades que habían hecho una efigie del Águila Americana con engrudo y témperas.

Los observó desde un tejado, cuarenta pisos por encima de ellos…, demasiado lejos para que lo viese el ojo humano, lo bastante cerca para poder leerles los labios cuando gritaban: «¡EH, EH, ESTO ES EE. UU., ECHEMOS A LOS MONSTRUOS DE OJOS DE INSECTO!». No había oído lo de «monstruo de ojos de insecto» desde 1980, y ya entonces había sido un anacronismo, aunque esos tipos (todos) eran un anacronismo.

Marcharon desde el ayuntamiento hasta el cuartel general del Departamento de Seguridad Nacional en Varick Street, donde los policías se instalaron en las escaleras mirando hacia abajo, formando una guardia de honor detrás de los oradores, mientras la muchedumbre aguardaba en la plaza mirándolos y escuchando a quienes los arengaban con megáfonos. Algunos espectadores los abucheaban y otros los vitoreaban desde los lados.

No era la primera manifestación que se celebraba en contra del Águila Americana. Al-Shabaab había organizado protestas callejeras masivas —protestas obligatorias— contra su presencia en Somalia y había llenado las plazas de la ciudad con miles de personas poco entusiastas que disparaban sus armas al cielo para subrayar sus acusaciones.

Él había sobrevolado algunas de ellas, atrapando las balas con

las manos y soltándolas sobre el lugar mientras hacía cabriolas aéreas que hacían reír a los niños (y a algunos adultos) y provocaban la cólera de los militantes, la cual habría resultado aterradora de no ser por la invulnerabilidad del Águila frente a las balas y su rabia, y por su capacidad para proteger a la multitud de las represalias.

¿Podría hacerlo también aquí? ¿Abriría fuego el Departamento de Policía de Nueva York contra él en pleno Greenwich Village? Lo dudaba. Hasta Bianchi tenía demasiado sentido común para caer en algo así. El sargento Bianchi prefería hacer el trabajo sucio cuando las cámaras estaban apagadas. Mientras estaban encendidas se limitaba a representar a un soldado ofendido que había intentado cumplir con su deber y había sido castigado por ello.

Era lo que estaba diciendo en ese preciso instante, desde lo alto de las escaleras, por el megáfono que le habían dado, y aunque no era el mejor orador que hubiera oído el Águila, conocía a su público.

El Águila vio que los contramanifestantes estaban todavía a dos manzanas de distancia. Eran de piel mucho más oscura que la muchedumbre congregada en torno a Bianchi, pero no solo había negros: era una mezcla neoyorquina, multirracial, bien vestida, marchosa, con carteles mucho más divertidos que «ECHEMOS A LOS MONSTRUOS DE OJOS DE INSECTO».

Al frente de ellos, apoyado en un bastón, iba Wilbur Robinson, con una expresión en la cara parecida a una máscara que tanto podría haber reflejado miedo como determinación.

Él marcaba el ritmo, por lo que andaban despacio, y pronto aparecieron los coches patrulla a su lado. La noticia de su inminente aparición llegó a los manifestantes de la policía, que comprobaban sus mensajes de texto y se juntaban en corros para hablar.

La gente de la calle reconocía a Wilbur Robinson. Le hacían fotos, y unos cuantos se unieron a la manifestación. La multitud se fue acercando poco a poco a los policías, y cuando doblaron la esquina y ambos bandos pudieron verse, la tensión aumentó claramente. Bianchi dejó de hablar por el megáfono y los miró, e hizo un gesto como si hubiese olido un pedo. Intentó seguir con lo que estaba diciendo, rebuscó en sus notas. De todos modos, nadie le prestaba ya atención.

Wilbur Robinson llevó a su columna de manifestantes hacia la multitud formada por policías blancos, nazis y racistas encubiertos y autoritarios. Los nazis —solo había una docena de ellos— entonaron un eslogan sobre los negratas y atrajeron la atención de las cámaras de los telediarios y de los teléfonos de la gente. Todos a su alrededor se apartaron, pues no querían aparecer en el mismo plano que los que utilizaban un insulto que ellos preferían emplear en privado. Desde donde estaba el Águila, el grupillo de nazis con polos blancos y brazaletes rojos parecían la pupila del gran ojo de manifestantes a favor de la policía.

Los dos bandos estaban ahora tan cerca que daba la impresión de que fuesen a mezclarse. Los policías de servicio —que un minuto antes habían estado escuchando extasiados el atropellado discurso de Bianchi sobre «proteger a la gente decente», sobre «los defensores de la justicia social que dejan sueltos a animales salvajes» y sobre «contar las cosas tal como son»— empezaron a colocarse entre ellos para servir de barrera. Wilbur Robinson siguió avanzando despacio, sin detenerse, hasta que chocó con las líneas de los policías uniformados.

—Disculpe, señor, ¿me permite pasar, por favor?

El Águila Americana pudo leer sus labios desde donde estaba, pero, aunque no hubiese podido, el lenguaje corporal de Robinson era muy claro.

El poli uniformado no se movió. Los contramanifestantes empezaron a gritar: «¡DEJADLE PASAR, DEJADLE PASAR!». Bianchi, megáfono en mano, de pie en las escaleras, parecía confundido y enfadado. Había perdido el control de lo que ocurría y ahora parecía un idiota y un cobarde, un tipo musculoso de gimnasio respaldado por una fila de policías con uniforme de gala y protegido por otra fila de policías con uniforme de servicio, empeñados en impedir que tuviese que enfrentarse a un negro delgado con un bastón.

Como un sonámbulo, bajó las escaleras, avanzando despacio entre la multitud, que se apartaba para dejarle pasar, hasta que llegó al otro lado de los polis que impedían que Robinson se adelantara. Todos los ojos estaban fijos en él.

—¿Tienes algo que decirme?

Estaba de espaldas al Águila, pero su lenguaje corporal no podía

ser más elocuente, y las palabras las amplificó el micrófono abierto de su megáfono. Empezó a toquetearlo, pero Robinson habló antes de que tuviese tiempo de apagarlo.

—Quiero que sepa que no pienso parar.

El policía que estaba entre Robinson y Bianchi se movió incómodo.

—¿Me estás amenazando?

Robinson se quedó pensando bastante tiempo.

—Espero que sí, sargento Bianchi. Es usted una deshonra para su uniforme. Cuando me sacó a rastras de mi coche y me dejó tullido, cometió usted un delito. Cuando mintió al respecto, cometió otro. Cuando sus amigos le encubrieron, cometieron un delito. Que esté usted ahí lloriqueando, mientras yo estoy en libertad bajo fianza y me enfrento a treinta y cinco años de cárcel, demuestra que no hay justicia en esta ciudad.

»Algún día la gente se dará cuenta. Algún día habrá suficientes hombres blancos, suficientes hombres blancos ricos, que se darán cuenta de que vivir en una ciudad sin ley donde unos bárbaros como usted pueden dar palizas y encerrar a sus víctimas por el delito de quejarse no les conviene.

»Pero mucho antes de eso, el resto de la gente va a darse cuenta. Los negros. Los blancos. Los chinos, los puertorriqueños y todo el mundo. Comprenderán que es usted la prueba de que el sistema está corrompido sin remedio, que usted y sus amigos no pueden «reformarse» y convertirse en algo tolerable para Nueva York. Cuando llegue ese día, usted y sus amigos tendrán enfrente a toda la ciudad de Nueva York y perderán esa lucha, sargento Bianchi.

»Así que sí, espero ser una amenaza para usted. Y nada de lo que haga lo va a cambiar. Si me encierra, seguiré siendo una amenaza para usted. Si me deja en libertad, también lo seré. Esto no se ha acabado, sargento Bianchi, es solo el principio del fin para usted, si no de la barbarie que representa. No pienso parar. Siempre consigo lo que quiero.

Increíblemente, Bianchi no tuvo el sentido común de apagar el megáfono y sus palabras rebotaron en el edificio hacia los micrófonos hambrientos de los teléfonos que apuntaban a la pareja.

A Bianchi se le daba bien ser un tipo duro, pero no se le daba bien mantener la calma. Se hinchó: las venas de la frente y el

cuello, la articulación de la mandíbula, el cuello se le puso rojo y se le apretó contra la camisa. Apagó el megáfono con una mano que temblaba visiblemente.

Wilbur Robinson sonrió con serenidad al policía rabioso, sabiendo que era muy probable que fuese a golpearle, sabiendo que si eso ocurría sería el caos. A Wilbur Robinson hacía tiempo que el caos le traía sin cuidado.

Al Águila Americana también. Vitoreó en silencio a Wilbur Robinson, uniéndose a los gritos de los contramanifestantes, a los que la policía seguía impidiendo el paso.

Cuando se apagó el micrófono, Bianchi insultó a Wilbur Robinson empleando la palabra «negrata». Estaba de perfil para el Águila Americana, pero la forma de los labios era inconfundible, igual que la reacción de los contramanifestantes que lo presenciaron y tal vez lo oyeron. Bianchi no era un hombre tranquilo.

La sonrisa de Robinson no se inmutó. Solo dijo una palabra, o tal vez la murmurase: «Cobarde».

Entonces fue cuando el sargento Bianchi le golpeó.

El Águila Americana no intervino en los disturbios que se produjeron después. Los policías presentes sabían que había cámaras grabando, aunque Bianchi no pareciese consciente de ello.

Observó cómo separaba la policía a los contendientes en dos bandos y los obligaba a quedarse detrás de unos caballetes instalados a toda prisa. Un skinhead lanzó una botella por encima de las líneas policiales hacia los contramanifestantes, que se apartaron para esquivarla. Cuando se rompió en pedazos, el cristal cortó a una niña pequeña —no tendría más de cinco o seis años— y su llanto atrajo todas las miradas. Aprovechando que estaban distraídos, el skinhead les hizo un gesto obsceno con ambas manos y se mezcló con la multitud. El Águila lo siguió con la mirada y pensó si descender a atraparlo.

Wilbur Robinson estaba sentado en el suelo, atendido por un médico que le estaba iluminando las pupilas y palpándolo con cuidado de pies a cabeza en busca de fracturas o torceduras. El Águila leyó sus labios y vio que estaba repitiendo: «Estoy bien, estoy bien», aunque Bianchi le había puesto un ojo morado, que se estaba hinchando a pesar de la bolsa de hielo del médico.

Robinson por fin apartó al médico y se esforzó por ponerse en pie. Un hombre más joven, uno de los contramanifestantes, que llevaba un traje negro de solapas estrechas, el pelo bien cortado y gafas de montura metálica como un Malcolm X de estos tiempos, corrió a ayudarle. Departieron brevemente y luego llamó a un amigo que le ofreció otro megáfono.

Robinson se lo llevó a los labios.

—Agentes, quiero presentar una denuncia contra Gioffre Bianchi por agresión. Quiero que lo detengan y presenten cargos contra él. Tengo muchos testigos que han visto cómo me atacaba, entre ellos todos ustedes. —Los miró con gesto amable, sin parpadear—. Por favor, cumplan con su deber.

No se movió ni un solo policía.

Volvió a llevarse el megáfono a los labios.

—Sargento Gioffre Bianchi, le detengo en nombre de los ciudadanos —dijo dirigiéndose hacia el policía, que se plantó delante de él y sacó pecho—. Por favor, acompáñeme.

Bianchi lo empujó y el bastón salió volando hacia la muchedumbre mientras él agitaba los brazos.

Muy despacio, volvió a ponerse en pie. El más joven le acercó su bastón. Volvió a ir hacia Bianchi. Una vez más, este lo empujó. Esta vez se golpeó la cabeza contra la acera y se sentó despacio, claramente mareado, frotándosela con cuidado. El joven le ayudó a volver a ponerse en pie. La gente de alrededor, no solo los contramanifestantes sino también los espectadores —y había más a cada minuto—, le decían que no dejara que le hiciesen daño, llamaban cobarde a Bianchi y exhortaban a los policías que le rodeaban a hacer algo.

Los polis intercambiaron miradas nerviosas. Un agente llegó en un coche patrulla con la sirena y las luces encendidas y se abrió paso hasta Bianchi. Habló en voz tan baja que ni siquiera el Águila Americana pudo oírlo. Bianchi negó con la cabeza una vez y echó a andar hacia Robinson. Apretó los puños y se preparó para golpear. El Águila vio que sería un golpe terrible, con todo el músculo que Bianchi había entrenado levantando pesas, lo bastante para romperle la mandíbula a Robinson. El Águila estaba a punto de saltar del edificio y volar para interceptarlo, cuando una mano con un guante reforzado cogió la muñeca de Bianchi y la sujetó. Bianchi

intentó golpear y solo consiguió perder el equilibrio y quedarse colgando del puño de acero de Bruce, que lo miró a los ojos por debajo de la capucha. Bruce negó despacio con la cabeza, manteniendo el contacto visual con Bianchi.

Bianchi se había quedado pálido, ya fuese por la sorpresa o por el dolor de los huesos de su muñeca al aplastarse unos contra otros, el Águila no habría sabido decirlo. Bruce habló, sus labios se vieron por debajo de la punta de la protección de la nariz de la capucha.

—No… hagas… eso.

Soltó la muñeca de Bianchi con un gesto de desprecio y lo dejó caer; antes de que se golpeara contra el suelo, Bruce se dirigió hacia el capitán con la capa ondeando tras él.

—Haga su puto trabajo —dijo, con la cara a centímetros de la del capitán.

Luego se subió a su motocicleta y se alejó con estruendo por la avenida. Desde donde estaba, el Águila vio salir a Bruce por otra calle vestido de civil; la moto se había transformado en un trasto oxidado atado a una farola. El Águila supuso que luego enviaría al chico a buscarla.

El agente se llevó a Bianchi a un coche patrulla y dejó que se sentara en el asiento de delante. Le leyó sus derechos en voz baja, mientras él le escuchaba encolerizado e inexpresivo.

Los dos bandos se miraron; luego se disolvieron. Por ese día, el espectáculo había concluido.

Lois no respondía al teléfono. Al cabo de dos días sin que le devolviera los mensajes, el Águila Americana se puso ropa de civil y fue en metro a su apartamento. No respondió al telefonillo. Él empezó a sentir un leve temor. Dio la vuelta al edificio, se subió a un cubo de basura y saltó a la escalera de incendios, desde donde trepó con una torpeza humana bastante convincente hasta la ventana de Lois. Se asomó y utilizó su visión de rayos X para revisar el apartamento, aunque la primera mirada ya le dijo que estaba vacío, que lo habían limpiado.

Se obligó a mantener la calma. Llamó a su periódico y pidió que le pasaran con su extensión. Escuchó un mensaje grabado que le informó de que se había ido «al extranjero por trabajo» y le dio el número de otro periodista por si tenía algún asunto jugoso que

contar.

Apenas había colgado el teléfono cuando volvió a sonar.

—Hola, Bruce.

—Está a salvo. Pero quería apartarse de todo, y yo la he ayudado.

—Bruce…

—Ha sido idea suya. Se lo imaginó. Había sabido por sus fuentes del mundillo de la inteligencia que estaban pasando cosas, cosas que podrían afectarla a ella. Está bien. Le he encontrado una fuente en una empresa rusa de defensa que está dispuesta a revelar cómo espían a los oligarcas en Rusia. Está feliz como una perdiz, créeme.

—¿Está en Rusia?

—Es más seguro que aquí ahora mismo. Te has granjeado enemigos, ¿lo entiendes?

—¿Y no quiso hablar conmigo?

—En eso fue inflexible. —Se produjo una pausa incómoda—. Dale tiempo. De eso tienes de sobra, ¿no? —Otra pausa—. O no. Busca a otra persona. O tómate un año de descanso. Te lo has ganado, y Dios sabe que no vas a poder hacer nada tal y como están las cosas. La has jodido de verdad. —El Águila Americana buscó algo que decir, pero no pudo encontrar las palabras—. Vamos, ¿no tienes una fortaleza aislada en el Ártico o algo por el estilo?

—Eso fue pura propaganda.

Hacía décadas que había reubicado los restos de su nave en el lado oscuro de la luna.

—Bueno, pues si necesitas un sitio donde esconderte, dímelo. Tengo otros sitios, aparte de Rusia, donde podrías ocultarte.

—No hace falta. Sé cuidar de mí mismo.

—Lo sé, hermano. Ojalá lo hagas.

Dolido, el Águila colgó el teléfono.

Wilbur Robinson vivía en un edificio de apartamentos de baja altura en el lado equivocado de la frontera de Staten Island, que tenía una pista de baloncesto delante y unos jardines comunitarios en la parte de atrás. Su apartamento se encontraba en el tercer piso, y estaba solo cuando el Águila Americana, después de asegurarse de que no hubiese nadie cerca de su puerta y los ascensores estuviesen vacíos, llamó al timbre.

Abrió la puerta con la cadena puesta, echó una larga mirada al Águila Americana, volvió a cerrar la puerta, quitó la cadena y le dejó pasar.

—¿Comes o bebes?

—En realidad, no.

—Yo sí.

La cena de Robinson estaba sobre la mesa del comedor, un plato con una hamburguesa, guisantes, zanahorias y un vaso de cerveza al lado. Se sentó a la mesa, mordisqueó la hamburguesa y la masticó pensativo, mientras miraba al Águila.

—¿Has oído hablar de Emmett Till?

El Águila asintió despacio con la cabeza.

Robinson dejó su hamburguesa y, después de ponerse en pie con dificultad, se dirigió a una estantería que había al lado de la televisión y bajó un grueso volumen, erizado de notas adhesivas con pulcras anotaciones. Las escudriñó y luego abrió el libro. El Águila Americana miró con atención la foto que le mostró, pese a que sabía lo que iba a ver, y acto seguido apartó la mirada.

—Imagino que habrás visto esta foto.

—Sí.

Emmett Till yacía en un ataúd en el cuarto de estar de sus padres: un crío de catorce años con su traje de los domingos, su cuerpo apenas reconocible debajo del traje. La cabeza que emergía del cuello almidonado estaba reducida a pulpa y solo dejaba intuir sus rasgos faciales. Le habían golpeado, mutilado y tirado al río dos hombres blancos que creyeron que le había silbado a una mujer blanca. El Águila recordaba ese momento.

—Imagino que debiste de verla cuando se publicó.

—Sí.

Su respuesta sonó como un reconocimiento. Desde luego, creyó entender lo que quería decir Robinson: ¿dónde estabas cuando ocurrió esto? A los dos hombres que admitieron el asesinato los absolvió un jurado de hombres blancos.

—Era un crío, pero todos los testimonios se refirieron a su aterrador cuerpo negro y su fuerza extraordinaria. Siempre hablan de cuerpos aterradores, de nuestra fuerza sobrehumana y nuestra increíble resistencia. Tienen que seguir golpeándonos porque, si nos golpeas solo una vez, volvemos a levantarnos. Me han contado que

las primeras leyes anticocaína se aprobaron después de que un sheriff blanco declarase que había tenido que empezar a utilizar armas de gran calibre porque los negros no caían cuando les disparabas si se habían metido una o dos rayas.

Robinson le lanzó una larga mirada.

El Águila se movió incómodo. Por fin dijo:

—Tener una fuerza sobrehumana no es tan bueno como lo pintan.

—A mí no me habría importado tenerla. Y apuesto a que a Emmett Till tampoco.

Había cubierto el juicio para el periódico, a pequeña escala, reflejando al hombre de la calle en Times Square, a los neoyorquinos mirando horrorizados la farsa de Misisipi. Había entrevistado a aquellos hombres blancos y le habían dicho lo que quería oír, y luego su oído sobrehumano había oído lo que pensaban en realidad cuando se iban y murmuraban con sus amigos: «Deja que uno de ellos lo intente con mi hermana, pensarán que el tal Till salió bien librado…».

—Seguro que no.

—Señor Águila, no puedo dejar de pensar que tuviste muchas oportunidades de volar al sur de Jim Crow y sentarte en un bar. No puedo dejar de darme cuenta de que no lo hiciste, pero sentiste el impulso de intervenir cuando el sargento Bianchi y su pandilla de sádicos me estaban dando una paliza. —El Águila asintió con la cabeza—. ¿Te importaría explicar esa incongruencia?

El Águila soltó un suspiro.

—Es algo que me he preguntado más de una vez. Supongo que…

Dejó la frase a medias. El apartamento de Robinson era hogareño, confortable, tenía una mesita de póquer y fichas debajo de la mesita del café, y unas sillas plegables que asomaban del armario, para sacarlas cuando hubiese más invitados de los que cabían en el comedor. El Águila nunca tenía compañía, ni siquiera Lois.

—Supongo que fue la gota que colmó el vaso —dijo finalmente.

Robinson miró la foto un buen rato y luego cerró el libro.

—Tardó mucho en colmarse.

El Águila no sabía qué decir. Robinson tenía razón.

Salió del apartamento. Detrás de la puerta cerrada, oyó a

Robinson cojear por la habitación para dejar el libro en su sitio.

Bianchi estaba echando un sueñecito en su coche patrulla cuando el Águila lo encontró. Su uniforme del Departamento de Policía de Tempe estaba sudoroso y arrugado, su rostro bronceado por el sol de Arizona, excepto el puente de la nariz, que estaba quemado.

El Águila dejó que su sombra cayera sobre el rostro de Bianchi, vio cómo se movía, cómo abría un ojo, cómo se incorporaba y se llevaba la mano instintivamente a su arma reglamentaria.

Cuando Bianchi despertó del todo, apartó la mano y bajó la ventanilla.

—¿Te diviertes?

—En realidad, no.

Desde que se había ido de Nueva York hacía meses, el Águila no había vuelto a ponerse la capa y la capucha. No desde la tercera vez que un ser humano le provocó diciéndole que se volviese al lugar del que había venido. Desde entonces se había dedicado a recorrer carreteras secundarias que habían caído en desuso hacía setenta y cinco años, cuando construyeron las interestatales. Había recorrido esas carreteras antes, en otra época, en otro Estados Unidos. O al menos en un Estados Unidos cuya historia se contaba a sí mismo selectivamente. Era raro volver a estar allí.

—Estamos a ciento cincuenta kilómetros de la frontera. ¿Qué pasaría si te pidiera una prueba de tu ciudadanía? —dijo Bianchi esbozando una sonrisa de cabreo.

—Pues supongo que tendríamos un problema. Pensaba que se le habrían quitado las ganas de tener problemas.

—No dejo que me achanten en una lucha en la que tengo razón. ¿Vas a hacer que me echen del Departamento de Policía de Tempe? ¿Y qué? Así tendría dos jubilaciones anticipadas y otra pensión. Creo que están contratando policías en Florida.

—Tal vez en esta ocasión iría usted a la cárcel.

—No digas tonterías, payaso.

El Águila había matado a cientos de seres humanos. ¿Qué importaba uno más? Nunca le pillarían. Aunque, claro, la cámara corporal de Bianchi estaba grabando. Tendría que llevársela, reducirla a polvo. No dejaría huellas dactilares. No tenía huellas

dactilares.

—No quiero problemas. Solo quería ver qué había hecho con su vida. Saber si había aprendido algo.

—Esto es… increíble… de cojones.

Bianchi subió la ventanilla, encendió el aire acondicionado y puso en marcha el coche patrulla. El Águila colocó una mano en el capó antes de que empezara a moverse, reteniéndolo mientras el motor rugía y las ruedas rodaban. Bianchi estaba a punto de echar mano a la pistola otra vez —el Águila casi vio el impulso nervioso recorriéndole el brazo—, cuando el Águila lo soltó y el coche salió despedido hacia delante, lanzando a Bianchi contra el cinturón de seguridad. Cuando este se dio la vuelta, hacía mucho mucho tiempo que el Águila se había ido.

La siguiente ocasión en que vio a Wilbur Robinson fue en YouTube. Robinson, que parecía mejor alimentado y tenía el bigote perfectamente recortado, estaba al frente de una multitud que enfocaba con sus cámaras a un policía mientras este cacheaba a un joven negro. El policía parecía querer darles un puñetazo a todos, pero no lo hizo.

Era una escena desagradable, y el chico al que estaba cacheando no parecía estar pasándolo bien. Pero el poli no encontró nada y se marchó con aire furioso.

El Águila pensó en telefonear a Lois. La echaba de menos. Pero ella no le había devuelto las llamadas y él sabía captar una indirecta.

Bruce respondió al segundo timbrazo.

—No creo que sea buena idea que volvamos a hablar.

—¿De verdad?

—Tengo ciertas obligaciones, debido a mi relación con el Gobierno de Estados Unidos, y entre ellas está la de ayudarles a localizar a combatientes enemigos en potencia.

—¡Ah!

—Hay cosas que Estados Unidos está dispuesto a tolerar. En cambio, otras…

—Lo entiendo.

Colgó el teléfono. Le extrañó no estar más enfadado. Después de pensarlo bien, observando cómo las nubes se agitaban a sus pies

mientras él flotaba en la troposfera, comprendió que había sabido todo el tiempo lo que Bruce le había dicho. Por eso no había estado allí cuando Bull Connor soltó a sus matones. Por eso no había hecho caso a los otros Wilbur Robinson. Había cosas que Estados Unidos estaba dispuesto a tolerar, pero otras no las perdonaría jamás.

Radicalizado

En el trigésimo sexto cumpleaños de Joe Gorman, su mujer, Lacey, le llamó tres veces seguidas a su teléfono móvil. Estaba en una reunión con su jefe, un vicepresidente que la había cambiado de hora dos veces. Habían hecho falta diez días y un café con leche con la secretaria del vicepresidente para poder verle cara a cara, así que Joe desvió a su mujer tres veces al buzón de voz. Lo más probable era que le estuviese llamando para desearle feliz cumpleaños o para confirmarle algo sobre la cena que iba a reservar en su asador favorito esa noche.

El vicepresidente no se molestó en disimular su irritación.

—¿Tiene que responder?

—Lo siento —dijo Joe, y apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo.

Volvió a su propuesta: había encontrado un proveedor logístico externo que podía ocuparse de las devoluciones, que era la línea más cara del balance de gastos de su sección. Había trabajado mucho en la propuesta y ese vicepresidente podía aprobarla o rechazarla. Al cabo de un par de minutos, sin embargo, la secretaria del vicepresidente llamó a la puerta y a Joe se le encogió el corazón. Pensó que alguien más importante que él iba a robarle su precioso tiempo. Pero la secretaria —Gloria, una mujer negra elegante y de mediana edad, que llevaba más tiempo en la empresa que él o que el vicepresidente— se dirigió a Joe, no a su jefe.

—Es su mujer, Joe.

Se le removieron las tripas. En ocho años de casados nunca se había sentido tan enfadado con Lacey. Ella sabía que tenía esa reunión. Era de lo único de lo que hablaba, cuando hablaba, cuando no estaba con el ordenador portátil en la mesa de la cocina preparando su propuesta. Por el amor de Dios, ¿es que no sabía hacer ella sola una puñetera reserva en un restaurante o una lista de invitados o lo que fuese? Ya era mayorcita. Era su cumpleaños. Vaya un regalito.

—Está visto que va a tener que responder —dijo el vicepresidente, y aunque sonó cordial, movió los ojos con un gesto sardónico que a Joe no se le pasó por alto—. Hable con Gloria para fijar otra hora, ¿de acuerdo?

Gloria le dedicó una mirada compasiva cuando salió de la oficina para ir al aparcamiento, donde hacía un calor achicharrante

y había un sol cegador. Sacó el teléfono, lo desbloqueó y llamó a Lacey.

—Lacey, mi vida… —Solo la llamaba «mi vida» cuando estaba furioso con ella.

—Joe… —Fue lo único que ella acertó a decir, y luego se echó a llorar.

Se estremeció. Lacey no era llorona. Su madre lo había sido, y también había salido con algunas chicas tan sensibles que las lágrimas estaban siempre a flor de piel, pero Lacey no era así. De pronto sintió miedo; la rabia seguía ahí, pero se hizo a un lado.

—¿Qué pasa?

Más sollozos. Luego un profundo suspiro.

—He visto a la médica.

Siguió una larga pausa. Joe quiso colgar. Más que ninguna otra cosa. Porque sabía que estaba a punto de cruzar una puerta por la que saldría de su vida y entraría en otra nueva y peor. Era una puerta que solo se abría una vez, y cuando la cruzabas ya no podías volver. Por una fracción de segundo estuvo a punto de colgar, pero por supuesto no lo hizo.

Era un cáncer de mama en fase cuatro, metastásico; tenía nódulos en el hígado, el páncreas y un pulmón. A Lacey le quedaban tres meses de vida. Seis, si intentaban las intervenciones más agresivas. Lacey dejó de llorar después de los primeros dos días para convertirse en la centrada y estoica abogada de sí misma que lo había leído todo, e incluso encontró un grupo de Morir con Dignidad en Facebook del que se convirtió en la abeja reina. Compró todos esos libros ilustrados sobre niños cuyos padres se están muriendo y se los leyó con regularidad a Madison, acurrucándola en su regazo y leyendo con la misma cadencia que siempre había utilizado a la hora del cuento por la noche, como si no estuviese preparando a su hija de seis años para una vida sin su madre.

La doctora le expuso todas las formas en que sus tres meses podían alargarse a seis, y Lacey la miró a la cara y dijo:

—Si usted tuviese lo que yo tengo, ¿probaría alguna de estas terapias?

La doctora frunció los labios.

—¿Sinceramente? No. No creo que lo hiciera ningún médico.

—Gracias por su sinceridad —le dijo Lacey.

Y Joe supo entonces que ella no querría intentar nada más.

Que tú hayas decidido que vas a morir de cáncer no impide que todos tus conocidos consuman tus últimos meses en la tierra enviándote enlaces a curas milagrosas. Los borraron y pidieron educadamente a todo el mundo —también a sus padres— que parasen con ese rollo, pero la gente no puede evitarlo.

La madre de Lacey fue quien encontró el enlace de la terapia de transferencia celular adoptiva.

No era una pamplina: el Instituto Nacional del Cáncer formaba parte del Instituto Nacional de Salud, y habían publicado varios artículos sobre esa terapia en Nature con un enorme número de citas. Joe y Lacey leyeron los artículos como mejor pudieron, y ella lo habló con sus amigos agonizantes de Facebook y todos coincidieron en que tal vez valiera la pena intentarlo.

Funcionaba de este modo: secuenciaban el genoma de tu tumor y buscaban rasgos que tus propios glóbulos blancos pudieran atacar. Después clasificaban tus propios glóbulos blancos hasta encontrar los que respondían mejor a esos rasgos y, a continuación, cultivaban 100.000 millones de esos soldaditos en el laboratorio y te los inyectaban. Era un modo de acelerar el proceso lento e ineficaz por el que tu cuerpo ajustaba su propia población de glóbulos blancos, para darle un empujón numérico que pudiera borrar hasta el tumor más mutagénico.

Joe y Lacey incluso encontraron un médico privado, allí mismo, en Phoenix, que podía llevar a cabo el tratamiento. Tenía un acuerdo con la Universidad del Estado de Arizona, había publicado varios artículos al respecto y lo único que hacía falta era un millón y medio de dólares de su aseguradora.

Lo que ocurrió a continuación es fácil de imaginar. La aseguradora le dijo a Lacey que había llegado el momento de morir. Si quería quimio y radio, o lo que fuese, lo pagarían (a regañadientes y con mucha burocracia), pero la póliza no cubría las terapias «experimentales». Al fin y al cabo, ¿quién quiere gastar un millón y medio de dólares en el elixir milagroso de un charlatán o en una terapia con cristales? Pero la transferencia celular adoptiva

no era una cura con cristales, y el Instituto Nacional de Salud no era el chamán del barrio.

Sufrieron —Joe sufrió— una extraña transformación, después de la última llamada de ella al supervisor del supervisor del supervisor de su seguro de salud. Lacey se lo había tomado todo muy bien, había encontrado paz y calma, y estaba decidida a hacer de su muerte una buena muerte. Había arrancado a Joe de la rabia que sentía contra el cáncer y lo había devuelto a su amor por ella y al acuerdo mutuo de que sus últimos días juntos serían buenos, para ellos y para Madison.

Pero cuando la aseguradora los dejó de lado, la rabia volvió. Tal vez la terapia no hubiese funcionado, pero era una posibilidad, una posibilidad realista, no desesperada: una posibilidad real de que su hija tuviese una madre y de que él tuviese una esposa y una amiga con la que envejecer.

Joe propuso vender la casa y pedir prestado más dinero a los amigos y a la familia, y hacer un GoFundMe, pero Lacey no quiso ni oír hablar de eso. Argumentó que todo lo que tenían —ellos y su familia cercana— no se acercaría ni en sueños al millón y medio de dólares, y que lo único peor para una familia que perder a la mujer y a la madre era que esa misma familia perdiera también la casa y los ahorros. Era mucho más lista y mucho más sensata que Joe.

Joe estaba furioso. No podía enfadarse con el cáncer, pero podía enfadarse fría y mortalmente con la compañía de seguros y sus empleados. Trabajaba en una empresa de primer nivel que figuraba en la lista de Fortune de las cien mejores compañías, y había contratado el paquete de seguros más caro —cada mes le quitaban más de mil quinientos dólares de su nómina para pagarlo—, y ahora un hijo de puta sin rostro había decidido que ni siquiera iban a intentar salvar a su mujer de una muerte grotesca y dolorosa.

La rabia consumía a Joe. No volvió a reprogramar la reunión con el vicepresidente. Pasaba todo su tiempo escribiendo al departamento de recursos humanos y al director financiero, y cuando no hacía eso era porque estaba en el baño llorando.

Y mientras tanto, Lacey se fue poniendo peor.

Madison empezó a tener miedo de Joe y lo evitaba cuando llegaba a casa. Intentaron cambiar esa situación haciendo que fuese él quien se encargara de arroparla, de contarle un cuento y de

cantarle las tres canciones de rigor. Ella lo toleró, pero no sirvió para disminuir el miedo evidente que le inspiraba.

—Cariño —dijo Lacey (el equivalente al «mi vida» de él), y Joe supo lo que le esperaba—. No puedes seguir así. Acabarás muriéndote antes que yo. O le pegarás un tiro a alguien. Necesitas ayuda.

Como había rechazado la quimio y la radio, Lacey no había adelgazado, pero el dolor no la dejaba dormir y tenía un aspecto ido y sobrenatural, como si tuviese un pie en la tumba, que él no podía soportar. Ella le puso las manos en la cara y continuó:

—Hablo en serio, Joe. Busca ayuda. Si no lo haces, nuestra niña no tendrá padres, porque irás directo a un manicomio, a la cárcel o a un tribunal donde tendrás que defender tu aptitud como padre. —Le clavó la mirada—. No tengo fuerzas ni tiempo para encargarme de esto, Joe. Sé que, normalmente, buscar un psiquiatra habría sido cosa mía, pero vas a tener que ocuparte tú. ¿Me explico?

Sus palabras enfurecieron a Joe, y esa furia se transformó en tristeza. Lloró un poco y luego dijo:

—Tienes razón, lo haré.

Ella le dio un largo abrazo, y él fue al cuarto de invitados y se sentó en la cama con el portátil y empezó a buscar en Google.

Tenía abiertas ocho pestañas con reseñas de Yelp sobre psiquiatras locales cuando encontró el foro. Parecía pensado para padres cuyas mujeres se estaban muriendo de cáncer de mama (hay suficientes personas muriéndose de suficientes cánceres para que los foros se hayan vuelto así de especializados), pero en realidad era para padres cuyas mujeres se estuviesen muriendo de cáncer de mama tratable y a las que las aseguradoras les hubiesen negado la cobertura.

Joe pasó horas leyendo, hasta que dejó de notar el culo y el cuello se le quedó rígido. Las palabras de la pantalla parecían salir directamente de su cabeza. Eran secretos, cosas que jamás habría osado decir a otras personas, porque Lacey tenía razón, eran cosas que no se podían decir en voz alta sin correr el riesgo de acabar en la cárcel o en un internamiento forzoso.

Aquí había hombres que decían esas cosas. Y otros que las oían y respondían que lo entendían, que habían tenido esos sentimientos

indecibles y que los comprendían. Incluso antes de enviar el primer mensaje al foro, aplacó algo en su interior, y tal vez algún día curaría incluso las heridas que habían ido agravándose desde su trigésimo sexto cumpleaños.

No se molestó en buscar un psiquiatra. No lo necesitaba. Los padres del foro Que le Den Por Culo al Puto Cáncer de Mierda eran el único terapeuta que necesitaba. Fueron pasando las semanas y todo el mundo en la casa llegó a entender que el rato que pasaba Joe en la habitación de invitados con su portátil era la razón por la que había cambiado, y nadie le reprochó los momentos que pasaba allí.

Solo un idiota cree en la remisión espontánea, que es cuando los médicos dicen: «Su cáncer ha desaparecido y no sabemos por qué». ¡Vaya!, sucede, pero también hay gente que muere alcanzada por un rayo y a quien le toca el gordo de la lotería. La remisión espontánea no es un plan, es una ensoñación poco realista.

Sin embargo, hay quien muere alcanzado por un rayo. Y a quien le toca la lotería.

Y Lacey tuvo una remisión espontánea.

Los tres meses de vida se convirtieron en cuatro, luego en cinco, y su médica empezó a decir con mucha cautela que los nódulos estaban remitiendo y a pedir nuevas pruebas, y luego, un día, la doctora citó a Lacey en su consulta, y Joe la acompañó, porque cuando tu médico quiere hablar de los resultados de las pruebas en persona es mejor no enfrentarse a eso a solas.

La médica llegó tarde y eso puso nerviosos a Lacey y a Joe, la tensión aumentó. Era una consulta de oncología, así que la sala de espera estaba llena de personas moribundas, calvas, con los ojos hundidos, acompañadas de sus atormentados familiares, y en realidad estaban mejor que las que aún tenían buen aspecto, porque estas acababan de ser diagnosticadas y habían ido al médico a ver qué pasaría ahora. Estas sí que estaban destrozadas.

La enfermera no se molestó en tomarle los datos a Lacey, de modo que Joe y ella esperaron sin más en la consulta, en un par de sillas de color naranja, cogidos de la mano.

La médica llegó, cerró la puerta, se disculpó por haberles hecho esperar, hizo una broma sobre lo atareado que había sido el día, se

sentó en su silla de despacho acolchada y ordenó unos papeles que tenía en el escritorio. Luego los miró un momento e, inesperadamente, sonrió.

—Lacey, Joe, llevó catorce años ejerciendo y he dado muchas malas noticias. Forma parte del trabajo. Pero te acaba afectando. Incluso cuando tengo buenas noticias, no son tan buenas: «Te hemos extirpado la mitad de los órganos, te hemos amputado los pechos, te hemos envenenado, te hemos radiado, y ahora creemos que estás mejor. Lo siento».

»Pero muy de vez en cuando, muy muy de vez en cuando, podemos dar buenas noticias de verdad. Este es uno de esos días.

Dejó que sus palabras calaran. Lacey y Joe se miraron. Tenían dos palabras en la punta de la lengua, palabras que nunca se habían atrevido a pronunciar sin poner los ojos en blanco con un gesto sarcástico. Entonces las dijeron, primero Lacey, luego Joe, los dos interrogantes y dubitativos:

—¿Remisión? ¿Espontánea?

La médica les sonrió.

Joe lloró antes que Lacey. Siempre fue el más emotivo. Pero luego Lacey lloró también. Y luego la médica lloró, y después de que Joe y Lacey se abrazaran un rato larguísimo, la doctora abrazó a Lacey, y luego a Joe, y después se abrazaron los tres, y Joe no acertó a decir nada más que gracias, gracias, gracias, y todos supieron que no estaba dándole las gracias exactamente a la médica, aunque ninguno sabía con certeza a quién estaba dando las gracias. Ni siquiera la médica.

Joe no dejó de visitar Que le Den Por Culo al Puto Cáncer de Mierda, lo cual le sorprendió. Esa noche, Lacey y él hicieron el amor de la manera más tierna y lenta de toda su relación; follaron tan despacio que apenas se movían. Joe manejaba a Lacey como si estuviese hecha de porcelana muy frágil, y Lacey se aferró a Joe como si fuese lo único que le impedía caer desde el edificio más alto del mundo. Luego se abrazaron, después se apartaron con los dedos entrelazados. Poco más tarde, Lacey se quedó dormida, roncando sin ruido, acaparando las mantas, y Joe se escabulló de la cama y volvió al foro.

Hay muchos foros de apoyo en línea y los mejores llevan a cabo una labor increíble y casi mágica para sus participantes, lo cual demuestra el aforismo de que «los males compartidos son menores y las alegrías compartidas son mayores» y mejora la vida de todos los que participan en ellos.

Que le Den Por Culo al Puto Cáncer de Mierda no era uno de esos foros.

Que le Den Por Culo al Puto Cáncer de Mierda era un foro para gente muy cabreada cuyos allegados estaban muertos o muriéndose. Algunos de los participantes de QDPCPCM se sentían mejor, tal vez en parte por tener la oportunidad de desahogarse, pero también porque estaban rodeados de gente que los quería y los apartaba del abismo, gente que compartía su dolor pero sabía manejarlo mejor.

En un foro de exalcohólicos, siempre hay un grupo de ancianos que llevan sobrios años y años. Son una voz sabia y moderadora, y constituyen la prueba de que hay vida después de la adicción. Siempre que alguien en los foros se va de juerga y empieza a recriminarse a sí mismo por ello, aparece otro que puede contar una historia peor, alguien que perdió su trabajo, que perdió a sus hijos, que perdió incluso sus extremidades y, sin embargo, consiguió salir adelante.

Que le Den Por Culo al Puto Cáncer de Mierda no tenía gente así. Los que superaban su furioso dolor dejaban QDPCPCM, ahuyentados por su culto a la rabia. Los que se quedaban sentían rabia de verdad y se aferraban a ella como un borracho que se niega a soltar la botella.

Si tu rabia te llevaba a un sitio que no podías manejar, un sitio que te asustaba, los ancianos de QDPCPCM te ayudaban: te explicaban que era la reacción correcta, la única reacción posible, y que nunca iba a mejorar. Esa era tu vida a partir de ese momento.

Cuando a Lacey le dieron el alta, la rabia de Joe se disipó al instante. Los lacayos del seguro que habían sentenciado a muerte a Lacey podían cocerse en su jugo y mirarse al espejo cada mañana, y Joe tendría a su brillante y preciosa mujer y a su dulce e increíble hija, y eso era lo único que le importaba.

Pero QDPCPCM atraía a Joe. La primera vez que volvió a conectarse, comprendió al instante que, a pesar de lo mucho que le había ayudado —a pesar de que le había salvado—, ver los

pensamientos de sus propios bucles mentales en la pantalla viniendo de otras personas también le habría destruido. Si Lacey hubiese muerto —¡Dios, solo de pensarlo se le encogía el estómago! —, ese habría sido su sistema de apoyo: se habría agarrado al ancla que le habrían proporcionado y hubiese dejado que le arrastrara al fondo del océano.

Joe decidió que tenía un deber con el QDPCPCM.

Enseguida tomó la decisión de no hablar con Lacey del tiempo que pasaba en el foro. Probablemente ella lo hubiese entendido, pero ya tenía demasiadas preocupaciones.

La mayor parte de las veces no intervenía. Nunca discutía con los viejos que aconsejaban la rabia y la desesperación. Escribía mensajes en privado a los nuevos que llegaban hechos un lío y hacía todo lo posible por ayudarlos. Tenía una lista de números de prevención del suicidio a mano, y donaba la modesta cantidad de veinte dólares a todos los GoFundMe que se enviaban al foro. A pesar de lo escaso de esa contribución, hubo un mes en el que la cuenta familiar de GoFundMe sobrepasó los quinientos dólares y Lacey quiso saber qué estaba haciendo. Él le contó una media verdad, diciendo que era un donativo a una fundación contra el cáncer de unos amigos (aunque no precisó cuántos amigos).

Lacey no podía enfadarse por eso, pero le dio una charla sobre sus finanzas y él aceptó limitar los donativos a doscientos cincuenta dólares al mes, y ella le dejó donar trescientos cada vez que hubiese elecciones y un candidato se mostrara a favor de la sanidad universal.

Se quedó en el foro.

Estaba dispuesto a marcharse del QDPCPCM —que los veteranos como él llamaban Queledenporculo, o Queleden cuando querían sonar educados—, cuando PapaLisa1990 se unió al foro. Este fue su primer mensaje:

Lisa tiene seis años. Aquí la tenéis. La he acostado todas las noches desde que dejó de tomar el pecho. Le leí cuentos infantiles, luego Huevos verdes con jamón y ahora estamos leyendo Harry Potter. Sí, tiene seis años. Es muy lista.

El año pasado, Lisa empezó a caerse a menudo, a chocar con las cosas. Sus profesores decían que no se concentraba en el colegio y yo también me di cuenta de ello. Su madre es como si no estuviese. La llevé al médico y me dijeron que tenía un tumor cerebral. Puedo daros más detalles después, pero no es un buen tumor cerebral. No es pequeño ni bonito. Es un hijo de puta agresivo, y está creciendo.

Ahora Lisa solo ve con un ojo, y camina con un andador, o la llevo en silla de ruedas.

Pero la buena noticia es que es tratable. No al 100 %, pero el oncólogo dice que puede quitar a ese cabrón de ahí, y freírla con rayos, y darle no sé qué veneno, y que entonces vivirá. Le quedarán secuelas, pero es joven, está llena de vida y se las arreglará.

Pero ¿el seguro? Nada de nada. Yo trabajaba para un agente de aduanas cuando enfermó, mi primer trabajo de verdad, con seguro y todo. He pagado mucho dinero a ese seguro. MUCHO. Pero dicen que la cirugía que quiere hacer el médico es experimental. Y que la póliza no la cubre.

Tíos, tengo veintiocho años y soy padre soltero. Mis padres no me han dado un céntimo desde que los mandé a la mierda y me fui de casa a los 17. Si mi ex tuviese un dólar se lo gastaría en pastillas de oxicodona antes de que los del banco pudiesen ir a reclamarle el préstamo universitario.

Tengo abierto un GoFundMe, pero eso solo funciona si conoces a un millón de personas o a una que sea millonaria. Mi niña es lo mejor del mundo, pero todo el mundo piensa eso de sus hijos, y, por lo que llevo visto hasta ahora, soy el único que se da cuenta.

Lo cierto es que mi hija Lisa va a morir.

Quiero decir que puedo engañarme a mí mismo, pero es lo que va a pasar. Mi niña de seis años va a morir, aunque no tenga por qué (o al menos tenga una oportunidad que no podrá aprovechar).

Y todo porque un gilipollas que gana medio millón de dólares en un despacho en lo alto de un rascacielos lleno de gilipollas que ganan menos que yo ha decidido que debe morir. No la conoce y no llegará a conocerla, pero sabe que hay muchos niños como Lisa que van a morir por culpa de sus decisiones.

He estado triste, he estado enfadado, he estado preocupado. Abrazo tanto a Lisa que me dice: «Papá, para», pero un día la voy a abrazar y no me dirá nada porque estará muerta. Esa es mi verdad y

mi vida, y vivo con esa verdad a diario.

Cuando Lisa muera, yo moriré también. Nunca lo he dicho en voz alta, pero lo escribo porque vosotros sabéis por lo que estoy pasando. Lo digo en serio. Con Lisa tenía todos los motivos del mundo para vivir. Ahora no tengo ninguno. Ni siquiera puedo permitirme enterrarla, después de todo lo que he pagado. Todos los días recibo facturas en números rojos, todas las empresas de mis tarjetas de crédito quieren enviar a un tipo a romperme las rodillas con un bate de béisbol. A lo mejor me compro una pistola y le descerrajo un tiro al primero que entre por la puerta, luego me la meteré en la boca…

Joe no podía dejar de leer, aunque quería hacerlo. Era muy duro, y le devolvía a un lugar oscuro que creía haber dejado atrás.

Tembloroso, escribió un mensaje con el número de Prevención del Suicidio, un número que ya se sabía de memoria (1-800-273-8255), y unas torpes palabras de consuelo. Fue lo más cerca que había estado de hablar de la remisión espontánea de Lacey en Queledenporculo, porque no se le ocurrió qué decir y aquel pobre tipo necesitaba un poco de esperanza. Pero borró la frase y le dio a enviar.

> un mensaje se publicó antes que el suyo

Hazlo [escribía uno de los antiguos]. En serio, hazlo. Yo pienso hacerlo un día, cuando no pueda más. ¿Por qué no ibas a hacerlo tú? ¿Por qué iban a vivir esos cabrones corporativos cuando mi mujer ha muerto y tu niña va a morir?

Iba a comprarme un AR-15 y hacerlo, pero a la mierda… Los AR-15 son para quienes quieren abrirse paso a tiros. Yo no necesito hacer eso. Soy un tipo blanco y viejo de clase media. Podría entrar, ir al piso de arriba con una bonita bomba hecha con fertilizante y borrar del mapa el puto despacho del director. Morirán algunos inocentes, pero no son tan inocentes, ¿verdad?

Me crie en una granja de Wyoming, y mi padre tenía un libro titulado Manual del dinamitero que te enseñaba todo lo que quisieras saber para volar cosas según te hiciera falta, por ejemplo si se te moría un caballo y se congelaba y necesitabas volarlo para

despedazarlo.

El Manual del dinamitero está en versión digital, y para ahorrarte el esfuerzo de buscarlo y que te metan en alguna lista, te adjunto una copia. Te sorprenderá lo fácil que es hacer algo que haga bum. Joder, mi padre era más corto que la hostia y se las apañaba.

Lo que quiero decir es que si vas a hacer algo, que sea algo drástico, que no pase desapercibido.

Firmó con su nombre del foro, Comemuerte, que Joe había visto hacía tiempo, pero en el que no se había parado a pensar hasta entonces. Dios, «Comemuerte».

Joe le dio a responder, luego se contuvo. ¿Qué se respondía a algo así? ¿Debería llamar a la policía? El tipo que empezó el foro, BigTed, ya casi nunca se conectaba, pero Joe tenía su dirección de correo electrónico en alguna parte de una vez que se le bloqueó la cuenta. Decidió que probablemente ese debía ser el primer paso, así que pegó el mensaje de Comemuerte en un correo electrónico. Nada más enviarlo, experimentó cierto vértigo al pensar en qué clase de bot podría escanear el correo que le estaba enviando a BigTed y en qué clase de lista podía incluirle.

Él no participó en el hilo, pero otros miembros entraron a saco. Algunos le hicieron reproches morales a Comemuerte, afirmaron que era un monstruo o fingieron creer que no hablaba en serio y le afearon que hiciese un chiste de tan mal gusto. Otros le siguieron la broma y sugirieron ideas para que el daño fuese mayor. Muchos subieron pantallazos del Manual del dinamitero y hablaron de modos de mejorar el diseño, como envolver el paquete en cinta americana y añadir pastillas de detergente y rodamientos de bolas como metralla.

Algunos —muy pocos— hablaron con PapaLisa1990 de su hija para ofrecerle el consuelo que había intentado darle Joe. PapaLisa1990 no contestó a ninguno de ellos.

BigTed cerró el hilo a la mañana siguiente y bloqueó tres días a Comemuerte. PapaLisa1990 guardó silencio. Joe le escribió en privado un par de veces, pero se podría decir que se olvidó de él.

Madison cumplió siete años. Tomaron pastel con helado, jugaron

y montaron una fiesta de pijamas con su mejor amiga del otro lado de la calle, Rose, que mojó la cama a las doce de la mañana y despertó a todos entre ríos de lágrimas humilladas. Lacey lavó a Rose y Joe colocó una bolsa de basura sobre la parte mojada del colchón y puso sábanas limpias.

Lacey se volvió a dormir y Rose también. Joe no podía conciliar el sueño. Fue descalzo hasta la habitación de invitados con su ordenador portátil y se conectó a Queleden.

Ha muerto hoy [escribía PapaLisa1990].

Siento el lío que se armó con mi último mensaje. Estaba en horas bajas. Pero quiero daros las gracias por apoyarme, incluso a quienes bromeasteis y demás. Alguno hasta me hizo reír. Todo eso me ayudó a seguir.

La semana que viene es el entierro.

El mensaje era de hacía solo seis minutos. Joe le escribió en privado.

> Si necesitas hablar, aquí estoy.

Se quedó mirando la pantalla un buen rato, esperando a que se abriese una ventana y recargando la página con la esperanza de que PapaLisa1990 respondiera.

Fueron pasando los minutos. Se metió en Facebook y estuvo echando un vistazo, volvió a la otra página. Comprobó el tiempo que tardaría en llegar un paquete de Amazon del que acababa de acordarse. Miró por encima su carpeta de correo no deseado de Gmail, como intentaba hacer una vez al mes, antes de vaciarla.

Estaba a punto de cerrar el portátil (o tal vez de repetir todo eso otra vez) cuando apareció una respuesta.

> Gracias. No es una buena noche. El funeral es la semana que viene. Lo he cargado en mi tarjeta de crédito. Será una despedida a lo grande.

> Parece una buena forma de usar la tarjeta. Pero ¿cómo lo llevas?

> Digámoslo así: no tengo intención de pagar esa factura.

A Joe se le encogió el estómago.

> Sé que te envié el número del teléfono de prevención de suicidios, pero aquí lo tienes otra vez. 1-800-273-8255. O envía un mensaje con el texto CASA al 741741 y alguien responderá. Los dos están operativos las veinticuatro horas del día.

> Ya llamé a ese número. Fuiste muy amable al enviármelo. Se nota que eres de esos que quieren que todo el mundo tenga esperanzas. Eres muy amable. Lisa era igual.

Se hizo una larga pausa. Joe estaba a punto de teclear alguna cosa. Luego PapaLisa1990 empezó a teclear otra vez.

> No sabía hablar de otra cosa. Acababa de cumplir siete años y lo único que sabía decir era: «Papá, tienes que tener esperanzas, todo saldrá bien». Quería que viese Annie. Imagínate. Mierda de Netflix.

Eso hizo reír a Joe involuntariamente. En realidad fue una risita. Tuvo la sensación de que PapaLisa1990 y él podrían llevarse bien.

> Tenía razón.

Tomó aliento.

> Oye, ¿dónde vives? A lo mejor podemos vernos. Yo vivo en Phoenix.

> Yo no. Vivo en el culo del mundo, en Carolina del Sur. Pero te lo agradezco.

> ¿Y qué me dices de una llamada telefónica? Yo podría abrir una cerveza, tú podrías abrir otra, y nos podríamos tomar una cerveza juntos.

> Se nota que eres un buen tipo. Te lo agradezco. Creo que paso.

Luego se desconectó.

Joe no creyó que fuese a poder conciliar el sueño esa noche,

pero era humano, un ser humano casi de mediana edad, y los seres humanos necesitan dormir, así que se durmió.

Al día siguiente era domingo, su día de preparar el desayuno. Se las arregló para pasar el rato con Madison y su amiga (cuya vergüenza nocturna se había disipado con unas horas de sueño y un pijama lavado en la lavadora) sin que se le ocurriera comprobar las noticias de Carolina del Sur o Queleden.

Pero cuando los padres de Rose la recogieron un poco incómodos y Madison se fue a su habitación a hacer slime y ver YouTube, sacó el teléfono y buscó en Google «suicidio en Carolina del Sur».

La ventana de resultados estaba vacía. Claro. PapaLisa1990 no haría nada hasta después del funeral. Joe tenía toda la semana para convencerlo.

El trabajo no volvió a ser lo mismo desde que Lacey enfermó. Nunca volvió a reprogramar esa reunión con el vicepresidente. No pudo reunir lo que quiera que hiciese falta para sacar adelante su propuesta de distribución al por mayor bajo demanda. La gente con la que había empezado a trabajar se marchó a divisiones experimentales y a colaborar con empresas de carretillas elevadoras sin conductor, o se metió en plataformas de autoservicio basadas en la nube para la distribución online y en toda esa infraestructura que servía para que la gente recibiera sus taburetes para el váter y sus cargadores USB con led en casa con una fiabilidad del 99,9 por ciento.

Joe se metía en su cubículo, hacía exactamente lo que establecía su contrato y se marchaba a las cinco de la tarde todos los días. Tenía un teléfono del trabajo y un teléfono personal, y le habían advertido muchas veces de que el tráfico del teléfono del trabajo quedaba registrado, incluso el tráfico «seguro», porque la empresa había manipulado el sistema operativo para que todo lo que hiciese fuese visible para el equipo de supervisores. Según ellos, tenían que hacerlo por el seguro. Así que era importante que separara estrictamente sus actividades personales de las relacionadas con el trabajo. Nadie quería leer sus mensajes sexuales o hurgar en su historial de búsquedas relacionadas con un picorcillo vergonzoso.

Al principio, le había costado un gran esfuerzo, porque Joe era de esos tipos a los que les gusta comprobar el correo del trabajo para ver si el jefe quiere que hagan horas extras. Eso hacía que el teléfono que era más probable que tuviese a mano en cualquier momento fuese el del trabajo. A veces incluso olvidaba cargar el teléfono personal.

Pero luego, cuando el departamento de recursos humanos de su empresa le dijo que impedir que su aseguradora asesinara a su mujer no era asunto suyo, se desmotivó. Ahora era el móvil del trabajo el que solía quedarse sin batería.

Así que en la oficina utilizó su teléfono particular para controlar qué tal estaba PapaLisa1990. Había leído las preguntas más frecuentes sobre qué decirle a los suicidas y estaba recorriendo la lista. PapaLisa1990 no siempre contestaba. Pero a veces respondía, y eso significaba que estaba escuchando y también que Joe no iba a rendirse.

Los días pasaron y llegó el funeral de Lisa. PapaLisa1990 envió fotos del funeral, fotos tristes de parientes llorando, entre ellos su exmujer, casi sin dientes y desfigurada por la adicción. Fotos del pequeño ataúd, de la urna con las cenizas.

La gente de Queleden fue respetuosa y solemne con esas fotos. Cuando querían demostrar solemnidad, enviaban un mensaje con un espacio en blanco que quería decir «me faltan palabras». Las fotos recibieron una enorme cantidad de mensajes así.

Pero el de Comemuerte llevaba adjunto otro ejemplar del Manual del dinamitero.

PapaLisa1990 no volvió a responder a ninguno de los mensajes privados de Joe. Joe se dijo que debía de haberse tomado un tiempo lejos del ambiente tóxico y seductor de Queleden para buscar consuelo en amigos del mundo real que no estuviesen tan obsesionados con la violencia.

Pero Joe reparó en que cada vez que dejaba vagar sus pensamientos acababa sacando su teléfono particular y buscando «bomba» y «Carolina del Sur» de manera casi automática.

Estaban a finales de mayo. Madison iba a terminar segundo curso y en el colegio iban a celebrarlo a lo grande. Joe se había perdido las versiones de esta ceremonia en el jardín de infancia y en

el primer curso, pero ahora había perdido aquella ambición que le impedía pedirse medio día libre por asuntos personales. Así que se subió al coche a la hora de comer y fue al colegio, y le compró una guirnalda polinesia y un globo de poliéster a un mexicano que recorría la fila de padres que esperaban a la puerta del auditorio con un carrito, aconsejándoles: «Muestren a sus hijos lo orgullosos que están de ellos y lo importante que es su educación para ustedes». La excusa era bastante descarada, pero aun así inspiró a Joe un profundo y culpable instinto paternal.

Lacey había llegado antes que él y había reservado sitio para los dos, y se dieron la mano mientras los niños daban discursos sobre sus sueños para el futuro, cantaban canciones y homenajeaban a sus profesores. Los niños estaban monísimos con sus trajes y sus vestiditos, pero llegó a hacerse un poco repetitivo, así que Joe sacó el teléfono del bolsillo e hizo discretamente una búsqueda.

Normalmente, «bomba en Carolina del Sur» te enviaba a un montón de páginas sobre el incidente nuclear del B-47 en Mars Bluff, cuando la Fuerza Aérea Estadounidense lanzó por accidente una bomba nuclear sobre ese lugar en 1958. Ese día, en lo alto de la lista había una serie de noticias de Google sobre una explosión en las oficinas de BlueCross BlueShield en Columbia, Carolina del Sur.

Las canciones del escenario, los cuchicheos y los gestos aburridos de los padres a su alrededor desaparecieron en el acto y su mirada se concentró en la pantalla. Escogió un vínculo de AP. Lacey le susurró que guardara el teléfono, y él dio un respingo culpable y alzó la vista, pero no pudo centrar la mirada.

—Voy al baño —dijo muy bajito.

Se abrió paso hasta el pasillo, tropezando con las rodillas de los padres y los respaldos de los asientos. Alcanzó el vestíbulo, donde había dibujos y poesías en las paredes, y llegó al cuarto de baño de los chicos, con sus urinarios en miniatura y los cubículos arañados. Entró en uno de ellos y leyó la noticia de AP.

Apenas daba detalles, solo era una noticia de alcance, pero los hechos eran devastadores: se había producido una explosión en las oficinas de BlueCross BlueShield. La policía sospechaba de un acto de terrorismo. Había diez muertos confirmados, y era de esperar que el número aumentara cuando los equipos de rescate terminaran de buscar entre los escombros. Las imágenes del edificio eran

espantosas; como si se tratara de un diente cariado, había un enorme agujero en las paredes de la parte superior que abarcaba tres plantas. Las imágenes que aparecían en Twitter eran de fuego, de humo, de gente sangrando y dando tumbos con ropa de oficina.

Se quedó en el cuarto de baño Dios sabe cuánto tiempo, mirando su teléfono, deseando no haberlo sacado nunca y que lo ocurrido fuese un misterio absurdo para él y no algo que distaba mucho de ser un misterio. Tenía que llamar a la policía. Sí, tendría que llamar a la policía.

Oyó ruido fuera, ruido de gente. Luego la puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y las voces de los niños llenaron la sala. Se metió el teléfono en el bolsillo y salió, sin apenas prestar atención a un niño listillo que le gritó que se lavara las manos.

Lacey lo acompañó hasta su coche después de que se hicieran las fotos con Madison, le diesen a la niña su globo y su guirnalda, y la dejaran con la madre de una amiga con la que iba a ir a ver una película y a celebrar una fiesta de palomitas.

—¿Qué pasa?

No iba a contárselo, claro. Dios, bastante malo era ya.

—Sabes lo de ese foro…

Ella puso los ojos en blanco. No le gustaba Queleden.

—Lo sé, lo sé. Pero hay un tipo que está pasándolo fatal. Su hija. Tiene la edad de Maddy, y quiero consolarlo. Ellos lo hicieron por mí. Quiero devolvérselo.

Ella volvió a poner los ojos en blanco, pero le dio un largo abrazo.

—Eres una buena persona, Joseph Gorman. Pero recuerda que no puedes echarte el mundo entero a la espalda y que tienes una familia que también te necesita… No dediques todo tu tiempo a unos desconocidos.

—Gracias, Lacey. Sé que es un buen consejo. Intentaré tenerlo presente, pero…

—Lo sé. Claro. Por eso te lo recuerdo. Tienes un gran corazón y necesitas que te ayuden a cuidarlo. Acepté ese trabajo al casarme contigo.

—Te quiero.

Esta vez ella le dio un abrazo más largo, apretándolo con todas las fuerzas que habían vuelto a su cuerpo después del milagro.

Mientras tanto, él siguió pensando en el teléfono que llevaba en el bolsillo y en dónde podría parar para meterse en Internet, leer las noticias y conectarse a Queleden.

PapaLisa1990 subió un vídeo explicando lo que estaba haciendo, pero por suerte no habló de Queleden. Aun así, todo el mundo en Queleden estaba tenso y mucha gente borró sus mensajes, hasta que la policía anunció que PapaLisa1990 había utilizado el navegador Tor y no había dejado rastros ni registros en los centros de datos de AT&T. Inevitablemente, eso desencadenó una auténtica caza de brujas en la «red profunda» y que todo el mundo quisiera saber dónde se había «radicalizado» el misterioso tipo del vídeo.

PapaLisa1990 era un hombre de voz suave, un poco rechoncho, de ojos tristes y con barba de tres días. En el vídeo hablaba con voz monótona, mirando directamente a la cámara con los ojos enrojecidos. Su pelo era lacio y grasiento, y la cocina que se veía detrás era un caos, con bolsas de la farmacia y cajas de pizza. En un tono bajo, con una voz tranquila y educada de marcado acento sureño, habló de la decisión que había tomado BlueCross BlueShield de negarle la cobertura a su hija y de lo que eso había significado. Mostró una foto de una niñita sonriente con el pelo castaño corto, un diente caído y unas cuantas pecas en la naricilla respingona. Habló de los cuentos de Lisa, de los dibujos que hacía para ilustrarlos, del gatito al que había rescatado y cuidado, de su dolor inconsolable cuando lo atropelló un coche. Habló de su enfermedad, de su valentía, de su sufrimiento y de sus promesas.

Habló improvisando, sin usar notas, y cuando terminó, hizo una larga pausa. Luego se secó los ojos con los pulgares, abrió y cerró la boca un par de veces sin poder hablar, tomó aliento profundamente y se dominó.

—Por eso voy a hacer esto. No es venganza. No soy vengativo. Nada me traerá de vuelta a Lisa, así que ¿por qué iba a querer vengarme?

»Es un servicio público. Hay más padres como yo y más niñas como… —Otro momento para dominarse—. Como mi Lisa. Y justo ahora, uno de esos padres está hablando con Cigna, o Humana, o BlueCross BlueShield, y la persona que está al teléfono le está diciendo que su niñita tiene que morir.

»Alguien en ese edificio tomó la decisión de matar a mi hija, y todo el mundo en ese edificio estuvo de acuerdo. Ninguno de ellos es inocente y ninguno tiene miedo. Después de esto lo tendrán. Después de hoy, toda esa gente se pasará el resto de sus vidas mirando a su alrededor por si hay alguien como yo. De aspecto corriente. Inofensivo. Un poco triste, tal vez.

»Porque en el fondo tienen que saberlo. Ellos, sus intermediarios, los tipos en el Congreso. Son padres. Lo saben. Si alguien hiciese daño a sus hijos, ellos lo perseguirían como a un perro. Lo único sorprendente de todo esto es que nadie lo haya hecho antes.

»Voy a hacer una predicción: creo que, aunque yo sea el primero, no seré el último. Habrá más. Quiero saludar a esos padres y maridos, madres y esposas, abuelos y amantes que vendrán detrás de mí. Vamos a meterles el miedo en el cuerpo, haremos que tengan tanto miedo que no vuelvan a pegar ojo. Corregirán esta injusticia, este baldón para nuestro país, no porque quieran a vuestros hijos tanto como vosotros, sino porque les meteremos el miedo en el cuerpo.

Se quedó mirando a la cámara un rato más, con los ojos ardientes y brillantes. Luego asintió con la cabeza, se puso en pie y salió del encuadre. Cuando volvió un instante después, llevaba un paquete envuelto en cinta americana del tamaño de una cazuela, que levantó con cuidado y metió en una mochila. Volvió a asentir con la cabeza, se encogió de hombros mirando la mochila y apagó el vídeo.

Joe reparó en que, aunque PapaLisa1990 —se llamaba Saul, pero Joe seguía pensando en él como PapaLisa1990— hablaba mucho de «miedo», nadie, ni en la televisión ni en las noticias, mencionó la palabra «terrorismo». Hubo algunos tipos en Twitter que señalaron que PapaLisa1990 no tenía el color de piel de un terrorista y que debía de estar «mal de la cabeza» o ser un «enfermo mental» o incluso estar «traumatizado». Ni siquiera las familias de la gente que murió en la explosión de Columbia utilizaron la palabra «terrorismo», aunque muchos lo llamaron asesino, monstruo y cosas peores.

Desde luego, ninguno de los de Queleden quería utilizar «la

palabra que empezaba por T».

Se produjo un acalorado debate sobre esa palabra y sobre cuándo estaba bien «desbarrar» y «fantasear» con la violencia y cuándo eso era pasarse de la raya. BigTed podría haber dado su opinión, pero veinticuatro horas después de que PapaLisa1990 matara a toda esa gente y se suicidara, anunció que iba a dejar de administrar Queleden y que le había pasado la antorcha a Comemuerte, que tenía «el tiempo y la energía» necesarios para prestarle la atención que requería.

Una vez Comemuerte se convirtió en el dueño y señor de Queleden, las discusiones cesaron. Comemuerte afirmó que solo había una manera de pertenecer a Queleden: estar dispuesto a aceptar el dolor en todas sus formas, entre ellas la ira, y ser auténtico y fiel a uno mismo.

Comemuerte también anunció que la mayoría de los foros de Queleden iban a pasar a un servidor encriptado de Tor, e implantó un complejo protocolo para validar las identidades en Queleden en la Oscuridad, que es como pasó a llamarse el nuevo servicio.

Joe lo ignoró durante un tiempo. Incluso sintió cierto alivio en su fuero interno. Si los miembros más jodidos de Queleden desaparecían en la Oscuridad, él podría quedarse en la parte que seguía en abierto en Internet y hacer de hada madrina y Pepito Grillo con las personas a las que nadie pudiera ayudar.

Pero Comemuerte estaba decidido a arrastrar a todo el mundo posible a la Oscuridad. Cada vez que se iniciaba un hilo en Queleden, lo cerraba y anunciaba que se había trasladado a la Oscuridad. Los novatos le seguían. La tercera vez que ocurrió, Joe comprendió que Comemuerte mantenía Queleden como droga de entrada a la Oscuridad. Queleden era la Oscuridad.

Una vez se dio cuenta, Joe se hartó de Queleden. Dejó inactiva su cuenta y no volvió a utilizarla.

La segunda bomba fue contra un senador republicano de Tennessee que había votado en contra de la extensión del seguro médico, a pesar de que durante la campaña electoral había prometido que todos los habitantes de Tennessee que quisieran un seguro tendrían uno.

El que puso la bomba se llamaba Logan Lents, y su familia

llevaba en Tennessee desde que se convirtió en un estado en 1796. Aunque sus orígenes eran adinerados, estaba arruinado. Sus padres habían perdido la fortuna familiar cuando él era niño y había sido becado por la Universidad del Estado de Tennessee, donde habían estudiado seis generaciones de sus ancestros. Había sido el presidente de Phi-Beta-Sigma, igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo.

Logan Lents era el viudo de Patricia Lents, otra oriunda de Tennessee de rancia estirpe cuya familia también estaba en la ruina, y cuyo cáncer de útero era tratable (según su ginecóloga) o no (según los empleados de la compañía de seguros Cigna). Patricia perdió un bebé al principio del cáncer, lo que todo el mundo consideró en secreto como una bendición debido a la enfermedad, y cuando murió un año después, a los veintiséis años, Logan quedó destrozado.

Logan puso una bomba en el despacho del senador William Blount un bonito sábado, después de una jornada de encuentros con sus electores durante las vacaciones de primavera. Logan tuvo la consideración de esperar a que los votantes y la gente de su equipo se marcharan, por lo que solo mató al senador, a un policía del estado de Tennessee y a sí mismo. Otro policía y una señora de la limpieza quedaron malheridos, pero sobrevivieron.

Los hombres de Queleden en la Oscuridad afirmaron que había sido una misión «quirúrgica» y alabaron la limpieza con que se había ejecutado.

El vídeo de Logan estaba realmente bien hecho, con la elocuencia propia de alguien de buena familia que en su día se había abierto paso hasta la presidencia de una fraternidad estudiantil exclusiva. Tenía ese toque de clase alta estadounidense, como un Kennedy sureño, y era fácil olvidar que estaba a punto de volarse por los aires con cualquiera que estuviese cerca para dejar claro que la sanidad era un derecho humano, y que unos malvados habían conspirado para arrebatársela a muchos estadounidenses y que por ello iban a morir.

El tercero en poner una bomba fue Comemuerte.

Joe y Comemuerte habían renovado abiertamente las hostilidades después de la muerte de Logan. Comemuerte tenía

acceso a los registros de Queleden y podía ver cuándo enviaba Joe mensajes en privado a cualquiera a quien estuviese incitando Comemuerte, y, como era el administrador, podía leerlos y ver que Joe se había convertido en un ángel de la guarda que susurraba antídotos para su veneno.

Ambos se enfrentaron en un chat privado que empezó siendo muy acalorado, pero que se enfrió enseguida cuando Comemuerte contó su historia: su hijo adulto había muerto por un trastorno metabólico cuya terapia farmacéutica se tildó de experimental; su mujer, incapaz de superar aquella pérdida, murió al cabo de un año; él tenía setenta y cuatro años, y le habían engañado para cambiar del seguro médico estatal a un seguro privado, donde le dijeron que la diálisis que había estado recibiendo durante veinte años estaba «fuera de cobertura» y le ofrecieron una terapia alternativa que le producía un sufrimiento constante.

> Nadie cachea a un viejo blanco en silla de ruedas.

Joe había tenido versiones de esta conversación muchas veces, y por lo general terminaban bien. Al fin y al cabo, hasta el momento, solo había habido dos bombas, y Joe no creía haber hablado nunca con Logan.

> Lo único que vas a conseguir es que un montón de hombres y mujeres sean desdichados el resto de su vida, dejar a unos niños sin padre o sin madre.

> Sí, eso es lo que pretendo. Visto lo visto, me parece lo correcto.

¿Y ahora qué? ¿«No se arregla una injusticia cometiendo otra»? Esto era Queleden en la Oscuridad, no Pinocho.

> ¿Me llamarás antes? Si no eres capaz de hablar con una persona real y contarle lo que vas a hacer, ¿cómo puedes decir que estás seguro de ti mismo?

> Lo pensaré.

> Llámame.

> Te llamaré.

Y luego el teléfono de Joe sonó a las seis de la madrugada, y él respondió: «¿Dígame, dígame?», hasta que comprendió que el ruido que se oía era una silla de ruedas y alguien colocando un ordenador portátil para grabar un vídeo mirando a la cámara. La voz sonaba jadeante pero cargada de emoción.

—Hoy voy a hacer desdichados a un montón de hombres y mujeres, voy a hacer que lloren el resto de su vida a los maridos y esposas que van a perder. Muchos niños no volverán a ver a sus madres ni a sus padres.

»No me siento orgulloso. Los compadezco de verdad. Pero tengo que hacerlo. Ya basta. Las personas a quienes voy a matar son parte de una maquinaria que todos los días, todos los años, nos roba nuestras esposas, maridos, padres e hijos a muchos de nosotros. Los vemos morir de muertes lentas y dolorosas. ¿Y por qué? Porque alguien se encarga de cuidar de los beneficios y no a unas personas que no tienen por qué morir aún.

»En algún momento ha de haber consecuencias. Hay mucha gente que trabaja para los traficantes de metanfetamina para poder ir tirando. Supongo que entre ellos habrá buenas personas que algo tienen que hacer para comer y trafican con personas. A esa gente la detenemos y la enviamos a la cárcel de por vida, aunque solo intentan llegar a fin de mes como nosotros. ¿Por qué trabajar para un asesino legal tiene que significar que eres inocente y que te vas de rositas?

»Si trabajas para una compañía de seguros médicos, o para sus lobistas, o para un senador o congresista que vota en contra de la sanidad universal, quiero que tengas miedo. Miedo a salir de casa. Que no puedas dormir. Quiero que te pases las noches despierto y que sientas terror cada vez que oigas un crujido. Quiero que te saques un permiso de armas, que tengas una escopeta al lado de la cama y que, aun así, dudes cada mañana si ese va a ser el día de tu muerte.

»Si no lo aguantas, deja el trabajo. Dile a tu jefe que no firmaste tu contrato laboral para que te haga pedazos un suicida desquiciado por el dolor. Al final, esos ejecutivos, esos representantes y esos políticos tendrán que pasar al plan B. Que es la sanidad universal para todos.

»Dicen que la violencia no resuelve nada, pero, por citar a The Onion: «Eso solo es cierto si dejas de lado toda la historia de la humanidad». La violencia es la única manera de atraer la atención de ciertas personas. Y ya sabéis a quiénes me refiero.

»Brady, lo siento, hijo. Te mereces un legado mejor que este. Marla, tú también. Los dos merecéis algo mejor, pero esto es lo único que tengo. Os quiero. Os veré pronto.

Comemuerte apretó un botón y el vídeo terminó, pero siguió hablándole a Joe y monologando mientras hacía rodar la silla de ruedas por la casa y se preparaba para volarse por los aires.

—Espero que lo hayas oído, Joe. Siento dejar un rastro que apunte hacia ti, pero fuiste tú quien me pidió que te llamara. He impreso los registros del chat, para que vean que intentaste disuadirme todo el tiempo. —Se oyó un ruido cuando cogió el teléfono, su voz se volvió más alta y clara—. Gracias por intentarlo, Joe. A partir de ahora, Tikitiki6538 está al mando.

Joe intentó decirle algo, pero no estaba seguro de si aún estaba grabando el vídeo y sabía que algún día, muy pronto, tendría que explicar esa llamada a unos hombres muy serios de alguna agencia federal, y les dijese lo que les dijese tendría que encajar con cualquier fragmento de voz que estuviese en la grabación.

Además, Comemuerte colgó el teléfono.

Joe marcó el 91-, y su dedo dudó si marcar el 1. Eran las tres de la mañana en Phoenix, las seis de la mañana en cualquiera que fuese la ciudad de la costa este en la que viviera Comemuerte (Clearwater, supo después). Lacey y Maddy estaban profundamente dormidas, el ronroneo del aire acondicionado tapaba sus suaves ronquidos. Intentó imaginar qué ocurriría si apretaba el 1 y hablaba con una operadora de Phoenix y le decía que alguien cuyo nombre desconocía estaba planeando poner una bomba en una ciudad que desconocía. Otra bomba. Intentó imaginar a los polis del Departamento de Policía de Tempe que acudirían a su puerta, la conversación que mantendría con Lacey.

No pudo hacerlo.

Fue a ver a Maddy y la arropó, le acarició el pelo y le dio un beso en la frente. Luego se metió en la cama al lado de Lacey, notó su olor saliendo de debajo de la manta cuando se tapó con ella, y se

quedó mirando el techo un buen rato. Debió de quedarse dormido, porque cuando quiso darse cuenta el sol se colaba en la habitación. Lacey y Maddy discutían sobre si Maddy estaba autorizada para ver YouTube antes de desayunar (no lo estaba), mientras Joe tenía el teléfono en la mano y estaba consultando los titulares.

Comemuerte había ido con su silla de ruedas a una convención de seguros en un Sheraton, un gran evento de negocios para el que se había contratado seguridad extra porque los asistentes tenían un poco de miedo. Pero Comemuerte había reservado habitación semanas antes, y pagó para que le aparcaran el coche e hizo que el botones le ayudara a subir a la silla y le colgara la mochila en el respaldo. Luego entró, se registró, fue hacia el ascensor y le enseñó la llave a los guardias de seguridad, que estaban parando a todos los que querían entrar en los salones. Nadie quiso cachear a un anciano blanco con una llave de habitación, que llevaba una camisa hawaiana y un sombrero de paja, y cuyas piernas delgadas asomaban por los pantalones cortos.

Había planeado llegar diez minutos antes de la reunión plenaria, cuando todos los asistentes estaban a la puerta del salón, tomando café, comiendo madalenas y charlando. Fue con la silla hasta el centro de la multitud y…

La cifra de muertos fue enorme.

Lacey no sabía qué le pasaba a Joe, pero sí sabía que le pasaba algo.

—Deja ya el foro, Joseph —dijo muy seria.

—Demasiado tiempo con pantallas, papi —añadió Maddy, que era una copia exacta de su madre, con un parecido aún más inquietante desde que se habían hecho el mismo corte de pelo con brillos azules.

Cogió en brazos a Maddy y la apretó con fuerza, mientras ella chillaba, pateaba y se reía.

—Está bien, mocosa —dijo, y miró a los ojos a Lacey, que parecía preocupada.

Joe la llevó al colegio esa mañana. Lacey había vuelto a trabajar, había encontrado un empleo en una centralita que se encargaba de los problemas con las reservas de una gran cadena hotelera, y Joe había cambiado su horario para poder dejar a la

niña por la mañana y que Lacey la recogiera por las tardes. No era una buena decisión desde el punto de vista profesional: había una correlación directa entre estar en tu mesa a las ocho de la mañana y los ascensos, pero desde el día que le diagnosticaron el cáncer a Lacey, había perdido su ambición por hacer carrera y había adquirido la sensación igual de apremiante de que su tiempo con su familia era fugaz y había que saborearlo.

De camino al colegio, Maddy quiso hablar de cuando mami estuvo malita, que era un asunto que salía a menudo a colación. Ni Joe ni Lacey eran religiosos, pero, inevitablemente, Maddy tenía una amiga en el colegio que insistía en que Dios había salvado a su mami y en que debería estar dando gracias a Dios. Ella no hacía más que hablar de eso, y era evidente que estaba preocupada porque no estaban haciendo lo suficiente y Dios podía cambiar de opinión.

—Tú sabes que yo no creo en Dios, ¿verdad, cariño? —dijo apartando los ojos del tráfico un momento para mirarla. Ella estaba asintiendo muy seria con la cabeza—. Creo que mami tuvo mucha mucha mucha suerte. Como si hubiese sacado dos seises en el Monopoly diez veces seguidas. Pero eso no quiere decir que no tengamos que estar contentos y agradecidos de tenerla con nosotros. Yo me despierto cada día y me siento agradecido. ¿Tú no?

—Sí —dijo con la boca pequeña.

—Sí. Así que si hay un Dios, entonces Él o Ella —Lacey insistía mucho en lo de Él o Ella cuando hablaban de Dios con Maddy— sabe cómo te sientes.

La oyó llorar en el asiento de atrás y detuvo el coche.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué lloras?

Ella se sorbió la nariz y Joe le dio un pañuelo.

—A veces no estoy agradecida. A veces me enfado con ella porque no me deja ponerme la ropa que quiero o dice que no me he cepillado bien los dientes. ¿Y si Dios ve que no estoy agradecida y se la lleva?

Por diezmillonésima vez, Joe maldijo a la niña evangélica que había metido esa basura en su cabeza inocente y traumatizada.

—Bueno, cariño, no soy yo quien tiene que contestarte a esa pregunta, porque ya sabes que no creo que haya un Dios. Pero es normal que te enfades con mami. Yo también me enfado con ella a

veces. Eso pasa cuando la gente se quiere. ¡Sobre todo cuando se quiere! Es difícil querer a alguien. Lo importante es que cuando te enfades lo hables y lo arregles. Sabes que cuando nos enfadamos luego hacemos las paces y volvemos a querernos, ¿no? Así que lo que hace falta es concentrarnos en olvidar los enfados y volver a estar contentos. Estoy seguro de que si hay un Dios, es lo único que Ella o Él espera de ti.

Maddy pareció contentarse con esa respuesta, así que Joe volvió a poner en marcha el coche y se metió en el tráfico. Cuando llegaron al siguiente semáforo, la niña estaba cantando el estribillo de «Yellow Submarine» una y otra vez, lo cual siempre era un buen indicio. La dejó delante del colegio, y ella le lanzó un beso y luego volvió a por el almuerzo, que se había olvidado, y le lanzó otro.

Joe fue al trabajo. Intentó concentrarse en lo que pensaba su hija y en lo que podría decirle la próxima vez que tuviese preguntas así. Intentó no pensar en el FBI revisando las llamadas telefónicas de Comemuerte y analizando su ordenador. Intentó no pensar en los padres de Clearwater (Florida) que los años siguientes tendrían que explicar a sus hijos por qué un anciano blanco, enfadado y extraño en silla de ruedas había asesinado a su madre. No lo consiguió.

—¿Vas a contarme qué te pasa, Joseph, o voy a tener que arrastrarte a terapia de pareja?

La semana siguiente al atentado de Comemuerte había ido de mal en peor. Cada llamada de teléfono, cada cara desconocida le hacía dar un respingo, sudar y pensar en algún tipo del Departamento de Seguridad Nacional, un agente federal o en alguien del FBI. No se conectó a Queleden, lo cual fue difícil, pues era su terapia antiinsomnio de las dos de la madrugada y estaba teniendo muchas noches con insomnio a las dos de la madrugada.

Lacey le había preguntado varias veces qué estaba pasando, y él había respondido vagamente aludiendo al estrés en el trabajo, lo cual era ridículo teniendo en cuenta lo poco que le importaba el trabajo. Por fin, habían llegado a esto. Estaban en la cama, Maddy se había acostado ya, y él estaba tumbado de lado, intentando no apretar los dientes, dándole vueltas una y otra vez a Comemuerte, el FBI, los muertos de Clearwater y ahora Lacey.

Se dio la vuelta.

—Lo siento, Lace. Es una mierda en mi vida que no consigo quitarme de encima y de la que no quiero hablar. Lo último que me apetece es comentarlo contigo —«Y convertirte en cómplice de un crimen», pensó—. Solo quiero quitármelo de la cabeza.

Ella le lanzó una mirada de puro escepticismo.

—Pues perdona que te lo diga, pero lo estás haciendo de pena. Repetir lo mismo una y otra vez y esperar que el resultado sea diferente es la definición de la locura. Te quiero mucho, pero si no sabes cómo solucionar esto por tu cuenta y no dejas que te ayude o no buscas ayuda en otro sitio, tú y yo vamos a tener un puto problema.

Lacey casi nunca decía palabrotas.

—De acuerdo —contestó—. ¿Me das cuarenta y ocho horas? Probablemente solo necesite bajar esa aplicación de meditación o salir a correr o algo así.

—Cuarenta y ocho horas. Después, o me lo cuentas o te mando directo al psiquiatra.

Joe puso su gesto más valiente.

—Trato hecho.

Lo de la meditación resultó ser imposible. No podía dejar de pensar en el vídeo de Comemuerte, en lo que se habían dicho, en las familias destrozadas. Pero sí salió a correr, se enganchó el teléfono al bíceps y se puso los auriculares.

Estaban a finales de otoño y hacía calor, pero no demasiado, y se dejó llevar por el ritmo de sus zancadas y la música de Creedence Clearwater Revival en los auriculares.

El efecto de perderse en sí mismo fue casi milagroso: se le quitó el peso que oprimía su pecho y sus hombros. Los ruidos eran más claros, los olores mejores. Aumentó el ritmo.

Inevitablemente, exageró. Demasiado correr después de mucho tiempo sin hacer ejercicio. Tropezó y estuvo a punto de caerse, y, cuando se irguió, la cabeza le dio vueltas y sintió que iba a perder el equilibrio otra vez. Estaba en una zona comercial peatonal, y encontró un banco y se sentó; las piernas le temblaban y se sentía mareado.

Apoyó la cabeza entre las manos hasta que esta dejó de darle vueltas, luego se echó hacia atrás mientras el sudor le corría por la

cara y la espalda. La lista de canciones que estaba escuchando terminó, así que sacó el teléfono para buscar otra con la que volver corriendo más despacio e, inconscientemente, acabó revisando los titulares.

Un tirador había disparado al senador Graham —el senador de la circunscripción de Joe— en las escaleras del Capitolio. Graham había ganado un escaño con la promesa de «tener en cuenta todas las opciones» y «arreglar el lío» de la sanidad pública, y después se había unido al bloque obstruccionista del Senado y había votado con la dirección del partido cuando bloqueaban cualquier propuesta, por modesta que fuese. Después de su primer año en el cargo, había cancelado todas las asambleas públicas y la revista Politico había hecho una investigación periodística que demostraba que era el senador con el que era más difícil entrevistarse, ya fuese en Phoenix o en Washington D. C.

El tirador había atacado a dos policías de Washington D. C. y a un agente federal, había herido a nueve espectadores, había acertado de pleno al jefe de personal del senador y le había arrancado un trozo del lóbulo de la oreja al senador con un AR-15 automático modificado. Todo había ocurrido en dieciocho segundos, que es lo que tardó la tropa de policías de seis agencias diferentes que había presentes en dispararle cuarenta y siete veces. Al principio se dijo que el senador estaba malherido, pero luego resultó que solo estaba cubierto de un montón de sangre de otras personas y presa de un ataque de histeria.

El tirador había subido un vídeo suicida a YouTube antes de dejar la habitación de su hotel en Adams-Morgan, y aunque Google lo había retirado a los pocos minutos de que llegara a Twitter y Facebook, ya se había replicado en un montón de servidores extranjeros de plataformas más pequeñas y estaba viéndose con la etiqueta #DeberíaisTenerMiedo, que había empezado después del segundo atentado.

Joe leyó y leyó, y los temblores no remitían. ¿Tenía ese tirador cuenta en Queleden? ¿Vivía cerca de Joe? ¿Cuándo se presentarían los federales a su puerta? El rostro aterrorizado y ensangrentado del senador era perfecto para hacerse viral, y se extendió por las redes aún más deprisa que el vídeo suicida.

El sudor que había acumulado corriendo se había vuelto gélido.

Los locutores de televisión se habían pasado semanas preguntando dónde estaba el presidente con todos estos asesinatos. Aparte de unos pocos tibios mensajes de condolencia para las familias de las víctimas, había mantenido un perfil muy bajo. Sus adláteres lo habían alabado por su contención y su astuta negativa a glorificar a las personas «tristes y enfermas» que habían cometido estas atrocidades, para no animar a otras personas a seguir sus pasos.

Pero con un tiroteo en su puerta, el presidente ya no pudo permitirse seguir guardando silencio. Cuando se supo la noticia, iba de vuelta a casa en el avión presidencial después de asistir a una cumbre en Ciudad del Cabo, y, después de una reunión con su equipo de comunicaciones, se había reunido con la prensa acreditada y había hecho una declaración incoherente y desquiciada en la que afirmó que Estados Unidos tenía «el mejor sistema de salud del mundo», arremetió contra los males de la «cultura de conseguir algo a cambio de nada» y comentó su proyecto de «arreglar el desastre que había hecho Obama con la Seguridad Social», antes de pasar a lo más significativo: tildar de «terrorista» al tirador.

La palabra resonó en los oídos de Joe. Sus auriculares estaban sudados y le picaban. Cuando se produjeron los atentados del 11 de septiembre él era un adolescente, y su recuerdo más marcado de entonces era esa nueva palabra, «terrorista», y sus extrañas resonancias, como si describiera a un orco, implacable y voraz, sobrehumano e infrahumano al mismo tiempo. Era una palabra que hacía que se te encogieran las pelotas. Había oído llamar terrorista a otras personas blancas, pero se trataba de chicos raros de Berkeley que huían de casa para unirse a una guerrilla yihadista en Oriente Medio. Esto era lo que había temido que pasara, y a partir de ese momento ya no habría vuelta atrás. Sabía que cuando te ponían la etiqueta de «terrorista» ya no podías quitártela. Y se extendía a todos los que rodeaban a la persona que la llevaba. Incluso viajaba atrás en el tiempo y se pegaba a los antiguos conocidos del terrorista. Por ejemplo, si habías pasado mucho tiempo en un foro en el que se planeaban atentados terroristas, lo más probable era que tú también fueses un terrorista. ¿Y si el foro estaba en la red profunda? Olvídate.

La carrera hasta casa fue curiosamente despreocupada. Había estado acobardado esperando a que esto sucediera. Ahora había ocurrido. La campana había sonado y no podía hacer nada por impedirlo. Nada de lo que hubiera hecho en Queleden, ninguna paciente discusión o llamada a la razón, cambiaría nada. En algún extraño sentido, se sentía libre. Es más, tal vez fuese su última libertad, porque ahora sin duda llegarían los federales.

Cuando llegó a casa, encontró a Lacey haciendo yoga delante del televisor. Ella le preguntó con escepticismo si estaba bien, y la respuesta debió de sonar convincente porque lo envió a darse una ducha y anunció que irían al mercado a almorzar.

Fue un sábado muy agradable. Hasta Maddy —que odiaba el mercado— lo pasó bien, gracias a la relajación que impuso Joe a la política familiar respecto a los pasteles y las galletas. Disfrutó mucho viéndola atiborrarse de bollería y luego ir a que le pintaran la cara. Lacey protestó un poco por tanta permisividad, pero era evidente que estaba feliz de volver a ver al Joe de siempre.

Cuando se despertó para hacer pis a las dos de la madrugada, se dirigió como un autómata al cuarto de invitados, encendió el navegador Tor y fue directo a Queleden. Sus reparos a la hora de conectarse habían desaparecido. Una vez pasado el punto de no retorno, no había motivos para no visitar a sus antiguos amigos. Las cosas eran como eran, y nada que hiciese en adelante las empeoraría o mejoraría.

Pero Queleden había desaparecido: las dos versiones daban un resultado 404, página no encontrada.

Y eso volvió a alterarle.

Porque los de Queleden —comprendió— eran los suyos. Eran su comunidad. Algunos le inspiraban un temor mortal y otros hacían que tuviese ganas de darle puñetazos a la pared, pero era su sitio en el mundo digital, un lugar donde reconocía una verdad que había llegado a sentir en la médula de los huesos. La mayoría de los estadounidenses sabían que el sistema de salud estaba jodido, e incluso sabían que los ejecutivos de la industria —y los políticos que habían sido comprados a bajo precio por ellos— estaban detrás de todo. Pero solo los de Queleden comprendían lo importantes que eran esos dos hechos y lo perversos que resultaban. Joe no quería

matar a nadie, pero en su interior sabía que había mucha gente que merecía que la mataran.

La semana siguiente hubo otros dos atentados con bomba y otro tiroteo. Tipos blancos amables y de clase media que habían visto morir a sus mujeres y a sus hijos, o que vivían ellos mismos bajo una sentencia de muerte.

En los telediarios no paraban de hablar de los controles de seguridad que se habían instalado a la puerta de los hospitales, los edificios de las compañías de seguros y los despachos de los políticos, y luego tres tipos, en tres ciudades sin aparente conexión entre sí, se volaron en tres de esos controles de seguridad y se llevaron por delante a un montón de buenas personas con buenos empleos que estaban esperando a pasar el escáner para ganarse la vida para sus familias. Las bombas estallaron de manera casi simultánea y mataron a más gente que todos los otros atentados juntos.

Estaba claro que había otros Queleden. Salían en la prensa, y el presidente aludió a ellos como «las oscuras cavernas en las que buenas personas se convertían en malas». Y, no obstante, los federales no fueron a buscar a Joe. Se le ocurrió que tal vez tuviesen más pistas de las que podían seguir y que tardarían mucho en ir a por él.

—¿Por qué esos hombres matan a otras personas? —preguntó Maddy mientras desayunaban.

Otro compañero de clase le había dicho que no fuese al médico porque unos locos mataban a todos los que se acercaban a los hospitales.

—Están locos —respondió Lacey, poniéndole un cuenco con yogur y arándanos delante de las narices—. Mal de la cabeza.

—Pero ¿por qué?

—Porque hay gente que se vuelve loca, cariño.

—Pero ¿por qué?

—¿Joe?

Lacey puso una pastilla de jabón en el lavavajillas y fue al baño, llevándose de paso la colada.

—¿Papi?

—¿Por qué siempre me toca a mí responder a las cosas más

difíciles?

—Porque se te da muy bien —gritó Lacey desde el baño.

Joe sonrió y eso hizo que también Maddy sonriera, pero no había olvidado su pregunta.

—¿Por qué, papi?

—Porque… —dijo él, y negó con la cabeza—. Hay unos hombres muy malos que han decidido que pueden ganar mucho dinero si hacen que ir al médico sea muy caro. Han hecho que sea tan caro que la gente se muere porque no puede pagarlo. Es lo que estuvo a punto de pasarle a mami. —El rostro de Madison se ensombreció, como pasaba casi siempre que salía a relucir ese asunto—. Y hay otros hombres que han tenido que ver morir a sus bebés, a sus mujeres y a sus amigos, y eso hace que se vuelvan locos y maten a la gente que trabaja para los malos que han hecho que ir al médico sea tan caro.

Maddy pareció frustrada.

—Pero ¿por qué?

Se lo explicó de manera más sencilla, utilizando palabras como «buenos» y «malos», y pensando que Lacey no lo aprobaría, pero que los de Queleden sí lo harían.

—No creo que matar a la gente esté bien.

—No lo está, cariño.

—Pero has dicho que los malos matan a gente que no puede ir al médico.

—Sí, eso es.

—O sea, que están matando gente.

—Sí.

—Entonces son iguales que los que disparan a la gente.

—En realidad, no.

Era hora de vestirse y subirse al coche. Maddy no le dejó poner música en el trayecto. Quería seguir preguntando a gritos, desde el asiento de atrás, sobre delicadas cuestiones morales. Joe sabía que era un «momento de aprendizaje» y que su responsabilidad como adulto era seguir a Maddy allí donde quisiera ir.

—¿Por qué quieren los malos matar a la gente?

—No quieren… —Se contuvo. «No te líes»—. Porque si los médicos son caros, ellos se hacen ricos y pueden comprar casas bonitas, y coches, e irse de vacaciones.

—¿Por qué quieren matar gente los de las bombas?

—Porque están enfadados con los malos.

Hubo una larga pausa en el asiento de atrás. Él llegó a la rotonda donde dejaban a los niños.

—Muy bien, cariño, esta noche, después del colegio, seguimos.

De pie en la acera con su almuerzo y su mochila de clase, Maddy dio unos golpecitos en la ventanilla del acompañante y él la bajó.

—Creo que los malos son peores que los de las bombas. Los de las bombas solo están castigando a los malos por matar a sus hijos.

Y así nace un futuro miembro de Queleden. Joe intentó imaginar las conversaciones que los amigos de Maddy tendrían con sus padres esa noche, después de que Maddy hablara con ellos.

El FBI llevó a cabo redadas coordinadas en cuatro domicilios particulares y en dos centros de datos, y afirmó que habían intervenido tres foros diferentes en los que los «asesinos desquiciados» habían planeado sus atentados y que habían detenido a los dueños de esos foros.

Joe vio a los detenidos en los medios de comunicación, cuatro tipos blancos de mediana edad en pijama, con las manos esposadas a la espalda, miradas asustadas y vecinos curiosos. Los policías tenían órdenes de allanamiento y habían entrado en los domicilios con las armas desenfundadas y apoyados por las fuerzas especiales, pero se las habían arreglado para no dispararle a nadie. Joe se consoló un poco con eso.

Las redes sociales se incendiaron con las vidas personales de esos cuatro tipos, que eran, por decirlo suavemente, aburridísimas. Tenían trabajos de mierda: trabajos que nadie —ni siquiera ellos— pensaba que valiera la pena hacer. Uno era consultor administrativo. Otro era director del servicio de clientes de una centralita. Otro era programador de anuncios de tecnología. Y el último era especialista en márquetin de empresas de criptomonedas. Todos tenían una cosa en común: habían asistido a la muerte lenta de alguien a quien querían y a quien el seguro les había negado la cobertura. En otra época se habrían hundido en la miseria personal, se habrían hecho alcohólicos, se habrían pegado un tiro. En vez de eso habían seguido unas sencillas instrucciones para abrir un foro y alojarlo en un servidor a prueba de balas accesible solo a través de

la red Tor. No habían detonado bombas ni disparado a nadie, ni siquiera habían animado a quienes lo habían hecho. Pero habían proporcionado una plataforma donde eso pudiera ocurrir, habían visto cómo ocurría y no la habían cerrado. Con eso era suficiente.

Uno de ellos, el consultor administrativo, era canadiense y su Twitter estaba plagado de comparaciones entre el sistema de salud pública canadiense y el de Estados Unidos, y eso había producido otra tormenta en las redes sociales sobre Canadá y lo que Estados Unidos podía aprender de ese país, y también, medio en broma, pero no del todo, sobre si los canadienses eran terroristas en secreto. Los memes de South Park fueron buenísimos, y los programas cómicos nocturnos se lo pasaron en grande.

La primera ministra de Canadá intervino y dijo que, a pesar de ser conservadora, entendía que había ámbitos en los que no podía dejarse todo en manos del mercado, y que la sanidad era uno de ellos. Con ello ganó muchos puntos entre sus seguidores, y también entre los votantes indecisos que por lo general no sentían muchas simpatías por los conservadores, pero que en este caso se conmovieron hasta tal punto por esa demostración de compasión conservadora que a finales de ese mismo mes eligieron el primer Gobierno local conservador de la historia en la provincia de Quebec. Si había algo capaz de motivar a los canadienses era tener la sensación de que la política estadounidense estaba tan jodida que, a su lado, la de Canadá brillaba.

Ninguno de los cuatro consiguió la libertad condicional.

Maddy había pillado un resfriado y costó mucho que se quedara dormida entre toses. Joe encontró a Lacey mirando el teléfono móvil en la cama, con la luz de la mesilla encendida.

—¿Te acuerdas de aquel foro en el que entrabas cuando estuve enferma?

Él intentó fingir naturalidad mientras colgaba su batín y se metía en la cama a su lado.

—Sí.

—Era uno de estos, ¿no? —dijo mostrándole el teléfono.

Había habido un atentado frustrado. Habían disparado a un tipo armado cuando se dirigía al control de seguridad del acceso al hospital Kaiser. Se había volado por los aires y la metralla había

herido a varias personas, pero a ninguna de gravedad. Y por suerte estaban cerca de un hospital. Kaiser incluso había renunciado al copago.

—No exactamente —mintió.

—¿Qué quieres decir exactamente con «no exactamente»? —sonaba casi enfadada, como si no estuviese de humor para que le tocaran las narices.

—Lace…

—No, Joe. Dímelo. Esos tipos con los que pasaste horas hablando, ¿son los mismos que están cometiendo atentados?

—¿Sinceramente?

Ella se limitó a mirarle.

—No lo sé —dijo él finalmente, consciente de que era mentira—. Quiero decir que es posible. Estaban lo bastante cabreados para hacerlo. Y desconozco sus verdaderos nombres…, todos utilizaban apodos. Dejé de conectarme, y luego lo cerraron.

—¿Cómo sabes que lo cerraron si habías dejado de conectarte?

Mierda.

—Después de los primeros atentados decidí echar un vistazo. Yo también sentía curiosidad. Pero habían desaparecido.

—¿Crees que era uno de los que ha cerrado el FBI?

—No, fue antes de eso.

—Menos mal. Porque, si lo fuese, eso significaría que habría un servidor en el archivo de pruebas del FBI con datos que señalarían a nuestra casa y nuestra familia.

—Sí. Yo también lo había pensado.

Cuando Lacey se quedó por fin dormida, Joe se escabulló del dormitorio y buscó el número de teléfono de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles en Arizona y lo memorizó. Por si acaso.

El FBI detuvo a cuarenta y dos personas la semana siguiente basándose en las pistas de los servidores intervenidos. En teoría, todos ellos estaban planeando atentados masivos.

Joe intentó no ver las noticias sobre las detenciones e ignoró las revelaciones sobre la identidad de los detenidos que se publicaron en las redes sociales. Cada vez más a menudo encontraba a Lacey mirando el móvil con gesto de preocupación. Un grupo de

representantes de los dos partidos políticos presentó con muchas alharacas un programa de seguridad social universal. Medio país aplaudió esa medida, mientras que la otra mitad, siguiendo a la cadena Fox News, acusó a esos políticos de ceder a las presiones de unos terroristas.

Al día siguiente, un tipo disparó al senador por Maine. El servicio secreto mató al atacante y enseguida se publicó su identidad en Internet. El tipo se había presentado al Congreso once veces como el único republicano en un sitio claramente demócrata en las afueras de Chicago. En todas sus campañas se había dedicado a clamar contra los cárteles de banqueros judíos y contra George Soros. Entre los memes de la canción de los Blues Brothers «I hate Illinois Nazis», había mensajes de gente que decía que todo esto era inevitable, que no haría más que empeorar y que acusaba a los «extremistas de la Seguridad Social» por empezarlo.

Joe empezó a dormir mal por las noches. Se quedaba en la cama, con los auriculares puestos, escuchando antiguos programas de comedia hasta que Lacey se dormía, luego bajaba al sótano y corría en la cinta y levantaba sus viejas pesas, intentando detener el torbellino de pensamientos que daba vueltas en su cabeza. Bebía café todo el día en su escritorio hasta que le ardían las tripas, y una noche estuvo a punto de matarse porque se quedó dormido al volante.

Lacey le concertó una cita con el médico y, sin darle opción a réplica, le ordenó que al día siguiente dijese en el trabajo que estaba enfermo.

El médico lo escuchó con atención, aunque de forma un tanto impersonal, y luego negó con la cabeza.

—Me parece que está pasando una mala época, Joe.

Joe notó que se le iban a saltar las lágrimas.

—Sí —dijo casi en un susurro.

—¿Qué tal están los demás en la familia? —preguntó el médico mirando a la pantalla—. ¿Cómo está Lacey?

Joe había hablado largo y tendido con el médico sobre la salud de Lacey en aquellos días en los que todo parecía aterrador. Recordó que el médico le había dado la razón sobre los cabrones de la compañía de seguros que le habían negado la terapia. A juzgar

por la expresión del médico —sorpresa, desconfianza—, él también acababa de recordarlo.

Notó que las lágrimas le corrían por las mejillas, aunque no supo por qué.

—Lacey está muy bien. Totalmente recuperada. El pelo le llega por aquí —dijo tocándose los hombros.

El médico le acercó una caja de clínex.

—Esa es una noticia fantástica —exclamó agitándose en la silla —. Un auténtico milagro.

Ahora Joe lloraba de verdad.

El médico tecleó un rato en su ordenador.

—Mira, quiero derivarte a Psiquiatría, pero parece que el seguro solo te cubre el 25 por ciento. Hay una mujer, es muy buena. Antes era médica de urgencias y luego se hizo psiquiatra. Creo que te gustará. No vacila en recetar estabilizadores del estado de ánimo, pero no son su primera opción. Lo malo es que no es barata. Sé que esta pregunta es difícil, pero ¿crees que puedes permitírtelo?

Joe empezó a reírse, sin dejar de llorar y luego sollozar. El médico le miró incómodo y después asustado. Joe no sabía de cuánto tiempo disponía exactamente para la consulta, pero estaba seguro de haberlo sobrepasado y de que habría otros pacientes esperando. Se recompuso, se sonó la nariz y se secó los ojos.

—Lo siento —dijo—. Es que… —Movió los brazos y se le cayeron varios clínex con mocos. Los recogió—. Mi seguro no quiere pagarme la consulta con un psiquiatra para hablar de lo cabrones que son los de mi seguro.

—Sí —coincidió el médico—. Mira, los médicos los odiamos incluso más que vosotros. Tú solo tienes que enfrentarte a ellos cuando estás enfermo. Nosotros, todos los puñeteros días. Tengo dos administrativas cuyo único trabajo es perseguirles para que me paguen.

—Lo había oído decir.

—Pues no has oído ni la mitad, créeme.

El médico apartó el carrito con el ordenador, se frotó los ojos, luego se quitó las manos de la cara y se puso gel antiséptico del receptáculo que había en la pared. Miró a Joe.

—Lo has pasado muy mal, Joe. Estar a punto de perder a tu mujer es duro. Es un milagro que haya sobrevivido, pero también

significa que no has tenido la atención psicológica que habrías tenido automáticamente si hubiese muerto. Así que te has quedado colgado. El otro día hablé por teléfono con un representante del seguro que me dijo que podía enviar al psicólogo a cualquiera que hubiese perdido a alguien: han decidido que la manera más barata de que no les vuelen la cabeza es suprimir las limitaciones al tratamiento psicológico.

Sonrió sin ganas y prosiguió:

—No soy profesional de la psiquiatría, Joe, pero he visto suficientes casos de estrés postraumático para reconocer uno cuando lo tengo delante. Necesitas tratamiento. Por el bien de tu familia y por el tuyo. Sé que quieres ser el padre que necesita tu hija.

»Existe una explicación para el hecho de que en este país la deuda médica sea tan alta: la salud es importante. Es más importante que el balance de tus cuentas, el crédito de la tarjeta e incluso la hipoteca. Si te derivo a la doctora Haddid, ¿encontrarás un modo de ir a verla? Puedes intentar negociar que te cobre en metálico. Muchos médicos hacen descuento si pagas en metálico.

Joe se sonó la nariz.

—Sí —dijo—, gracias.

La tarifa de la doctora Haddid era de ciento veinticinco dólares la hora, más setenta y cinco dólares la primera consulta. Después de pagar doscientos dólares, Joe supo que no volvería. Se había quedado bloqueado en la consulta, incapaz de hablar, aterrorizado de lo que podría sacar a relucir. Aterrorizado de empezar a despotricar como uno de los peores miembros de Queleden. Aterrorizado ante la posibilidad de que ella llamara a la policía.

En vez de eso, se detuvo en una farmacia para comprar cuatro tipos diferentes de pastillas para dormir y, ya en casa, cogió una hoja de papel de reciclaje de la habitación de invitados y dibujó un esquema en el que iría apuntando los efectos de las pastillas con el fin de determinar cuál le hacía dormir más y le dejaba menos resaca.

Lo que necesitaba en realidad era un poco de Ambien, que había probado un par de veces en la facultad cuando estaba demasiado acelerado para dormir y un amigo le había ayudado. En la red

profunda había muchos sitios donde conseguir Ambien barato y sin receta, y tenía algunas criptomonedas con las que había especulado cuando parecía que nunca dejarían de subir. Ya puestos, podía gastarlas ahora, antes de que perdiesen todo su valor.

Pero, claro, no recordaba la dirección de los sitios donde se podía conseguir. La única que se sabía de memoria era la de Queleden, y antes de que pudiera impedirlo o incluso recordar que el sitio estaba caído, se conectó.

La ventana de entrada le informó de que la página volvía a estar en funcionamiento con todas las cuentas intactas, pero que se habían borrado los archivos. Le pedía que borrase cualquier pantallazo o mensaje que pudiese haber guardado, y le daba la bienvenida en nombre del nuevo administrador, alguien llamado ZonadeMuerte874755, con quien no recordaba haber tenido ningún trato.

Por primera vez en más de un mes, se sintió relajado. Toda la tensión desapareció mientras revisaba los foros, se reía de las sesiones y los motes y leía las actualizaciones de sus viejos amigos. Le gustase o no, esa era su gente, ese era su sitio. Su hogar espiritual. Y sí, tal vez había elementos marginales en su comunidad que hacían cosas malas y cuestionables, pero ¿y qué? Nadie culpaba a los soldados por seguir en el ejército solo porque alguien que llevaba el mismo uniforme disparara a civiles o torturara a un prisionero. La camaradería y comprensión que encontraba en los miembros de Queleden, el vínculo de las vivencias compartidas, eran irreemplazables. Tenía derecho a hacer eso, y nadie tenía derecho a detenerle. Nunca había animado a nadie a recurrir a la violencia. Es más, había hecho todo lo posible para impedirla.

Por no decir que la causa era justa. La más justa. Dejar que la gente muriese porque salvarla perjudicaría la cuenta de beneficios era un acto malvado, y quienes lo hacían eran malvados. Volarlos por los aires o dispararles no estaba bien, pero un mundo en el que los malvados vivían atemorizados era más justo que uno en el que iban con la cabeza bien alta.

El Departamento de Justicia envió varios avisos formulados en tono muy serio a cinco grandes compañías de Internet pidiéndoles que consideraran eliminar la etiqueta #DeberíasTenerMiedo. Pero

no llegó a exigírselo. Ese mismo día, alguien filtró varios correos electrónicos que los consejos de administración de las compañías de Internet habían enviado a un abogado del Departamento de Justicia que había realizado esa petición en privado, en los cuales le decían que se fuera a la mierda. El consenso era que en el Departamento de Justicia no creían que pudiesen conseguir una orden judicial, y, en vista de que no habían logrado una cooperación discreta y voluntaria, estaban intentando poner a la gente de su lado para que culpasen a las plataformas por favorecer los asesinatos.

Funcionó, en parte. Los amigos de Joe se dividieron entre los que pensaban que prohibir la etiqueta era ridículo y los que pensaban que las compañías de Internet eran unos capullos por no obedecer. La gente utilizaba esa etiqueta para hablar del asunto y de las tácticas, para compartir consejos de seguridad y hablar de sus motivaciones. La gente usaba la etiqueta para glorificar y dar publicidad a los asesinatos masivos. Por otro lado, para crear otra etiqueta, no hacía falta precisamente ser un experto en mecánica cuántica: #MiedoDeberíasTener, #DbríasTnrMdo. Por supuesto, a los de Queleden les traía sin cuidado, podían hablar de #DeberíasTenerMiedo cuanto quisieran en sus foros privados.

BlueCross BlueShield de Mineápolis empezó a construir un nuevo edificio en un parque industrial, al fondo de un callejón sin salida con rejas. Con torretas de seguridad, sistemas automatizados de reconocimiento de matrículas, habitaciones del pánico en cada piso y guardias armados a todas horas y todos los días de la semana. Sus accionistas calcularon los costes, dijeron que amortizarían el capital en cinco años y explicaron que cubrirían costes mediante la combinación de una «tasa de seguridad» que se cobraría a todas las pólizas y una mínima reducción de los dividendos por acción. Después de una breve caída en bolsa, el precio por acción subió y hubo quien obtuvo ganancias.

> Quieren demostrar que no tienen miedo.

PutoIdiota era nuevo en Queleden. Queleden era mucho más difícil de encontrar que antes, y para poder entrar, tenías que recibir el aval de algún antiguo miembro. Su hijo, Tommy, tenía catorce años, era muy bueno en atletismo y matemáticas, y era boy

scout.

Linfoma no Hodgkin.

El cáncer de Tommy no había respondido a dos ciclos de quimio. Era fuerte, joven y vital, y la misma juventud que le daba fuerzas para resistir todas esas medicinas tan terribles también hacía que sus células se dividiesen con una velocidad terrible, entre ellas las cancerosas.

Su médico pensaba que Tommy era un buen candidato para una terapia de células T con receptor de antígeno quimérico, una terapia experimental. Si alguien podía sobrevivir a ella, ese era Tommy. Quienes superaban la terapia tenían posibilidades de sobrevivir tres años sin cáncer, y a partir de ahí no había límites. Tommy estaba decidido. Incluso quiso congelar un poco de esperma por si decidía tener hijos más adelante. Era la típica decisión vital que hacía alguien que estaba pensando en sobrevivir.

La aseguradora, Cigna, tenía otras ideas.

Resumiendo: no querían gastar tres cuartos de millón (como mínimo, el total podía ser mayor) para matar a Tommy con una terapia experimental. Daba igual que Tommy fuese un luchador optimista, joven y saludable (excepto que se estaba muriendo de cáncer), y que quisiera congelar su esperma.

La mujer de PutoIdiota estaba destrozada. Su hijo mayor, Rhett, había muerto de una sobredosis de opiáceos en su último año de colegio, hacía cinco años, y ambos padres se habían consagrado en cuerpo y alma a Tommy, educándolo con una energía que el chico parecía haber aprovechado. Todos estaban atormentados por lo que le había pasado a Rhett.

Por su parte, PutoIdiota apenas mantenía la cordura. Pasaba todo el tiempo que podía lejos de Tommy para no agobiarlo, y, cuando no estaba con él, procuraba consolar a su mujer, que no estaba para que la consolasen, o intentaba no beberse toda la cerveza de la nevera. Tommy tenía muchos dolores, en parte porque no quería tomar unos calmantes que eran los mismos que habían llevado a Rhett a la adicción. Era una situación difícil.

Los miembros antiguos de Queleden estaban ayudando a PutoIdiota. Habían elaborado listas de objetivos: nombres de ejecutivos de sanidad, analistas, inversores, lobistas, así como de los abogados que a nivel estatal y nacional les hacían el trabajo sucio.

Tenían la dirección de sus domicilios, sus rutas conocidas y hasta planos de sus casas y oficinas. Las listas no eran difíciles de conseguir, circulaban alegremente bajo la etiqueta #DeberíasTenerMiedo. La primera vez que Joe vio uno de esos archivos pensó en lo aterrador que debía de ser ver tu casa, a tu familia, tu foto, tu placa de matrícula en una lista como esa. Le proporcionó un gran placer en el que intentó no pensar demasiado.

PutoIdiota vivía en Montana, y, para ser un estado tan poco poblado, había un montón de objetivos interesantes. En las poblaciones pequeñas funcionaban mucho los contactos de colegio, y eso favorecía la corrupción, de favor a favor, de amigo a amigo. Se veía el patrón de difusión en la lista de objetivos, que era muy extensa.

A los miembros más antiguos del foro se les daba bien eso. Por el momento, estaban insinuándole a PutoIdiota, no insistiéndole. Eso vendría después del fallecimiento de Tommy. Por el momento, solo estaban preparándolo. Joe conocía el guion. Era el momento de invertir en una apuesta altamente simbólica y con una buena dosis ornamental para salvar su alma.

Joe, simplemente, no podía. Había estado leyendo artículos de opinión de activistas de Black Lives Matter sobre la falta de atención que recibía la gente con anemia falciforme, historias de adolescentes atados a las camas del hospital a los que les decían que dejaran de chillar si querían que los desataran. El tenor general era que los blancos que habían decidido repentinamente que el sistema de salud era una mierda llegaban tarde, «y, ya puestos, deja que te cuente una anécdota sobre los aviadores negros que participaron en la Segunda Guerra Mundial».

Joe empezó a imaginar cómo habría sido su vida si Lacey hubiese muerto. Si se hubiese encontrado solo con Maddy, con un hueco enorme en el corazón de ambos. Imaginó cómo debía ser para los padres ver a sus hijos pasar por eso, ver a sus sobrinos y a sus amigos pasar por eso. No conseguía imaginarlo. No conseguía soportarlo. ¿Cómo lo soportaban? No era idiota. Había oído hablar de los privilegios de los blancos. Era algo. Lo entendía.

No obstante, cuanto más pensaba en ello —en qué habría ocurrido si hubiese muerto Lacey, en toda la gente que soportaba cosas así y peores, en todo por lo que él no tenía que pasar y otros

sí—, sentía que su deber era matar a uno o dos ejecutivos de seguros.

Tommy murió el 17 de julio.

Lacey estaba en Wisconsin con Maddy, visitando a unos primos con los que había vuelto a hablarse cuando se recuperó del cáncer y tomó la decisión de olvidar las viejas rencillas familiares.

Sin la familia ocupando su atención, Joe volvió a centrarse en el trabajo, respondiendo correos electrónicos hasta última hora de la noche, para luego iniciar una larga sesión en Queleden. Aunque Lacey no estaba en casa, él seguía trasladándose con el portátil a la habitación de invitados para conectarse.

Al principio, el dolor hizo que PutoIdiota se mostrara desconcertado, luego se volvió frío y violento, escribiendo detalladas fantasías de asesinato y destrucción. Después desapareció.

Joe no había tratado con PutoIdiota; había dejado que fueran los miembros antiguos los que lo animaran mientras él se quedaba al margen observando. Pero cuando se quedó callado, Joe tuvo una crisis de conciencia y le envió una serie de mensajes en privado rogándole que le llamara antes de hacer una estupidez.

PutoIdiota no respondió a sus mensajes, pero a la mañana siguiente, mientras Joe caminaba adormilado y en calzoncillos hacia el baño, con el teléfono en la mano y pensando en su primera taza de café, vio algo en la ventana. Se detuvo y, al distinguir una silueta, intentó entender qué era esa especie de robot futurista, hasta que se dio cuenta de que era un policía con el equipamiento del grupo de operaciones especiales que, armado con un enorme fusil con mira telescópica, le estaba apuntando.

Joe abrió la boca para decir algo —«no», o tal vez: «¿qué coño?»—, pero entonces descubrió que estaba tendido en el suelo y no podía respirar. Intentó levantarse, porque notó un peso en el pecho y quiso quitárselo de encima, pero los pulmones no eran lo único que no le funcionaba: tampoco podía mover las piernas ni los brazos. De pronto hubo mucho ruido y, cuando lo rodearon otros hombres robot del grupo de operaciones especiales, con fusiles muy muy grandes, comprendió que le habían disparado en el pecho.

El oficial que disparó a Joe era un veterano del cuerpo de operaciones especiales que llevaba veintidós años en la policía de Tempe. En ese tiempo, el oficial Connor había abatido a un total de diecinueve sospechosos, pero Joe era el primer hombre blanco al que disparaba. Joe también fue el primero que sobrevivió, y en las redes sociales hubo expertos que especularon con la hipótesis de que la supremacía blanca latente en Connor —la misma fuerza que había impulsado el dedo que apretó el gatillo todas las veces anteriores— había perjudicado su puntería y le había salvado la vida. Le había acertado de lleno, pero solo le había perforado un pulmón y no le había dañado el corazón.

El oficial alegó que había confundido el teléfono de Joe con un arma.

Joe supo de este último detalle por el agente del FBI que le interrogó cuando se le pasaron los efectos de la anestesia, mientras recobraba el sentido esposado a la cama (lo de los otros dieciocho tiroteados lo supo después).

El agente del FBI había leído los mensajes que Joe había enviado a PutoIdiota y quería que supiese que, en su opinión —se llamaba agente Sebold—, había intentado hacer lo correcto. El agente Sebold pensaba que Joe y él estaban en el mismo equipo, y que ambos estaban intentando ayudar a esos hombres desdichados, confusos y desconsolados a canalizar su dolor hacia actos menos patológicos.

Y por eso al agente Sebold se le había ocurrido la peculiar idea de ayudar a Joe a librarse de cualquier responsabilidad criminal a cambio de su cooperación para infiltrarse en Queleden y atrapar a los miembros más antiguos. El agente Sebold insinuó con claridad que ya tenía otros colaboradores trabajando para él en Queleden, pero que la astucia de los veteranos había burlado todos sus esfuerzos. Al trabajar para el FBI, Joe no sería un pionero en introducirse en el sistema, pero utilizaría sus habilidades especiales y su acceso para colaborar en la misión de salvar a esos hombres desdichados e impresionables, por no hablar de sus víctimas.

Joe estaba muy embotado. El anestésico todavía corría por su sangre, y además notaba un montón de sensaciones desastrosas en la cavidad del pecho, los huesos y la piel cosida e hinchada.

Una voz amortiguada en el fondo de su cerebro le repetía

machaconamente que tenía que hablar cuanto antes con Lacey, que estaría desquiciada y le insistiría en que no hablase con ese policía sin que estuviese presente un abogado.

Joe escuchó al policía. El agente Sebold era bueno en su trabajo: tranquilo, amistoso, cordial. Quería lo mismo que Joe. Quería ayudar a Joe. Y sabía que Joe también quería ayudar.

Joe intentó hablar, pero no pudo. Tenía la boca pegada con saliva seca y espesa, y la lengua hinchada. Ciertamente, el agente Sebold conocía su oficio: con mucha amabilidad, mojó un algodón en agua y le humedeció los labios y luego los dientes. Unas gotas de agua tibia le humedecieron la lengua. La sensación fue fantástica.

—Abogado —dijo Joe.

El agente pareció enfadarse un momento, luego se dominó y pareció decepcionado.

—Lo siento —añadió Joe. Y luego repitió—: Abogado.

Fue todo lo que pudo decir antes de que volviera a secársele la lengua. El agente del FBI se fue.

Pasaron diez días hasta que Joe vio a un abogado. Entretanto, lo tuvieron esposado, excepto en las visitas del médico y el fisioterapeuta. Dichas visitas estaban vigiladas —por unos polis del Departamento de Policía de Phoenix de rostro imperturbable—, y cada vez que uno de estos oficiales entraba en su habitación, él pedía ver a un abogado. Llegó a convertirse en una especie de juego. Y no muy divertido.

No vio a Lacey. Cuando preguntaba a los policías, los médicos, los enfermeros y el fisioterapeuta por ella, ellos hacían como si no le hubiesen oído. Había creído que podría ver a Lacey cuando quisiera, siempre que antes pidiese hablar con el agente Sebold.

Todos los días estuvo a punto de venirse abajo. Pero no lo hizo.

¿Y qué le hizo seguir adelante? La visita del tipo de la administración del hospital.

El seguro no iba a cubrir su hospitalización. Había una cláusula en su póliza que excluía los «actos de terrorismo», y pensaban acogerse a ella. La administración del hospital quería conocer el estado de sus cuentas. Ellos eran los únicos dispuestos a hablar con él de Lacey, porque querían saber si tenían separación de bienes.

El tipo del hospital parecía alguien decente con una mierda de

trabajo. Joe supo, de algún modo, que ganaba menos que él. Lo delataban los zapatos baratos y el corte de pelo de siete dólares. Estaba avergonzado y cohibido, pero tenía que hacer su trabajo. No era culpa suya que el sistema estuviese tan jodido. No podía hacer nada.

Cuando fue a visitarlo por tercera vez, Joe decidió que iría a la cárcel cien años antes de traicionar a Queleden y quienes participaron en él.

El agente Sebold fue a verlo justo antes que el abogado, con aire cabreado y agobiado. Era la última vez, le dijo con amabilidad, pero en esta ocasión le dio a entender a Joe que las cosas no iban como había pensado.

El abogado era un viejo chino americano que llevaba colaborando como voluntario con la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles de Arizona desde que estaba en la facultad. Llegó una hora después de que se fuese el agente Sebold y se presentó.

—Su mujer está bien. Me ha pedido que se lo aclarase antes de nada. Ha sido muy insistente. Yo no estaría aquí de no ser por ella. Se ha tomado muchas molestias para convencer a la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles de que valía la pena que dedicásemos atención a esto. Tenemos muchísimos clientes potenciales con un perfil similar al suyo, y hemos de dar prioridad a los casos que podrían servir para mejorar las leyes o impedir que se utilice el derecho de forma injusta. Usted está en el último caso. Nadie dice que instigara a nadie, incluso el FBI admite que hizo cuanto pudo para impedir que ocurriesen esas cosas. Pero tenía conocimiento de que iban a ocurrir crímenes graves y no acudió a la policía. Afirman que eso le convierte en cómplice de terrorismo. Hay un congresista de Arizona que le ha llamado «combatiente enemigo».

Joe contuvo un gemido.

Leonard, su abogado, le dio unos golpecitos en la mano y frunció el ceño al ver las esposas.

—Mire, tenemos un largo proceso por delante. Quiero empezar con unas cuestiones básicas: quitarle esas esposas, hacer que su familia venga a verle y que salga bajo fianza. Más tarde hablaremos de qué podemos hacer para que no vaya a la cárcel.

—Al menos no ha hablado usted de la pena de muerte —dijo Joe

bromeando, pero Leonard no sonrió.

—Lo estaba reservando para cuando hubiese recuperado fuerzas —respondió el abogado—. No es algo que me preocupe demasiado, pero siempre que hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que un tribunal ordene una ejecución, es algo con lo que hay que contar. —Le dio a Joe un momento para asimilarlo—. Ahora necesito saberlo todo —dijo sacando un cuaderno de notas amarillo —. Empiece por el principio.

El último asesinato de #DeberíasTenerMiedo ocurrió un año y medio después, cuando Joe estaba en una celda de aislamiento en la penitenciaría de alta seguridad de Tucson, donde lo habían trasladado después de que le diesen una paliza en la cárcel del condado de Maricopa mientras esperaba a que se celebrase la vista sobre su libertad condicional. El guardia de Tucson miró su rostro hinchado y las costillas vendadas, y ordenó que lo encerrasen en una celda de aislamiento para garantizar su seguridad. De eso hacía una semana.

El asesino fue un bombero de Jacksonville, Misuri, cuyo seguro BlueCross BlueShield se negó a pagarle el tratamiento de diálisis después de sufrir una lesión en los riñones cuando le cayó encima una viga mientras trabajaba. No coincidieron con el análisis de su estado que hizo el médico. Este le dijo en privado que más le valía ahorrar para la diálisis si no quería tener una vida corta y desdichada por delante.

El bombero no tenía mujer ni hijos, lo cual le hacía diferente de los demás. Se había endeudado para cuidar a sus padres ancianos. Cuando murieron, solo le quedó su trabajo y su salud, y había perdido ambas cosas.

La aseguradora había informado del caso del bombero al sheriff, tal como era preceptivo cuando rechazaban una petición como aquella, pero el sheriff tenía demasiado trabajo y pocos agentes, y el encargado de supervisar el caso lo había aplazado dos veces porque tenía asuntos más urgentes que atender.

Y resulta que los bomberos saben bastante de explosivos.

Joe se enteró de la aprobación del programa de Seguridad Social «Americare» en una de las raras visitas de Lacey. Leonard le había

aconsejado que no se declarase culpable, porque la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles tenía la esperanza de conseguir un buen precedente con su caso. Pero luego vieron al fiscal, que les describió con tanto detalle los efectos que tienen en un hombre treinta y cinco años en la cárcel que les hizo saltar las lágrimas. Leonard insistió en que lo de los treinta y cinco años era un farol, que el juez tendría que violar hasta tal punto las recomendaciones de la Comisión de Sentencias de Estados Unidos que la apelación sería prácticamente automática.

Pero treinta y cinco años pesan mucho en la mente de un hombre. Joe se imaginó separado de Lacey y Maddy mientras Maddy crecía y Lacey envejecía, y saliendo de la cárcel para conocer a su nieto de quince años.

Joe y Lacey lloraron mucho, y Maddy se asustó, pero al final el fiscal le ofreció cinco años, con libertad condicional en dos. Ya llevaba casi un año en la cárcel, pues el juicio se retrasaba mientras detenían a los demás miembros de Queleden y los testigos prestaban testimonio.

Así que Joe aceptó un año más —tal vez cuatro— y un delito grave, a cambio de tener la oportunidad de envejecer con su familia. El alcaide decidió que había tolerado bien el aislamiento, y esa se convirtió en su situación permanente, con el resultado de que las visitas se espaciaron. Hubo una al principio, luego otra a los tres meses y después otra.

—Han aprobado Americare —dijo Lacey.

Tenía un aspecto espantoso: se la veía agotada y emocionalmente exhausta, con ese eccema en la piel que le salía siempre que estaba estresada. Joe, por su parte, era consciente de la barriga que le había salido y de los seis días que habían pasado desde su ducha semanal.

Quiso decir algo como «Han pasado tres meses y solo se te ocurre hablarme de Americare», pero también comprendió que no podrían hablar de muchas cosas hasta pasado mucho tiempo, y Maddy tenía los ojos enrojecidos y abiertos como platos y todos estaban haciendo lo que podían.

—Es una buena noticia.

—No incluye todo lo que queríamos, pero es increíble. Nadie creía que fuesen a aprobarlo. Ni que el presidente lo firmaría. La

demanda judicial no prosperó, pese a que pudieron escoger el ámbito jurisdiccional. Los jueces del circuito de apelación federal tardaron unos diez segundos en decirles que se fuesen a la mierda. Nadie cree que el Tribunal Supremo vaya a admitir el caso, y el precio de las acciones…

—Te he echado de menos, Lacey.

Ella se interrumpió. Los ojos le brillaban por las lágrimas.

—¿Estás bien?

Joe miró a Maddy.

—Sí —dijo.

Luego, cuando Maddy apartó la vista, murmuró: «No». Lacey puso la mano en el cristal y él hizo lo mismo, consciente de que era un tópico, pero notando al mismo tiempo el fantasma psicosomático del calor de su piel a través del grueso plexiglás, como si un radiador le estuviera calentando la palma de la mano.

Lacey rompió a llorar y él también.

—Así que la han aprobado, ¿eh? —dijo, sorbiéndose los mocos.

—¿Quién dice que la violencia no sirve para nada? —replicó ella.

La risa de Joe fue tan inesperada que salpicó el cristal con un Jackson Pollock de mocos, y eso hizo reír a Maddy, y eso hizo reír a Lacey, como si se hubiese roto una presa entre ellos.

Solo nueve meses más, con buen comportamiento.

La máscara de la muerte roja

Antes del Suceso, Martin Mars pasó mucho tiempo intentando calcularlo todo. ¿Sería un colapso súbito, que le sorprendería desprevenido y con la guardia baja, lo que le obligaría a abrirse paso peleando hasta su fortaleza mientras huía de Paradise Valley hacia las montañas en el desierto? ¿O habría algún indicio, un constante repunte de los desórdenes civiles y de los fracasos de los poderes oficiales, como una especie de cuenta atrás que le diese ocasión de planear una retirada organizada al Fuerte del Día del Juicio?

Era importante. Si Martin se dejaba llevar por el pánico y huía demasiado pronto al Fuerte del Día del Juicio, tendría que volver a la ciudad y a su trabajo después de pasar varios días atrincherado. No solo sería humillante, sino que disminuiría su credibilidad entre Los Treinta, las personas a las que había invitado a sobrevivir con él al apocalipsis. Una vez cerrado a cal y canto el Fuerte del Día del Juicio, tendría que ser un líder creíble o podría perder el control. ¿Quién coño sabía lo que podría pasar? Imaginaba a algún descendiente lejano abriendo los portones y encontrando sus cadáveres momificados, desperdigados en la postura en que se habían acurrucado cuando la turba hambrienta se había vuelto contra sí misma.

Cada vez que hacía sonar la alarma y llamaba a Los Treinta, aumentaba el peligro de que uno o más de ellos revelara la existencia del Fuerte del Juicio Final. Todos habían jurado guardar un secreto estricto, pero cuando empieza a llover mierda, seguro que alguien acaba diciéndoselo a esa chica mona a la que quiere ligarse o deja un rastro que algún curioso podría seguir. Llegaría un día en el que Los Treinta tendrían que defender lo que era suyo de la gente que no hubiese tenido la previsión de construir sus propias fortalezas, pero Martin prefería que ese día tardara en llegar, que ocurriera después de que hubiesen tenido que cohesionarse en la unidad de supervivencia mutua que necesitaban ser para esperar a que ocurriera el Suceso.

Así que había razones de sobra para no apresurarse y llevar a todo el mundo al fuerte demasiado pronto. Pero ¿y el precio de esperar demasiado? Paradise Valley estaba muy bien, sí, pero Phoenix estaba a la vuelta de la esquina, y había demasiada gente sin nada que perder, gente que ya estaba matando y violando. ¿Qué

harían cuando los polis estuviesen demasiado ocupados esforzándose en sobrevivir y no pudiesen proteger a los estólidos burgueses de Paradise Valley? Si esperaban demasiado sería como en Mad Max: tendrían que abrirse paso entre Dios sabe cuántos villanos para llegar a las montañas. ¿Y si le seguían? Podía cerrar el fuerte aunque estuviese peleando en la retaguardia —las defensas del fuerte estaban diseñadas explícitamente para eso—, pero a cualquiera de Los Treinta que llegase lo haría pedazos el ejército de sitiadores antes de que pudiese llegar a la puerta del fuerte, o peor aún, llegarían a la puerta pero sería demasiado peligroso dejarlos entrar. Vaya manera de aumentar la confianza en su liderazgo, ver impotentes desde el fuerte cómo los caníbales humanoides del subsuelo y los zombis hacían pedazos a un colega del trabajo ante tu puerta.

Era un problema de difícil solución: a Martin no se le quitaba de la cabeza mientras estaba ante su terminal de Bloomberg, viendo cómo evolucionaban los mercados, cómo las divisas subían y caían, cómo los activos crecían como la espuma y después se hundían.

Martin sabía que el Suceso era inminente. Lo cierto era que el mundo ya no necesitaba a toda esa gente, y el mercado lo había dejado muy claro, empujándolos a sitios cada vez más pequeños e incómodos. Él no lo toleraría si estuviese en su pellejo. Sería el primero en construir una guillotina; y tratándose de él sería una guillotina alucinante, muy peligrosa y de diseño, con un turbocargador y una cuchilla autoafilable. Porque Martin era así. Por eso el Fuerte del Juicio Final era un sitio tan increíble.

La clave eran las asimetrías de la información. Los mercados las corregían. Si saber un secreto podía hacer que una persona indigna y estúpida se hiciese rica, antes o después otras personas superiores y más listas averiguarían ese secreto y les quitarían su riqueza a esos idiotas. Los mercados eran increíbles para eso.

En la época en que todo el mundo vivía en pueblos de mierda con las calles de barro, las personas superiores no tenían más elección que reproducirse con quienquiera que fuese su vecino. Hasta un genio seis-sigma, uno entre diez millones, acababa atado de por vida a una lechera de ojos bovinos y terminaba diluyendo los increíbles genes que le había dado la poderosa lotería de la

naturaleza.

Pero, poco a poco, los humanos se fueron haciendo más listos a medida que los genios encontraron a lecheras más listas, hasta que pudieron construir mercados y luego los sistemas de información con los que los mercados prosperaban, y entonces las asimetrías de la información empezaron a hundirse, despacio al principio, luego todas a la vez, como un acantilado minado por la marea inexorable de millones de acciones humanas con el objetivo común de mejorar la especie y su dominio de la tierra.

En cuanto se hizo pública la información de dónde estaban los mejores, cualquiera que quisiera buenos genes y un sigma alto supo dónde encontrarlos. Poco a poco, las ciudades del mundo se fueron llenando de personas poderosas que se gobernaban a sí mismas y cuya disciplina, trabajo y brillantez hicieron que se volviesen más y más ricas.

Hay que reconocerles a los socialistas que lo vieron venir. Sabían que el mundo se dirigía a un estado en el que el número de betas y gammas que necesitaban los alfas para que los sistemas siguieran funcionando superaría con mucho la demanda, y que esas personas innecesarias irían siendo apartadas, primero poco a poco y luego de golpe. Aunque no se dejarían apartar sin pelear, claro. ¡Claro! ¿Quién lo haría?

Era como la gentrificación de los barrios, pero a gran escala. Los izquierdistas llorones pensaban que era una especie de conspiración para joder a los pobres, pero no era más que el mercado otra vez. La ubicación es un activo: si tenías la suerte de tener una casa en un sitio que estaba a poca distancia de un lugar importante, digamos un centro financiero o una vista bonita, y lo único que hacías era construir una casita de mierda que no podías mantener en ese terreno, el mercado solucionaba el problema poniéndote en contacto con alguien mejor y más listo que tú con el capital necesario para pagarte por la casa más de lo que pensabas que valía, y luego la reformaba para que valiese aún más. Mucho más. Eso era lo que hacían los mercados: quitar terrenos en barbecho, activos poco utilizados, de las manos de los incompetentes y dejarlos en manos de los mejores, que ponían los activos a trabajar. Igual que un jugador del Monopoly que no sabe cómo acaparar propiedades y construir casas y hoteles, los obtusos semiempleados

y semiempleables que tenían la suerte de tener una ubicación de primera enseguida se veían empujados a un sitio que encajaba mejor con su valor para la sociedad y la raza humana.

Enjabonar, lavar, repetir: los mejores y más inteligentes habían ideado cómo mejorar incluso los activos más marginales —mucho más allá de la capacidad del 99 por ciento—, y ahora el 99 por ciento se había visto privado de todas sus posesiones terrenales y no tenía dinero para alquilar ningún sitio donde meterse mientras esperaba la muerte.

Este era un «período de ajuste», dos palabras que sonaban exangües y burocráticas, pero que describían el caos que reinaría cuando el «innecesariado» fuese borrado de la existencia y la humanidad se realineara en torno a los más fuertes y brillantes que pudiese seleccionar la evolución.

(Martin no era un racista: cualquiera podía ganar la lotería genética, y por eso había un par de tipos negros y todas esas mujeres indias listas como un rayo que trabajaban con él en el fondo de inversión, pero al mismo tiempo no podía sino darse cuenta de que muchas de las personas más inteligentes que conocía tenían el mismo color de piel que él).

Los economistas lo llamaban un «período de ajuste», pero las personas como Martin lo llamaban «el Suceso».

Martin se había debatido con los números y las personalidades antes de decidirse por Los Treinta. En primer lugar, ¿por qué treinta? El fuerte se había construido con quince dormitorios, y había hecho los cálculos basándose en el agua, la comida y otras reservas consumibles necesarias por persona, y cada una que añadieras multiplicaba todos esos números, sumando metros de estanterías para almacenar papel higiénico, raciones de comida y agua embotellada; cada una se traducía en más paneles solares, más baterías y más gasolina para los generadores.

Pero cada una era también otro par de brazos para cargar, construir y pelear. La mitad serían mujeres, la mitad hombres. La mitad solteros, la mitad casados. Martin era soltero, y evidentemente había tenido eso en cuenta a la hora de escoger a las solteras. Había dejado claro a todos los solteros elegidos que no se admitiría a nadie más: era una invitación solo para ellos. Si sus

circunstancias cambiaban, si empezaban una relación seria con alguien, podían avisar a Martin y él buscaría a alguien para sustituirlos. Al fin y al cabo, no tenían que pagar nada. Una de las primeras decisiones que tomó Martin fue que todos los gastos correrían de su cuenta. Era una jugada de experto, una jugada alfa, algo que le daría credibilidad y liderazgo cuando hiciese falta. Y, al fin y al cabo, era más que probable que el dinero dejase de tener valor después del Suceso. Había construido una caja fuerte oculta en el Fuerte del Día del Juicio con algunos lingotes de oro, unos lápices de memoria encriptados con bitcoins, dólares, varios zafiros y unos cuantos paquetes de renminbis que le daban tranquilidad. Nunca se sabía. Podía permitírselo.

Podía permitírselo todo. Martin y el mercado se entendían muy bien. Era una de las estrellas de la empresa y gestionaba personalmente una cartera de 11.000 millones de dólares, que había empezado siendo de 9.000 millones. Se hablaba de darle su propio fondo, ofreciendo a las personas con un patrimonio neto más alto la oportunidad de suscribirse directamente, y dándole a Martin toda la libertad para hacer lo que quisiera con él. Cuando lo pensaba, su cerebro se escindía en dos procesos de pensamiento diferentes y mutuamente excluyentes: el primero empezaba a sumar primas, comisiones y un nuevo salario base; el segundo dudaba cuánto de todo eso llegaría antes del Suceso.

Tal vez el Suceso no llegase a producirse. Era un razonador bayesiano, no un vidente. Como un buen jugador de póquer, calculaba probabilidades, no certezas. Cuando empezó a planear lo del Fuerte del Día del Juicio, calculó que las probabilidades estaban en un 40-60 más o menos; y hasta que no alcanzaron un 50-50 no empezó las obras, recurriendo entonces a constructores discretos especializados en habitaciones del pánico. La empresa que escogió tenía una larga lista de espera, pero, cuando les describió la envergadura del trabajo, recurrieron a subcontratistas de confianza con los que habían trabajado en otros grandes proyectos y empezaron en el acto. Ahora que estaba hecho, las probabilidades del Suceso eran de un 75-25, aunque, por supuesto, era posible que tuviese esa sensación porque el Fuerte del Día del Juicio molaba tanto que sería increíble atrincherarse allí y esperar a que pasasen los meses o los años de caos hasta que se restituyera la estabilidad.

Avisó demasiado pronto. Cuando los mercados abrieron el 2 de enero, se produjo una caída repentina de la Bolsa, precipitada al parecer por varios incendios descontrolados en las praderas canadienses, que se suponía que no podían arder en esa época del año por el hielo. Un otoño muy seco, una mala cosecha, y luego un invierno mucho más cálido de lo normal que jodió las cosas en el gran oleoducto, donde se produjo un vertido en una área boscosa que acabó convirtiéndose en un incendio forestal y luego en un incendio descontrolado. Se estuvo hablando de eso toda la semana de Navidad, con un runrún de fondo en las noticias: «Así de jodidas están las cosas en Saskatchewan; y ahora la historia de un soldado que llegó a tiempo a casa por Navidad». Martin movió algunos activos, ejecutó varias permutas financieras y tomó precauciones como haría cualquier buen profesional; hasta le pidieron que organizase una reunión de toda la compañía a propósito de los riesgos sistémicos provocados por la situación en Canadá.

Pero otras compañías no estaban tan bien gestionadas como la de Martin. Y, no obstante, movían mucho dinero, que empezó a desaparecer como el oro de las hadas cuando las ventas llevaron a más ventas y todo empezó a arder.

Se sucedieron las ventas producidas por el pánico, hubo más contagios, y Martin siguió manteniendo la cabeza fría, moviendo activos por delante de las llamas, incluso comprando algunas gangas cuando los idiotas asustados vendían activos que debían haber conservado. No solo instrumentos financieros: también se hizo con un contenedor lleno de Picassos de la primera época que había en unas instalaciones con control de temperatura a las afueras de Ámsterdam, e incluso utilizó su cuenta personal para comprar unas botellas de Château Mouton Rothschild, que mandó enviar por correo garantizado en sus propios refrigeradores piezoeléctricos —con baterías de litio que mantenían la temperatura y la humedad óptimas— y que enchufó al lado de la bolsa que tenía preparada para cuando tuviese que marcharse. Cuatro botellas, cada una más cara que un Mercedes nuevo; y una botella más, con el mismo valor que una buena casa de dos dormitorios en un buen barrio de Phoenix. Le daba vértigo dejarlas ahí, al lado de la puerta, en vez de abajo, en la caja fuerte especial del sótano.

Tal vez fuesen las ganas de brindar por el apocalipsis en el Fuerte del Día del Juicio con su vino de grado de especulación, pero acabó estando a punto de avisar del Suceso y yendo al fuerte seis veces al día.

La Segunda Primavera Árabe fue mucho más desagradable que la primera. En primer lugar, ocurrió en invierno, y los motines por la comida se descontrolaron tanto como los incendios canadienses. Todos los dictadores de mierda de la región habían aprendido la lección de Bashar al Asad: si la gente sale a la calle, disparas. Sin piedad. El baño de sangre fue increíble.

Luego vinieron los atentados de Houston, pum, pum, pum, contra una comisaría, el cuartel general de la policía de tráfico y el edificio del FBI en el número 1 de Justice Park Drive. El presidente prometió venganza, los federales invadieron Houston, y llegaron los atentados de Atlanta, bum, bum, bum. Y luego se produjo un motín en la cárcel de Rikers Island que nadie conseguía sofocar.

Los Treinta estaban en un grupo privado de Signal, y hablaron mucho de si debían coger el petate y cuándo. La cosa era que nadie podía ir al Fuerte del Día del Juicio si Martin no estaba allí. El fuerte tenía defensas muy eficaces y solo él sabía cómo desactivarlas, y no iba a decirle a nadie cómo hacerlo hasta que estuviese a salvo en su interior. Confiaba lo bastante en Los Treinta para pasar una larga temporada encerrado con ellos, pero no quería tentar a ninguno con el poder de dejarlo fuera y cambiar la lista de invitados. El Fuerte del Día del Juicio era suyo.

Se produjo un robo en la casa del vecino de Martin. Todas las casas de su calle tenían sus propias puertas y sistemas de seguridad, además de la seguridad general del complejo, consistente en guardias, la mayor parte exmilitares que se paseaban en carritos de golf y observaban monitores con cámaras de circuito cerrado por infrarrojos alrededor de la cerca.

Así que, lógicamente, tenía que haber sido alguien de dentro. Frank Patel no había sido nada discreto cuando vendió la mayor parte de sus activos para comprar riqueza portátil en forma de metales y piedras preciosas. No paraba de hablar de las formas tan inteligentes que había encontrado de ocultar el botín: en bolsillos ocultos para él y su familia; en paneles ocultos en el coche, en una caja fuerte oculta en el suelo del sótano, detrás de los ladrillos de la

chimenea del salón.

El rumor se extendió y dos guardias estropearon las cámaras de su puerta, llamaron como si estuviesen haciendo una comprobación rutinaria y luego entraron a la fuerza, los ataron a él y a sus hijos y se lo llevaron todo. Más de diez millones de dólares en riqueza anónima y fácil de canjear. Los guardias desaparecieron de la faz de la tierra, y G4S, la empresa que los había contratado, se presentó con abogados, reaseguradoras y detectives privados que empezaron a insinuar que Patel estaba implicado en el robo. Fue muy desagradable. Y empeoró cuando Patel se voló la tapa de los sesos. Estaba muy endeudado y había perdido los ahorros de toda una vida. Para ser sinceros, a Martin le sorprendió que no se llevara consigo a la mujer y a los hijos.

Lo que terminó de asustar a Martin fue verlos al día siguiente, con el rostro convertido en una máscara inexpresiva, entrando en coche en dirección a la casa y el garaje, así que envió un mensaje de texto a Los Treinta y luego puso en marcha la rutina de meter los petates que tenía preparados y el resto de las cosas (también los Rothschilds y sus máquinas portátiles de soporte vital) en el Toyota Tacoma blindado, con el cofre del techo camuflado para que pareciese un accesorio de acampada, aunque en realidad estaba tan blindado como el resto del Tacoma y los parabrisas, y en él llevaba bidones de gasolina, ruedas, armas, munición, comida…, hasta una sierra mecánica.

Lo había ensayado una vez por semana, utilizando la puerta interior que conectaba la casa con el garaje. También tenía un programa de aleatorización que le indicaba periódicamente cuándo conducir el Tacoma, para que cuando lo vieran salir con él no pareciera algo fuera de lo normal. Por lo general, paraba en un almacén de madera de camino a casa y volvía con varios tablones de cinco metros de largo o tuberías de plástico asomando de la caja, por si había alguien vigilándole.

Así que se puso en camino a las cinco y media de la mañana siguiente, lo cual entraba en los parámetros de su horario normal de trabajo (los días en que se esperaban acontecimientos en los mercados de Londres o Fráncfort tenía que salir incluso antes). Dejó la casa cerrada y saludó con un gesto al guardia de seguridad de la puerta al pasar, luego introdujo los mandos a distancia en una bolsa

de Faraday y los dejó en la guantera. Aprovechando un semáforo en rojo en el que no había nadie, se quitó la ropa de hombre de negocios que llevaba encima para dejar al descubierto un uniforme de pesca muy gastado y de alta calidad. Dejó una caja de aparejos en el asiento del pasajero, para que cualquiera que lo mirase de cerca viese a un hombre de mediana edad que iba a pasar el fin de semana pescando con mosca, no a un multimillonario con cantidades considerables de riqueza fácil de canjear y un coche en el que podías vivir una semana sin repostar en terrenos impracticables y rodeado de individuos hostiles.

Así camuflado, puso el teléfono en modo avión y condujo a un kilómetro por hora por debajo del límite de velocidad las cuatro horas siguientes.

Solo dieciséis de Los Treinta se presentaron en las primeras cuarenta y ocho horas. Le costó disimular lo furioso que eso le puso. Los Dieciséis tenían que verle como un líder frío y calculador, y no como un niño enfadado porque la mitad de los invitados no habían acudido a su fiesta de cumpleaños. Entre los que no se presentaron había cuatro mujeres solteras, entre ellas las dos más sexis, que compartían piso y que, a juzgar por sus relaciones anteriores, no eran lesbianas (aunque a veces él consideraba la posibilidad de que no fuesen exclusivamente heterosexuales). (Él tenía la única cama de matrimonio del Fuerte del Día del Juicio).

Los Dieciséis fueron llegando con cuentagotas, respetando el silencio radiofónico todo el viaje. El fuerte tenía una conexión a Internet por satélite, y él en persona revisaba todos los aparatos para asegurarse de que no filtraban datos de geolocalización antes de dejar que se conectaran a la wifi de la antena camuflada.

Recibió a los recién llegados con manhattans fríos, con su cereza y todo, que había preparado con antelación y sellado en bolsas de vacío. Cuando entraban en el fuerte por la escotilla estanca, sacaba una bolsa de la nevera, la vertía en una copa con hielo, añadía una piel de limón y la ponía en una bandejita de plata que había comprado en un viaje a Versalles.

Le gustaban esos momentos en los que alguien tenso y cansado entraba en la suite de hospitalidad del Fuerte del Día del Juicio, la primera sala después de la escotilla, con sus gruesas alfombras

persas y sus acuarelas relajantes, y lo veía a él, el jefe, con sus pantalones y su camisa de combate, cómodos y usados, con una amplia sonrisa, los ojos brillantes y ofreciéndole un cóctel. La semiótica del asunto era: «¡Bienvenido al apocalipsis! ¡Esto va a ser divertido!».

La suite de hospitalidad era tan lujosa para compensar, en parte, la inevitable decepción de los espartanos «camarotes», individuales y dobles, con váteres químicos compartidos y una ducha comunitaria al final de un pasillo. Había mucha agua dulce en el fuerte, y se suponía que podrían reaprovisionarse pasado el primer mes, pero hasta que las cosas estuviesen más claras, la mayoría de las duchas se harían con el amplio surtido de toallitas de bebé del fuerte.

Había otras zonas comunes: una sala de juegos, un comedor, una cocina, una habitación del pánico debajo del garaje. Esbozó una lista de tareas: cocinar, limpiar, hacer inventario…, cualquier cosa con tal de tener ocupado a todo el mundo. «Propuso» —es decir, ordenó— que viesen una hora diaria de noticias en la suite de hospitalidad, en la que todos harían una batida por todos los canales y compartirían recomendaciones, hasta encontrar las noticias que parecieran encapsular y resumir el caos de fuera, y luego lo discutirían en círculo con Martin como moderador. Era difícil saber si las cosas estaban empeorando o si era solo la locura habitual resaltada por el hecho de que se hubiesen atrincherado en una fortaleza a esperar el colapso de la civilización.

Empeorando o no, las cosas se estaban poniendo difíciles en el mundo. Un atentado con bomba en Nueva York. Motines en un barrio de Atlanta. Una teoría de la conspiración sobre el fuego del oleoducto de Canadá que decía que los incendios eran una tapadera, aunque nadie podía entender muy bien de qué. Todo el mundo bromeaba con que era la tapadera de una red de pedofilia, porque esas teorías siempre eran sobre tapaderas de redes de pedofilia.

Un barco de refugiados había llegado a Miami, una flotilla procedente de una docena de islas caribeñas semihundidas, con barcos de vela, gabarras y lanchas neumáticas atadas entre sí, que arribó a una playa cubierta de basura y arremetió contra las líneas de la policía de fronteras entre balas de goma y nubes de gas

lacrimógeno.

¿Y en Phoenix? No tanto. Calma. El alcalde y el gobernador asistieron juntos a una recepción de apoyo al sistema de bibliotecas, y luego llevaron a los asistentes a dar un paseíto vespertino para celebrar el fin de la ola de calor; apenas habían recorrido tres manzanas cuando se corrió la voz y se les unieron miles de personas. El tráfico se atascó cuando la gente se enteró por las redes sociales y subió a sus coches para ir a verlos, y cuando ya no se pudo avanzar, la gente se detuvo en el arcén y celebró fiestas callejeras con cervezas y aperitivos que habían comprado en los supermercados. Ni una sola pelea. En las redes había fotos estupendas que mostraban bandas de música tocando en los jardines de las casas mientras los chicos bailaban a la luz de las farolas.

Al día siguiente, Los Dieciséis pasaron a ser catorce cuando una de las parejas se marchó. En el fondo de su corazón, Martin se enfadó, pero no quiso que se le notara. Se esforzó en darles cariñosos abrazos y largos apretones de manos, y les insistió en que, llegado el momento, podían volver si querían.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Los Catorce se convirtieran en Los Diez, Los Nueve, Los Ocho, hasta que solo quedara Martin, esperando el apocalipsis en su fortaleza particular.

Aquella situación duró mucho.

A pesar de su política oficial de una hora de noticias al día, Martin (por supuesto) tenía un montón de bots que comprobaban los titulares por él y le enviaban mensajes cuando ciertas palabras clave empezaban a acumularse.

La fiesta callejera de Phoenix llenó la ciudad de buenas vibraciones, pero no fue suficiente. En un control de tráfico retransmitido en directo, un policía de Phoenix se asustó al ver lo que dijo que era una pistola (es posible que fuese un teléfono) y disparó contra un coche. La familia que viajaba en él no podía ser más respetable, iban de camino a casa después de asistir a la misa del domingo, y el crío que murió en brazos de su madre llevaba un trajecito con pajarita y una camisa blanca que quedó cubierta de sangre.

Las calles entraron en erupción. Protestas y contraprotestas, con

nacionalistas blancos enarbolando palos y astas de bandera. Peleas. Motines. Incendios.

Martin reparó en que una de las jóvenes solteras deshacía discretamente una maleta que le había visto hacer antes discretamente. Los Catorce pasaron de estar a gusto a estar preocupados. Recibió un aviso de que había siete más que iban camino del fuerte, y luego una de las dos mujeres solteras verdaderamente sexis le envió un correo electrónico para preguntarle si podía llevar consigo a su no menos sexi compañera de trabajo. Martin la buscó en Facebook y, haciendo una excepción a su política, le dijo que adelante. En seguida lo lamentó. No era un ejemplo de liderazgo. Pero lo hecho hecho está. Y, qué demonios, a lo mejor se olvidaban.

La primera crisis se produjo dos semanas después. Internet había estado conectándose y desconectándose, hasta que por fin dejó de funcionar el día anterior. El satélite al que estaba suscrito empleaba ocho estaciones terrestres; las seis que utilizaban de manera esporádica cayeron, y luego las otras dos —en refugios de montaña, lejos del mundanal ruido— desaparecieron.

Había puesto en alerta máxima todo el perímetro y cerrado el fuerte a cal y canto. Sobre este había un terreno elevado, en cuya cima había cámaras que vigilaban todas las carreteras y transmitían a las pantallas del fuerte imágenes de cualquier cosa mayor que una liebre; tuvieron muchas falsas alarmas. Bromeaban sobre lo raro que era ver caza mayor en esa parte de Arizona, y se preguntaban cuántos novillos cabrían en los congeladores. Nadie dijo nada de por qué había novillos sueltos por ahí sin la compañía de los rancheros.

Pero entonces vieron que un Jeep se acercaba al Fuerte del Día del Juicio siguiendo una trayectoria tan recta que enseguida quedó claro que el conductor sabía dónde iba. Unos cuantos de Los Treinta habían llegado después de que pasaran a alerta máxima, pero este no era uno de los vehículos que tenía en la base de datos. Sombrío, abrió el armero. De las veintidós personas que había en el fuerte, ocho sabían disparar muy bien y cuatro no lo hacían mal. El fuerte tenía apostaderos con aspilleras para francotiradores, y un especialista en moneda extranjera y un abogado de fusiones y

adquisiciones subieron por las escalerillas con los fusiles a la espalda.

La entrada era una trampa mortal. Una vez en ella, estabas muerto si Martin te quería muerto. Ninguna protección antibalas te protegería de los disparos de un AR-15 modificado. Ni siquiera poniéndote a cubierto. La aspillera estaba bien diseñada.

El Jeep se detuvo en la zona de espera señalizada, y cinco personas se apearon de él. Una de ellas hizo un gesto hacia la puerta principal. Martin amplió la imagen y blasfemó. Era Albert, un conocido del gimnasio. Se habían hecho amigos. En una ocasión habían ido a cazar juntos y Martin se había quedado impresionado de la puntería de Albert. Tenía diez años menos que él y corría una maratón al año. Martin había pensado que sería útil tener a alguien capaz de estar ocho horas cortando leña y luego volarle la cabeza a un ciervo a doscientos metros de distancia, y lo invitó a formar parte de Los Treinta, cosa que hizo con mucha ceremonia en el reservado de un bar que les gustaba a ambos. Al final de la noche habían acabado brindando el uno por el otro. Y Martin dejó que Albert pagara la cuenta.

Albert se había llevado unos amigos.

Volvió a saludar y luego se giró hacia sus amigos —tres tipos, todos más o menos de su edad, todos hispanos, como Albert; una chica…, no, una mujer, de unos cuarenta— y se encogió de hombros, como disculpándose. Les indicó a los demás que le esperaran y luego corrió hacia la entrada, accediendo a la zona mortal.

—¿Martin, estás ahí? —dijo hablándole a la rejilla del micrófono.

—¿Qué pasa, Albert? —Martin mantuvo una voz fría y profesional. Todos los del fuerte lo estaban observando.

—¡Lo has hecho! —gritó sonriendo a la cámara—. ¡Gracias a Dios! ¿Puedo pasar?

—Albert, conoces las normas.

La sonrisa de Albert languideció. Bajó la voz.

—Lo siento, tío. Son mis primos y mi tía. A mi tío… —Bajó la voz aún más—. Le pegaron un tiro. Solo lo hirieron en el brazo, pero se lo llevaron al hospital y no ha vuelto. Ahora lo controla una milicia. No podía dejar a mi tía y a mis primos. Es una cocinera

estupenda, y los chicos trabajarán como mulas. Son muy fuertes.

—Conoces las normas.

Martin dudó si tendría agallas de asesinar a Albert, sus primos y su tía. ¿Y si se iban y volvían con amigos? El fuerte podía resistir a casi cualquier arma, pero un asedio podría agotar sus reservas de agua y comida. Tragó saliva y maldijo en silencio a Albert. Menudo gilipollas. Qué puto idiota. Por su culpa, Martin iba a convertirse en un asesino.

Albert intentó engatusarlo.

—Vamos, no seas así. Te pagaré lo que coman y todo lo demás en cuanto esto acabe. Con intereses. Vamos, Martin.

Martin apretó el botón del intercomunicador que reproducía con muchos graves el aterrador ruido de un fusil al montarlo.

—Vete, Albert. Vete y no vuelvas.

Albert dio un respingo al oír montar el fusil y dio sin querer un paso atrás.

—No puedo creerlo, Martin. Por el amor de Dios, ¿sabe la gente que tienes ahí dónde se ha metido?

En ese momento estuvo a punto de matar a Albert. Martin podía soportar muchas cosas, pero que cuestionasen su liderazgo suponía un riesgo existencial para todo el proyecto del Fuerte del Día del Juicio. Una rebelión interna podía acabar con todos ellos muertos o debilitados hasta el punto de convertirse en presa fácil cuando empezasen a aparecer los merodeadores.

No apretó el gatillo. Pero sí detonó una de sus preciosas cargas del camino, volando un trozo de la carretera que llevaba al fuerte. Escogió una pequeña, para que la metralla antipersonas no hiriera a ninguno de los capullos de los parientes de Albert, porque quería que se marchasen, no que se quedaran y muriesen a su puerta. Qué puto desastre.

Albert miró perplejo la cámara un momento, luego se llevó la mano a la espalda, justo donde se puede llevar una pistola, y Martin estuvo a punto de ametrallarlo, pero entonces Albert volvió a poner las manos delante.

—Que te den por culo, Martin. Dios, menudo psicópata, menudo gilipollas, no me lo puedo creer. ¡Espero que la gente que tienes ahí sepa que se han encerrado con un psicópata! —Se acercó a la rejilla para gritar las últimas palabras, que se distorsionaron en los

altavoces. Martin hizo una mueca.

—Me voy, Martin. Que te vaya muy bien.

Volvió al coche y habló un momento con sus parientes haciendo muchos ademanes violentos. Luego se subieron al Jeep y Albert le dedicó un gesto obsceno a Martin con el dedo corazón antes de acelerar y marcharse.

Esa noche, Martin estuvo haciéndose reproches muchas horas mientras se esforzaba por dormir. Imaginaba una y otra vez que Albert volvería al cabo de unos días o semanas, todavía furioso, muy bien armado, con amigos. O con sus primos. Albert venía de una de esas familias hispanas católicas muy numerosas. Tendría un montón de primos. Entre las bombas que Martin había enterrado en el arcén de la carretera había una muy grande justo al inicio del camino. Podría haberlos borrado del mapa a todos con solo apretar un botón. Por fin se quedó dormido después de medianoche, sin saber si los había condenado a todos.

Luego resultó que no volvió a ver a Albert. Aunque sí a su tía.

Fue un mes después. Habían recibido muy pocas noticias en el receptor de onda corta: una mezcla del Servicio Mundial de la BBC, Russia Today y predicadores mormones apóstatas apocalípticos, con emisores de alta potencia en la franja de Arizona, vociferando sobre la «profecía del Caballo Blanco». Bebían agua del pozo, para conservar las reservas embotelladas, hirviéndola por si acaso, y su dieta era una mezcla de comida de racionamiento y de carne de los ciervos y alces a los que disparaban desde las torretas. No tenían mucho que hacer, así que jugaban épicas partidas de ajedrez y hacían maratones de películas, y algunos se emparejaron y se escapaban para follar al aire libre, o se adueñaban de uno de los dormitorios y colgaban un pañuelo en el pomo.

Siempre había al menos una persona controlando las pantallas del circuito cerrado de televisión por si se acercaban intrusos, y varias veces tuvieron que volver corriendo y cerrar el fuerte cuando vieron pasar convoyes o coches. Era un territorio muy solitario y no ocurría muy a menudo. Unas cuantas veces, Martin sorprendió a miembros de Los Veintitrés saliendo sin sus transmisores obligatorios y les echó la bronca, insistiéndoles en que, aunque las cosas estuviesen tranquilas en el Fuerte del Día del Juicio, había

mucho caos y asesinatos ahí fuera, por lo que, al salir sin sus walkie-talkies, estaban poniendo a todos en peligro. Si llegaban intrusos por la carretera y Martin no tenía forma de avisarlos, podían verlos y eso atraería un ejército de enemigos. Después habría sangre y muertos.

El Jeep apareció de nuevo por el camino e hizo sonar todas las alarmas en el fuerte a medida que se aproximaba. Desde que habían llegado los últimos rezagados, era la primera vez que un vehículo se acercaba tanto.

Cuando Martin reconoció el Jeep, se le aceleró el corazón. Ahí estaba, la invasión que tanto había temido; las consecuencias de su estúpido sentimentalismo iban a acabar con sus vidas. Envió a sus dos mejores tiradores —uno de ellos era una mujer; había descubierto su aptitud un día que organizaron una competición de tiro— a las torretas de los francotiradores, y él fue a la entrada.

El Jeep no tenía buen aspecto. Tenía una enorme abolladura a lo largo de la puerta del acompañante, como si hubiese recibido un choque lateral, y el parabrisas estaba todo agrietado. El tubo de escape echaba humo negro. El Jeep se detuvo en el aparcamiento y se quedó inmóvil un buen rato, mientras los nervios de Martin se tensaban cada vez más. Estuvo a punto de dar la orden de llenarlo de balas.

Luego se abrió la puerta del conductor y se apeó la tía de Albert. Ella tampoco tenía buen aspecto. Probablemente estaba enferma y se movía muy despacio. Llevaba una chaqueta de felpa, tejanos y unas botas rotas muy gruesas, tan grandes que se notaba que no eran de su talla desde cien metros de distancia.

Contuvo el aliento mientras esperaba a que se abrieran las otras puertas del Jeep, pero no se abrieron. La mujer rodeó el coche y se detuvo, apoyando la mano en la capota mientras respiraba con dificultad y miraba hacia la entrada. Tomó aire, hizo acopio de valor y avanzó hacia ellos, cojeando un poco y arrastrando las botas rotas.

—Alto ahí —dijo Martin, subiendo el volumen de los altavoces del vestíbulo para que se oyesen desde el jardín delantero.

Ella se detuvo, vaciló un momento, miró a su alrededor y luego siguió andando.

—Alto —repitió Martin.

Ella avanzó. El pelo se le salía de la coleta, tenía la cara brillante por el sudor y arrugada por el cansancio. Se llevó la mano al estómago y gimió.

—¡Alto! —dijo Martin, y puso el MP3 del fusil al montarse.

Ella miró fijamente la oscuridad de la entrada con ojos melancólicos. Luego avanzó tambaleándose.

Martin no fue capaz de dispararle a una mujer de mediana edad enferma y herida. En parte por decencia humana elemental —Martin no era mala persona, eso lo sabía—, y en parte por el cálculo puramente racional de mantener su autoridad moral en el Fuerte del Día del Juicio.

—¿Qué quiere?

—Albert ha muerto —dijo ella—. Hay muchas enfermedades. Primero murió él y luego mis hijos. —Su voz sonó hueca e inexpresiva—. Dicen que es cólera. Hay mucha gente enferma.

El rostro de la mujer se contrajo en una mueca de dolor.

Martin notó cómo su propio estómago se encogía y sus intestinos se licuaban. Tenía ciprofloxacino y otros antibióticos de amplio espectro y de último recurso, pero este año no los había sustituido y muchos estaban a punto de caducar. Había leído que su eficacia se desplomaba cuando ocurría eso. Después de un ataque deliberado con armas biológicas, el cólera era lo que más le quitaba el sueño por las noches. Tenía muchas armas, pero a los gérmenes no se les puede disparar.

—Si está enferma, tendrá que marcharse —advirtió dándole un tono implacable a su voz.

Ella miró fijamente a la cámara del vestíbulo, apretándose las tripas, temblando, cubierta de sudor. Martin tendría que utilizar un traje de seguridad y una solución de lejía para lavar bien toda la zona.

La mujer no se movía.

—Váyase —dijo.

Ella siguió con la mirada fija en la cámara, casi doblada en dos, con la barbilla erguida, sin dejar de mirar, tal vez furiosa. Martin no se permitió empatizar. Ella era la cigarra y ellos las hormigas; él había hecho todo el trabajo para construirse un refugio cómodo para el invierno, mientras ella, a saber lo que habría hecho: un montón de bebés, ver telerrealidad, tomar drogas o hacer punto. La

gente que no era precavida era un problema que se solucionaba por sí solo. Ella se estaba solucionando a sí misma, y no era agradable, pero tampoco era su problema.

La barbilla de la mujer tembló. Estaba conteniendo las lágrimas.

—Por favor —dijo con una vocecilla que apenas llegó al micrófono.

Martin notó movimiento a su espalda, la gente estaba entrando en la suite de hospitalidad para observar aquel intercambio. Para observarle a él. Era una prueba de liderazgo, un momento de la verdad. Podía matarla allí mismo. Los fluidos adicionales no serían ningún riesgo añadido. De todos modos iban a necesitar jabón en polvo y lejía. ¿Lo verían los suyos como una demostración de fuerza o como una demostración de debilidad?

—Si vuelve dentro de una hora le dejaré algunos suministros al principio del camino. No tenemos gran cosa, pero puedo darle un poco de comida, paracetamol, mantas. No puedo dejar entrar a una persona enferma. Esto no es un hospital. Si trae aquí la enfermedad, podríamos contraerla todos. Podríamos morir.

La última palabra hizo que ella echara la cabeza atrás como si le hubiese metido una bala entre los ojos. Esos ojos, los ojos de una muerta que sabía que lo estaba.

Poco a poco la mujer se incorporó. Dio un paso atrás con la mano todavía apretada contra el estómago, como si le hubiesen pegado un tiro en las tripas. Salió del vestíbulo, dio media vuelta y, con pasos lentos, cuidadosos y doloridos, se dirigió hacia su coche. Se las arregló para pasar del parachoques antes de que un calambre le hiciese doblarse en dos. Él vio cómo se le ponían blancos los nudillos en la capota del coche mientras se esforzaba por mantenerse en pie. Luego volvió a erguirse, se metió en el coche y se marchó conduciendo despacio.

Esperó hasta que desapareció de la vista de las cámaras más altas, luego respiró profundamente dos veces, sacó el fusil que había metido en la aspillera y volvió a la suite de hospitalidad con un gesto de preocupación y confianza cuidadosamente elaborado en el semblante.

—Qué desastre. Lo siento mucho por ella —dijo, asegurándose de mirar a la cara a Lloyd, el más fuerte de todos, luego a Saleha, la persona de más edad, y por fin a Giorgia, la mujer más sexi, que

constituían una especie de centro de poder en el Fuerte del Día del Juicio.

Giorgia dijo:

—No creo que yo hubiese podido hacerlo, Martin.

Resultaba difícil saber si era un elogio o un reproche.

—Ha sido difícil —dijo—. Pero le daré todos los suministros que podamos permitirnos. Ojalá pudiésemos hacer más por ella, pero imaginad si enfermáramos —dijo con un gesto de dolor y asco—. Sería muy desagradable. Nuestra seguridad está por encima de todo. Tendrá que resolver su propio destino.

Saleha dijo:

—Es un desperdicio de material. No sobrevivirá. Lo único que harás es fomentar su dependencia. Si vive, volverá a por más, te lo garantizo.

Martin estuvo de acuerdo en silencio, y tomó nota mental de quién asentía con la cabeza y quién daba la impresión de pensar que Saleha era un monstruo por decir algo así.

—No le daré nada que no podamos permitirnos. Es lo correcto.

Luego sacó un traje de seguridad de debajo de uno de los bancos, se ajustó la mascarilla y los protectores oculares y sacó el limpiador a presión. Era lo correcto, pero también era muy aparatoso. La típica cosa que haría un líder competente para mantener a salvo a su gente.

Metió el traje en una bolsa para incinerar productos peligrosos, llenó un barril con comida —pensó en echar unas gotas en el agua que liquidaran a la tía de Albert, pero al final no tuvo valor de envenenarla, era la forma más cobarde de matar— y se dirigió en un quad hasta el final del camino. Hizo que Lloyd le cubriera con un fusil desde una de las torretas, y tuvo encendido el transmisor todo el trayecto.

A la mañana siguiente, el barril había desaparecido.

Pasó una semana. Dos. Tres. En la onda corta había muchas noticias, todas contradictorias e imposibles de entender. Había una República Provisional de Arizona, pero si era real, y no solo un grupo de capullos con un transmisor, era un desastre. El tipo que se hacía llamar ministro de Comunicaciones de la República hacía que un extremista como Alex Jones pareciese ecuánime y coherente, y

lanzaba diatribas de dieciséis horas que tenían que estar inspiradas por las anfetaminas. Desde luego sonaban como si lo estuviesen.

Martin había puesto a Gene a cargo de la intendencia. Gene era un joven sin demasiadas ambiciones. Había sido un operador de bolsa minoritario sin futuro, pero era fácil de manipular y se le daba fatal mentir, y Martin valoraba mucho ambos rasgos. En su experiencia, esos eran los mejores lacayos. No robaría suministros, y si lo hacía, se delataría con su tartamudeo a la menor acusación.

Gene preparó unas tablas a todo color para mostrar la tasa de consumo de sus suministros con gráficos de barras y circulares, para que se entendiese bien. El resultado era que, si fuera necesario, podrían seguir viviendo de sus reservas otros dos meses, aunque para eso tendrían que racionar la comida y cenar carne seca, vitaminas y suplementos de fibra muchas noches.

Nadie quería eso, y además todos estaban mortalmente aburridos y empezaban a formar camarillas, a liarse, a separarse, a dar muestras de estar nerviosos. Así que Martin decretó que saldrían a cazar y a buscar suministros para complementar sus reservas, hasta que al menos el 50 por ciento de lo que consumiesen procediera de fuera del fuerte. Cazarían: Lloyd sabía descuartizar una res o un ciervo, y los demás estaban aprendiendo, y Giorgia era una excelente cocinera que sabía preparar desde filetes al estilo vaquero hasta tayín de hígado de los animales que abatían.

Los grupos encargados de ir en busca de comida fueron otra novedad. El fuerte estaba en un lugar muy apartado, pero Martin tenía señaladas todas las casas de los alrededores: unos cuantos ranchos, una gasolinera con un pequeño colmado, una comisaría de la patrulla de carreteras de Nevada. Salieron con los quads eléctricos en modo silencioso, vestidos de negro, con la cara tiznada y guantes negros, y exploraron con prismáticos de visión nocturna los lugares que estaban vacíos antes de acercarse a ellos: la gasolinera y dos de los ranchos.

La gasolinera la habían saqueado y alguien había intentado volar sus tanques, y aunque los sistemas de contención de incendios habían funcionado, todas las superficies estaban cubiertas de un residuo cancerígeno. Pero los ranchos les proporcionaron un nutrido botín: comida en lata, bodegas subterráneas llenas de verduras, mantas, ropa que usaron para jugar a disfrazarse, viejos

juegos de mesa, una baraja de cartas, una caja de fichas de póquer y álbumes de fotos que hojearon y que fueron el blanco de sus burlas y sus especulaciones.

Así pasó otra semana, y en tres días contaron con un cien por cien de fuentes externas de comida. Es cierto que mucha procedía de los ranchos, un recurso no renovable, pero, como señaló Andreas, si fuera la cosa seguía tan liada, habría mucha menos gente y eso significaría muchos más alces y demás. Andreas también tenía algo que decir sobre las exquisiteces que podían prepararse con los cactus comestibles (y sabía cómo distinguir cuáles lo eran).

Había algunos ranchos más alejados, e incluso un pequeño pueblo con una tienda de regalos navajos y una armería. Martin calculó que si enviaban una partida y utilizaban uno de los ranchos vacíos como base de operaciones, podrían hacer incursiones a esos sitios más alejados sin correr el riesgo de que se agotaran las baterías de los quads o de alejarse tanto del fuerte que no pudieran volver si alguien necesitaba atención médica urgente.

No tenían verdaderos motivos para ir a la armería, pero todos estaban muy emocionados con la idea. La visita de la tía de Albert y las incursiones a las ruinas de la gasolinera y el colmado les habían convencido de que eran más listos y mejores que los idiotas que no se habían preparado como ellos. Si pensaban en qué harían ellos si estuviesen fuera mientras un grupo de personas más inteligentes estaban cómodamente instaladas en el Fuerte del Día del Juicio, era fácil imaginar un ejército de merodeadores intentando asaltarlo. Las armas podían ser útiles, y además, si no las cogían ellos, las cogerían otros y podrían acabar apuntando al fuerte. Así pensado, era casi un imperativo moral.

Utilizaron drones para explorar el terreno, hicieron varios vuelos a gran altura y un par a baja altura para hacerse una idea de quién podía haber en la zona. Vieron a unos mexicanos a la puerta de una casa bien cuidada, trabajando en el huerto y señalando asustados al dron que se les acercó zumbando, pero aparte de ellos no vieron a nadie más. Martin había escogido un lugar ciertamente apartado para construir el fuerte. Apartado incluso para los estándares de Arizona, donde había tanto cielo y campo que podías apartarte de los caminos y no ver a nadie en días enteros. Por supuesto, si fuesen no muy lejos en dirección contraria, llegarían a las afueras de

Phoenix, y Dios sabe qué caos encontrarían allí. Razón de más para conseguir las armas.

Planificar el asalto a la armería fue divertidísimo. Martin convirtió la suite de hospitalidad en una sala de operaciones, con una enorme pizarra en la que enganchó fotos aéreas de los drones. Empezaron a llamar al rancho «Base Avanzada Alfa», que sonaba muy guay. Acercarse lo suficiente a la armería —se llamaba Big Tom's— para analizar la situación fue difícil: los drones tenían un alcance de solo un kilómetro, y el terreno alrededor de la armería era plano, con solo un poco de matorral bajo, así que no había donde ocultarse mientras los equipos de reconocimiento pilotaban los drones. Lo único que podían hacer era tener la esperanza de encontrarla intacta, lista para que la lanza de oxiacetileno del Fuerte del Día del Juicio pudiera abrirla. Reclutaron a Alan y a Crispin para conducir el vehículo de carga —la camioneta blindada de Martin— que transportaría el botín una vez asaltado el local.

Martin planeó la misión para un lunes. Usaban un gran calendario de papel, colgado a la vista de todos en la suite de hospitalidad, para seguir la procesión de los días y las noches, y la noche antes del asalto asaron filetes en la barbacoa y se bebieron su mejor bourbon, también una botella de Pappy de veinte años que Gene había anotado cuidadosamente en su registro de intendencia. Tocaron a tres copas cada uno, y Martin no pudo evitar jactarse de que en cada una de esas copitas había licor por valor de cien dólares al precio de antes del colapso. ¿A saber qué depararían los mercados cuando emergiera el mundo nuevo? Acarició una breve fantasía en la que estaba en un puesto del mercado de una ciudad, rodeado de mercenarios de gatillo fácil y regateando con los caudillos de fortalezas cercanas. Era ridículo, sacado de un cómic de Frazetta, pero era difícil quitárselo de la cabeza.

La misión fue un desastre.

Brett no volvió. Estaba donde habían acordado cuando se deslizaron ocultos por la oscuridad hasta Big Tom's con sus visores nocturnos. Sus apoyos, Alan y Crispin, habían dado un rodeo para llegar desde el otro lado y esperaban a que llegase Brett.

Crispin tampoco sobrevivió.

Alan fue quien contó lo ocurrido, temblando y llorando. La

grabación de su GoPro era una mierda, incluso con los filtros nocturnos, un batiburrillo incomprensible de imágenes borrosas.

Brett se arrastró a cien metros de distancia, luego gateó y volvió a arrastrarse, centímetro a centímetro por el aparcamiento de Big Tom's, intentando protegerse detrás de los pocos coches que había entre él y la tienda, moviéndose despacio y sin ruido. Alan no dejó de apuntar con su fusil a la puerta principal, mientras Crispin apuntaba en rotación a distintos blancos: las ventanas, el tejado, un rincón en sombra. Cada vez que movía la mira susurraba «despejado» en el transmisor que llevaba.

—¿Voy? —preguntó Brett, jadeando por la tensión.

—Sí —dijo Crispin.

—Sí —confirmó Alan.

Brett adoptó la pose de un corredor y esprintó hasta la puerta. Se apoyó contra la pared. Oyeron sus jadeos en los auriculares del transmisor. A Alan le habría gustado estar con Brett. Aquello era genial.

Vieron encenderse una lucecita roja, que iluminó la puerta y luego se apagó.

—Está cerrada. Y la cerradura es buena. Blindaje de acero. Vale, voy a llamar.

Llamó a la puerta. Lo habían discutido, pero al final decidieron que era lo mejor. Si había alguien dentro, más valía establecer contacto de ese modo y luego cogerlos por sorpresa. Al fin y al cabo, era una armería. Dio una palmada en la puerta.

—¿Hola? ¿Alguien en casa?

Todos contuvieron el aliento. Siguieron oyendo la respiración de Brett.

—¡Vale!

Se oyó el ruido distante del velcro cuando se quitó el taladro Makita del muslo y metió la broca de acero de alta velocidad. Vieron el reflejo de la broca mientras usaba la llave para apretarla. Luego se acuclilló y apoyó la broca contra la cerradura. Oyeron el zumbido lejano del taladro, ligeramente desfasado con la lenta imagen del transmisor.

—Vamos, cabrona —susurró Brett. Luego añadió—: Mierda.

Detuvo el taladro y se oyó el ruido de la broca rota al caer al suelo. Después de buscar un recambio, volvió a oírse el zumbido.

—La he atravesado. Voy a cambiar a una broca más gruesa.

Ruidos de la llave, el tintineo de las brocas, el jadeo de Brett, la voz de Crispin repitiendo «despejado, despejado, despejado» mientras apuntaba con el fusil.

—Vale —dijo Brett, justo cuando se encendían unas luces cegadoras en todo el edificio.

Crispin disparó (por reflejo, pensó Alan). Luego se oyeron dos disparos más y Brett cayó hacia delante. A través del visor, Alan vio salir humo por el agujero de bala de la puerta, y por un instante vio los bordes fragmentados del metal que habían usado para tapar la aspillera. Hubo más disparos y volutas de humo en el aparcamiento. El parabrisas de uno de los coches todoterreno averiados que estaban aparcados allí estalló en una lluvia de cubitos de cristal que brillaron bajo esa luz increíble.

—¿Brett? ¿Brett? —dijo Alan.

La sangre que se extendía a su alrededor no dejaba lugar a dudas, y Alan sintió una súbita dosis de espanto cuando reparó en lo expuesto que estaba. Se disponía a levantarse para retroceder cuando se abrieron al unísono las trampillas del tejado de la armería y aparecieron cuatro tiradores de primera que abrieron fuego a discreción mientras ocupaban sus posiciones detrás de unas almenas de ladrillo en las esquinas del tejado. Llevaban gafas tácticas de tiro, y aunque sus rostros eran serios, mantenían la boca abierta en amplias sonrisas mientras proferían inaudibles gritos de guerra y disparaban hacia la noche.

Oyó morir a Crispin por el transmisor: un ruido carnoso, un grito, dos más, un jadeo, y luego nada. Alan tenía las piernas pegajosas. Se había meado encima. Era un estúpido malentendido. Ellos no querían pelear. No había nada por lo que pelear. En el Fuerte del Día del Juicio había armas de sobra, más de las que podían disparar. Lo habían hecho solo para quitarse el tedio de encima. Era un juego. Gimió.

¿Lo habían visto? Los tiradores estaban escudriñando el terreno lenta y metódicamente. Quiso llamarlos, rendirse, pero sabía que lo ejecutarían en el acto. Comprendía que eso era exactamente lo que habrían hecho en el Fuerte del Día del Juicio si alguien se hubiese presentado allí armado, taladrando las cerraduras y con fuerzas de apoyo. Iba a morir.

Alan había sido un exitoso constructor que había empezado derribando casas en mal estado. Luego había hecho contactos en el Ayuntamiento y había empezado a tener información confidencial sobre qué sitios ofrecerían menos resistencia si quería derribarlos para construir edificios de pisos. Después de reunir dinero, había empezado a comprar casas, dos o tres cada vez, en solares grandes y antiguos, casas familiares que habían servido de hogar a varias generaciones. Se había especializado en demolerlas antes de que nadie supiese qué pasaba, reduciéndolas a escombros en un solo día para que nadie tuviese tiempo de poner una primera denuncia por ruido. Llamaba a sus chicos la Patrulla de Demolición, y les daba primas si acababan antes de ponerse el sol. Lo pagaba todo con los apartamentos que construía, primero edificaciones de baja altura, luego altas y por fin complejos residenciales. Comprendía el poder de una velocidad implacable. A veces se había imaginado como un tiburón que no paraba nunca, que salía a la superficie para atrapar una presa e iba de la deuda al pago, de la deuda al pago, quedándose con los beneficios.

Ya no se sentía como un tiburón.

Intentó ser un caracol. Una babosa. Rastrera, lenta. Tanto que no se le viese. Apretó la cara contra el suelo frío y áspero, aplanándose todo lo posible. Utilizando la punta de los dedos y de las botas, retrocedió un par de centímetros, hacia el triciclo eléctrico que había dejado aparcado a veinte metros de allí. Nadie le disparó. Por el auricular oía el transmisor de Brett, conversaciones en voz baja de los tiradores, una palabra de cada tres: «le he dado», «lo veo», «buen tiro», «hijo de puta».

Otros dos centímetros. Conteniendo el aliento, luego respirando sin hacer ruido. Una babosa. Un caracol. Otros dos centímetros.

Otros dos. Contó hasta diez. Otros dos. El chirrido de la puerta de Big Tom's al abrirse, el golpe cuando chocó con el cadáver de Brett, un ruido sordo cuando alguien empujó la puerta y con ella el cadáver de Brett. «Putos gilipollas» desde el transmisor.

Botas en el asfalto. El ruido del transmisor al cogerlo.

—¡Eh!, ¿me oís, gilipollas?

Alan contuvo el aliento, se llevó la mano al transmisor del cinturón, buscó a ciegas el botón del volumen. ¿Era este? Se moría por respirar y acabaría boqueando. Un caracol. Una babosa. Apretó

el botón. Un leve clic.

—¿Hola? Apuesto a que esos hijos de puta tienen apoyo ahí fuera. Greg, ¿ves a alguien? —Una respuesta inaudible—. Lizzy, apaga la luz. Así los visores nocturnos no sirven de nada. Veamos qué tenemos ahí fuera.

Se le heló la sangre. El pis que cubría sus piernas se convirtió en hielo. Mierda. Retrocedió más deprisa. Más deprisa. Conversaciones en el auricular, incomprensibles por el ruido de su ropa, de su respiración. Más deprisa.

Clic.

Las luces se apagaron. Manchas verdes flotaron ante sus ojos, a pesar del rato que llevaban apretados contra el suelo. Se puso en pie de un salto y echó a correr, apresurándose hacia el sitio donde creía haber dejado el triciclo, incapaz de ver, tropezando, y oyó gritos a su espalda. Un disparo, dos más. Cayó al suelo sollozando, aunque no le habían dado. Volvió a ponerse en pie, intentó correr en zigzag, pero las piernas, con los pantalones pegados por el pis, se negaron a cooperar, y luego se dio de bruces con el triciclo y vio las estrellas. Subió y se aplastó contra la base. Un disparo atravesó la carrocería, otro rebotó hacia el desierto. Le llovieron encima nubes de polvo. De acuerdo con la divertida y cuidadosa planificación que habían llevado a cabo en la pizarra, había dejado las llaves en el contacto y aparcado mirando hacia la salida.

Giró la llave doblado en dos, con la cabeza gacha. Al pisar el acelerador, el motor eléctrico se puso en marcha y el triciclo salió disparado hacia delante con tal fuerza que casi lo tiró al suelo. Cuando quitó el pie del acelerador, el triciclo se paró en seco y de nuevo estuvo a punto de salir disparado. Volvió a sentarse y un agujero de bala apareció en el parabrisas, resquebrajándolo. Cerró los ojos y lloriqueó mientras apoyaba el culo en el asiento, sentado un poco más alto, con la cabeza expuesta y las manos en el volante. Volvió a pisar el acelerador, esta vez preparado para la aceleración, y el triciclo salió disparado; abrió los ojos y encendió los faros porque tenía que ver adónde iba y ellos disponían de visores nocturnos, y se balanceó adelante y atrás, intentando hacer que los movimientos fuesen aleatorios e impredecibles (y lo consiguió en gran medida, porque estaba tan agitado que solo acertaba a conducir erráticamente).

Más disparos levantaron polvo a su alrededor, uno de ellos lo bastante cerca como para recibir una ducha de grava que le hizo un corte en la mejilla. Cuando dejó de recibir la señal del transmisor, les oyó gritar y maldecir.

Condujo y condujo y condujo, hasta que llegó a una zona desierta de la carretera desde donde podía ver en todas las direcciones y vomitó hasta que no pudo echar más que una baba mocosa. Tenía una nevera en el asiento del acompañante, la abrió y se bebió una lata de Coca-Cola, se tomó veinte miligramos de anfetamina y volvió a poner en marcha el triciclo.

Primero fue a la Base Avanzada Alfa y, con manos temblorosas, abrió el candado que habían colocado en la puerta. Deambular por la casa conocida del rancho, con sus estantes de suministros y sus pilas de libros de tapa blanda y juegos de mesa, además de la bolsa con ropa para un día que había hecho, le produjo una sensación de total irrealidad. Apenas unas horas antes había estado allí con Brett y Crispin, riéndose, repasando sus planes, temblando de emoción. Ahora estaba temblando de terror en la habitación, sangrando, mareado, con el estómago vacío (pero aun así con náuseas), con la visión desenfocada y las piernas agrietadas por su propio pis.

Se bajó los pantalones, sacó puñados de toallitas húmedas de bebé de un recipiente y se frotó las piernas, el culo y los huevos, y tiró las toallitas sucias al suelo. Vació la bolsa de viaje y encontró unos pantalones de repuesto y se los puso, después pasó el contenido de los bolsillos de los pantalones sucios a los bolsillos de los limpios. Se cambió de camisa. Cogió las llaves del triciclo. Contempló la sala. Había comida. Debería coger la comida. Unas salchichas, una caja de barritas energéticas y seis latas de Gatorade. La anfetamina cantaba en sus venas, le hacía sentir como la primera vez que se bebió una taza de café, como si fuese a tener superpoderes.

Sintió el impulso absurdo y casi irresistible de pegarle fuego al rancho. Como si en parte se viera dominado por el espíritu de los hombres que habían muerto esa noche, poniendo en evidencia su estupidez. Podía hacerlo. Habían llevado reservas de gasolina al rancho para usar el generador que había detrás en caso de que las placas solares no bastaran para cargar las baterías. Chof, chof, una cerilla, bum.

Pero la columna de humo sería visible desde kilómetros a la redonda. Si los tiradores de Big Tom's estaban buscándolo, la verían. El rancho estaba a mitad de camino del Fuerte del Día del Juicio. No lo quemaría.

Se subió al triciclo y se fue.

Los residentes supervivientes del Fuerte del Día del Juicio vieron llorar y temblar a Alan mientras les contaba su historia, y Martin los observó mirar a Alan mientras intentaba controlar su rabia. Qué ineptos, y cómo se habían dejado llevar por el pánico. Alan había vuelto directo al Fuerte del Día del Juicio sin saber si lo estaban siguiendo, si había un dron en lo alto o coches detrás de él. La banda de Big Tom's había sido implacable, estaban organizados y, por supuesto, muy bien armados. Martin podía cerrar el fuerte y dispararles desde las torretas, pero ¿y si tenían armamento pesado: morteros, misiles, las cosas que un ejército podía llevar al campo de batalla?

Era improbable. Lo más seguro era que, después de darse unas palmaditas en la espalda, hubiesen enterrado los cadáveres y lo hubieran celebrado desayunando tortitas. Pero ¿y si no había sido así? Una cosa que había aprendido Martin en la Bolsa era que los riesgos pequeños con efectos muy grandes no debían pasarse por alto.

Así que esperó a que Alan terminara de contar su historia y a que lo consolaran y dijesen cosas buenas de Crispin y Brett, y luego se lo llevó a su cuarto «a tomar una copa».

Alan parecía vencido y encogido, acurrucado en uno de los sillones de la habitación de Martin. Le sirvió una copa de whisky de malta con un hielo muy grande, que era como Alan celebraba siempre sus triunfos en los negocios. Había tenido muchos, y habían disfrutado de muchas noches de alcohol en algunos de los mejores bares de Phoenix; incluso habían hecho juntos un viaje de pesca a las Bermudas, donde tomaron unos combinados mortales que el camarero llamaba «Zac Ataca». El camarero se llamaba Zac y había estudiado unos años en Yale.

—¿Lo superarás? —le preguntó forzando un tono de preocupación.

Alan bebió un trago.

—Supongo. Quiero decir que sí, claro. La gente se recupera de cosas peores. Mucha gente. Sobre todo en estos tiempos.

Martin bebió un trago y lo miró. No había imaginado que Alan se fuese a achantar así, que el pánico lo acabara dominando. Se había derrumbado.

—Muy bien. Porque tienes que hacer una cosa.

—¿Qué? —preguntó alargando el brazo para volver a llenarse la copa. El whisky rodó sobre el hielo y él lo hizo sonar contra el borde del vaso.

—Tienes que arreglar esto.

Una mirada confusa. Martin vio que el efecto de la adrenalina y la anfetamina empezaba a pasársele. Los párpados se le cerraban, los hombros se le habían encogido aún más.

—Tienes que volver para asegurarte de que no has dejado ningún rastro.

—¿Qué?

—Ya me has oído, Alan. Si te siguen hasta aquí, será como lo que has pasado, pero multiplicado por mil. Una guerra, tal vez. La has jodido…

—Yo…

Martin alzó la voz. Tenía la única habitación insonorizada del fuerte.

—Cierra la puta boca, Alan. La has jodido, gilipollas. Te dejaste llevar por el pánico. Dios, ¿no recuerdas todas las conversaciones sobre no llevar nada encima que pudiese conducir aquí o a la Base Avanzada Alfa, por si se nos caía algo o nos atrapaban o mataban? ¿Lo recuerdas, Alan? ¿De qué sirvió todo eso, si ibas a joderla huyendo como un conejo, dejando Dios sabe cuántas pistas apuntando hacia aquí? ¿De qué sirvió, si ibas a ponernos en peligro a todos con tu pánico, tu torpeza y tu cobardía?

Alan se encogió al oír sus palabras. Martin insistió.

—Dime, Alan, ¿qué coño tienes que decir?

Los ojos enrojecidos de Alan se llenaron de lágrimas.

—Martin, lo siento…

—Genial, lo pondremos en nuestras putas lápidas: «Alan lo siente».

—¿Qué quieres de mí, Martin?

—Ve allí y arréglalo, gilipollas. Vuelve por donde viniste.

Elimina cualquier rastro que dejaras. Ve a pie si es necesario. Cada cruce, y al menos dos kilómetros a cada lado. Llévate una escoba, un rastrillo, lo que sea. Encárgate de eso.

—No he dormido en…

Martin le enseñó un frasco de anfetaminas.

—Con treinta miligramos bastará. Puedes dormir cuando acabes. Llévate un petate y una tienda de campaña, una de esas pequeñas para una sola persona. No la jodas.

Alan se tragó sin agua la pastilla azul redonda y se puso en pie. Felix le ayudó a preparar el petate; lo llevó al almacén y le pidió a Gene que se encargara de la intendencia: le gritó una lista de suministros que Gene cargó en uno de los quads que seguían intactos, junto con una batería de recambio para el triciclo.

Vio a Alan salir por la puerta del almacén que daba al otro lado de la colina, después de apartar primero el camuflaje.

—Ve —dijo—. Vuelve con tu escudo o encima de él.

Casi había amanecido cuando oyeron el disparo. Martin corrió a los monitores y revisó las imágenes. Mostraban el triciclo de Alan subiendo por la pendiente hasta la puerta de entrada, luego a Alan andando de aquí para allá, después sentado en el asiento del triciclo un buen rato, contemplando el vacío y el desierto y la noche. Luego, sin dudas ni previo aviso, Alan sacó su pistola, se metió el cañón en la boca y pum.

Ese había sido el disparo.

Martin esperó a que amaneciera y luego cogió el limpiador a presión y salió a limpiarlo todo.

Más tarde fue a buscar el triciclo que había usado Alan. Sus huellas eran claras: había ido hasta el final de la pendiente, había descrito un amplio círculo hasta la carretera y después se había dado la vuelta. No se había molestado en borrar sus huellas.

Martin llamó por el transmisor al Fuerte del Día del Juicio y les dijo que iba a comprobar si Alan había dejado huellas que señalasen al fuerte. Llevaba todas las provisiones de Alan.

Resultó que Alan no había seguido un camino tan evidente para volver a casa. O tal vez fuese que Martin no sabía interpretar las huellas. En cualquier caso, no encontró ninguna entre el fuerte y la Base Avanzada Alfa. Después, despacio y con cuidado, realizó el

trayecto entre la Base Avanzada Alfa y Big Tom's, y, una vez comprobó que no había ninguna huella, volvió al Fuerte del Día del Juicio, donde llegó al caer el sol, cansado y dolorido.

Solo Gene había presenciado la discusión entre Martin y Alan la noche anterior, y Gene no diría nada. Martin les habló de forma sombría del trauma, de la valentía, del sacrificio, y de lo importante que era que supiesen que siempre podrían hablar con él, con cualquiera, de hecho, porque estaban juntos en esto, eran una unidad, una familia, en realidad, y todos tenían un deber con los demás.

Usó la excavadora para cavar una tumba para Alan y luego la cubrió. No puso ninguna lápida, y cuando Giorgia le preguntó el motivo, le respondió que era para no dejar huellas de que había gente en la zona del Fuerte del Día del Juicio. Ella asintió muy seria y le lanzó una mirada de admiración que él recordó esa noche al irse a dormir.

El aburrimiento era sin duda la parte peor del fin del mundo. Fuera no había más que aburrimiento, a juzgar por las emisiones de onda corta. La República Provisional de Arizona parecía haber dejado de emitir, pero los radioaficionados seguían ahí, y algunos cobraban vida de cuando en cuando y hablaban de ocupación militar, de plagas en ciudades lejanas, de guerras y de campañas de bombardeo aéreo. Había un cuartel de la Guardia Nacional en Provo que emitía a diario una advertencia para que los refugiados no fuesen a Utah. Y había muchos predicadores. Pecado, pecado, pecado. Redención, redención, redención. Uno de ellos insistía en que Nueva York había sido borrada del mapa con armas nucleares, pero nadie más lo decía, y los habitantes del Fuerte del Día del Juicio decidieron que eran gilipolleces. Eso hería su sensibilidad: dos de ellos habían crecido en Nueva York, y la mayoría habían trabajado para fondos o bancos con sucursales neoyorquinas que a menudo exigían su presencia, por lo que habían pasado muchas noches en vela comiendo sushi caro y bebiendo whisky de un valor inestimable.

A todos se les habían quitado las ganas de más «misiones», y después de una breve deliberación decidieron desmantelar la Base Avanzada Alfa. Tardaron dos semanas en vaciar el rancho y llevar

todas las cosas útiles de vuelta al Fuerte del Día del Juicio, pero una vez terminaron y Gene lo inventarió todo, ya no hubo nada más que hacer.

Se habían formado varios tipos de parejas e incluso uno o dos tríos, y entre lo finas que eran las paredes y los claustrofóbicos cotilleos, todos tenían una idea bastante clara de cómo sería follar con cualquiera. Estaban condenados al aislamiento, pero acompañados de los demás. Izzy había estudiado Filología Inglesa, y les hizo ver una película que tenía en su portátil, una producción de Broadway de A puerta cerrada, y todos se rieron con lo de «el infierno son los otros», y luego Izzy lo escribió en punto de cruz, lo enmarcó y lo colgó en la suite de hospitalidad. En ese momento, Martin decidió que tenía que intervenir.

—Vamos a tener que empezar otra vez con nuestras incursiones. Sé que es peligroso, pero hemos aprendido por las malas a ser cautos. La buena noticia es que no hay por qué apresurarse: aún no estamos desesperados. Si encontramos algún sitio que queramos inspeccionar, podemos vigilarlo durante días, incluso semanas, hasta asegurarnos de que es seguro. Es un lujo que podemos permitirnos, porque la despensa no está vacía. Pero si dejamos que se vacíe, perderemos esa ventaja; tendremos que pasar hambre o saltar sobre la primera oportunidad que se presente. Eso sería mucho más peligroso. Lo único peor que sufrir la tragedia de perder a Crispin, a Alan y a Brett sería que sus muertes fuesen en vano, que no aprendiésemos nada de ellas.

A nadie le gustó la idea, pero todos coincidieron en que tenía razón.

En los meticulosos mapas de Martin había muchos sitios que podían explorar, más allá de los ranchos. Tuvieron buena suerte con una granja familiar: estaba habitada, pero estuvieron dispuestos a cambiar huevos y queso por piedras preciosas. A Martin le encantó: tenía montones de piedras preciosas, y de madrugada se preguntaba si alguien las querría. Las piedras preciosas no se pueden comer, y convertirlas en cosas útiles requería una civilización en marcha. Que esos estoicos granjeros hispanos estuviesen dispuestos a aceptar una bolsita de zafiros y rubíes a cambio de cinco grandes ruedas de queso y la promesa de cuatro docenas de huevos a la semana el mes

siguiente significaba que ellos también pensaban que la civilización volvería.

Al fin y al cabo, ese era el plan de Martin: esperar a que volviera a reinstaurarse el orden y aparecer con todo lo necesario para hacerse un hueco en él: bienes comerciales, títulos al portador, dinero en metálico y su inteligencia, con el apoyo de un grupo leal de seguidores que sabían disparar todas las armas de la nutrida armería del Fuerte del Día del Juicio.

Otras civilizaciones habían surgido y caído antes. La humanidad tenía que trabajar junta, pero el infierno eran los demás. Cuando los mejores estaban al mando, las cosas funcionaban: convencían a los racionales, engatusaban a los obstinados y, francamente, obligaban a los demás. Era por el bien común. Si ponías a uno de los fracasados o de los ladrones al mando conducía a los demás a la catástrofe. Martin había tenido clara una cosa toda su vida: los ladrones estaban gobernando la nave e iban a estrellarla.

Otra granja había sido saqueada e incendiada, lo cual resultaba inquietante. Luego encontraron un pueblo, ¡algo rarísimo! Elfrida tenía incluso dos almacenes donde los encargados llevaban un registro en una tableta y apuntaban lo que se llevaba la gente. Todos estaban de acuerdo en que ya harían cuentas «cuando las cosas volvieran a la normalidad». Martin estuvo en el grupo que, después de la vigilancia inicial, visitó el pueblo, y se obligó a no reírse de lo de la «vuelta a la normalidad». Los encargados del almacén tenían listas de lo que necesitaba la gente del pueblo: medicinas, algunos materiales de construcción, piezas de motor, piezas de paneles solares. Las tabletas contenían listas de lo que podían ofrecer todas las personas del pueblo: desde productos de la huerta hasta carne congelada, ropa y compresas.

Por su conversación con los del almacén, Martin supo que había otros pueblecitos como aquel, algunos incluso más grandes, donde utilizaban energía solar, redes locales y bases de datos en tabletas para llevar un control de quién tenía qué y quién se había llevado qué. Los pueblos comerciaban un poco entre sí y se informaban de lo que pasaba: a quién habían visto y con quién había que tener cuidado.

—¿Y la protección? —preguntó Martin.

El tendero, un pakistaní o indio de mediana edad, con una

camisa blanca y pantalones blancos, se encogió de hombros.

—¿Qué protección?

—Ya me entiende. Bandas, milicias, esas cosas. —Pensó un momento antes de dar con la palabra que estaba buscando—: Maleantes.

El tendero sonrió.

—No tenemos de eso. ¡Gracias a Dios!

Martin se contuvo para no mover la cabeza asqueado. Al cabo de uno o dos meses, ese tipo estaría muerto y todo lo que tuviese estaría en manos de alguien más fuerte y mucho menos ingenuo. Casi le entraron ganas de matarlo él mismo. Mejor que un buen tipo como Martin se llevase sus cosas antes de que lo hiciera algún maleante.

—Bueno, si alguna vez tienen ese problema, podríamos ayudarles —dijo Martin—. Pasaremos cada una o dos semanas, díganos si alguien les está molestando.

Así empezaba la reconstrucción, pensó Martin: los fuertes protegían a los débiles, y los débiles pagaban a los fuertes un tributo y su respeto.

El tendero le lanzó una mirada de extrañeza, pero dijo que lo haría, y luego cambió un poco de mango seco por la leche en polvo de Martin. Allí había niños, y bebían más de lo que daban las vacas y las cabras del pueblo.

Apareció una emisora de radio, supuestamente en Phoenix, dirigida por gente joven, con invitados especiales que iban a hablar de las casas abandonadas que habían «liberado». Algunos estaban en barrios donde los residentes del Fuerte del Día del Juicio habían tenido casas, con puertas, guardias y sistemas de seguridad. Todos se enfurecieron al pensar que podían invadir sus hogares. Desde que se refugiaron en el Fuerte del Día del Juicio habían pasado muchas cosas horribles, pero esto fue lo que hizo que el Suceso pareciera real: si los derechos de propiedad de la gente como ellos estaban desapareciendo, eso suponía que todo estaba a disposición de cualquiera.

Los DJ ponían música grabada e invitaban a bandas a tocar en directo, e intercambiaban consejos sobre la ubicación de las clínicas y los hospitales, los comedores públicos y las guarderías. Era

surrealista. La imagen que transmitían de Phoenix era la de una ciudad radicalmente despoblada, llena de casas vacías y negocios cerrados: cenizas frías de una violencia ocurrida hacía ya tiempo. Phoenix, poblada solo por la gente que no había podido irse.

Pronto llegaría el verano, y un DJ entrevistó a un grupo especializado en sistemas de ventilación de emergencia, seis hackers de sistemas de climatización que describían cómo construir refugios vecinales donde poder librarse del calor del verano, enseñaban a fabricar refrigeradores por evaporación que funcionaran con placas solares baratas y facilitaban las listas de los componentes necesarios, así como de los depósitos donde estos podían intercambiarse.

A través del trueque y el racionamiento, los residentes del Fuerte del Día del Juicio se las arreglaron para vivir con relativa comodidad, pero eso no significaba que la vida fuese fácil. Empezaban a agotarse algunos productos —la mantequilla de cacahuete, la fruta fresca, los cereales—, y el aburrimiento era algo vivo que les corroía por dentro desde el momento en que se levantaban de la cama hasta que volvían a acostarse. A pesar de todas las bromas sobre el hecho de estar juntos en celdas de aislamiento, había un fondo de verdad que se manifestaba con bruscas discusiones, malos humores, camarillas y épicas sesiones de alcohol. Gene inventarió las reservas de medicamentos y descubrió que casi todos los opioides habían desaparecido, y se inició entonces una caza de brujas para averiguar quién se estaba colocando, pero no se pudo acusar a nadie con certeza del robo.

Y también estaba lo de Phoenix, y las emisiones de radio, y las noticias de sus antiguos barrios; y James y Ray, que eran al mismo tiempo sus mejores exploradores y los más problemáticos, que pedían a Martin a cada momento que los dejara salir a ver lo que estaba pasando en realidad. Giorgia decidió ir con ellos. Los residentes del Fuerte del Día del Juicio estaban hartos del fin del mundo: estaban preparados para volver a los masajes, los filetes, los bares de cócteles, las partidas de squash, el trabajo duro, los grandes beneficios, las discusiones en las redes sociales, el sexo poco aconsejable con desconocidos interesantes, a todos los consuelos de la modernidad. Cuando se fueron de Phoenix era una ciudad próspera con TaskRabbit, 7-Eleven, Uber y fabricantes de

trajes a medida y boutiques de alta costura. Sin duda algo debía de quedar.

Así que Martin dio luz verde a la misión, y pasaron a sintonizar a los DJ día y noche, como si fuese una obra de teatro radiofónica sobre un apocalipsis mucho más interesante que el que ellos estaban viviendo.

Warren se inventó un chiste: «Armagedón está harto de esperar», y lo repetía a diario. Al principio todos protestaban, luego lo coreaban con él, y por fin lo dejaron de lado.

Pero cuando los días transcurridos desde la partida de James, Ray y Giorgia hacia Phoenix se convirtieron en una semana, y cuando los DJ de la emisora informaron de una enfermedad que asolaba la ciudad —que se creía que era legionela o listeria— y aconsejaron tratar a la gente sin antibióticos, manteniéndola hidratada y cómoda, se encontraron todos repitiendo la misma estúpida broma. «Armagedón está harto de esta situación de mierda», decían. «Armagedón también está harto». Nadie se reía, ni siquiera Warren.

Cuando por fin volvieron, diez días después, llegaron con un botín: fruta en conserva, chocolate, opioides, una pila de cómics y viejas revistas porno de una librería de viejo de un pueblo pequeño. Habían intercambiado todo eso por piedras preciosas, un poco de munición para un tipo de arma que Martin había decidido no llevar al fuerte —aunque había olvidado deshacerse de las cargas— y una bolsa enorme de hierba.

Los recibieron como a héroes, y ellos les deleitaron con historias de aventuras heroicas y situaciones de las que se habían librado por los pelos. Describieron Phoenix como una ciudad que cambiaba en cada manzana: primero una zona incendiada hacía tiempo que aún olía a humo, después un barrio perfectamente conservado, con hileras de váteres portátiles cada dos casas, bolsas de duchas solares en los tejados, gente que saludaba desde lo alto y críos que jugaban en una guardería improvisada debajo de un toldo en el jardín de un edificio de apartamentos. Intentaron visitar la antigua urbanización de Martin, donde varios (entre ellos Ray) tenían casas, pero alguien les había disparado una ráfaga de advertencia desde la garita del guardia. Intentaron hablar a gritos con aquellos defensores invisibles, pero les dispararon otra ráfaga (esta vez más cerca), así

que entendieron el mensaje y se marcharon.

Aun así todo el mundo estaba entusiasmado con las noticias, con esa imagen de una ciudad que volvía a levantarse y regresaba poco a poco a la normalidad. Y Martin se alegró de que las piedras preciosas se siguiesen aceptando como mercancía. Estaba deseando poder sacar los discos duros de la caja fuerte del sótano y empezar a mover de nuevo sus criptomonedas.

Giorgia y Martin tomaron una copa en su habitación esa noche, después de que ella se diese una ducha caliente y se tomara un whisky. En los primeros días del Fuerte del Día del Juicio habían mantenido una relación intermitente, que, por lo visto, ahora se había reanudado. Martin se durmió abrazado a ella, con la cara en su pelo con olor a champú, cansado, pegajoso y profundamente saciado.

El liderazgo no era fácil, pero tenía sus ventajas.

Giorgia enfermó al día siguiente. Martin se despertó al oírla vomitar en el baño de su suite, gimiendo entre arcada y arcada. Agitado, se asomó a la puerta y la vio desnuda, inclinada sobre el váter, la parte de atrás de las piernas veteada de heces acuosas que se acumulaban alrededor de sus rodillas. El olor era insoportable. Se tapó la boca y la nariz, salió, cogió un cubo y lo llenó con una solución de lejía rebajada. Se puso unos guantes y una mascarilla, abrió un paquete de esponjas y limpió todo alrededor de Giorgia. Le dio un coletero e incluso le limpió las piernas. Vació el cubo por el váter entre retortijón y retortijón, y disolvió unas sales de rehidratación en agua destilada para ella. Le ayudó a darse la vuelta, la sentó en el váter y le puso delante el cubo con olor a lejía para que vomitara en él los contenidos mucosos que aún le quedaban en las tripas. Tenía fiebre y muy mal aspecto.

Martin no quiso alarmar a los demás, pero fue a ver si Ray y James tenían síntomas. Estuvieron de acuerdo —también Giorgia, entre arcada y arcada— en convertir el cuarto de Martin en sala de aislamiento y trasladó allí unos camastros. Gene llevó algunas cajas de provisiones, una nevera en un carrito y varios antibióticos de amplio espectro, además de un par de dosis en presentación líquida, y de una jeringuilla hipodérmica para que pudiesen inyectárselo a Giorgia, que no estaba en condiciones de tomar nada por vía oral ni

de ponerse un supositorio. Lo mezclaron con biodramina, que la noqueó. Martin dio instrucciones a los otros dos de que hiciesen turnos para despertarla cada veinte minutos para que bebiera un poco de agua, y para vaciarle la cuña, si era necesario.

James y Ray enfermaron a la mañana siguiente. Martin dejó que se cuidaran solos; les llevó más cubos y un váter químico para que no tuviesen que pelearse por el baño de la suite. Martin pasó la noche en una de las habitaciones dobles vacías —Gene le había ayudado a vaciarla de provisiones—, y empezó a llevar uno de los pocos trajes de protección que les quedaban para visitar cada hora a los que estaban en cuarentena.

Fue como si un velo mortuorio cayese sobre el fuerte: todos hablaban en susurros, y los demás residentes evitaban discretamente a Martin, apartándose de él cuando entraba en una habitación. Pasó la tarde fuera, recorriendo el perímetro del fuerte, comprobando el cableado de las placas solares y los sensores, reparando el cemento que rodeaba la antena de onda corta. Por lo general le gustaba la soledad, pero ese día sus pensamientos daban vueltas y más vueltas en un bucle que giraba en torno a si iba a enfermar, con un resentimiento irracional contra James, Ray y Giorgia por haber llevado sus patógenos al Fuerte del Día del Juicio, y un resentimiento aún más irracional contra los demás residentes del fuerte por sus evidentes sospechas de que él también estaba a punto de enfermar.

Casi fue un alivio sentir un retortijón en los intestinos. No literalmente, claro. El dolor le dobló como una patada en el abdomen, y comprendió en el acto que no le daría tiempo a llegar al fuerte, así que se bajó los pantalones hasta los tobillos justo a tiempo de evitar que se mancharan por el torrente que manó de su culo. Momentos después empezó a vomitar.

Una vez pasada la primera oleada, se limpió con unas toallitas con lejía que llevaba en la mochila y se bebió una bebida con electrolitos, luego metió las toallitas en una bolsa y se tomó parte de su reserva personal de antibiótico que llevaba encima desde que Giorgia enfermó.

Fue con los otros tres que aún seguían en cuarentena. James estaba demasiado débil para llegar al váter, así que había dos cuñas que vaciar. Por otro lado, también significaba que no había

competencia para usar los dos váteres. Martin le dejó claro a Ray que el baño de la suite era suyo. Él podía usar el váter químico. Ray no protestó. Estaba tan débil y febril que apenas podía hablar.

Giorgia murió a los ocho días, con una fiebre tan alta que casi hervía. Martin reparó en que estaba muerta cuando fue a darle una cucharadita de agua y descubrió que su piel caliente y seca estaba fría y húmeda. Gene dejó una bolsa de cadáveres a la puerta de la habitación (Martin había seguido varias instrucciones en línea para pertrechar el fuerte, y las bolsas de cadáveres aparecían en todas ellas), y Ray y él se las arreglaron para meter el cadáver de Giorgia. Luego cambiaron las sábanas.

James murió al día siguiente. Al principio, Martin no pudo levantarse de la cama para ayudar a introducir el cuerpo en la bolsa, pero luego lo consiguió y los supervivientes sanos se llevaron los dos cadáveres. Los quemaron junto con las bolsas de sábanas y ropa que les pasaron Martin y Ray.

Martin empezó a recuperarse al día siguiente, y luego, para su sorpresa, lo hizo también Ray. Se quedaron exhaustos en la cama, tomando caldo y bebidas electrolíticas, y luego hicieron turnos para utilizar la ducha de Martin. Arrebujaron la ropa sucia y las sábanas en un rincón y se pusieron un pijama limpio; se lavaron los dientes y se afeitaron. Primero acordaron pasar un día más en cuarentena, por si acaso, pero al final decidieron que a la mierda y volvieron, débiles y mareados, con los demás. Martin había perdido cinco kilos y su piel estaba gris y arrugada, pero sabía que viviría. Era un superviviente.

Los siguientes fueron Saleha, Izzy y Lloyd. Ninguno sobrevivió.

Los enterraron en el pequeño cementerio improvisado en la pendiente del Fuerte del Día del Juicio, a resguardo, donde no pudiesen verlos desde la carretera. No pusieron marcas en las tumbas, pero anotaron las coordenadas de GPS, para poder colocar lápidas más tarde, cuando se restableciera la normalidad.

No quedó claro cómo volvió la infección al Fuerte del Día del Juicio, ni siquiera si era la misma infección. Los tanques sépticos estaban llenos, y tuvieron que cambiar los váteres químicos y vaciarlos en un agujero que habían excavado a propósito, desagradable y plagado de moscas.

Martin dijo unas palabras ante las tumbas, y se esforzó por estar inspirado.

Se había producido una interrupción en la programación de radio de Phoenix, que duró un largo mes, mientras la infección arrasaba la ciudad, pero finalmente volvió a las ondas, con noticias sobre antibióticos que se estaban produciendo en una fábrica reciclada en Chandler. Los DJ originales desaparecieron, y hubo un programa de homenaje dedicado a ellos.

En Navidad, las cosas se habían asentado de nuevo en la rutina. Al menos ya no había tanto tiempo para aburrirse. Entre la caza, las cuidadosas expediciones de trueque y la excavación de nuevas fosas sépticas, los residentes del Fuerte del Día del Juicio estaban siempre ocupados. Habría sido mucho peor si las granjas de Elfrida no hubiesen tenido un año tan bueno, una cosecha abundante cuyos productos intercambiaron con el Fuerte del Día del Juicio por más piedras preciosas, y cuando estas se les acabaron, por humillantes y agotadoras jornadas recogiendo fruta en los campos. Martin declaró que por ahí no pasaba e intentó convencer a los demás residentes del fuerte, pero no todos le escucharon. A los recolectores les pagaban con fruta, los demás solo podían conseguir verduras, que era lo único con lo que los granjeros estaban dispuestos a comerciar.

Después de pasar dos meses enteros recogiendo fruta, Sara volvió delgada, morena y musculada, y quejándose de que el Fuerte del Día del Juicio no ofreciese ninguna oportunidad de dedicarse a la agricultura. Martin intentó acallar sus quejas hablándole de las circunstancias intrínsecamente vulnerables de la agricultura, y ella respondió con sequedad recordándoles a todos la vulnerabilidad de morirse de puta hambre.

El caso es que ya nadie se aburría en el Fuerte del Día del Juicio, pero sí siguió habiendo muchas tensiones. Martin decidió que tenían que celebrar una fiesta. Acción de Gracias había pasado sin que lo festejaran, pero todavía podían celebrar la hazaña extraordinaria de haber sobrevivido al Suceso decorando un árbol, preparando un banquete e intercambiando regalitos.

Martin había incluido un árbol de plástico entre las provisiones del fuerte, pensando en lo divertido que sería sorprender a sus

residentes en su primera Navidad juntos. Llevaba bastoncitos de caramelo y adornos. El 19 de diciembre se despertó temprano para montar el árbol en la suite de hospitalidad, y aprovechó la ocasión para recoger la basura y barrer la tierra que se había colado de fuera. Cuando terminó, dio un paso atrás y contempló la sala, con la esperanza de que pareciese alegre y festiva. Pero tenía un aspecto triste y ansioso: el árbol de plástico, con sus centelleantes hilos de led, era demasiado pequeño y artificial, y la sala aún parecía sucia, con los cojines del sofá deshilachados y llenos de manchas.

Por millonésima vez deseó que terminara la puta crisis. Le vino a la cabeza «Armagedón está harto de esta situación de mierda». Y eso le recordó que Warren estaba muerto, en una bolsa de cadáveres en una tumba sin lápida al resguardo de unos riscos.

Sara fue la primera en despertarse después de que Martin instalara el árbol, y al verlo puso los ojos en blanco y dijo que la habían invitado a una cena de Navidad los otros «braceros» con los que había recogido fruta ese otoño. Pero ayudó a preparar los papeles con los nombres del amigo invisible y colocó mejor los adornos. Martin los había dejado apelotonados adrede para darles a los demás algo que arreglar, que era el modo más seguro de crear una sensación de participación en el proyecto.

La cocina seguía teniendo un buen suministro de especias y Martin había guardado deliberadamente tres cajas de vino de mesa, así que le preguntó a Sara si sabría preparar vino caliente con los ingredientes de los que disponían, y eso hizo que todo el mundo se animase, y que enseguida el Fuerte del Día del Juicio se inundara de olores deliciosos, de copas y de buenas vibraciones.

Eso fue a la hora de comer. A la hora de la cena, todos tenían resaca de vino barato, y les entró la melancolía por la familia a la que habían dejado atrás después del Suceso, por los muertos del Fuerte del Día del Juicio y por el caos al otro lado de la puerta blindada. La cena fue rápida y lúgubre, y nadie quiso quedarse a alternar en la suite de hospitalidad.

A Gene se le ocurrió una idea para mejorar los alimentos de sus envases de racionamiento y que la cena de Navidad fuese un auténtico festín, añadiendo ingredientes frescos y venado salado, adornando los platos con cuidado y utilizando manteles de verdad y

velas. Martin dio su bendición al plan y volvió a trabajar en su regalo de amigo invisible para Seth: una petaca de cuero con dos Cohibas de su cada vez más menguada reserva, uno para él y otro para un amigo. Fumar un puro en el acantilado mientras el sol se ponía en el desierto era uno de los verdaderos placeres del fin del mundo.

Por fin, el 24, cuando faltaba solo un día para la fiesta, el humor de la gente cambió. La idea del «espíritu navideño» era estúpida y sentimental, pero no por eso era menos real. ¡Lo tenían! Todo el mundo se escondió en su habitación a preparar su regalo, y cuando no hacían eso estaban haciendo copos de nieve de papel o cortando ropa de la bolsa de la ropa vieja para prepararse vestidos de fiesta. Alguien colgó una ramita de muérdago de papel sobre la puerta que separaba la cocina y la suite de hospitalidad, y jugaron a emboscarse unos a otros y besarse en la mejilla. El juego se vio animado por la ahora eterna cazuela llena de vino barato con especias.

Sara preparó las galletas que hacía su abuela durante la crisis del 29, que no necesitaban harina: se hacían con huevo y leche en polvo, y aun así olían de maravilla y tenían muy buen aspecto en el horno. Las decoraron con azúcar glas y las pusieron en una bandeja en la cocina con un cartel de «NO COMER, LO DIGO POR TI», y todos se pararon a admirarlas y se desafiaron unos a otros a hacer caso omiso del cartel. No se habían divertido tanto ni habían estado de tan buen humor en varios meses, y Martin no dejaba de mirarlos y de repetirse a sí mismo que su plan estaba funcionando, que era el líder que creía ser.

El día después de Navidad, haraganearon por la suite de hospitalidad en pijama, todavía ahítos del festín de la noche anterior. Seth salió a disfrutar de uno de sus puros y volvió con las mejillas coloradas, radiante por el frío y oliendo a buen tabaco cubano añejo.

Tuvieron resaca, claro, una resaca terrible que les hacía hablar en voz baja. Mientras sudaba con cierta sensación de náuseas, Martin pensó que no debería haber bebido tanto vino especiado la noche anterior, pero se consoló recordando que se habían acabado todas las reservas de vino barato y no tendrían la tentación de

repetir.

Seth fue el primero en empezar a vomitar. Le ocurrió de pronto y no le dio tiempo a llegar al váter, dejando manchas en el suelo de camino al baño, con un olor terrible que lo impregnaba todo.

Cuando Martin se levantó para ponerse los guantes y coger las toallitas húmedas, la cabeza le dio vueltas y comprendió que no tenía solo dolor de cabeza, también tenía fiebre. Limpió todo deprisa, y luego se puso el termómetro en el oído. Tenía treinta y nueve grados y medio.

Todos enfermaron. Tal vez fuese lo mismo que estuvo a punto de matar a Martin la vez anterior. Tal vez fuese otra cosa. En el Fuerte del Día del Juicio no quedaban antibióticos.

En Año Nuevo, ocho de los doce supervivientes habían muerto. Los demás estaban demasiado débiles para enterrarlos, aunque se las arreglaron para sacar los cadáveres a la puerta.

El Fuerte del Día del Juicio era una morgue. Los tanques sépticos estaban otra vez rebosando, así que incluso cuando los supervivientes reunían fuerzas suficientes para ir al váter, la cadena no funcionaba. Los váteres químicos se desbordaron. Usaron cubos, que se volcaban cuando iban en busca de agua, sales de rehidratación y pastillas para el dolor de cabeza y trastabillaban por la fiebre.

A Martin la fiebre le subió a cuarenta y un grados y medio, luego durmió un largo rato y solo se despertó por los espasmos de sus intestinos, que intentaban expulsar lo poco que tenían dentro.

Cuando la fiebre cedió, el 4 de enero, descubrió que era la última persona viva en el Fuerte del Día del Juicio.

Martin fue recobrando la salud, primero gateando, luego tambaleándose, bebiendo preparados hipercalóricos y cubitos de caldo en agua tibia. Arrastró fuera los cadáveres menos pesados y descansó un día y una noche. Después trasladó los más grandes. Limpió.

Pasaron los días y la fiebre volvió, luego cedió. La electricidad falló y encendió el generador de la parte de atrás. Comprobó las cámaras de circuito cerrado y pensó en marcharse, pensó en dónde ir. Estaba demasiado débil para llegar muy lejos, y estaría

indefenso.

Ahora que sacaba la energía del generador, tenía que economizar sus reservas de propano, así que dejó de hervir el agua antes de beberla. Le echaba yodo y la sorbía por una pajita con filtro de agua con la esperanza de que eso fuese suficiente. Con las fosas sépticas desbordadas, no se atrevía a beber el agua de pozo del fuerte sin tratarla. No sabía con certeza por qué la enfermedad había arrasado el Fuerte del Día del Juicio, pero el pozo era el principal sospechoso.

Luego, un día, la fiebre volvió y no se fue, abrasándolo y negándose a ceder. Le dolían las articulaciones, las tripas se le retorcían con espasmos. Entraba y salía de la lucidez, débil y solo. Y asustado. Muy muy muy asustado.

Los sensores de proximidad lo sacaron de un duermevela febril. Temblando, fue hasta el monitor y vio los coches que rodeaban la entrada al Fuerte del Día del Juicio. Vio abrirse la puerta del acompañante del primer coche. Las otras puertas. Cuatro siluetas. Tres hombres. Una mujer.

La tía de Albert.

El terror fue un desgarrador contrapunto a los escalofríos de la fiebre. Empeoró aún más cuando reparó en que no recordaba haber cerrado el fuerte la última vez que se había aventurado a sacar la basura.

En el monitor, la tía de Albert señaló con el dedo a la puerta. Algo en el modo en que lo hizo le dijo que no la había cerrado. Un momento después oyó voces lejanas, que se fueron acercando cada vez más. Al principio no entendió lo que decían, luego comprendió que era porque hablaban en español.

Graciela había aprendido mucho desde que volvió a Phoenix tan enferma que pensó que se moriría. Había aprendido primeros auxilios y saneamiento básico, y el tipo de higiene alimentaria que debe emplearse en una pandemia. Había aprendido la palabra «pandemia».

Había aprendido a analizar los antibióticos que salían de la línea de producción que habían construido como parte del proceso de garantía de calidad. Había aprendido a seguir las instrucciones que los técnicos de la planta de filtración de agua habían subido a la

red. Había aprendido a leer mapas topográficos y a dirigir a los equipos que buscaban enfermos para ayudarles.

Había descubierto que le gustaba hacer esas cosas. Había aprendido que reconstruir, cuidar y arreglar mantenía los terrores y las lágrimas a raya. Había aprendido que, aunque nada le devolvería a sus hijos, a su marido y a su sobrino Albert, el recuerdo de las personas a las que había ayudado cuando estaban al borde de la muerte aliviaba el dolor que le producía pensar en sus propios muertos. Al principio había llevado la cuenta: una persona salvada por cada uno de sus allegados muertos; luego dos, luego cinco. Luego dejó de contar. Tenía dos niños viviendo con ella, nadie sabía quiénes eran sus padres. Lanae tenía seis años y Darnell nueve. Cuando sonreían, era como si le sonriesen todos sus difuntos.

El hombre que la habría dejado morir tenía la puerta abierta. Sabía que tenía armas. Allí todos las tenían. Estaba segura de que uno de los que la acompañaban iba armado, aunque se suponía que no debían llevar armas. Al recordar el modo en que le había hablado aquel hombre, en cómo le había hablado a Albert, y que les había disparado, se alegró en secreto de que ellos también tuviesen un arma.

—¿Señor? ¿Hola?

Había olido esos olores antes, pero eso no lo hacía más fácil. Mierda. Vómito. Enfermedad. Basura podrida. Cadáveres. Uno de los hombres volvió de detrás de la puerta del búnker, con vómito en la pechera de la camisa. Allí había muchos muertos. Ella se ajustó la mascarilla y se untó VapoRub debajo de la nariz.

—¿Señor?

Dio un paso vacilante hacia la entrada, por encima de montañas de bolsas de basura, algunas abiertas por los animales. Se alegró de que los cadáveres no estuviesen a la vista. Lo que hacían los animales con los restos humanos era natural, pero podía ser difícil de soportar.

Tardaron mucho en irse. Martin mordía el cinturón cuando empezaban los espasmos y no soltaba ni un gemido. Su habitación del pánico era poco más grande que un ataúd, un rincón con olor a gasolina debajo del garaje. Disponía de un teléfono cargado y de la

wifi local, y pudo verlos registrar el fuerte, los vio hacer una pira y quemar los cadáveres. Tardaron mucho. Se echó a llorar mientras mordía el cuero del cinturón.

Pero al final se fueron.

Para entonces ya estaba demasiado débil para mover la pesada plancha que tenía sobre la cabeza. Empujó con todas sus fuerzas, tanto que perdió el control del esfínter anal y notó la mierda caliente corriéndole por la pierna. Empujó con más fuerza, el pánico se apoderó de él. La fiebre le pulverizaba las articulaciones.

Por fin cerró los ojos. Descansaría un rato y volvería a intentarlo. Recobraría las fuerzas después de echar un sueñecito.

Agradecimientos

Mi agente, Russell Galen, trabajó mucho para que este libro llegase a ser real, e hizo lo imposible como siempre. Gracias, Russ, significa mucho para mí. Tor Books me apoyó en muchos sentidos, y los ánimos del corrector Patrick Nielsen Hayden y de mi editor Fritz Foy fueron especialmente bienvenidos. Mi reconocimiento a Tor quedaría incompleto sin un agradecimiento sincero a Tom Doherty por sus largos servicios en el oficio y su apoyo personal. Gracias también al equipo de producción de Tor, en especial a la gente de dirección artística por convertirme en uno de los afortunados que han conseguido una de las cubiertas de Will Staehle. Madre mía, qué cubiertas. Gracias a Macmillan Audio (Robert Allen) y a Google Play (Chris Palma), que me apoyaron en mi búsqueda de la excelencia en los audiolibros, a Skyboat Media, con quienes da gusto trabajar, y a mis lectores. Gracias también a Jigsaw/First Look, Head of Zeus y la gente de Heyne. Hace falta mucha gente entregada y con talento para publicar un libro, y siempre es un acto de fe. Gracias a Matt Taibbi, la Electronic Frontier Foundation, Alex Steffen y The Outquisition por la inspiración que me han brindado, y a todos los que luchan por la justicia: #blacklivesmatter, Alexandria Ocasio-Cortez, Erica Garner, Bernie Sanders y los millones de personas de la calle. Esta no es una de esas luchas que se ganan, es una lucha que se pelea.

Índice

Portada
Radicalizado
Pan no autorizado
Una minoría modélica
Radicalizado
La máscara de la muerte roja
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Cory Doctorow
Créditos

Cuatro novelas de ciencia ficción conectadas por visiones sociales, tecnológicas y económicas de la actualidad y de lo que podría ser Estados Unidos en un futuro cercano.

‘Radicalizado’ son cuatro novelas de ciencia ficción urgentes sobre el presente y el futuro de Estados Unidos en un solo libro.

Contadas a través de una de las voces del género más en boga de

nuestra generación, ‘Radicalizado’ es una oportuna colección compuesta por cuatro novelas de ciencia ficción conectadas por visiones sociales, tecnológicas y económicas de la actualidad y de lo que podría ser Estados Unidos en un futuro cercano.

‘Pan no autorizado’ es una historia sobre la inmigración, la toxicidad de la estratificación económica y tecnológica, y los jóvenes y los oprimidos que luchan contra todo pronóstico para sobrevivir y prosperar.

En ‘Minoría Modelo’, una figura similar a la de Superman intenta rectificar la corrupción de las fuerzas policiales que durante mucho tiempo creyó erróneamente que protegían a los indefensos... sólo para descubrir que sus esfuerzos afectan negativamente a sus víctimas.

‘Radicalizado’ es la historia de un levantamiento violento en la dark web contra las compañías de seguros, contada desde la perspectiva de un hombre desesperado por conseguir financiación para un medicamento experimental que podría curar el cáncer terminal de su esposa.

La cuarta historia, ‘La máscara de la muerte roja’, se remonta al libro ‘Walkaway’ de Doctorow, abordando cuestiones de supervivencia frente a la comunidad.

Cory Doctorow. Novelista canadiense de ciencia ficción, periodista y activista tecnológico. Colabora con numerosas revistas, sitios web y periódicos. Es asesor especial de la Electronic Frontier Foundation (eff.org), un grupo de libertades civiles sin ánimo de lucro que defiende la libertad en la legislación, la política, las normas y los tratados sobre tecnología. Sus novelas han sido traducidas a decenas de idiomas. Es doctor honoris causa en informática por la Open University (Reino Unido). En 2020 ingresó en el Salón de la Fama de la Ciencia Ficción y la Fantasía de Canadá. Ha ganado los premios Locus, Prometheus, Copper Cylinder, White Pine y Sunburst, y ha sido nominado a los premios Hugo, Nebula y British Science Fiction.

Título original: Radicalized: Four Tales of Our Present Moment (2020)

© Del libro: Cory Doctorow
© De la traducción: Miguel Temprano García
Edición en ebook: agosto de 2022

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-125538-1-9

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.